un misterio de JUDITH SPEARS

Muerte en la Vía



SAM OMAN

MUERTE EN LA VÍA

UN MISTERIO DE JUDITH SPEARS – LIBRO 2

Copyright © 2026 par Sam Oman

Tous droits réservés. Aucune partie de cette publication ne peut être reproduite, distribuée ou transmise sous quelque forme ou par quelque moyen que ce soit, y compris par photocopie, enregistrement ou tout autre moyen électronique ou mécanique, sans l'autorisation écrite préalable de l'éditeur, sauf pour de brèves citations incluses dans des critiques et certaines autres utilisations non commerciales autorisées par la loi sur le droit d'auteur.

Couverture : Shutterstock

MUERTE EN LA VÍA

UN MISTERIO DE JUDITH SPEARS – LIBRO 2

SAM OMAN

TANGLEBOX
BOOKS

1

Hay algo de una tranquilidad suprema en una tarde de otoño en la campiña inglesa color miel. El cielo azul limpio, salpicado de brochazos de algodón, poco revelaba de la amarga brisa fría que había despertado por la mañana y zarandeado una generosa capa de escarcha coronando los campos. Era una advertencia de que el otoño se estaba asomando a un invierno inusualmente temprano.

Para Charlie Walker, las ondulantes colinas que rodeaban Little Pickton le traían siempre a la mente una pintura clásica. Un Wainwright o... algún otro tío que no podía recordar. Su habitual exhaustiva lista de pintores estaba completamente formada por ver con regularidad University Challenge, un concurso televisivo que seguía religiosamente, pero en el que raramente acertaba una sola respuesta.

Sus robustas botas negras crujían el barro semicongelado del sendero mientras se apresuraba a seguir a Reeta, una rechoncha Labrador negra a la que paseaba para su dueña. Estaba en imperiosa necesidad de ejercicio y una drástica reducción de chuches, igual que el perro. Charlie ya estaba tragando bocanadas de aire y sentía su corazón martilleando bajo su chaqueta encerada Barbour.

—¡Oye, Reeta! ¡Trae esa cola aquí! —llamó, terminando cada palabra con una exhalación cansada que se rizaba como humo de su

boca. Levantó la correa de cuero enrollada alrededor de su mano, como si fuera a invocar al perro de vuelta. A Reeta le importaba un pimiento. Una vez que había desenganchado la correa al entrar al bosque, había salido disparada con la nariz abriendo camino entre las hojas mientras sus sentidos cobraban vida. Según la señora Ply, era toda una estrella, y la señora Ply había empleado los servicios de Charlie Walker Walks a lo largo de los años con asiduidad. Según ella, Reeta había sido en tiempos una galardonada cazadora de trufas en la Toscana, donde todavía tenía una villa en la que veraneaba, lo que significaba que Charlie cuidaba del animal durante el mes que se ausentaba. Por qué había vuelto a Inglaterra era una incógnita. Charlie pensaba que tenía algo que ver con la mafia. Quizás estaba huyendo. ¿Por qué si no elegiría alguien Little Pickton por encima del sol toscano?

—¡Reeta! —volvió a gritar, mientras el perro echaba a correr por un recodo del sendero. Había tomado un camino diferente por el bosque simplemente por variar. No le preocupaba perder a su cargo. La perra siempre hacía esto, y siempre lamentaba no tener la energía de la juventud para correr tras ella.

El sendero giró hacia la izquierda, obligándole a agacharse bajo unas ramas colgantes bajas que indicaban que poca gente había pasado por allí a lo largo del año. Unos metros más adelante, observó que los árboles se iban aclarando, revelando la vía del tren cortando el bosque como una cicatriz quirúrgica. No había caído en la cuenta de que habían caminado tan al oeste del pueblo. Mechones de hierba helada asomaban entre las traviesas a lo largo de la vía única, y Reeta se había detenido a olisquear un montón de ramitas, con la nariz llevándola en círculos. Charlie no estaba demasiado preocupado por caminar sobre la vía. La línea había sido oficialmente cerrada hacía una década, aunque los ocasionales vagones de mercancías hacían una peregrinación por ella. Más a menudo era utilizada por la Sociedad Ferroviaria local, que había restaurado amorosamente un antiguo tren de vapor y lo hacía circular para turistas a lo largo de los diecisiete kilómetros entre Little Pickton y Denzel Green. No es que ninguno de los dos pueblos presumiera de turistas, a menos que estuvieran perdidos.

Sospechaba que el club había elegido deliberadamente la ruta para tener así su propio ferrocarril privado que no tenían que compartir con el público en general, a pesar de haber obtenido una buena cantidad de dinero de la Lotería Nacional para la restauración. ¿O quizás traficaban con drogas? Había leído sobre las notorias bandas que operaban en las líneas del condado, aunque no había tenido tiempo de documentarse sobre los hechos. El nombre lo decía todo.

Sacudió la correa y estaba a punto de llamar al perro, pero la acción provocó que Reeta diera un único ladrido, luego echara a correr por la vía con la nariz zigzagueando entre los raíles, y las ramitas sujetas en la boca como un trofeo.

—Maldita sea, ¡Reeta! ¿Puedes darle un respiro a un hombre?

Una vez más, se vio obligado a apresurarse en su persecución. El pie se le resbaló dos veces sobre las traviesas heladas, obligándole a pisar la grava irregular de en medio. Crujía y cedía bajo sus pies, ralentizándole mientras el perro saltaba entusiasmado por la vía. Abortó varios intentos de llamarla porque el aliento le silbaba entre los labios y el corazón le golpeaba en el pecho. La vía se curvaba hacia la derecha, estrechamente enmarcada por robles centenarios. Podía oír el ladrido emocionado de Reeta. Charlie decidió que si había encontrado una trufa valiosa, valdría la pena el posible ataque al corazón. Aunque no estaba seguro de cuáles eran las probabilidades de encontrar una en invierno, en Inglaterra.

Se concentró en cada paso mientras marchaba con brío por la vía y solo levantó la vista cuando los ladridos de Reeta se hicieron más fuertes. Se detuvo en seco... y sobre la vía, cuando vio la reluciente locomotora verde parada delante, con Reeta ladrándole a modo de advertencia.

—Muy bien. Has encontrado un tren en una vía de tren. —Avanzó despacio, esperando no provocar que el chucho echara a correr. Era raro que hubieran parado el tren en mitad del bosque, a menos que se hubiera averiado, lo cual ocurría ocasionalmente. No salía humo de la chimenea, pero aun así, cuando alcanzó a Reeta y le volvió a enganchar la correa, saltó nerviosamente fuera de la vía por si acaso arrancaba de nuevo.

—¡Hola! —llamó mientras rodeaba el pequeño locomotor. Se había aproximado por la parte trasera, y solo ahora se dio cuenta de que el vagón de pasajeros no estaba enganchado. La sociedad había estado bastante orgullosa del vagón de los años veinte que habían encontrado en un desguace y restaurado con mimo. Raramente circulaban el uno sin el otro—. ¿Hola? —llamó de nuevo.

El silencio le saludó. Hasta Reeta se había callado y masticaba sus ramitas. Estaba seguro de que hacía falta más de un maquinista para hacer funcionar el tren. Si se había averiado, ¿por qué lo habrían dejado sin vigilancia? No es que nadie fuera a robárselo.

Ahora a la altura de los peldaños que llevaban a la cabina de conducción abierta, podía ver que no había nadie dentro. Reeta gimió y tiró de la correa, con la nariz apuntando firmemente hacia la cabina, como si una trufa de primer orden estuviera anidada dentro. Charlie estaba intrigado, más aún porque siempre había querido conducir un tren, pero los idiotas que dirigían la Sociedad nunca le habían permitido ni siquiera asomarse a la cabina. Echó un vistazo alrededor, por si el maquinista había salido a hacer sus necesidades, luego aseguró el extremo de la correa alrededor del pasamanos vertical al lado de la escalerilla, y subió.

Se sintió como un niño atolondrado de nuevo, colándose en algún sitio donde no debía. Trepó con un repentino arrebato de energía juvenil, que fue abruptamente atemperado cuando vio un par de piernas. No eran tanto los sucios monos vaqueros y las robustas botas con puntera de metal; era el hecho de que sobresalían de la puerta abierta de la caldera. La macabra visión dejó a Charlie paralizado.

Fue segundos después cuando un olor le golpeó que le quitaría las ganas de hacer barbacoas de por vida.

2

El tintineo de taza y platillo resonó como unas castañuelas.

Bueno, pensó Judith, si suenan como castañuelas, desde luego que eso significa que no son la fina porcelana antigua de Timothy. Probablemente lo mejor de Ikea, caviló, dondequiera que se fabricara eso. Probablemente tira más a lo plástico. Al menos el café era suficientemente genuino como para mantener a Charlie centrado.

Judith Spears se recostó en una silla y le dedicó una sonrisa cálida al todavía aterrorizado Charlie sentado al otro lado de la mesa en el punto de reunión del pueblo: Time For Tea. Era última hora de la tarde, y él había recapitulado su recorrido por el bosque, su macabro descubrimiento en el tren, y el subsiguiente interrogatorio policial que había tenido que soportar antes de devolver el perro a su preocupada dueña.

—¿Por qué siempre son los paseadores de perros los que encuentran cadáveres? —dijo Charlie—. Es un riesgo laboral. Me pasa constantemente en mi profesión.

Judith pasó los dedos por su fino cabello pelirrojo, que seguía siendo vibrante a sus cincuenta y tantos. —Los paseadores de perros encuentran estas cosas porque siempre están fuera disfrutando del campo.

—Siempre husmeando por sitios a los que otra gente sencillamente no se molesta en ir, y con todo tipo de tiempo —observó Maggie Tawia, que estaba sentada al lado de Charlie, mirándole con suspicacia y los brazos cruzados sobre el pecho—. Debe de haber una probabilidad estadística de que una gran proporción de paseadores de perros sean asesinos en serie. —Su suave acento gambiano sería normalmente bastante relajante, pero sus palabras pusieron a Charlie todavía más nervioso y las castañuelas subieron el ritmo. Judith puso los ojos en blanco.

—Vamos, Maggie, eso no puede ser verdad. —Aunque Judith pensaba que su amiga tenía razón. Maggie había trabajado durante más de una década para la Agencia Tributaria, investigando fraudes. Las estadísticas eran su pan de cada día—. Es el bosque. La gente hace todo tipo de cosas en el bosque. Por eso estaba Charlie allí con Reeta. —Le dio una palmadita en el brazo—. El número uno de Little Pickton en paseos caninos.

Charlie casi escupió el café y dejó la taza con un golpe. Parecía abatido, más preocupado por el bienestar de Reeta que por la víctima que había encontrado. Judith miró de reojo a Maggie. A pesar de su semblante serio, estaba claro que Maggie apreciaba el afecto del hombre por sus queridos perros.

Eso era algo en lo que pensar en otro momento. Quizás Maggie había estado sola durante demasiado tiempo y empezaba a sentirse atraída por los sociópatas. Aunque Charlie estaba muy lejos de ser la peor persona de Little Pickton, Judith se preguntó si había apuntado demasiado bajo.

—Cuéntame de nuevo lo que ocurrió, pero esta vez, céntrate en los pequeños detalles.

Charlie no levantó la vista. Su mirada se clavó en la mesa. La sala de té era el primer sitio al que había ido después de que la policía le hubiera permitido abandonar la escena del crimen. Había entrado para encontrarse con la dueña de Reeta, entregarle a la pobre mascota que llevaba mucho tiempo esperando su almuerzo, y luego se había sentado antes de tropezarse accidentalmente con Maggie. Tras un breve intercambio sobre lo ocurrido, Maggie convocó a Judith con el poder de un simple mensaje de texto.

—La pobre Reeta. —Charlie suspiró de nuevo, sacudiendo lentamente la cabeza de lado a lado.

Judith observó, divertida. Sentía más lástima por el animal que por sí mismo.

—Olisqueaba sin parar, zigzagueando por esa vía, directa al tren como un misil teledirigido —dijo con un suspiro—. Es una cazadora de trufas galardonada, ¿sabes? Ladrando sin parar, sabía que algo no iba bien. Y luego, cuando trepé, allí estaba. El pobre viejo Herbert. Las piernas asomando por el horno. Muerto del todo.

Herbert Holland era el copresidente de la SPFP, la Sociedad de la Pequeña Ferroviaria de Pickton. El hombre que había ayudado a arrancar un par de raíles oxidados del suelo, recaudado dinero de patrocinadores privados y fondos de la Lotería, para producir una experiencia de primer orden en tren de vapor entre el medio de la nada y el final de la nada. Aun así, era una empresa admirable, y Judith no podía negar que traía gran placer a mucha gente, aunque los trenes de vapor no eran exactamente lo suyo.

—Al principio pensé que podría ser un suicidio —dijo Charlie, encontrando finalmente la mirada de Judith.

Judith se encogió levemente de hombros. —Vaya manera de irse, tirarse de cabeza al horno en llamas de un tren de vapor. —Pero no podía descartarlo. La gente había hecho cosas mucho peores.

—Eso es lo que le dije a la policía —dijo Charlie—. Pensé que el pobre viejo Herbert se había quitado de en medio. Parecían escépticos.

Judith asintió comprensivamente. Le había enviado un mensaje al sargento Raymond Collins en el momento en que había oído que había algún asunto turbio en marcha. Él simplemente había respondido con un único mensaje:

¡NO ES ASUNTO TUYO!

Le había hecho gracia a Judith. Por supuesto, no era asunto suyo. No tendría gracia si fuera asunto suyo. Aun así, el cuerpo solo llevaba unas pocas horas reciente, así que le daría a la policía un poco de tiempo para ver si necesitaban ayuda. Judith había ganado cierta reputación como investigadora aficionada en Little Pickton. Algo que negaba vehementemente cuando se lo preguntaban. Sin

embargo, era un motivo de orgullo que no podía evitar disfrutar cuando se mencionaba. Aunque dudaba mucho de que la policía fuera a llamar a su puerta en busca de asistencia. No es que tuviera ninguna que ofrecer. De hecho, desde que era residente de Little Pickton, nunca había viajado en el ferrocarril en sí, así que no tenía ningún conocimiento al respecto. Claro, había estado presente unas cuantas veces cuando el tren había sido utilizado para una cabalgata o una feria benéfica. Pero nunca había subido realmente al trasto.

—¿Te dio la policía alguna indicación de lo que pensaban que había ocurrido? —preguntó.

Charlie sacudió la cabeza. —No, no creo que mi idea del suicidio les pareciera particularmente útil. Pero quién sabe.

—¿Había algún indicio de muerte violenta? —preguntó Judith.

La cabeza de Charlie se balanceó mientras pensaba. —¿Puede una persona manejar un tren de vapor sola? Siempre hay dos en la tele. Uno echando el carbón y el otro tocando el silbato.

—Un trabajo importante, sin duda.

—Pero quizás se puede. Quiero decir, Herbert llegó tres kilómetros fuera de la estación y lo detuvo antes de meter la cabeza en un horno a ochocientos grados. —Charlie miró pensativamente hacia el techo y luego cogió su café para dar otro largo sorbo. La mano todavía le temblaba, pero sin el platillo. Al menos era un acto relativamente silencioso—. Creo que debe de haber habido alguien más, quizás, pero no se me ocurre quién. Herbert no tenía enemigos. Nunca decía nada malo de nadie; era buena gente.

Maggie asintió en señal de acuerdo. Llevaba siendo residente de Little Pickton mucho más tiempo que Judith y tenía un conocimiento más profundo de la comunidad. Su juicio sobre las personas era generalmente bastante sólido, al menos lo suficientemente sólido como para que Judith respetara su opinión.

—Yo diría que es un pilar de la comunidad —dijo Maggie en señal de acuerdo—. El pobre hombre, hacía el bien. Incluso daba paseos gratis a los niños en el tren durante las vacaciones. Adoraba esa línea. Era su razón de ser. He conocido a los demás de esa Sociedad. Son un poco una secta.

—¿Has dicho secta? —aclaró Judith.

—Ya sabe el tipo. Cuando juntas a todos estos ingenieros en un mismo sitio y empiezan a hablar de piñones y pistones y esas cosas —terminó vagamente, traicionando una verdadera falta de comprensión sobre la mecánica.

—¿Quieres decir que se reúnen todos y se ponen en modo friki?

—¡Exactamente! Herbert era majo. Quiero decir, era un muermo, pero era majo.

Judith miró a Charlie, que asentía en señal de acuerdo.

—Sí, aburrido como él solo —reconoció—. Todos ellos.

Judith chasqueó los dientes, pensando. —Bueno, parece que incluso las personas más aburridas son dignas de ser sujeto de un asesino.

—Sigo pensando que es un suicidio.

Judith emitió un pequeño sonido de asentimiento, indicando que no estaba nada de acuerdo. En cambio, tomó un sorbo de té y murmuró cortésmente. —Estoy segura de que tienes razón.

Por supuesto, Judith Spears no creía eso; era una persona naturalmente suspicaz. Una persona que tenía todo el derecho a ser suspicaz, especialmente a causa de su propia conducta a lo largo de su vida, que no era exactamente, ¿cómo decirlo con delicadeza? ¿Transparente? ¿Legal? Todo lo anterior.

Aun así, Judith tenía por norma no ponerse a juzgar lo malo en las personas. Todo lo contrario, siempre intentaba ver lo bueno, y en el camino, intentaba pasárselo bien. Y aunque no le deseaba ningún mal al pobre viejo fallecido ni a su familia, si es que tenía alguna, no podía negar que un asesinato hacía los días fríos un poco más interesantes de lo que debieran haber sido.

Cayeron en un silencio cómodo. Charlie estudiaba la infinita marroneidad de su café a medio beber, mientras reflexionaba sobre el sentido de la vida e intentaba digerir lo que había visto.

La sala de té estaba relativamente vacía, teniendo en cuenta que era uno de los principales entornos sociales para que los vecinos del pueblo se congregaran durante el día. El propietario, Timothy, lo había mantenido tradicional e insistía en que la comida fuera casera, lo que hacía volver a la gente. Ningún día tenía exactamente el mismo menú. Dependía de qué libro de cocina hubiera abierto, o

qué página de TikTok hubiera encontrado la noche anterior. Algunos de sus artículos ocasionalmente se aventuraban al límite de lo experimental. Como la tarta de plátano y tomate que Judith había pedido impulsivamente, pero había decidido no arriesgarse a probar.

Sopesó aventurarse hasta la escena del crimen y abrirse paso a la fuerza para echar un vistazo a lo ocurrido, aunque dudaba de que la policía le diera acceso al lugar. El bueno del sargento Collins probablemente la ahuyentaría con una horca, advirtiéndole que mantuviera el hocico fuera de ello. Después de su última aventura juntos, Collins había estado un poco frío desde que había reunido un pequeño expediente sobre los antecedentes de Judith. Un expediente que todos habían decidido que lo mejor era perder.

Su teléfono pitó. Era un mensaje del número de la segunda del sargento Collins, la encantadora agente Sarah Eastly:

¡TENEMOS UN ASESINATO!

Seguido de un guiño.

Judith levantó la vista para ver si Charlie había notado el mensaje. No lo había hecho. Tomó otro sorbo de té y esbozó una sonrisa complacida. Asesinato. No un suicidio. Bueno, para un lunes, la semana no iba a ser tan aburrida como temía. Quizás debería darse un pequeño paseo por el bosque después de todo. Podía dispensar su indiscutible conocimiento sobre los trenes de vapor. Ya estaba buscando datos en Wikipedia mientras apuraba los últimos posos de la tetera, se despidió de Maggie y Charlie, y se apresuró hacia su Renault Clio rojo.

El aparcamiento estaba en una tranquila carretera rural, a unos minutos en coche del corazón del pueblo. El propio tren estaba a unos diez minutos a pie por el bosque, pero Judith no llegaría tan cerca. El aparcamiento estaba lleno de vehículos policiales identificados. Judith se detuvo en la carretera y se acercó al agente uniformado apostado detrás de una sólida franja de cinta policial azul. El malhumorado agente cruzó los brazos mientras ella se aproximaba.

—Agente Barry. Qué agradable verle.

La nariz del agente Barry se arrugó. —No es tan sorprendente que aparezca usted. Como un genio de la botella. O como una Parca

que siempre llega con retraso.

Judith ladeó su boina azul con garbo. —Estoy aquí para hacer realidad todos sus deseos.

—Solo si se larga. No va a pasar.

—¿Está seguro?

—Doscientos por ciento.

—Ah, ya veo. Un crimen contra la aritmética. Qué terrible. La gramática será la próxima víctima.

—No queremos a gente como usted aquí. Cotilleando sobre asesinatos y esas cosas.

—Gracias por confirmar que fue un asesinato. —Tomó deleite en ver cómo los ojos de Barry se entornaban.

—Bueno, eso es lo que dice la gente. Hay un cuerpo y tal, y el sargento parece un poco desbordado. Está esperando a los de la científica que todavía no han llegado. —Se contuvo, de repente consciente de que estaba revelando demasiado—. Y resulta que la mencionó a usted por su nombre. Específicamente, como quien dice. Pensó que podría aparecer, y nos dijo que no la dejáramos acercarse a la escena del crimen bajo ningún concepto.

Judith asintió solemnemente. —Una precaución muy sensata. Y está haciendo un trabajo admirable. —Hizo chasquear la cinta policial—. Nadie va a pasar por esto, ¿verdad? Y tendrá que mantenerse alerta. Estoy segura de que la Sociedad Ferroviaria va a descender aquí como... —luchó por encontrar una analogía—. Erizos detrás de la leche.

—No debería darles leche.

—¿Por qué no?

—Les sienta mal. Les hace explotar. —El agente Barry pareció desconcertado—. ¿O son las palomas? Se supone que hay que darles pienso de perro.

—Bueno, uno aprende algo nuevo cada día. Aunque sea información completamente inútil.

Cayeron en silencio. El aire frío le llegaba a Judith a la garganta. Tosió para aclarársela.

—Bueno, si los dos nos quedamos aquí fuera, nos vamos a helar. Y parece que alguien ya nos ha tomado la delantera. —Cuando el

agente Barry no consiguió esbozar ni una sonrisa, ella le hizo un pequeño gesto de despedida y regresó a su coche—. ¡Me voy entonces!

Quizás el resto del día no fuera a ser tan interesante como había supuesto que sería. Pensó en llamar a Sarah Eastly para sacarle algo más de información, pero decidió que cotillearía en cuanto pudiera. Por ahora, no tenía nada que hacer salvo volver a casa y quizás ver el último concurso antes de las noticias. Los cincuenta y tantos realmente no era el momento ideal para jubilarse si querías estimulación de ningún tipo.

Para cuando se detuvo ante su pintoresca casita rural, pasando el letrero en blanco de la verja que declaraba que se llamaba «Innominada», escrito sin uso de ninguna letra real, una fina y polvorosa nevada empezaba a caer. El mordisco del aire le aseguró a Judith que un invierno de moras estaba bien y verdaderamente en camino. Después de las recientes inundaciones que habían traído una miseria lúgubre, Judith tenía que admitir que había pocos lugares en los que había estado que fueran más hermosos que Little Pickton envuelta en un barniz de nieve.

Abrió la puerta de la casita y entró. Pisoteó las botas antes de saltar para quitárselas. Luego subió el termostato digital y oyó encenderse la caldera en la cocina. Solo eran un poco después de las cinco y ya había planeado meterse en un pijama cálido si iba a pasar el resto de la tarde sola. Sin embargo, tales planes fueron rápidamente descartados cuando observó un sobre sin marcar reposando sobre el felpudo de fibra de coco. Lo recogió. No tenía marcas ni dirección. Abrió el sobre, cuyo solapa estaba metida como precinto apresurado, y extrajo una nota escrita a mano. Simplemente decía:

22:30, APARCAMIENTO - EL LION'S ARMS. NECESITO HABLAR.

La letra era florida, redonda y claramente femenina. Las letras en cursiva estaban perfectamente formadas, lo que indicaba a una mujer de mediana edad del pueblo. Por supuesto, eso era solo una leve deducción para entretenerse. La misteriosa autora evidentemente no había reparado en la cámara del timbre activada

por movimiento en su puerta principal, así que Judith tenía una imagen en alta resolución de la mujer que solicitaba su ayuda.

Tiró la carta sobre una mesa junto a la puerta y colocó las llaves encima. Su tarde de pijama tendría que esperar. Con suerte, la invitación vendría acompañada de una copa cortesía de la casa.

3

Eran las 20:45, y la ligera nevada se había convertido en una constante lluvia de copos blancos que alegraban el de por sí lúgubre y oscuro jardín del pub.

Menudo sitio para quedar, fuera en el frío, pensó Judith mientras tiritaba, a pesar del grueso plumífero verde oscuro, las botas forradas de pelo y un par de guantes de lana azul. La idea de una copa de cortesía perdió rápidamente su atractivo ya que todo lo que servía el pub oscilaría entre helado y temperatura ambiente, y probablemente añadiría algo a la inevitable hipotermia que estaba a punto de sufrir.

Decidió darle a la misteriosa autora de la carta cinco minutos más antes de volver a casa. Lo último que quería era quedarse varada en el Lion's Arms de noche. El pub estaba a tres kilómetros del pueblo, situado por su cuenta en un cruce de caminos. Atisbó por las ventanas a los lugareños apiñados dentro. Estaba bastante segura de que el tema de conversación seguiría la inevitable especulación sobre la muerte de Herbert. Judith estaba más interesada en los hechos.

En la oscuridad, unos pasos crujieron la capa virgen de nieve sobre el gélido césped, llamando su atención hacia el aparcamiento. No había visto ningún vehículo entrar, pero una figura caminaba rápidamente hacia ella. Era una mujer, de unos cuarenta años, con

un vistoso gorro de pompon navideño y una chaqueta polar que era demasiado fina para el frío. Sus pantalones negros y las cómodas Sketchers grises tampoco eran exactamente la indumentaria adecuada para el tiempo que hacía. Una bufanda de rayas rojas y verdes le cubría la mandíbula inferior, obligando a su aliento caliente a empañar las gafas, que se aclaraban rápidamente con cada paso. La reconoció por la cámara del timbre.

—¡Señora Spears! —exclamó.

—Señorita —corrigió Judith automáticamente—. Lo siento, llámeme Judith.

—Ah, Judith. Gracias por venir —dijo la mujer, mirando nerviosamente a su alrededor.

—Bueno, sonaba todo bastante melodramático —dijo Judith—. Y frío —añadió con intención—. Quizás dentro habría sido un lugar más apropiado. Cerca del fuego y con una copa animada —añadió esperanzada.

La mujer sacudió la cabeza. —No, lo siento, es demasiado público. Necesito hablar con usted en algún sitio tranquilo.

Judith no pudo evitar un tono de sorpresa. —Bueno, proponer quedar en un pub fue una estrategia bastante inusual para eso.

La mujer señaló los coches. —Ah, ¿quizás deberíamos sentarnos en mi coche? He dejado la calefacción encendida. Está bastante más calentito.

Judith la miró con cautela. —Debo confesar que no tengo reparo en subirme a los coches de desconocidos. —Esbozó una sonrisa tensa—. Ya sabe, el peligro de los extraños, todo lo que les decimos a los niños también se aplica a las personas de mediana edad como yo.

La mujer soltó una risa nerviosa y sacudió la cabeza, soltando ligeros copos de nieve aferrados a su gorro de lana como si fueran caspa.

—Oh, lo siento mucho, por supuesto, soy Augusta, Augusta Calman. Necesito hablar con usted sobre lo que ocurrió hoy. Estoy segura de que ha oído lo de Herbert Holland.

Sus ojos se desviaron hacia la puerta del pub cuando crujió al abrirse, y dos figuras emergieron, encendiendo cigarrillos y tiritando

de frío.

—¿Por qué quiere hablar conmigo? No le conocía.

—Necesito ayuda. —Había un tono suplicante en su voz que era difícil de fingir, a menos que fuera una actriz bastante talentosa—. Antes de que las cosas empeoren, realmente necesito a alguien que tenga ciertos... conocimientos.

A su pesar, Judith estaba intrigada y señaló el aparcamiento. —No estoy muy segura de cómo puede empeorar más allá de la muerte, pero lleve el camino.

Augusta no dijo otra palabra mientras se giraba con decisión y conducía a Judith hasta el lado más alejado del aparcamiento, donde su brillante Fiat 500 amarillo estaba aparcado. Una vez más, para una reunión clandestina en un pub público, la elección de vehículo no estaba precisamente muy meditada. Judith no se quejaba, sin embargo. Dentro, hacía un calor delicioso. Judith supuso que Augusta había estado allí todo el tiempo. Por qué había esperado media hora a que Judith se congelara era un misterio. Quizás estaba reuniendo el valor para hablar sobre la confesión que estaba a punto de hacer.

—Muy bien, Augusta. —Judith cruzó las manos sobre el regazo—. No tengo ni idea de por qué cree que puedo ayudar, pero siempre estoy dispuesta a escuchar.

—Tiene cierta reputación —comenzó Augusta tímidamente. Levantó la vista—. Quiero decir, una buena reputación, no me malinterprete. Es una mujer que sabe cómo hacer las cosas. Sabe cómo escuchar a la gente. Entender qué les mueve.

Judith dio un cortés asentimiento. Después del torpe cumplido, pensó que sería una grosería interrumpir con un comentario ingenioso sobre lo maravillosa oyente que era.

Augusta continuó. —Formo parte de la SPFP, la Sociedad Ferroviaria. Conocía a Herbert. Estábamos entre el grupo central que puso todo en marcha. Aunque, en realidad, era su sueño. Tenía una visión de lo que el ferrocarril podía llegar a ser. Había tenido pasión por los trenes desde pequeño. Era un sueño hecho realidad. Se podía ver en él cada día. —Sorbió por la nariz. Era demasiado oscuro para saber si sorbía por el frío o por la emoción. Después de una

breve pausa, Augusta continuó—: Le han asesinado. Eso lo sé. La policía vino a hacernos preguntas. A todos nos han aconsejado que busquemos abogados. Estoy asustada.

Esta vez el silencio se prolongó más de lo que resultaba cómodo. Una fina capa de nieve ya había vuelto opaco el parabrisas. Judith la animó.

—¿Asustada de qué, exactamente? ¿De que el asesino pueda ir a por usted?

Augusta suspiró. —De lo mal que va a quedar todo esto. Verá, creo que sé por qué asesinaron a Herbert. —Judith arqueó una ceja interrogativa. Era un gesto inútil en la oscuridad, aunque Augusta pareció captar la indirecta—. A todo el mundo le caía bien. Siempre intentaba hacer el bien, pero eso no significaba que no tuviera enemigos.

Judith asintió pensativamente. —¿Sabe quién le mató?

Augusta sacudió rápidamente la cabeza. —Oh, quiero decir, podría ser una de muchas personas, supongo, pero quien lo hizo tenía una motivación tremenda.

Judith frunció el ceño. —¿Qué tipo de motivación? —Las palabras salieron de su boca, pero ya sabía la respuesta. Solo había un puñado de cosas por las que la gente mata: amor, celos, dinero, odio, y sus opuestos absolutos.

Augusta se lamió los labios nerviosamente. —Una motivación de unos doscientos mil euros. —Esta vez, cuando encontró la mirada de Judith, no parpadeó—. Eso es lo que han robado del fondo de la Sociedad.

—¿Robado? —dijo Judith sorprendida—. ¿Han denunciado el robo a la policía?

—No. Herbert y Lloyd estaban preocupados por lo que pasaría cuando la noticia saliera a la luz. Estaban más preocupados por algunos documentos sobre terrenos. Yo nunca me involucré en la gestión práctica de las cosas.

—¿Lloyd?

—Lloyd Groves. El otro cofundador. Él y Herbert eran los únicos con acceso a la cuenta bancaria. Aparte de mí.

Judith estaba familiarizada con los extremos a los que la gente llegaba por dinero. En el pasado, ella misma había llegado a extremos inusuales. Aunque, en su caso, la violencia nunca era una opción, o al menos nunca la opción preferida.

—Está diciendo que alguien ha robado una gran cantidad de dinero. Herbert no quería ir a la policía, y aparte de los propietarios, usted era la que tenía acceso al banco. ¿Y la policía sabrá todo esto mañana?

Augusta dio un brusco asentimiento de reconocimiento. —Nuestro ordenador fue infectado por un virus. Yo fui quien hizo clic en él. Y cuando lo hice, el dinero desapareció. ¿Qué cree que pensará la policía de eso?

—Bueno, supongo que van a pensar que usted robó el dinero y mató a Herbert Holland. Pero por supuesto, estoy segura de que tiene una coartada tremendamente sólida.

El profundo silencio de Augusta respondió a esa pregunta.

Judith miró pensativamente por la ventanilla lateral mientras la nieve comenzaba a oscurecerla también.

—Supongo que lo único que debo preguntar es: ¿lo hizo usted?

Esta vez, el sonido de Augusta fue un sollozo sentido. —¡No! Por supuesto que no. Yo nunca, jamás, jamás. La Sociedad era demasiado especial. ¿Y por qué lo haría? —Aspiró un sorbo acuoso por la nariz—. ¡Soy la sospechosa obvia! ¡No sé qué hacer!

Judith observó a Augusta con curiosidad. La mujer era o bien una actriz espléndida o estaba sumida en gran desesperación. El reto estaba en distinguir cuál de las dos cosas era.

—¿Por qué debería involucrarme en esto? —reflexionó Judith pensativamente.

Augusta evitó el contacto visual. —Como dije, tiene usted reputación, y estoy bastante desesperada, señora Spears.

—Señorita —intervino Judith automáticamente.

—No tengo dinero para pagarle. Por absurdo que suene, solo puedo apelar a su buena naturaleza. Y es algo así como un misterio que podría despertar su interés.

Finalmente encontró los ojos de Judith con una sonrisa suplicante. Judith gruñó interiormente. Augusta conocía su punto

débil. Una damisela en apuros, y Judith al borde del aburrimiento. Esa era desde luego una combinación que la hacía simpática.

Judith asintió pensativamente. —Bueno, no estoy del todo segura de qué ayuda puedo ofrecer, pero puede que meta las narices por ahí. —Oyó un sollozo de Augusta, sin saber si era de alivio o de angustia. Automáticamente, alargó la mano y le apretó el manopla a Augusta en un gesto de consuelo—. Creo que el sargento Collins lleva la investigación. Es un buen hombre. No le van a confundir las pistas falsas ni los señuelos. Creo que debería contarles simplemente los hechos. Sin omitir nada. Si no ha hecho nada malo, entonces es el sargento al que necesita de su lado.

—Lo entiendo, pero es un alivio saber que le dará algo de vueltas. Estoy terriblemente asustada.

—Estoy segura de que sí —dijo Judith—. Cosas como esta dejan un sabor horrible en la boca.

Interiormente, Judith estaba encantada de tener algo que alejaría el aburrimiento, aunque sonara como un caso sencillo de robo que se había torcido. No debería ser demasiado difícil de resolver.

4

El sargento Raymond Collins estaba encantado con el retraso inesperado. Por una vez, había encontrado alegría en la falta de personal del equipo forense de la policía. El escueto equipo que habían enviado le concedió más tiempo para admirar la reluciente locomotora verde oliva. Era una fascinación infantil manifestada a tamaño real; un tren de vapor reconvertido con el que tenía que interactuar como parte de su trabajo. La experiencia de ensueño, sin embargo, quedaba empañada por el cadáver. Pero era casi perfecta.

Afortunadamente, el fallecido había sido retirado, pero debido a la enorme escena del crimen, los forenses tenían que registrar meticulosamente la vía y el bosque circundante centímetro a centímetro en busca de cualquier microscópica pieza de evidencia, y eso llevaba una cantidad enorme de tiempo. Collins estaba sentado en los peldaños del motor, con los pies colgando por el borde mientras rememoraba sus ambiciones de infancia. Conductor de tren había sido una de ellas. Junto con astronauta y explorador. Pensando en ello, nunca había anhelado ser detective de policía y ahora, a principios de sus cincuenta, era sargento detective. ¿Cómo había ocurrido eso? Se rascó la barba incipiente que, como el resto de su cabello, había ido perdiendo su brillo marrón oscuro, y ahora estaba siendo invadida por un pelotón de folículos gris claro marchando al paso del tiempo.

A cincuenta metros por la vía, agentes forenses con monos blancos peinaban meticulosamente la zona, inspeccionando cada bulto y piedra en busca de posibles pistas. Sus monos de una pieza casi se confundían con la helada mañana. El aire frío cortaba la respiración, pero a Collins no le importaba, envuelto como estaba en un grueso forro polar verde oscuro, mientras reflexionaba sobre el misterio que se iba desarrollando.

La agente Eastly le saludó animadamente. —Buenos días, sargento. —Le tendió una taza de plástico de café termos que había recordado traer de casa.

—Buenos días, Eastly. Un día espléndido, ¿verdad?

Eastly se estremeció, apretándose la bufanda. —Para la víctima no, jefe. ¿Cuánto tiempo más cree que tardarán? —preguntó, asintiendo hacia el equipo forense.

—Un par de horas más, sospecho. —La alegría de Collins era evidente.

—Ya he organizado con la Sociedad Ferroviaria las entrevistas preliminares. Realmente deberíamos estar los dos allí. —No estaba segura de si la había oído, ya que miraba soñadoramente al infinito. Eastly tosió bruscamente para captar su atención—. Red Ferroviaria también ha preguntado por la retirada del motor. Son muy insistentes.

El sargento Collins soltó un rápido resoplido de desaprobación. El tramo de vía rara vez se usaba, excepto por el tráfico de mercancías ocasional, así que no veía a qué venía tanto alboroto. Siempre le había gustado la línea cuando serpenteaba por el condado. A pesar de considerarse a sí mismo un hombre urbano moderno, una pequeña parte reprimida de él pensaba que añadía encanto a la zona.

—Vaya desastre —comentó Eastly, con la mirada atraída hacia el horno del motor. Las escenas del crimen macabras normalmente no le afectaban, al menos las que había visto en televisión y en los vídeos de entrenamiento, pero esta era obra de una mente particularmente despiadada. Sus ojos se deslizaron por el motor, con la escarcha brillando sobre él. Los trenes nunca le habían intrigado; su exposición infantil se limitaba a unos pocos episodios de Thomas

y sus amigos. De adolescente, las motos le habían captado el interés, y había conseguido convencer a su madre de que la dejara probar el motocross. Esa aventura había durado un par de meses antes de que se cayera y se rompiera el brazo, lo que provocó una prohibición inmediata de sus padres. Ahora, de adulta, a menudo cavilaba que podría ser un interés divertido de retomar, especialmente si ayudaba a encontrar al mítico hombre adecuado.

Se había cansado de la tediosa escena de las citas en línea y se sentía atrapada en un bucle de decepciones. Se preguntaba si sus altos estándares eran la causa, aunque no podía dejar de reconocer el hecho de que vivir en Fulton, que presumía de un único cine y un nuevo Nando's al que se negaba a ir sola, difícilmente se comparaba con la exótica capital cultural donde imaginaba que acechaba el hombre de sus sueños. Y siendo honesta consigo misma, sus estándares no eran realmente tan altos. Tomemos a Keith Lumley como ejemplo. El listón había estado prácticamente inexistente cuando se trataba de ese desastre de cita.

—Meter el cuerpo en el horno requería mucha fuerza —dijo Collins con gravedad—. Y de cabeza, además. Habría opuesto mucha resistencia, quiero decir, las manos contra la caldera, para empezar. Resistiendo meter la cabeza en el fuego. Las piernas pateando. Me imagino que habría sido tremendamente ruidoso.

—Estamos en mitad de ninguna parte. ¿Quién lo oiría?

—¿Senderistas? ¿Paseadores de perros? Deberíamos hacer un llamamiento.

—En nuestro trabajo, los paseadores de perros son el quinto servicio de emergencias.

—La víctima puede haber sido drogada, o inconsciente, o incluso muerta antes de entrar.

—¿Víctima? Ha estado viendo demasiada tele, Eastly. —Tomó un sorbo de café pensativamente—. O había más de un atacante.

—Asumiendo que era el maquinista, y hasta ahora hemos tenido dificultades para encontrar a alguien en el condado que pueda mover uno de estos ingenios, eso indica que debió de ser asesinado justo después de que el tren se detuviera aquí.

—¿Una discusión quizás? —dijo el sargento Collins.

—Una tan acalorada que le hizo parar el tren en seco. Literalmente en este caso. Luego le dieron un golpe, y el asesino intentó deshacerse del cuerpo en el horno —concluyó Sarah.

—Bueno, es una línea definitiva de investigación. Una que creo que debería ciertamente seguir durante las entrevistas.

—Que yo siga —dijo Sarah—. Ese es su papel, sin duda.

Por un lado, sabía que su jefe intentaba pasarle el muerto, ya que no había ocultado que prefería estar fuera jugando con un tren antes que tomando declaraciones. Pero por otro, Eastly sintió un escalofrío de responsabilidad. Como simple agente, era su deber hacer el trabajo de campo, y el camino hacia el ascenso era largo. Aunque ella y Collins tenían un historial respetable en el poco tiempo que llevaban juntos, un poco de responsabilidad extra siempre quedaría bien en su currículum cuando llegara el momento de trasladarse a un cuerpo con menos vacas y vecinos cotillas, y muchos más hombres jóvenes atractivos.

—¿Le gustaría que yo hiciera las entrevistas mientras usted supervisa la escena del crimen?

Una amplia sonrisa se extendió por la cara del sargento Raymond Collins. —Bien deducido, detective. Sería maravilloso.

La agente detective Eastly experimentó un escalofrío de poder cuando requisó el pequeño salón municipal de Little Pickton. El edificio de entramado de madera y adobe se alzaba entre la iglesia y la biblioteca y ofrecía el espacio justo, mesas y sillas de plástico para el ocasional bingo o investigación policial por asesinato. Un agente uniformado llamado Kevin, cuyas mejillas marcadas por el acné advertían a Sarah de que probablemente era demasiado joven para ella, ayudó a montar media docena de sillas en arco alrededor de una mesa con una pata coja. Se procuró una taza de té del cuarto común y se sentó mientras la Sociedad Ferroviaria entraba.

Guiándolos estaba un hombre alto y esbelto con gafas redondas y una mata de pelo gris que parecía como si acabara de levantarse de la cama, pero estaba meticulosamente peinado. Su cara delgada estaba moldeada por atractivas arrugas de expresión. Eastly no se

sorprendería si se hubiera modelado a sí mismo en Hugh Grant. Mediante una breve gira previa por el sitio web de la Sociedad Ferroviaria, Eastly le identificó como Lloyd Groves, el carismático copresidente de la Sociedad. Sus ojos estaban clavados en el suelo, y mantenía el semblante de un alma atormentada, o de alguien que se había comido una guindilla de más.

Guiaba al grupo como un pastor. Detrás de él venía Dawn Sanders. A diferencia del preocupado Lloyd Groves, ella sonrió y ladeó agradablemente la cabeza hacia Eastly. Era una mujer pequeña y rechoncha de finales de los treinta, con el pelo negro en bob. Llevaba monos encima de una camiseta roja de manga larga en la que dibujos animados de gatos asomaban por encima del denim, y se abrió paso a zancadas por el suelo con brillantes botas Doc Marten. Estaba enfrascada en una conversación en voz baja con otro hombre aproximadamente de la misma edad. Tenía una cara amplia y con barba incipiente y los ojos enrojecidos por falta de sueño. Su pelo corto y despeinado no había visto un peine en semanas y las uñas visiblemente sucias insinuaban un aspecto rudo. El nombre le vino a Eastly momentos después: Derek Rivan. Sus ojos estaban clavados en el suelo, solo una vez echando una mirada a las sillas pero evitando deliberadamente a la agente Sarah Eastly.

Augusta entró a continuación, y Eastly no pudo evitar notar la mirada oscura que le lanzó a la mujer detrás de ella mientras se disputaban un asiento. Augusta se aseguró de sentarse junto a Derek. La última mujer, Barbara Dixon, tenía una apariencia etérea, con los ojos enormes detrás de unas gafas redondas de montura negra. Su largo cabello rizado castaño estaba recogido en una cola apretada y tenía destellos de blanco. Tenía el tipo de cara de la que era imposible adivinar la edad con exactitud. Quizás al final de los treinta, pero se comportaba como una hippie de cuarenta y tantos. Transmitía un aire de dignidad y apenas reaccionó ante la silenciosa provocación de Augusta.

El último de la fila era un hombre paquistaní pequeño y de complexión delgada, James Wani, a quien Eastly pensó que iba impecablemente vestido para ser un ingeniero. Llevaba vaqueros azules y una camiseta blanca de Ralph Lauren impecable. Sus

zapatos Oxford negros habían sido lustrados a la perfección, y Eastly observó que los tacones eran elevados. Tomó la habitación con calma y fue el único que habló directamente y con cortesía a Eastly y al agente antes de tomar asiento.

—Buenas tardes —dijo con un marcado acento escocés.

Eastly dejó que el suave chirrido de las patas de las sillas metálicas sobre el suelo de parqué siguiera su curso antes de ponerse de pie para dirigirse a ellos. Sonrió, pensando que una cálida introducción le granjeará el afecto del grupo, pero rápidamente se corrigió al darse cuenta de que un alegre anuncio sobre su colega asesinado podría no ser el mejor comienzo. Justo cuando inhaló para hablar, la puerta crujió al abrirse, y Judith Spears entró. Aunque Sarah no recordaba que Judith fuera parte de la Sociedad Ferroviaria, no se sorprendería, teniendo en cuenta los sitios a los que Judith normalmente se las arreglaba para infiltrarse.

Judith le dedicó una sonrisa agradable a la agente Eastly, luego tomó una silla del lateral y la colocó junto al agente uniformado. Él le lanzó una mirada lateral curiosa pero no dijo nada mientras ella se instalaba en su asiento. Sarah reprimió otra sonrisa, reconociendo interiormente que la manera en que Judith se había posicionado frente al grupo daba a entender que estaba oficialmente involucrada en la investigación.

Sarah comenzó. —Damas y caballeros, gracias por venir. Sé que todos han oído la noticia sobre Herbert Holland. Es mi triste deber confirmar que ha sido encontrado muerto.

—¿Fue un asesinato? —intervino Lloyd Groves en un tono brusco y cortante.

Sarah dudó y luego asintió. —En esta fase sospechamos que hubo juego sucio, pero esta es una investigación en desarrollo. Solo los aquí presentes lo sabemos. —Miró a Judith en silenciosa advertencia—. Así que necesitamos mantener eso en confidencia y recordar no hablar con nadie fuera de esta sala, especialmente no con la prensa ni con miembros de la familia.

El anuncio provocó suspiros de desesperación entre los miembros de la Sociedad Ferroviaria. James y Barbara sollozaron en voz alta,

casi al unísono. Sarah captó la mirada que Augusta le lanzó a Judith con un gesto de reconocimiento que Judith ignoró resueltamente.

James Wani se puso de pie bruscamente, derribando la silla hacia atrás, que chirriando cruzó el suelo. —¿Quién lo hizo? ¿Por qué le asesinaron?

—Por el amor de Dios, James —gruñó Lloyd entre dientes.

Sarah levantó los brazos para indicarle que se sentara. —Todo a su tiempo, señor. La investigación acaba de comenzar, y estamos reuniendo piezas. James Wani, ¿verdad? —Él emitió un gruñido sobresaltado, claramente alarmado de que supiera su nombre. Rápidamente volvió a poner la silla en su sitio y se sentó, cruzando los brazos firmemente sobre el pecho. Lanzó una mirada oscura a los demás.

—Sé que es un momento difícil y las emociones están a flor de piel —dijo Sarah, ordenando sus pensamientos—. Cada uno de ustedes prestará declaración por separado. Cuéntenme todo, sin importar cuán irrelevante les parezca, para que podamos empezar a procesar la información juntos.

Lloyd Groves medio levantó la mano para llamar la atención de Sarah, pero empezó a hablar antes de que ella pudiera darle pie. —¿No deberíamos tener un abogado presente para esto?

Sarah vaciló y se encogió suavemente de hombros. —Por supuesto, esa es su prerrogativa, señor. Si se siente incómodo y necesita la presencia de asesoramiento jurídico simplemente para contarme que estaba en el bar anoche, hágalo por favor.

Las miradas recorrieron el grupo, pero en su mayoría evitaban el contacto visual. Sarah forzó su expresión en lo que esperaba fuera un gesto tranquilizador.

—Son solo preguntas preliminares sobre dónde estaban y sus roles dentro de la Sociedad. Le aseguro que no es nada incómodo. Estoy aquí para intentar ofrecer la tranquilidad de que estamos haciendo todo lo posible para investigar este terrible suceso. También tengo muchas preguntas técnicas generales, como quién del grupo puede conducir un tren.

Derek soltó una risotada burlona, luego se contuvo con vergüenza. —No se conduce un motor de tren, guapa; se maneja. Y

es una locomotora.

Sarah respondió con una sonrisa suave. —Exactamente la razón por la que necesito expertos como usted. Verá, Herbert fue encontrado solo en el tren. —Se abstuvo de revelar detalles gráficos sobre su estado—. Perdón, en la locomotora, que había parado a mitad de la vía. ¿Estoy en lo correcto al asumir que conducir el tren es una operación para dos personas? —Un gesto de asentimiento de Derek lo confirmó. Nadie más reaccionó, sus caras pétreas no revelaban nada. ¿Era shock? ¿Ignorancia? ¿O algo más?—. Supongo que todos saben cómo manejar la locomotora.

Eso recibió una risa brusca de Dawn. —Yo no.

—¿De verdad? ¿Cuál es su papel dentro de la Sociedad?

La voz de Dawn subió con un entusiasmo que le recordó a Sarah a la insoportable niña sabelotodo del colegio que respondía a cada pregunta para ganarse la aprobación del profesor. —Soy fundamental en la recaudación de fondos y la organización de actividades.

La sala cayó en silencio. Sin nada más que viniera a continuación, la agente Eastly les dirigió hacia una puerta en el rincón de la sala.

—No duden en preguntarme cualquier cosa que tengan en mente mientras les llevo aparte. —Gesticuló hacia la puerta en el rincón de la sala—. Podemos tener una conversación privada en mi despacho.

Derek sonrió con suficiencia. —¿Se refiere al despacho del conserje?

—Que, por ahora, he requisado para fines de entrevista —dijo Eastly secamente—. No se preocupe. No será nada demasiado exigente. Puede ser el primero. —Se complació en ver desaparecer la sonrisa de Derek—. Los demás quédense aquí. —Señaló al agente uniformado—. Si necesitan algo, por favor díganle a este joven agente. Estará encantado de ayudar.

Tardó veinticinco minutos en procesar a todos. Principalmente recogió sus datos personales y cotejó sus caras con el impreso de personal que había tomado de su sitio web. Nadie estaba de humor para charlar mientras recapitulaban sus movimientos de las últimas veinticuatro horas. Los detalles llegaban con respuestas de mínimas

sílabas. La detective tuvo cuidado de no asustar a nadie, por lo que con tacto planteó una pregunta inocente sobre hasta qué punto conocían al fallecido. Las respuestas se hacían eco de un sentimiento similar:

Buena persona. Un cofundador respetado, junto con Lloyd Groves. Se le echará mucho de menos. No me puedo creer que se haya ido. ¿Quién haría algo así?

Todo era material estándar que la dejaba preguntándose cuánto habían hablado entre sí antes de llegar al salón. Los miembros de la Sociedad finalmente salieron en tropel del edificio, dejando a Eastly libre para hablar con Judith. Estaba a punto de hacerlo cuando notó que el agente seguía merodeando como un sabueso entusiasta.

—¿Puedo hacer algo más por usted, agente? —preguntó con entusiasmo.

Eastly vaciló, bastante cautivada por su sonrisa, antes de volver al momento.

—¿Qué tal poner las sillas y la mesa donde las encontramos?

El agente se puso manos a la obra con un entusiasmo excesivo para una tarea tan mundana. Incluso silbó alegremente y le echó alguna que otra mirada furtiva a Sarah.

—Espero no haberte molestado al quedarme —dijo Judith con una humildad poco característica en ella.

—¿Mmm?

—Espero no haberte molestado al quedarme con el señor Trasero de Acero —repitió, devolviendo la mirada de Eastly del trasero del agente.

—En absoluto. No sabía que eras miembro de la Sociedad Ferroviaria.

—Una miembro muy reciente —dijo Judith—. Desde hace unas dos horas, supongo. Ni siquiera tengo mi carnet o mi trencito de regalo. ¿Qué le pasó exactamente a Herbert?

La agente Eastly se estremeció involuntariamente. —Fue horrible. Le metieron de cabeza en el horno de su propio motor. Mientras aún estaba a plena potencia.

Judith intentó no imaginar cómo quedaría aquello. —Eso es un acto bastante violento.

—Para ese grupito —coincidió Eastly, asintiendo hacia el aparcamiento exterior.

Judith fue pensativa. —Supongo que individualmente sería todo un esfuerzo. Me imagino que requeriría bastante músculo. —Captó la rápida mirada de Eastly hacia el agente Kevin mientras sus musculosos brazos se flexionaban al levantar una pila de sillas—. ¿Y qué piensas de ellos?

—Muy bien. —El soñador tono de Eastly se cortó cuando se dio cuenta de que Judith señalaba hacia el aparcamiento. Torció el gesto —. No estoy segura. Había tensión en la sala. No el despliegue masivo de duelo que esperaba. Supongo que los conocerás.

Judith sacudió la cabeza. —Ya me conoces, me gusta mantenerme para mí. He visto a la mayoría de ellos por el pueblo. Uno tiende a ver las mismas caras semanalmente. Y por supuesto, Herbert y Lloyd son, eran, prácticamente la cara de la Sociedad. Aunque Herbert rehuyera la publicidad.

Sarah comprobó que tenía el teléfono y las notas y empezó a caminar hacia la puerta, con Judith manteniéndose a su lado. —¿Cómo se comportaron mientras yo estaba en las entrevistas?

—Sorprendentemente callados —dijo Judith—. Se dijeron poco mutuamente. Raro para un grupo tan unido. Se sentía como si todo lo que necesitaba decirse se hubiera dicho en otro lugar. Lloyd Groves parecía en estado de shock.

—Oh, yo pensé que era arrogante.

—Para la mayoría de los hombres, estar en shock da la impresión de ser arrogancia. Como cuando se dan cuenta de que están equivocados. Lo cual nunca admiten, por supuesto.

Sarah sostuvo la puerta del salón para que Judith pasara, y salieron al gélido aire nocturno. El último del grupo salía del aparcamiento en un destartalado Volkswagen Escarabajo blanco, pero estaba demasiado oscuro dentro para distinguir quién era. Los demás ya habían hecho una rápida salida.

Sarah emitió un pensativo zumbido. —Tampoco muy ansiosos de quedarse por aquí.

—Coincidimos en que hay tensiones dentro del grupo —reflexionó Judith—. Si son las circunstancias actuales o disputas en

curso, quién sabe. ¿Has tenido ocasión todavía de ahondar en la propia Sociedad?

Sarah sacudió la cabeza. —La escena del crimen nos ha ocupado todo el tiempo.

—Estoy segura de que el sargento Collins lo está pasando en grande jugando con el tren. —Captó la mirada de Sarah—. Su ausencia se nota. Los chicos y sus juguetes. Apuesto a que ni siquiera se ha tomado el tiempo de visitar la casa del fallecido, ¿verdad? —Sarah vaciló y sacudió la cabeza. Judith se encogió de hombros—. Quiero decir, ese sería el primer sitio al que yo habría ido. Pero claro, yo nunca he tenido un tren de verdad con el que jugar. Me imagino que puede ser de lo más divertido.

Los ojos de Sarah se entornaron. —Ese sería el siguiente paso lógico, ¿verdad?

—Por supuesto. Qué lástima que el encantador sargento no esté disponible para enseñarnos a los simples mortales cómo se hace.

Debidamente irritada por el comentario, Sarah soltó un resoplido indignado que expulsó una columna de vapor de su nariz como un toro de dibujos animados enfadado.

—Bueno, él no está aquí, ¿verdad? —dijo con firmeza—. Y alguien tiene que hacerlo.

5

La residencia de Herbert Holland era una ordenada casa adosada encajada en la esquina sureste de Little Pickton. Aquí, arcos de robles centenarios abrazaban una amplia avenida de casas eduardianas. La agente Sarah Eastly y Judith Spears llegaron solo para descubrir que Herbert vivía solo, así que no había nadie que les permitiera entrar en la propiedad. Normalmente, el acceso requeriría una larga y tediosa espera de un cerrajero que viniera a abrir la puerta.

Afortunadamente, los agentes ordinarios se habían topado con el mismo problema antes ese mismo día cuando habían venido a informar a cualquier familiar cercano sobre su muerte. Ya habían conseguido acceso al inmueble y encontrado una llave de repuesto. Por suerte, alguien tuvo la presencia de ánimo de asegurarse de que permaneciera en custodia policial y pronto llegó a las manos de Eastly.

Dentro, el pasillo y el salón delantero eran pulcros y ordenados, decorados con un animado papel de pared rojo que Judith nunca se plantearía en su conservadora casita, pero que aquí de algún modo funcionaba y no convertía la casa en un animado burdel. El pequeño salón tenía un gran televisor atornillado a la pared, un sofá de Ikea tan firme que hacía llorar los ojos, y una mesa de centro atestada de revistas: principalmente orientadas al ferrocarril, el ejemplar de El

País del domingo anterior, lo que llevó a Judith a remarcar cuánto le sorprendía que la gente todavía comprara periódicos, y una revista de Motor. Igualmente, la cocina estaba impoluta. Herbert Holland evidentemente valoraba la higiene personal. Tenía el inconfundible aire de un piso de soltero.

Eastly golpeó suavemente una foto sujeta a la puerta del frigorífico por un imán de la Ferrovia Ffestiniog. Herbert Holland y otros dos hombres sonriendo frente a una estación de telesilla en Baqueira-Beret, sonriendo mientras disfrutaban de un momento de vida.

Judith sintió un pinchazo de tristeza por lo que el hombre se había visto obligado a dejar atrás. La Sociedad Ferroviaria había sido el foco de su pasión, convirtiendo lo que para cualquier otro sería una afición en un trabajo a tiempo completo.

—Al parecer, Lloyd Groves ganó mucho dinero trabajando en la ciudad, un broker o algo así. Su familia solía ser de la buena sociedad terrateniente, pero fueron perdiendo la mayor parte con los años. Sin embargo, hizo bastante dinero y se mudó aquí para empezar una vida nueva alejado de todo. Fue entonces cuando conoció a Herbert, y la Sociedad se forjó. También es a causa de la Sociedad que se divorció. Al parecer, es un adicto al trabajo.

Judith asintió con sabiduría. Podía identificarse con eso. Su propio turbio pasado la había llevado por todo el mundo. Incluyendo de Madrid a Escocia y finalmente aquí, en el medio de la nada. Little Pickton era un lugar donde la gente se instalaba cuando dejaba de prestar atención al resto del mundo. O quería que el mundo la olvidara.

La agente Eastly empujó las puertas de cristal que daban al comedor. Mientras que el resto de la casa era inmaculado, esta habitación había sido transformada en una enorme maqueta de tren. Una mesa de cartón yeso construida a mano llenaba la mayor parte de la habitación con solo un estrecho espacio alrededor de los bordes para acceder. Encima de ella, Holland había construido un diorama en miniatura de gran detalle en escala Hornby.

—¡Caramba! —dijo Judith, apreciando el artesanado de la maqueta a pequeña escala que incluía una detallada estación de

pueblo en miniatura con varias figuras de plástico y un perro, un paso a nivel con barreras que funcionaban, un viaducto con agua real, un complejo empalme de vías, y media docena de trenes y vagones variados.

Sarah soltó un resoplido. —Ah, también era un friki. —Su historial de proyectos fallidos de novios estaba matizado por hombres que se negaban a crecer y todavía coleccionaban maquetas, juguetes y, Dios no lo quiera, Lego. Incluso personas educadas de treinta y cuarenta años. Sospechaba que había algo en el agua que impedía a tales hombres madurar, pero fuera lo que fuera, le sacaba de quicio.

Judith se agachó, poniendo su línea de visión al nivel del paisaje en miniatura. Cerró un ojo e imaginó ser una cámara de cine deslizándose sobre un plató. Incluso de tan cerca, la atención al detalle era bastante exquisita, y no pudo evitar sentirse impresionada.

Eastly no era tan entusiasta. —Así que estamos tratando con un Peter Pan que se negó a crecer, construyó su propia maqueta de tren en el cuarto trasero. Recaudó un montón de dinero para poder salir y comprarse su propia versión a tamaño real. Bien. Interesante. ¿Quién querría matar a un friki tan inofensivo?

Judith lideró el camino escaleras arriba para ver qué más arrojaría luz sobre la trágicamente corta vida de Herbert Holland. Su dormitorio estaba perfectamente ordenado. Incluso la cama estaba hecha, lo que desconcertó a Judith. ¿Quién se despierta por la mañana y su primer pensamiento es perder el tiempo arreglando las sábanas? Seguramente el día de uno tenía más promesa que simplemente la atracción de volver a la cama. Para ella, ese comportamiento recordaba a alguien con tendencias obsesivo-compulsivas. Había un baño compacto, una pequeña habitación libre que había sido convertida en un despacho lleno de papeleo, archivadores de cajas, correo abierto, un ordenador apagado, y estantes que crujían bajo el peso de literatura sobre ferrocarriles de todo el mundo. Un par de facturas impresas de una empresa de alojamiento web llamada Go Daddy estaban clavadas en la pared esperando una atención adicional que nunca llegaría. Estaba el obligatorio calendario temático ferroviario, con la triste visión de

fechas futuras rellenadas con citas y sueños que ya no se cumplirían. Judith intentó alejar la melancolía. Algo en la muerte de Herbert la había tocado.

Un tablón de anuncios contenía el mantenimiento programado para diferentes partes de la locomotora, que incluía un mosaico de fotografías que mostraban a los miembros del equipo radiantes tomadas de los primeros días de apertura de la línea. Judith no pudo evitar notar que todos los miembros parecían felices de manera desbordante, como si estuvieran viviendo el mejor momento de sus vidas. Muy lejos de las caras pálidas que había conocido apenas una hora antes.

Judith no se sorprendió de encontrar que un segundo dormitorio también había sido convertido en un enorme diorama de tren, aunque este todavía tenía tramos de vía apilados, listos para ser tendidos para que el servicio pudiera ponerse en marcha.

—Qué útil ha sido esto —dijo Sarah sarcásticamente—. No puedo imaginar por qué Raymond no quería estar aquí.

—Puede haber cosas de interés aquí —dijo Judith, volviendo a entrar en el despacho, y consciente de las irregularidades financieras que Augusta había mencionado. Había dicho que la Sociedad se gestionaba desde su oficina oficial al borde del pueblo, en la antigua Estación de Little Pickton que habían renovado. Escudriñó los archivadores y las montañas de papeleo, sabiendo que alguien tendría que abrirse paso entre las pruebas, pero le disgustaba hacerlo ella misma e igualmente le desagradaba depender de un agente de policía que podría no tener el perspicacia para saber lo que está buscando. No es que Judith lo supiera tampoco, pero estaba segura de que sabría que algo era importante cuando tropezara con ello—. ¿Quizás deberíamos echar un vistazo a la oficina de la Sociedad?

—Eso está fuera de límites por ahora. Una vez que los de la Científica terminen con el motor, se dirigen allí. —Sarah captó la mirada inquisitiva de Judith—. Significa el equipo de la Policía Científica.

Judith emitió un brusco chasquido de lengua. —Ya lo sé. Supongo que simplemente nos sentamos y esperamos entonces. —

Judith captó la extraña mirada de la agente Eastly—. ¿Algo va mal, querida?

—Era su hábil uso de la palabra «nos» en esa frase. La invité porque tiene una mente poco convencional, y lo digo de manera mucho más halagadora que cuando lo dice el jefe.

—Gracias.

—Y el hecho de que se presentara sin invitación a la reunión me hizo sentir un poco presionada a traerla aquí.

—Nunca es sabio presionar a una detective de policía.

—¿Hay algo que no me esté diciendo?

—Por supuesto —dijo Judith alegremente. Sus cejas se alzaron de manera provocativa con cada movimiento vacilante de los labios de Eastly, pero la pregunta directa nunca llegó. Algunas preguntas era mejor no hacerlas porque el dolor de cabeza resultante no valía la pena.

—Bien —dijo Eastly, algo desanimada mientras miraba su teléfono—. Pues eso es todo. Oh, los forenses han terminado con el tren, y lo trasladarán mañana por la mañana. Parece que puede que tengamos algunas respuestas cuando se pongan con esto entonces.

—Estupendo. Cualquier ayuda que pueda ser...

—Me aseguraré de transmitírselo al sargento. Aunque puedo ahorrar tiempo transmitiéndole ahora sus comentarios, que serán: «aléjese, por Dios, por favor no meta las narices y déjeme jugar con mi tren solo».

—Tomado nota —dijo Judith mientras calculaba a qué hora necesitaba despertarse para llegar a la escena del crimen antes de que se alejara resoplando.

El gélido aire de la madrugada habría congelado a Judith hasta la médula si no se hubiera abrigado con tantas capas que podría hacer una imitación convincente del Hombre de Michelín. Sus voluminosas botas de agua negras hacían conducir algo difícil, pero los calcetines de doble capa mantenían los dedos de los pies calientes. Los vaqueros y el crujiente plumífero le daban volumen, y mantenía la boina en su sitio, doblando la tela sobre las orejas.

Pasó por la tenue cinta policial del agente Barry y aparcó su Clio detrás de un seto en el vacío aparcamiento del bosque, y caminó a buen paso hasta el tren de vapor. Sabía que los recursos policiales estaban estirados, pero aparte de más desmayadas cintas de plástico azul cruzando la elevada entrada del tren, no había ninguna otra protección. Suponía que eso era justificación suficiente de que la policía había terminado con la escena del crimen y ahora era terreno libre.

El motor estaba cubierto por una capa de escarcha que captaba la temprana luz dorada. Había pasado la noche anterior en el portátil, investigando la Sociedad. Habían comprado el locomotor de vapor cuando era un montón de chatarra oxidada en el norte de Gales. El motor Ivatt Clase 2, construido por el Ferrocarril de Londres, Midland y Escocés en 1947, había sido un habitual caballo de batalla en su tiempo. Había hecho falta una generosa subvención de la Lotería Nacional para restaurarlo, con casi cada pieza reemplazada. Una tarea más difícil porque ya nadie los fabricaba. Derek Rivan había supervisado la mayor restauración estructural del vagón, mientras que James Wani había buscado artesanos para los detalles más finos y las piezas de precisión del motor.

Judith trepó por la escalerilla hasta la cabina. Era exactamente como se la imaginaba, con tuberías y palancas atornilladas a la caldera y tres grandes diales atornillados a la pared. Una emprendedora araña ya había tejido una tela entre algunas de las palancas y manómetros. La compuerta del horno estaba abierta, y el cuerpo había sido afortunadamente retirado. Detrás de ella, la pequeña tolva estaba llena de carbón, al que se accedía por una pequeña escotilla desde la cabina. Algo de carbón se había derramado por el suelo. Experimentalmente toqueteó algunas palancas. Estaban bien engrasadas y se movían con facilidad. El espacio en el suelo costaría darle a tres personas mucho margen de maniobra, así que imaginó que una pelea entre dos personas sería un asunto limitado.

—No tiene botón de encendido y apagado. —La voz del sargento Raymond Collins la hizo saltar. Judith había estado tan absorta en sus pensamientos que no había oído llegar al detective, acompañado

de un hombre con una gruesa chaqueta de obrero y una bufanda enrollada tan apretadamente alrededor de la cara que solo se veían sus ojos y su larga barba gris. Usaba una pala como bastón. Collins se adelantó para unirse a ella en la cabina—. Diría que no esperaba verla aquí, excepto que no soy un mentiroso muy bueno. Esta sigue siendo una escena activa del crimen policial.

Judith fingió inocencia. —¿De verdad? ¿Cómo iba yo a saberlo?

Collins señaló la cinta policial. —Lo dice justo aquí.

—En realidad, todo lo que dice es policía, una y otra vez. ¿Y la escena del crimen es solo esto? —Judith gesticuló hacia el tren—. ¿O el bosque entero?

Era demasiado temprano para discutir con Collins, especialmente con Judith. Era más fácil aceptarla como una adición temporal al equipo. Judith se apartó hacia el rincón mientras el barbudo ingeniero subía a bordo.

—Este es Howard. Sabe cómo arrancar esta belleza. Supongo que si le pido que se vaya, empezará a hablar y no parará hasta que ceda.

—En efecto.

Collins hinchó las mejillas, luego se giró hacia Howard. —Es toda suya. El motor, me refiero, no esta entrometida.

Howard habló con un marcado acento del suroeste mientras usaba la pala para indicar a Collins y a Judith que se echaran atrás. —Necesito un poco de espacio en el escalón. Se pone un poco apretado. —Se arrodilló para examinar el interior del horno, usando una linterna para iluminar la oscuridad—. El fuego está limpio.

—Todo fue al laboratorio —dijo Collins.

Howard asintió. —Eso ayuda. Necesito un buen fuego limpio para arrancar. Sin escorias ahí dentro. —Golpeó una tubería para comprobar los niveles de agua del depósito y pareció satisfecho. Hecho eso, Howard hundió la pala en el carbón y lo colocó cuidadosamente en el horno.

—¿Tomando nota? —murmuró Collins en voz baja a Judith.

Vieron cómo Howard colocaba cuatro troncos de madera sobre la cama de carbón. Luego colocó un trapo en la pala, lo roció con un pequeño recipiente de parafina, y lo arrojó al horno. Encendiendo

una cerilla de cocina grande contra la caldera, la arrojó al montón. Prendió de inmediato. Cerró la puerta, asegurando firmemente el pestillo.

—Bien. Eso se calentará estupendamente. Voy a revisar la caja de humos. —Tarareando para sí mismo, bajó por la escalerilla y se dirigió a la parte delantera del motor.

—Emocionante —dijo Judith, frotándose las manos con delgados guantes de lana para calentarse.

—¡Estoy emocionado! ¡Estaremos en marcha para el final del día!

Judith le lanzó una mirada. —¿Para el final del día?

—Él solo es el fogonero. Su trabajo es preparar el motor. Necesita calentarse para esta tarde, cuando llegue el maquinista. —No había manera de disimular el deleite en su voz mientras reaccionaba ante la expresión decepcionada de Judith—. Sí, podría haberse quedado en la cama en lugar de andar merodeando de madrugada. No pueden simplemente encenderlo y salir. Esto es un arte.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad?

El sargento Collins se frotó las manos. —Muchísimo, Judith. Muchísimo.

6

Si había algo de lo que Judith Spears se enorgullecía, era de su astucia para entender a las personas metiéndose bajo su piel, racionalizando su comportamiento y deduciendo sus motivos, por reprobables que fueran. En el salón municipal de Little Pickton, había observado en silencio cómo se comportaban entre sí los miembros de la Sociedad Ferroviaria. Desde fuera, proyectaban la imagen de un triste grupo de colegas intentando sobrellevar un terrible asesinato. Estaba segura de que eso era lo que veía la agente Eastly.

Sin embargo, Judith estaba presenciando una actuación completamente diferente. Una tensión sobrevolaba el grupo, alimentada por la pasivo-agresividad, el resentimiento, la amargura y el engaño descarado. Eran todas emociones de personas que se conocían lo suficientemente bien como para superar el mero estatus de colegas. ¿Ex amigos? ¿Amantes? Era evidente en cada mirada, o más bien, en las no-miradas cuando la gente se negaba a hacer contacto visual; el fruncimiento de un labio, la tensión en el cuello de alguien, e incluso en la manera en que habían entrado al salón. Quién se sentaba junto a quién, y cómo salían, todo decía mucho. La comunicación no verbal era, irónicamente, el corazón de todo lo que decíamos. O más exactamente, de todo lo que queríamos decir.

Si era capaz de ayudar a Augusta, necesitaba saber más sobre el funcionamiento interno de los miembros de la Sociedad. Podía preguntarle directamente a Augusta, pero la narración estaría muy sesgada, y si no sabía quién era el culpable, también sería de poca ayuda. Herbert había sido cercano a Lloyd Groves ya que los dos hombres habían formado la Sociedad, pero dada su arrogancia, sería un hueso duro de roer.

Fue primero a por los objetivos más blandos. Ese sería el más emocionalmente inestable del grupo, Barbara Dixon. Observando la entrevista de la agente Eastly, Judith había quedado intrigada por el comportamiento de Barbara Dixon. Era una mujer que claramente estaba fuera de su elemento, y la muerte de Herbert Holland la había afectado profundamente. Había estado sentada a lo largo de todo el proceso de entrevista con las manos metidas fuertemente entre las piernas, que las apretaban en una postura defensiva que le recordó a Judith a una ardilla intentando hacerse la muerta. De cerca, el largo cabello rizado y casi plateado de Barbara no parecía envejecerla; si acaso, añadía un aura intrigantemente juvenil y etérea a su alrededor. Un rasgo algo realzado por sus redondas gafas de montura de carey.

Barbara no era difícil de localizar en el pueblo. A partir de una descripción aproximada, el hombre de la oficina de correos supo inmediatamente de quién hablaba Judith. La noción de discreción con el cliente claramente aún no había llegado a Little Pickton, ya que le contó a Judith sobre los abultados paquetes que Barbara recibía regularmente de todo el mundo. Residía en una casita similar a la de Judith, pero en el lado sur del pueblo. Judith no era aficionada a la jardinería, y prefería verla en televisión antes que practicarla ella misma, pero se esforzaba al menos en dar un aire de civilidad a su propiedad. Barbara había optado por la dirección contraria. Su jardín era una maraña silvestre y descontrolada, lo que llamaba la atención sobre él. Aunque esa atención gritaba «¡prohibido el paso!»

Conduciendo para visitar a Barbara, Judith reflexionaba sobre qué excusa podría dar para una entrevista improvisada. Estaba tan absorta en sus pensamientos que casi no notó a una mujer que

avanzaba en dirección contraria en una vieja bicicleta Pashley con pintura azul oxidada y una cesta marrón montada en la parte delantera. Solo un rápido vistazo a su perfil al pasar confirmó que era Barbara.

Judith hizo un apresurado cambio de sentido en la siguiente entrada de granja, lo que implicó dar marcha atrás con el Clio hasta el seto. Las ramas arañaron la ventanilla trasera antes de que consiguiera meter la primera y se pusiera rápidamente en persecución de la ciclista. La alcanzó cuando se incorporó a la calle Mayor y vio la Pashley aparcada frente a la ferretería de John Rooney.

La tienda estaba en mitad de una hilera de casas adosadas y tenía amplios escaparates que le daban un aspecto anticuado, especialmente comparado con la agencia inmobiliaria de al lado. La pintura verde oscuro parecía recién aplicada, como siempre lo parecía. Un ingenioso truco que el propietario había logrado desde el primer día. Un letrero blanco proclamaba que era John Rooney e Hijos, aunque Judith sabía que los hijos de John despreciaban el negocio y uno estaba estudiando comunicación audiovisual en Nueva York. Aunque pequeña por fuera, la tienda era engañosamente más grande por dentro, con estrechos pasillos de herramientas, artículos de bricolaje y cachivaches varios que sencillamente no encajaban en ninguna otra tienda.

Al mudarse por primera vez a Little Pickton, Judith se había maravillado de cómo un lugar tan anticuado podía sobrevivir en el mundo moderno, pero pronto aprendió dónde comprar un ovillo de cuerda de emergencia, cinta adhesiva, un abridor de tarros a pilas, o una tabla de quesos para ese regalo de Navidad de última hora. La tienda de John Rooney e Hijos lo tenía todo. Y si no lo tenía, John podía conseguirlo.

Asintió al tendero, sentado como siempre detrás del mostrador leyendo una sobada novela erótica prestada de la biblioteca.

—Buenas tardes —dijo en voz baja. Los ojos de John nunca dejaron la página, pero sus cejas se agitaron a modo de saludo.

Judith se deslizó entre los pasillos hasta que vio a Barbara con una cesta llena de media docena de velas, un ovillo de cuerda

encerada, y una caja grande de cerillas. Estaba examinando los estantes en busca de objetos desconocidos. Un sexto sentido hizo que se girara bruscamente y mirara directamente a Judith, quien creyó haber sido silenciosa.

—Hola, Barbara —gorjeó Judith—. Vaya, qué casualidad encontrarte aquí.

Barbara no sonrió. Simplemente asintió. —Sí, vaya coincidencia. Judith Spears, ¿verdad?

—Sí. Barbara Dixon, ¿verdad?

Barbara sorbió por la nariz y se volvió hacia el estante, concentrando su atención en un juego de pestillos de puerta. Al alargar la mano para inspeccionarlos, Judith notó varias cicatrices rojas desvaídas en sus muñecas y esperó que no practicara la autolesión.

—¿Sigue ayudando a la policía con sus investigaciones? —dijo Barbara con aire indiferente.

—No es que necesiten ayuda —dijo Judith—. Por lo que me han contado, es un caso bastante claro y evidente. —Vio cómo los hombros de Barbara se tensaban imperceptiblemente—. Solo estoy de acompañante. Quizás algún día escriba un libro sobre ello. —Dejó que el silencio se extendiera mientras hurgaba en una caja de tapones de bañera de varios tamaños—. ¿Antes todos los desagües eran del mismo tamaño, no? ¿Adónde vamos a llegar?

Cuando Barbara no reaccionó, continuó. —Me pregunto qué supone la muerte de Herbert para la Sociedad Ferroviaria.

—La publicidad es el trabajo de Dawn. —Barbara volvió a sorberse la nariz—. Ella hará que todo suene bien. Esa es su manera de ser. Es capaz de hablarle hasta a las piedras...

—Ah, Dawn. —Judith se fue acercando lentamente a Barbara, temerosa de asustarla como a algún animal salvaje—. Ella y Derek... —Sacudió la cabeza con aire de complicidad.

—¿Qué pasa con ellos?

—Bueno, son un grupo muy unido. Estas cosas pasan cuando la gente está en estrecha proximidad —dijo Judith sin rodeos—. Pero eso es asunto suyo. —Barbara hizo una imitación pasable de alguien a quien no le importa. Solo el ocasional micromovimiento en las

comisuras de sus ojos le decía a Judith que las palabras le afectaban —. ¿Y usted? ¿Va a seguir en la Sociedad ahora que...? —dejó esta frase derivar hacia el terreno de la especulación. De nuevo, vio cómo los hombros de Barbara se tensaban.

—Me encantaría marcharme, pero no es tan sencillo, ¿verdad? Es una entidad benéfica.

—Creada para traer alegría a las personas, para resucitar un fragmento del pasado y crear un icono para el futuro —dijo Judith animadamente, recordando algunas de las palabras clave del sitio web de la Sociedad.

Barbara se hundió bajo el peso de su cesta. Se giró hacia Judith y usó el dedo índice para subirse las gafas por el puente de la nariz.

—Eso es el discurso que nos enganchó a todos. Una oportunidad mágica de involucrarse en algo diferente. Muy atractivo para el tipo de personas que buscan algo más allá de lo mundano. Pero los sueños a menudo no resultan como uno desea, ¿verdad?

Judith logró esbozar una sonrisa cálida. —Por desgracia, a todos nos pasan cosas terribles. Pero tengo curiosidad, ¿cuál era exactamente su papel? Augusta llevaba los libros de cuentas. James y Derek son ingenieros. Dawn hace las relaciones públicas. Y, sin ánimo de ofender, usted no parece la más técnica de las personas.

—No. Ese es el reino de Derek. Y ay de quien cruce esa línea. — Judith vio una débil sonrisa tirar de la comisura de la boca de Barbara.

—Ah, Derek es un auténtico fanático de la tecnología. Si se rompe, él vendrá. —Eso desencadenó un recuerdo en la mente de Judith. Derek era el manitas local. A lo largo de los años había reciclado suficientes folletos suyos sin pedir que metía por su buzón.

—A mí me gusta la organización. Ayudar a las personas a ver un mundo más amplio. Me apasiona hacer que las cosas funcionen a nivel social.

—Ingeniería social.

Barbara dio un suave asentimiento. —Si quiere llamarlo así, sí. Al fin y al cabo, los chicos tienen la cabeza en las nubes, jugando con sus maquetas de tren gigantes. Cuando empezamos, nadie se daba cuenta de lo serio que iba a ser el proyecto. Estábamos hablando de

millones de euros para un tren, un edificio, restaurar la línea, publicidad, licencias... —Se estremeció involuntariamente, como si recordara una lección aprendida a duras penas del pasado—. Es una bestia de gestionar. Hay que organizar eventos.

—Por todo lo que he visto, han hecho un trabajo maravilloso.

Barbara asintió. —Yo sola.

—Eso debió de causar fricciones. No me extraña que quiera marcharse.

Barbara levantó la cesta, formando un escudo defensivo. —No veo que eso sea asunto suyo, ni de la policía, ni de nadie. Mis asuntos son mis asuntos.

—Por supuesto —dijo Judith suavemente—. Puedo ver que el trauma le ha afectado bastante profundamente. —Dudó antes de continuar—. Y por supuesto, como usted dice, era mucho dinero. Cuando hay mucho dinero, las pasiones crecen.

Barbara miró bruscamente hacia otro lado y se quedó mirando el estante. —¿Ha dicho que la policía cree que es un caso claro y evidente?

—Sí, eso parece.

Barbara levantó una de las velas de su cesta y la examinó con una intensidad inquebrantable. —Las cosas salen a la luz cuando se les apunta con un foco.

—Inevitablemente. —Judith podía ver que Barbara no iba a revelar nada todavía, pero era obvio que había muchas capas no dichas dentro de la Sociedad que necesitaban salir a la luz—. El único problema —dijo Judith mientras se giraba, dispuesta a marcharse—, es cómo percibe la gente los hechos. Porque los hechos no son reales. Son fragmentos de tiempo creados por las complejas emociones de las personas. Cada hecho puede tener un significado diferente, dependiendo de cómo se perciba.

Captó el ceño fruncido de Barbara y no se lo reprochó. Había tomado prestada la frase de media docena de series policiales y la había amalgamado en una sentencia que, en la superficie sonaba sofisticada, pero que sospechaba que era una solemne tontería. No obstante, continuó.

—Y lo importante para todas las partes inocentes es asegurarse de que su versión de los hechos quede correctamente retratada. En fin, mi más sentido pésame por la pérdida de su amigo. Con suerte, todo habrá terminado pronto.

Judith se sintió un poco culpable al salir de la ferretería con paso ligero. Barbara era claramente una mujer asustada escondida bajo muchas capas. ¿Capas de qué? ¿Miedo? ¿Culpa? ¿Opresión? Eso no lo sabía. Pero el arrebato de alegría le venía de su convicción de que la Sociedad Ferroviaria realmente tenía algo en lo que hincar el diente.

Había sido un primer encuentro insatisfactorio con el miembro del grupo que pensaba que más fácilmente se desahogaría. Su humor reticente insinuaba que había alguien a quien tenía miedo. Pero el encuentro no había sido un fracaso. Había tirado de algunos hilos de información que podrían tardar tiempo en desenredarse.

Judith miró su reloj, un pequeño Cartier de oro que había comprado cuando tenía dinero a espuertas y no sabía en qué gastarlo. Seguía siendo una cosita bonita, pero no era por eso por lo que lo guardaba. La pila parecía durar varios años sin perder un segundo, aunque los recuerdos asociados al reloj eran algo que prefería olvidar. Todavía tenía tiempo que matar antes de que la locomotora estuviera completamente calentada y resoplando de vuelta al depósito.

Y ahora tenía un plan sobre cómo pasar ese tiempo.

7

—Esto no va a ser un caso claro y evidente —se quejó el sargento Raymond Collins, tirando la mano al aire mientras observaba al equipo forense peinar la oficina de la Sociedad Ferroviaria.

La oficina había sido en tiempos la estación de tren de Little Pickton antes de que la línea principal se trasladara a principios de los setenta a la ciudad de Denzel Green, a unos diecisiete kilómetros. Ahora la estación representaba el inicio de la línea de tren de vapor, que se extendía hasta Denzel Green por raíles que habían necesitado reparaciones ocasionales. Más allá del pueblo siguiente, los raíles y las traviesas se habían deteriorado tanto que ya no podían soportar el peso de un tren, lo que había impedido la expansión del servicio hasta la ciudad más grande de Fulton, a veintinueve kilómetros de distancia.

La propia estación había sido abandonada lentamente a su deterioro antes de que la Sociedad la comprara. El plan había sido restaurarla a su antigua gloria, pero pronto se habían quedado sin dinero. En cambio, la oficina principal fue parcheada hasta convertirse en algo utilizable como sede de la Sociedad. El frío y las corrientes de aire eran tolerados por el gran cobertizo para locomotoras en la vía de detrás. Era del tamaño ideal para albergar el locomotor de vapor LMS Ivatt y su vagón de pasajeros de

dieciocho metros. Presumía de una gran carbonera y estaba atestado de todas las herramientas que los ingenieros podían necesitar.

No había tardado mucho un puñado de agentes uniformados, y un par de técnicos forenses, en descubrir cartas de acreedores que mostraban que la Sociedad estaba tan en números rojos que corría el riesgo de inventar una nueva tonalidad del color.

Collins había recibido un informe resumido de las entrevistas de Eastly que insinuaba que la Sociedad era un caldo de cultivo para el cotilleo más jugoso. La mayoría de la gente ajena al grupo que había prestado declaración compartía la misma opinión de que eran un puñado de estirados arrogantes. El detective había esperado un asesinato sencillo, un paseo en tren de vapor, y un caso que pudiera resolver rápidamente para ganar puntos y poder trasladarse eventualmente a un cuerpo de policía con oportunidades reales de avance profesional. Ahora eso parecía lo más optimista, ahora que estaba atascado con medio cadáver y un elenco de forofos de los trenes.

—¡Hasta el forense se queja de que poco puede hacer con medio cadáver! —se quejó a Eastly mientras miraban alrededor de la oficina.

—Supongo que esa era la intención del asesino. Destruir las pruebas.

—Entonces, ¿por qué hicieron un intento tan chapucero? Está claro que no cabría entero en el horno. Es demasiado pequeño.

—Pero es suficiente para ralentizar la investigación. Arrastrar un cadáver por el bosque habría dejado un rastro evidente de pruebas. —Eastly había estado dando muchas vueltas al asunto. Enterrar el cuerpo en el bosque habría sido la solución obvia, o al menos lo habría sido si el asesinato hubiera sido premeditado.

—¿Desenterraste algo útil en tus entrevistas?

—Nadie reaccionó a ninguna acusación sutil. Nadie habló realmente de nadie más. Era como sacar agua de las piedras.

—¿Estaban todos en estado de shock?

Eastly masticó su lengua mientras reflexionaba sobre eso. —Quizás Barbara y James, pero los demás estaban, no sé, impasibles.

—¿Sabes que esa palabra tiene el significado completamente opuesto en inglés americano? —Eastly frunció el ceño, lo que llevó al sargento Collins a señalar su frente—. ¡Y fruncir el ceño también significa algo diferente!

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

Collins se frotó los ojos. —Absolutamente nada, salvo que han sido dos días largos y no he dormido muy bien.

La verdad es que Collins se había sentido ansioso últimamente. Su vida amorosa era inexistente. Su carrera, aunque bien, carecía de cualquier ambición. Empezaba a sentir que la vida ya no le brindaba las oportunidades que antes tenía. Peor aún, sospechaba que estaba en el inicio de una crisis de la mediana edad. Aunque se llevaba bien con Sarah Eastly, sentía que admitir su debilidad era algo que no debía compartir. Eso solo añadía unos gramos más de soledad sobre sus hombros.

Eastly continuó sin notar su angustia interior. —Sus comentarios eran genéricos. Nada llamaba la atención, y sentí que eso era abiertamente contradictorio.

—¿Casi como si lo hubieran ensayado? —Collins agitó el dedo por la habitación como si estuviera dirigiendo la investigación.

—No diría que está agarrándose a un clavo ardiendo, jefe. Pero... desde luego hay... partículas en el aire a las que está... alcanzando. —Eastly suspiró cuando su analogía se quedó sin fuelle—. Dudo que hubieran hablado. Al menos, no todos juntos.

—¿Sabes que Judith apareció en el tren esta mañana?

—En la locomotora —dijo Eastly automáticamente. Había pasado la tarde leyendo terminología ferroviaria y viendo clips de ferrocarriles por todo el país en YouTube, en lugar de pasar una noche normal en casa como cualquier otra mujer joven. Lo que fuera que era normal.

—Ella hace eso. A mí me pasó.

—Ojalá lo hubiera imaginado. Pero, no, estaba allí.

—Tiene un don para olfatear los problemas.

—La última vez fue útil. —La voz de Raymond bajó mientras su mirada se deslizaba entre los agentes que registraban la sala. Los dos sabían que sin Judith no habrían resuelto su último caso, al

menos no tan rápidamente—. Pero no queda muy bien para nosotros si parece que dependemos de ella. No es que seamos incompetentes —añadió después de un momento, como para convencerse a sí mismo.

—Por supuesto que no, jefe. Solo con poco personal y masivamente sin recursos.

—En efecto...

—Y, como usted señaló, si las cosas no son tan claras y evidentes como esperábamos, ¿qué daño hay en tener un par de ojos extra escrutando las cosas? Especialmente con los antecedentes de Judith.

—Ahí está el quid —dijo Raymond—. ¿Cuáles son sus antecedentes? Quizás no deberíamos haber decidido que no valía la pena explorar demasiado a fondo ese camino... —Se interrumpió, dándose cuenta de que Judith resultaba ser una distracción incluso cuando no estaba presente. Golpeó los nudillos en el escritorio en el que se apoyaba—. Bien, necesitamos ponernos al frente de este caso. Se acabaron las cortesías. Quiero declaraciones formales de cada uno de los miembros de la Sociedad y de cualquiera que haya visto a Herbert Holland con vida por última vez. Y no deberíamos tener a Judith involucrada en ninguna de esas. ¿Entendido?

—Sí, jefe. —Sarah Eastly dijo a regañadientes. Sacó un cuaderno del bolsillo y pasó las últimas páginas de notas ilegibles—. Ya he estado preguntando por ahí. Hasta ahora, a Herbert se le vio por última vez en el Lion's Arms a mediodía, el día de su muerte.

El Lion's Arms estaba a un par de kilómetros del pueblo. No el lugar más conveniente al que ir tambaleándose, pero en tiempos había sido una vieja posada situada en un concurrido cruce de caminos. Eso fue antes de la variante. Ahora sobrevivía gracias a la buena comida y un ambiente distinguido que faltaba en el bar central de Little Pickton.

—¿Cómo te enteraste de eso?

—James Wani dijo que quería hablar con Herbert sobre la extensión de la línea prevista. Herbert le dijo que no podía porque tenía algo que hacer en el pub. Me pasé por allí durante mi descanso del mediodía y hablé con la camarera. Le conocía como un cliente habitual y recuerda que estaba tomando una caña y teniendo una

acalorada discusión con un hombre desconocido. No le pudo ver bien la cara, y no hay cámaras para identificarle. Le di una descripción de James, Derek y Lloyd, pero no coincidían.

—¿Qué extensión?

—Dawn Sanders se encarga de la publicidad y la recaudación de fondos. Me dijo que su última empresa era extender la línea hasta Fulton. Eso significa reparar muchos raíles, y eso no es barato.

Los ojos del sargento Collins se desplazaron por una larga sección de mapa clavada a la pared que mostraba la longitud de la vía desde Little Pickton hasta Denzel Green en el otro extremo de la línea. Una línea de puntos serpenteaba por el bosque hasta la expansión urbana de su ciudad natal, Fulton.

—Al mediodía, ¿eh? Así que el motor debía de estar calentando si lo sacó más tarde esa noche.

—Sí, el día anterior había salido del depósito —dijo Sarah con un tono snob, complacida con la jerga ferroviaria que había aprendido —. Lo habían llevado arriba y abajo por la vía el sábado, con pasajeros para Denzel Green.

—¿Quién lo conducía?

Eastly consultó sus notas de nuevo. —Lloyd Groves y Derek Rivan. Aparte de Herbert, eran los únicos cualificados para manejarlo.

—¿Y el tren no tenía previsto circular el domingo?

—Herbert quería realizar un mantenimiento adicional y nadie más quería trabajar el domingo. Evidentemente, lo sacó en algún momento de esa noche y le dieron un golpe, y luego fue encontrado en las primeras horas del lunes por la mañana.

Raymond inspiró profundamente. Con recursos limitados, le era difícil hacer otra cosa que seguir las pistas más básicas. Lo cual era irritante, porque demostraba que había cierto valor en tener a Judith Spears por ahí.

—Necesitamos averiguar con quién estaba hablando en el pub y establecer por qué sacó el tren tan tarde. No suena como el momento ideal del día para un poco de mantenimiento.

—Locomotora, jefe —dijo Eastly distraídamente.

—Sugiero que procesemos la información que obtengamos de aquí. —Hizo girar el dedo por la habitación—. Y luego organicemos esas entrevistas en los próximos días. Formales, esta vez. Asegúrate de que traigan a sus abogados.

8

Judith pasó su tarde en casa llevando a cabo un pequeño sabotaje. Con poco más que la distrajera cuando se trataba de problemas del mundo real, se sumergió en examinar los antecedentes de los miembros de la SPFP. Estaba más que familiarizada con la cantidad de migas de pan digitales que dejaba la gente, incluso los que no usaban internet. Las probabilidades eran que si habías garabateado algo en un formulario, marcado una casilla de aceptación, o incluso lamido un sello y te habías apuntado a algún correo postal no solicitado, tu información estaba actualmente haciendo una gira por internet y disponible para aquellos que estaban desesperados por verla. Incluso un vistazo superficial revelaba que Lloyd Groves había tenido una carrera anterior en la City para una notable empresa financiera. Judith había pasado algún tiempo en ese entorno y conocía el tipo de personas que prosperaban allí. Wani todavía trabajaba para el ayuntamiento de Denzel Green, y Dawn era muy activa en Facebook, publicando principalmente fotos de comida y soñando con viajes al extranjero. Raramente relacionaba sus publicaciones personales con las actividades de recaudación de fondos de la Sociedad. Los demás generalmente no tenían ninguna presencia en línea interesante más allá de las menciones relacionadas con la propia Sociedad, pero no tenía tiempo para profundizar. Solo había tiempo para un tostado de

queso con cheddar curado extra y un generoso chorretón de salsa Perrins, un café de su máquina Nespresso, y un atrevido pastelillo de manzana de La Bella Easo antes de tener que salir para su viaje en tren.

Oyó la locomotora antes de verla. Columnas de vapor blanco se alzaban por encima de los árboles, y el motor resoplaba como un poderoso dragón, con el eco rebotando en los árboles. Estaba encantada de ver que Howard el fogonero estaba a bordo avivando las llamas, mientras un segundo hombre, con gafas finas y el pelo engominado hacia atrás, hacía su ronda, comprobando que el motor estaba listo para salir.

El sargento Collins observaba con entusiasmo desde la cabina. Judith se rió entre dientes cuando captó el aleteo de decepción en la cara del detective cuando ella subió a bordo.

—No esperaba que llegaras —dijo, ofreciéndole la mano para ayudarla a subir los últimos peldaños.

—No me sorprende. Parece que me diste la hora equivocada.

—¿Cómo diablos ha podido pasar eso?

—¡Afortunadamente, los ferrocarriles españoles nunca dejan de llegar tarde! Y comprobé el tiempo que tardaría el motor en alcanzar la temperatura. ¡No tengo ninguna intención de perderme un viaje divertido con mi detective favorito!

—Por desgracia para mí, no lo eres. —Collins asintió hacia el nuevo hombre que ahora inspeccionaba las ruedas—. El señor Peele es nuestro maquinista.

—Parece un economista colegiado.

—Curiosamente, lo es. Conduce trenes como actividad secundaria. Tuvimos que traerle desde Bilbao. Resulta que no hay muchos maquinistas de tren de vapor fácilmente disponibles.

Quince minutos después, Judith y Raymond Collins estaban apretujados en el rincón de la cabina mientras el fogonero declaraba que el motor había alcanzado la presión de vapor. El señor Peele dio un satisfactorio asentimiento y permitió a Raymond desatar una ambición infantil y tocar el silbato. El penetrante chillido se hizo eco a través del cielo de un rojo sangre, sobresaltando a los pájaros de los árboles. Salieron revoloteando con enfadados graznidos. Se

tiraron palancas, se comprobaron manómetros, se golpearon y se comprobaron de nuevo. La locomotora dio una repentina sacudida hacia atrás, y estaban en marcha. Judith se giró de golpe, recordando que estaban regresando al depósito de Little Pickton. Le llevó un par de segundos a Raymond percatarse de ese hecho.

El viaje empezó de manera bastante agradable. Viajar hacia atrás significaba que no tenían columnas de vapor derivando hacia la cabina. Tanto Judith como Raymond se asomaron por los laterales, agarrándose al pasamanos metálico y sintiendo la refrescante ráfaga de viento mientras avanzaban traqueteando por la vía. Pero solo tardó unos minutos en que esa novedad desapareciera. Las mejillas de Judith se entumecieron rápidamente por el aire gélido, y las manos se le agarrotaron de aferrarse al raíl metálico por pura vida.

Se izó de vuelta a la cabina, experimentando el golpe directo del calor del horno chamuscándole la cara. Con las mejillas de color rojo cereza, Raymond Collins decidió hacer lo mismo momentos después. El rugido de las llamas, el resoplido del motor, y el raspado del metal contra el metal ahogaban la oportunidad de cualquier conversación delicada. Observaron cómo tanto el maquinista como el fogonero trabajaban en tándem, vigilando atentamente los manómetros y la vía de delante, o era de detrás, mientras se deslizaban sin esfuerzo por la línea.

El viaje era sorprendentemente movido al pasar por las juntas de los raíles desnivelados. Judith le lanzó una mirada interrogante al señor Peele justo después de una sacudida especialmente brusca.

—Es normal —gritó por encima de la sinfonía mecánica, su denso acento del País Vasco cortando el estruendo—. Todas esas vibraciones aquí arriba son lo que la hace sentir tan viva. —Se rió y le dio una palmada cariñosa a la estructura metálica—. Y esta línea es antigua. Los raíles no están del todo nivelados por mucho que digan que han restaurado. Estás acostumbrada a sentarte en el vagón donde el viaje es más suave. Y estamos un poco limitados por la velocidad. Algo no va muy bien con ella, por el sonido que hace.

—¿A qué velocidad vamos? —preguntó Collins, con los ojos buscando un velocímetro.

—Probablemente unos cuarenta kilómetros por hora.

—¿Probablemente? —gritó Judith.

—Estos cacharros no tienen velocímetro, así que es bastante a ojo. Cuando hay postes de telégrafo al lado de la vía, es más fácil calcularlo porque sabes la distancia que hay entre ellos. Pero solo tenemos árboles y se está oscureciendo, así que tendré que calcular. Como digo, vamos a cuarenta, no más de cincuenta kilómetros por hora. Y en este tramo de vía, creo que es suficiente.

Judith soltó un grito involuntario cuando el motor se sacudió de manera alarmante.

—¡Ah, patinaje de ruedas! —dijo el señor Peele con una alegre sonrisa.

—¿Patinaje de ruedas? ¿Como en un coche? —gritó Collins sorprendido.

—Eso es. ¿Sabe esas veces que siempre hay retrasos en el tren, hojas en la vía y ese tipo de cosas? Bueno, no es solo una excusa barata. Realmente dificulta el rendimiento. Las hojas acumulan una pulpa que resbala mucho. Y encima de eso, una buena helada puede causar algo de patinaje. Pero al menos estamos anclados a los raíles, así que no nos saldremos por un lado. —Se rió.

—Algo es algo —dijo Judith, que empezaba a pensar que viajar en tren no era tan romántico como había supuesto—. ¿Ha dicho que algo suena raro?

El señor Peele golpeó la caldera con una mano enguantada. —Han hecho un buen trabajo devolviéndola a la vida. Pero creo que hay algo que no va bien con el engranaje. Ocurre con la edad. Estas cosas necesitan mantenimiento incluso después de solo un par de años. Están hechas de acero, pero en realidad son bebés delicadas.

Otros cinco minutos pasaron, y el cielo se oscureció más. El calor del horno, el suave balanceo, y los rítmicos sonidos del movimiento tenían un efecto soporífero. Los párpados de Judith aletearon mientras luchaba por mantenerse concentrada. Después de varios minutos, vieron luces parpadeando entre los árboles cuando Little Pickton apareció a la vista.

El señor Peele redujo suavemente la marcha del motor y aplicó los frenos. Como nunca había conducido ese motor antes, explicó que prefería ser precavido antes que lamentarlo cuando se trataba

de probar lo bueno que era el sistema de frenos. Aparecieron más farolas y los faros de los coches que ocasionalmente pasaban al entrar en las afueras del pueblo. Un minuto después, habían reducido la velocidad al paso de una marcha viva, y Judith oyó golpes y chirridos cuando la locomotora cambió a una vía lateral. Delante, podía ver las luces de la antigua estación y el cobertizo donde se guardaba el motor. A su lado, podía ver vehículos policiales llenando el pequeño aparcamiento de la estación mientras el equipo forense continuaba su investigación.

Con maestría, el señor Peele detuvo el motor a un palmo del fondo del cobertizo, a cinco centímetros de los topes. La locomotora silbó y crepitó satisfecha.

—Bueno, eso ha sido algo —dijo Judith, aplaudiendo con sus manos enguantadas y forzando una sonrisa a Raymond mientras bajaba por la escalerilla hasta la vía de abajo. Había notado cómo sus arrullos de admiración al principio del viaje se habían marchitado rápidamente a medida que su incomodidad fue creciendo. Primero por la ráfaga de frío y luego por el calor tropical del horno, con poca transición entre los dos. Sospechaba que la realidad del viaje en tren no concordaba del todo con sus expectativas infantiles. Le extendió la mano para ayudarle a bajar el último peldaño alto.

—Sí, menudo viaje —dijo secamente. Esperó a que el señor Peele y Howard bajaran antes de asentir—. Gracias por eso. Fue divertido. ¿Saben exactamente qué le pasa al motor?

Los dos ingenieros se encogieron de hombros. —No sin desmontar —dijo Howard—. Supongo que los muchachos de aquí ya lo habrán hecho así que deberían encontrar todo en los registros de mantenimiento. Dudo que sea nada demasiado grave.

Judith y Raymond se despidieron y se encaminaron hacia la salida.

Judith juntó las manos y las frotó enérgicamente, pero siguieron bastante entumecidas.

—Bueno, quizás usted y yo podamos encontrar algún sitio para un buen chocolate caliente y una charla —sugirió.

La ceja de Raymond se alzó lentamente, en parte debido a que su frente estaba más allá de congelada. —Eso suena terriblemente

como que quiere vaciarme la cabeza de cualquier dato relativo al caso.

Judith fingió indignación. —Qué espantosamente escéptico de su parte, mi joven amigo.

—No soy tan mayor que tú —gruñó, irritado consigo mismo.

—Y asumes que sabes más que yo.

—Soy el detective jefe–

Judith le cortó. —Sin embargo, compartir conocimientos es siempre beneficioso. —Sus ojos escudriñaron su cara—. Especialmente desde que ahora sabes que esto va a ser un caso algo menos sencillo de lo que esperabas.

Esta vez ambas cejas de Raymond Collins se alzaron. —¿Qué diablos te hace decir eso?

Judith quería admitir que era una suposición, pero era más divertido jugar con él. Se puso enigmática. —Es porque soy una excelente jueza del carácter y la situación, como bien sabes.

Raymond suspiró y asintió. Salieron a buscar a la agente Sarah Eastly, que seguía en la oficina con el equipo de la Policía Científica revisando cuidadosamente volúmenes de papeleo. Judith se mantuvo en el rincón, fuera del camino del activo equipo. Ya habían registrado esa mitad de la sala, así que curioseó por los estantes. Encontró la contraseña del WiFi clavada a la pared, y luego chocó con una pila de papeles que irritó a un par de agentes forenses que se molestaron en volver a apilarla en su sitio. El sargento Collins sugirió que no tocara nada y que era hora de encontrar refugio en la sala de té.

9

Time For Tea era un oasis de calor y confort. Timothy había encendido la chimenea de leña de verdad, y el embriagador olor sembraba el aire de vibraciones soñolientas. Algunos de los lugareños se habían quedado hasta tarde para cenar, ya que era el único lugar para comer fuera, si no contabas el único pub en el centro del pueblo, el Miller's Arms, que estaba «experimentando» con la comida.

Ante un trío de ricos chocolates, servidos en vasos altos y coronados con una espiral de nata montada cargada de colesterol, Judith, Sarah y Raymond se hundieron en el rincón de un reservado para conspirar.

Raymond cruzó los brazos antes de descruZarlos rápidamente porque pensó que le hacía parecer pendenciero. Mentalmente se había preparado para no revelarle nada a Judith, aunque no es que supiera mucho, así que la dejaría hablar a ella. Esto último no fue fácil, ya que fue Sarah quien cedió primero y no había parado de hablar desde que se habían sentado.

—Parece que la Sociedad Ferroviaria está en un estado financiero terrible. Recibieron dinero de la Lotería para arrancar, comprar el motor, repararlo y renovar el andén de la estación y la vía. Salió por debajo del presupuesto, y además llevaron a cabo campañas de donaciones muy rentables e incluso un Crowdfunding. —Se inclinó

hacia Raymond y redujo el ritmo, como si le explicara algo a su abuelo—. Es un sitio web que te ayuda a recaudar dinero.

—Sé lo que es —gruñó, pero Eastly siguió adelante.

—Ahora bien, no hemos hecho ningún análisis profundo, pero parece que el primer año o así, todo iba bien encaminado. Si me perdonan el juego de palabras —se rió tontamente y sorbió el chocolate, ajena al pegote de nata que se adhirió al extremo de su nariz. La mirada de Judith no se desvió. No quería interrumpir—. Cuando abrió, atrajo una afluencia de personas que querían recorrer la línea. Más de lo que habían previsto. Y... —infló las mejillas y soltó el aire con fuerza—, de repente estaban en números rojos. Así. —Chasqueó los dedos—. Hay un enorme rastro de papel a seguir. Necesitaremos un contable forense para investigar realmente ese aspecto.

El sargento Collins asintió con sabiduría, aunque ya podía ver el coste de la investigación disparándose con la necesidad de especialistas. —Antes de hacer eso —advirtió—. Lo cual es una idea espléndida, por cierto. Deberíamos dar un gran paso atrás y mirar exactamente qué ocurrió aquí.

—¿No es obvio? —dijo Judith, recibiendo miradas curiosas de los detectives—. Herbert salió con el tren con alguien que conocía...

—Locomotora... —corrigió Eastly con otra zambullida en el chocolate.

—Diría que a mitad del viaje estalló una discusión y fue asesinado. El asesino entró en pánico y arrojó el cuerpo al horno y luego huyó en la oscuridad.

—¿Eso es todo? —dijo Raymond—. ¿Eso es todo lo que tienes? Judith, eso es un caso de lo más obvio.

—Un título que puedes usar para tus memorias —apostilló Judith —. Obvio. Demasiado obvio. Sabemos que se necesitan dos personas para conducir el tren. Eso son dos conjuntos de habilidades muy específicas. Sin duda Herbert las poseía ambas, pero ¿quién más del grupo podría hacerlo? No es que sea imposible que lo conduzca solo. En absoluto. Simplemente no es una buena práctica.

—Eso reduce la lista de sospechosos —dijo Eastly, de repente consciente de la nata en su nariz. Avergonzada, se la quitó.

—Apuesto a que sufrió un terrible golpe en la cabeza con una pala. En una cabina tan pequeña, probablemente habría venido desde atrás.

Raymond parecía desconcertado. —¿Qué te hace decir eso? Por si no te habías dado cuenta, de lo que queda del pobre hombre es de la cintura para abajo.

—El fogonero ese, Howard. Tuve que traer su propia pala, me di cuenta. Así que la original no aparece.

Después de un breve silencio avergonzado, Raymond se removió en su asiento. —Bueno, sí, ese es precisamente el camino que estaba siguiendo. Evidentemente, Herbert conocía a su asesino, y juntos salieron a probar el tren... —Se tropezó con las últimas palabras, ya que no las creía del todo—. Tuvo lugar una pelea por razones aún desconocidas, y el asesino huyó con el arma del crimen.

Judith removió su bebida. Captó a Raymond mirándola mientras la nata se arremolinaba hipnóticamente. Después del helado viaje en tren, no querían salir del calor de la sala de té.

—¿Ha informado ya alguno de los forenses? —preguntó Judith, ansiosa por obtener toda la información que pudiera reunir.

Raymond envolvió las manos alrededor de su taza para absorber el calor. Incluso cerca de una chimenea rugiente, seguía sintiendo frío hasta los huesos y o bien su ropa olía a carbón quemado, o sus fosas nasales estaban llenas de él.

—Aparte de quejarse de que medio cadáver no es de mucha utilidad, no. Todo es muy macabro. Los huesos del torso no se quemaron, así que han sido recuperados del horno. Aparte de eso, ni un trozo de tela o piel por encima del cinturón. Están haciendo toxicología a las piernas. —Se estremeció ante el pensamiento—. Y había signos de hematomas en las espinillas y las rodillas. Y en el... trasero.

—Así que signos claros de forcejeo —dijo Judith, lamentando al instante el uso de la palabra «claros» en el contexto del «trasero». Raymond asintió—. Ahora bien, deberíamos asumir que habría hecho falta una persona fuerte para meter el cuerpo en esas llamas. Y si la víctima estaba consciente y forcejando, creo que habría sido prácticamente imposible. Lo más probable es que Herbert fuera

noqueado de antemano. Como usted mencionó —añadió a regañadientes.

Sarah pasó las páginas de su cuaderno, descifrando su propia letra temblorosa. —Un correo electrónico de la Policía Científica dice que encontraron rastros de sangre en el acero, justo encima de la tolva trasera de carbón.

Judith se imaginó el interior de la cabina donde el carbón era alimentado desde la carbonera de atrás a través de un agotador trabajo manual.

Raymond juntó las manos en demostración. —Le golpearon con una pala en la nuca. Sangrando, cayó hacia atrás contra la pared, fuera de combate. Luego le tiraron de cabeza, al estilo de Hansel y Gretel, al horno. Por motivos que necesitan establecerse. Por un asesino que necesita identificarse.

Los tres cayeron en silencio mientras reflexionaban.

—Por supuesto —dijo Judith, captando los párpados caídos de Raymond—. Estamos pasando por alto el elefante en la habitación.

—Evidentemente. —Raymond intercambió una mirada interrogativa con Sarah, que se encogió de hombros y terminó su bebida de un largo y satisfactorio trago.

—¿Estamos seguros de que fue Herbert quien murió?

Después de un momento de sorpresa, Sarah Eastly se rió tontamente. —Fue identificado por su cartera.

—Por supuesto. La cartera. Una prueba de identificación infalible y enemiga de los porteros de toda discoteca. ¡Pero demos un salto atrevido y pretendamos que tales cosas podrían falsificarse. ¿Se ha confirmado su identidad por medios más arcaicos? ¿Como huellas dactilares? No es que las tenga. ¿Posee uno huellas en los dedos de los pies?

Eso despertó a Collins, quien asintió con vehemencia. —Por supuesto, lo confirmaremos con registros dentales y sangre y demás del resto del cuerpo.

—Maravilloso. Lo que me lleva a otro elefante en la habitación.

Raymond emitió un largo suspiro. —¿Por qué cada caso contigo se convierte en un circo? —Se alegró de la risita de Sarah Eastly. Si lo de la policía no funcionaba, siempre estaba el monólogo cómico.

Si no podías divertirte un poco de manera macabra durante una investigación de asesinato, ¿cuándo podías?

—El mencionado paquidermo es la manera de morir. En la superficie, parece que el asesino estaba intentando deshacerse de las pruebas. Pero hemos visto el hogar. Es extraordinariamente pequeño. Siempre me lo imaginé mucho más grande, como estoy segura de que también lo haría alguien no familiarizado con una locomotora. No hay manera de que un cuerpo pudiera meterse allí e incinerarse. No si supiera lo que estaba haciendo.

—¿Un accidente? —preguntó Collins—. Eso suena algo extremo.

Judith se encogió de hombros. —Es más probable que algo premeditado. Todo parece... precipitado. Pruebas a medio destruir en una escena del crimen muy prominente que, seamos honestos, se encontraría increíblemente rápido. Quiero decir, si no supiera más, parecería casi escenificado.

—¿Escenificado para qué? —dijo Collins.

—Escenificado para llamar la atención —dijo Judith, dando un largo sorbo y disfrutando de un poco de calor en la parte posterior de la garganta.

—¿Por qué querría alguien llamar la atención hacia algo tan repugnante? ¿O es ese otro elefante en la habitación?

—Ah, mi querido detective —dijo Judith—. Ese es un modismo metafórico completamente diferente. Esa es la pregunta del millón.

10

Judith regresó a casa esa tarde, reflexionando sobre cómo ahora tenían menos datos al final del día que cuando había comenzado la investigación. Era esa capa de intriga la que mantenía su atención mientras se quedaba dormida, lista para su visita a las ocho de la mañana siguiente.

Resultó que había nevado toda la noche, dejando una nueva sábana blanca sobre el pueblo. Y su visitante llegó cuarenta minutos tarde cuando llamó al timbre sin ofrecer una palabra de disculpa.

—¡Ah, Derek! —exclamó al abrir la puerta, admitiendo a un manitas y una ráfaga de nieve—. Empezaba a pensar que te habías olvidado.

—Qué va —dijo Derek Rivan mientras entraba, golpeando las botas en su felpudo. Su pequeña furgoneta Vauxhall Combi bloqueaba su entrada. La desgastada y descascarillada pintura hacía apenas legible la palabra manistas. Y mal escrita, observó.

Cuando había escapado a casa la tarde anterior, Judith había pasado su tiempo saboteando el fregadero de su cocina como excusa para llamar al único manitas del pueblo. Esperaba que apareciera en una hora. Resultó que tuvo que negociar mucho para conseguir que viniera tan temprano al día siguiente.

—¿Dónde está el paciente? —dijo Derek con desenfado.

—El fregadero de la cocina está en la cocina. —Judith le abrió el camino.

Derek entró pesadamente, dejando oscuras huellas de barro en los blancos azulejos limpios. A juzgar por su pelo despeinado y la manera en que el cuello de su mono estaba metido hacia adentro, Judith dedujo que se había vestido apresuradamente para salir de casa. Puso su oxidada caja de herramientas y evaluó el moderno diseño de la cocina que parecía fuera de lugar en la pintoresca casita. Todo el rato silbaba sin afinar y no daba ninguna indicación de reconocer a Judith de las entrevistas policiales, donde había sido animado, jovial, y respondiendo a los coqueteos nada sutiles de Dawn.

Con un gruñido de persona poco en forma, se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y abrió el armario bajo el fregadero. Se inclinó para ver mejor. Desde el ángulo en que estaba Judith, parecía como si la unidad le hubiera consumido hasta la cintura y tuvo un desagradable destello del cuerpo asomando por el horno de la locomotora. Derek se tomó su tiempo, murmurando entre dientes. Judith estaba desconcertada. Ella misma había desconectado el sifón de la pica para que colgara del fregadero de arriba de manera obvia. Todo lo que tenía que hacer era volver a apretarlo para la señora mayor que no tenía ni idea.

—Le he visto en la Sociedad Ferroviaria, ¿verdad? —dijo Judith. Fue recompensada con silencio mientras Derek dejaba de su alegre tarareo.

—Sí, soy uno de los ingenieros.

—Una pena terrible lo que le ha pasado a su amigo.

Derek asomó la cabeza del armario. —Sí, veo un pequeño problema con sus tuberías.

—¿De verdad? —dijo Judith, con niveles de sorpresa dignos de un Óscar.

—Oh sí. El sifón se ha desprendido porque las roscas de las tuberías están corroídas. Tendré que reemplazarlas antes de que empeoren. Y el sifón también está para el arrastre. Va a necesitar uno nuevo. —Golpeó su caja de herramientas—. Por suerte, llevo repuestos.

—Qué suerte. Mira tú, corrosión en las tuberías.

—Ajá.

—¿No es maravilloso lo que hacen hoy en día con el plástico? —Derek ya había vuelto a entrar en el armario para hacer lo que fuera que estaba haciendo—. ¿Conduce el tren también? Debe de ser tremendamente divertido.

—La verdad es que no —dijo Derek, buscando a ciegas en su caja de herramientas una llave inglesa grande—. Siempre quise hacerlo desde niño. Pero ese Groves es muy estricto con las normas. Nunca me dejó intentarlo.

—¿Conocías a Lloyd y a Herbert de antes?

—A Herbert le conocía de por el pueblo. Necesitaban algunos nombres de profesionales en la solicitud de la Lotería. Gente que supiera algo. Quiero decir, ninguno de los dos había conducido un tren antes, y mucho menos arreglado uno. Necesitaban un experto.

—Y ahí es donde entras tú.

Derek asomó la cabeza del armario. Estaba radiante de alegría ante la oportunidad de contar su vida. —De niño vivía en Valencia, y trabajé en el tren de vapor de Beniel durante los veranos. Era genial. Siempre me encantó. Me hice ingeniero y acabé trabajando para Renfe veinte años, nada más salir del colegio. Pude trabajar con locomotoras nuevas, viejas. De todo tipo. Y siempre fui un manitas arreglando mi coche.

—Me alegra que mi fregadero esté en buenas manos.

Derek metió de nuevo la cabeza en el armario, bloqueando cualquier vista que Judith tuviera de lo que hacía allí dentro. Quizás había descubierto otra puerta que llevaba a algún mundo secreto narniense, porque desde luego se estaba tomando su tiempo en volver a conectar una tubería.

Judith se sentó en el mostrador y jugó el papel de la ingenua. —Oh, no sabía qué hacer con eso. Así que estoy muy contenta de que hayas podido venir.

—Todo tiene arreglo —dijo Derek, pinchando la tubería con su llave inglesa, presumiblemente para que sonara como si estuviera arreglando algo.

—Así que gracias a ti tenemos el tren funcionando.

—Oh sí, quiero decir, para ser sincero. Esa línea no puede funcionar sin mí. Ingeniero Jefe, quiero decir, esto —su mano salió del armario para gesticular alrededor—, esto es solo un trabajo de día para pagar las facturas mientras hago lo que me apasiona.

—Que es jugar con trenes.

La mano de Derek salió disparada de nuevo, y apuntó un dedo en dirección a Judith. —¡Exacto-mungo!

—Siempre imaginé que, dado que habías restaurado el motor desde cero, el mantenimiento sería bastante sencillo —dijo Judith. Como mi cocina, añadió mentalmente.

—Uno lo pensaría. Pero te digo, hay algunos agarrados entre ese grupo.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre se quejaban del presupuesto para piezas. Ahora bien, hay que recordar que estas no son piezas que se encuentran en cualquier tienda. No puedes ir simplemente a Rooney's y conseguirlas. Tienen que medirse y construirse específicamente para esa locomotora y fabricarse con tolerancias muy pequeñas. Se suponía que era una hazaña de amor restaurarla a su orgullo operativo. En cambio, fue una hazaña de negligencia en mi opinión.

—Negligencia.

—Las piezas baratas se desgastan más rápido, así que no es exactamente un ahorro de costes. Por suerte, yo estaba allí para solucionarlo todo y salvar el día.

Derek salió del armario para sacar un bote de WD-40 y un destornillador de su caja de herramientas.

—Me imagino que siempre hay mucho trabajo de reparación que hacer.

—Oh, sí. Me mantiene ocupado. Debería ser accionista. —Desapareció de nuevo bajo el fregadero.

—¿No te pagan lo suficiente?

—Por supuesto que no. Como decía mi padre, la única manera de tener algo en el juego es salir y tallarte un trozo para ti mismo. Por eso me hice indispensable.

—¿Y qué crees que le pasó a Herbert?

—No lo sé. —Judith había calculado mal el momento de la pregunta porque no podía ver su cara. Así que la única reacción que pudo calibrar fue un ligero sonido de soplido. No estaba segura si era un suspiro emocional o una exultación desdeñosa—. Nunca le desearía algo tan repugnante a nadie —dijo Derek diplomáticamente —. Es un shock real. Se le echará mucho de menos.

Judith no estaba convencida de que Derek fuera a echarle de menos. No había mostrado ninguna empatía real en su entrevista, y muy poca hoy fuera de la estereotipada fachada animada del fontanero campechano.

—Me atrevería a decir que las cosas continuarán sin problemas — añadió finalmente.

—Por supuesto. No era tan importante.

—Ayudó a ponerlo todo en marcha. Pero aparte de eso, tenía sus propias ideas sobre hacia dónde iba todo. Y honestamente, creo que tenía sus propias motivaciones para montarlo en primer lugar.

—¿Qué te hace decir eso?

Asomó desde detrás de la puerta del armario. —Lloyd es el aficionado a los trenes. Sabe algo de ingeniería. Su familia solía ser una panda de pijos. Herbert llegó a todo esto bastante tarde. No sabía distinguir una plataforma giratoria de una señal. Y todo lo que aprendió lo sacó del doctor Hornby o de Thomas y sus amigos. Pero luego le encantó. Se volvió tan aburrido como Lloyd.

El nombre Hornby devolvió a Judith los elaborados juegos de tren de la casa de Herbert. —Entonces fue un interés nuevo.

Derek torció el gesto y volvió a entrar en el armario. —Oh, sí. Es del tipo obsesivo.

Judith había ido entrando y saliendo de sociedades, coleccionistas y grupos de frikis, así que sabía que había intrincadas estructuras internas compuestas de niveles de estatus ganados obteniendo ventaja sobre los demás. El conocimiento era el precio básico de admisión, pero nunca era suficiente con saber sobre el tema. Los verdaderos obsesivos tenían que llegar a un nivel de pasión obsesionada con los detalles que eliminaba a los auténticos frikis de los guerreros de fin de semana. Eso es lo que establecía las jerarquías internas, asignaba responsabilidades y alimentaba los

celos. A pesar de que Herbert era el cofundador, intuía que Derek miraba por encima del hombro su nivel de conocimiento mecánico, pero en los sagrados pasillos del frikismo de los amantes del tren, Derek claramente no tenía permitida la entrada. Decidió apelar a su ego.

—Menos mal que tenemos a alguien como tú que claramente sabe de lo que habla. Me imagino que es bastante irritante tener a alguien merodeando por ahí, llevándose todo el mérito.

Derek asintió con entusiasmo. —Lo entiendes, mujer. Mucha gente sencillamente no lo entiende. Esos dos no me dejaban divertirme de verdad. Todo su conocimiento se basaba en un interruptor de encendido y apagado para sus pequeñas maquetas de tren. Me sacaba de quicio. Y luego, pavoneándose como cofundador. Sacaba la locomotora a fiestas y días de gala, especialmente si había manera de sacar algo de alabanza de ello. —Se golpeó el pecho con el puño cerrado—. ¿Quién hacía el trabajo de verdad?

Judith se sorprendió de ver que el hombre vacuo realmente tenía pasión.

—Bueno, al menos ahora la gente aprecia tu talento, como acabas de decir —respondió Judith con entusiasmo—. Como Dawn.

—¡Oh, Dawn es una estrella! —dijo con genuino afecto—. Ella lo entiende. Sabe lo que está pasando.

—Qué bien —dijo Judith—. Quiero decir, de nuevo, es otra, ¿verdad?

—Sí, otra víctima del ego ajeno. Estaba involucrada antes que Herbert. Fueron ella y Lloyd quienes pusieron la pelota a rodar. Pero la fueron apartando a un lado.

—¿Por qué ocurriría eso?

Derek se encogió de hombros. —Es mujer. A pesar de eso, juro que no habrían llegado a ningún sitio sin ella. Debería haberse marchado hace mucho. Eso les habría dado que pensar.

Después de una ráfaga de martillazos finales que sacudieron el escurreplatos, Derek se extrajo del armario, se puso de pie y abrió el grifo mezclador a toda potencia con gran pompa. El agua se arremolinó sin esfuerzo por el desagüe, sin que cayera ni una gota de las tuberías.

—Oh, lo has arreglado —exclamó Judith con todo el falso deleite que pudo reunir—. ¡Qué héroe! —Una vez más, Derek era sordo al sarcasmo.

—Bastante fácil, si sabes lo que buscar. Normalmente cobro IVA, pero en efectivo me ahorras el papeleo. Serán cincuenta euros.

La boca de Judith trabajó en silencio mientras pensaba en una réplica apropiada. Pero no pudo reunir ninguna que no usara cantidades copiosas de palabrotas. En cambio, saltó a sus pies y fue a buscar un monedero al lado del panero.

—Cincuenta euros para salvar mi cocina —exclamó mientras sacaba dos billetes de veinte euros crujientes y el billete de diez más arrugado que pudo encontrar—. ¡Y sin IVA. Dándole donde más les duele a esos gordos evasores fiscales! —Le entregó el dinero—. Muchas gracias. La próxima vez que tenga un problema, sé exactamente a quién voy a llamar.

Desde luego que no a ti, so sinvergüenza, pensó con una sonrisa hacia fuera.

Con un silbido y un paso alegre, Derek dobló el dinero en el bolsillo. Un auténtico chollo por lo que ascendió a un par de segundos apretando un collarín de tubería. Pero Judith pensó que valió la pena. Había proporcionado una valiosa visión del funcionamiento interno de la Sociedad y dejado las cosas claras sobre exactamente qué tipo de persona era Derek Rivan.

11

El día siguiente transcurrió con una creciente sensación de tedio en el que el interés y la aventura parecían estar fuera de alcance en el horizonte. Los cielos de un gris pizarra depositaron ocasionales nevadas adicionales que se negaban a derretirse y añadían a la quietud del aire.

Judith consideró sus aproximaciones al resto de la Sociedad Ferroviaria, pero no encontraba del todo una manera orgánica de iniciar conversaciones. Derek puede que no la hubiera reconocido de las entrevistas de Eastly, pero estaba segura de que los demás no eran tan ensimismados.

Había visto pasar a Barbara por el pueblo, alejándose apresuradamente en su bicicleta y desviándose lo justo para evitar cualquier tipo de interacción social. Lloyd Groves había salido del pueblo en su impecable Range Rover blanco, pasando por delante de su casita sin dar explicaciones ni desahogarse con ella. El descaro de algunas personas. Tampoco había tenido noticias de los detectives. El sargento Raymond Collins no había respondido a ninguno de sus amistosos mensajes de texto, y Eastly solo había tenido tiempo de decirle que la Policía Científica había terminado en la oficina y que la Sociedad podía volver a ocuparla. Un segundo mensaje decía que habían comenzado una serie de entrevistas formales con los miembros, todos los cuales habían insistido en

tener abogados con ellos porque habían visto suficientes series de televisión como para saber que sería una tontería no hacerlo.

Eso dejó a Judith dando vueltas sin rumbo, algo que no disfrutaba. En el pasado, eso le había acarreado un montón de problemas, y no era algo que quisiera volver a experimentar. Además, ¿cuál era el sentido de una buena investigación de asesinato cuando no había nada que investigar de inmediato?

Para combatir el aburrimiento, había conducido hasta Denzel Green, que había sido la última aparición pública de la Sociedad. Separadas solo por diecisiete kilómetros, Little Pickton y Denzel Green habían forjado una rivalidad que hervía justo por debajo del nivel del Sitio de Troya. A primera vista, eran pueblos casi idénticos. Los visitantes a menudo tenían que comprobar los letreros para confirmar dónde estaban, pero Denzel Green era el doble de grande, ostentando la categoría de ciudad. Para los habitantes de toda la vida, eran polos opuestos; Sodoma y Gomorra mutuamente, aunque los argumentos sobre quién era Sodoma hacían furor, principalmente porque nadie estaba seguro de lo que significaba hacer una Gomorra. Fuera lo que fuera, Judith sospechaba que era tremendamente divertido. Sin embargo, ella no era una chica de pueblo pequeño, así que le prestó a la rivalidad toda la atención que merecía. Ninguna.

La ciudad se consideraba a sí misma el verdadero hogar del Ferrocarril. Puede que empezara en Little Pickton, pero su destino era Denzel Green, y seguramente un destino era lo que todo lugar aspiraba a ser. Preguntando por el café para obtener detalles sobre el evento, Judith fue dirigida hacia un hombre corpulento llamado Fabián Heinzel, el editor del periódico parroquial, El Clarendón, y alcalde de la ciudad. Era el responsable de los eventos de la ciudad y un defensor del ferrocarril. Conocía bien a Lloyd Groves, un hombre al que respetaba porque no era de Little Pickton, simplemente un habitante. Cuando se estableció que Judith era del mismo clan foráneo, se abrió. Las cosas se volvieron más distendidas cuando Judith recordó de repente haber visto a Heinzel en el pueblo con Maggie el año pasado. Al mencionar el nombre de Maggie, Heinzel se sonrojó y miró hacia otro lado. Eso desencadenó un recuerdo en

Judith. Maggie y Heinzel habían salido juntos en algún momento. ¿Había sido algo más? Maggie había sido demasiado vaga para estar segura.

Con su recién encontrada afinidad, Judith le había invitado a comer. Ante un delicioso caldo casero y pan recién horneado, supo que Lloyd y Derek habían sido las caras en la multitud ese día. Heinzel confió que a menudo lo eran. Herbert rehuía la publicidad. No trataba con el resto del equipo, excepto en ocasiones con Barbara o Dawn en lo que respectaba a la logística. En su teléfono, le mostró a Judith el bonito artículo de elogio del periódico sobre el ferrocarril, y cómo el evento había recaudado casi ciento ochenta euros de las Exploradoras locales. Aparecían alrededor del motor, sonriendo entre columnas de vapor. La redacción del artículo era extravagantemente elaborada por Dawn, que desde luego tenía talento para las palabras. No había ni una sola vocal descarriada que insinuara animosidad entre los dos pueblos. Judith había captado rápidamente que Fabián se consideraba a sí mismo no solo el señor de Denzel Green, sino también la mano constrictiva de los medios de comunicación, ya que controlaba el único periódico local que servía a la zona. Estaba comiendo con el equivalente provincial de Rupert Murdoch.

No había ningún indicio de la sombra que se avecinaba. Heinzel pintó a la Sociedad como gente divertida con quien trabajar. Si acaso, pensaba que no eran lo suficientemente ambiciosos, pero no desarrolló esa idea con una explicación. De no ser por la sopa, Judith estaba a punto de descartar el viaje como una expedición inútil. Entonces Fabián Heinzel mencionó que había una petición para extender la línea hasta Fulton, a unos veinte minutos de distancia. La Sociedad había estado impulsando la idea, mientras la gente de Denzel Green bloqueaba la misma noción en una campaña que él lideraba.

—Eso nos convertiría en el sitio de paso —dijo Heinzel con un gruñido—. ¿Quién quiere ser las entrañas de ninguna operación?

Judith reflexionó en silencio sobre cuál extremo pensaba Heinzel que eran, pero podía adivinarlo fácilmente. Fulton no era un pueblo. Era una ciudad. Incluso tenía algunas viejas ruinas medievales que

pretendían ser un castillo (aunque Patrimonio Histórico llevaba tiempo disputando esa afirmación), un cine, y un Nando's. La gracia salvadora para el alcalde era que la línea más allá de Denzel Green estaba en un estado de deterioro tan terrible que no podía usarse sin una renovación costosa. Había sido una acalorada fuente de discusión dentro de la Sociedad Ferroviaria, aunque Heinzel afirmaba que no estaba al tanto de quién estaba a favor o en contra. Admitió que, aunque le caía bien Lloyd Groves, no confiaba del todo en él. En su opinión, era el tipo de persona que podría seguirte por una puerta giratoria y salir primero. Terminó el almuerzo convencido de que el asunto de extender el ferrocarril estaba ahora cerrado.

Conduciendo de vuelta a casa, la mente de Judith zumbaba con el pensamiento de las rivalidades dentro de la Sociedad. En lugar de llamar a la puerta de la Sociedad Ferroviaria como había planeado, telefoneó a Augusta mientras salía del café. Quería arrojar algo más de luz sobre las rivalidades del grupo en lo relativo a la extensión. El tono de Augusta era brusco y cortante al teléfono. Acababa de ser entrevistada por el sargento Collins y sus modales bruscos la habían alterado. Fiel a su costumbre, no quería quedar en la sala de té y le dijo a Judith que se encontrarían en el Camino Bond, una larga carretera que circunvalaba la finca privada de Beaconsfield. Era un camino favorito para los senderistas.

Se encontraron en el área de descanso. Augusta señaló un sendero nevado que se adentraba por el borde del bosque y las suaves colinas. Las nevadas adicionales habían añadido al pintoresco paisaje. Con calcetines gruesos y botas de agua firmes, un abrigo largo, guantes, bufanda y un gorro de pompon amarillo para sustituir a su boina azul, Judith estaba preparada para cualquier tiempo mientras emprendían su caminata.

—Debo decir que la alegre cara de la Sociedad Ferroviaria que aparece en su sitio web es bastante publicidad engañosa —dijo Judith—. Nadie es muy hablador, y cuando hablan, nadie es particularmente amistoso.

—No se puede culparles —dijo Augusta—. Entre una cosa y otra, y los modales bruscos de la policía... Sé que es su trabajo, pero no son precisamente del tipo amistoso.

Judith se sintió instintivamente saltando a la defensa de los detectives. Sabía qué tipo de personas eran en realidad, pero eso no significaba que los demás tuvieran que saberlo. En este caso, probablemente era un caso ideal de policías malos/investigadora aficionada simpática. Además, no tenía mucho sentido revelar sus propios sentimientos al respecto. En cambio, jugó simpáticamente hacia Augusta.

—¿Te pusieron las cosas difíciles? —preguntó Judith, con el aliento saliendo en nubes de vapor mientras escudriñaba el gorro navideño de lana de Augusta. Era demasiado pronto para promocionar la temporada de buena voluntad.

Augusta se estremeció. —Por eso fui a usted. Mis miedos están cobrando vida. Las irregularidades financieras están ahí para que todos las vean. No intenté ocultar nada. Están en blanco y negro. ¿Así que dónde va a caer el dedo de la sospecha?

—¿De qué te acusaron?

—Oh, nada acusatorio. Fueron simplemente la dirección hacia la que llevaban sus preguntas. El abogado que tuve, algún chico que apenas había salido de los pantalones cortos y los granos. Me dijo que tuviera mucho cuidado con lo que decía. Afirmaba que el mejor curso de acción era decir sin comentarios.

Judith asintió. Irónicamente, siempre era el mejor curso de acción en cualquier entrevista porque técnicamente no implicaba ninguna culpa, aceptación o conocimiento sobre la pregunta en cuestión. Pero por supuesto, como todo buen policía sabía, dependía mucho de cómo se entregaba el sin comentarios. Una simple inflexión podía revelar toda una serie de motivaciones ocultas.

—Puedo ver cómo eso sería estresante —dijo Judith—. Y al menos viniste a mí de antemano, así que eso valdrá algo. En cuanto haga algún progreso, eso es. Entonces, con suerte, las cosas se pondrán un poco más fáciles para ti. ¿Mencionaste que habíamos hablado?

—No surgió en el interrogatorio —dijo Augusta—. Y si lo hubiera hecho, probablemente habría dicho sin comentarios.

—Eso implicaría un claro sí en ese caso —señaló Judith—. Pero bien. No es ningún secreto, por supuesto. Pero por ahora, intenta

que no salga en la conversación.

Augusta asintió, y el silencio que siguió fue roto solo por el suave crujido de la nieve bajo sus botas. Su camino se entretejía por fuera del bosque y suavemente subía la colina, que ofrecía una vista sobre el pueblo, más bonito con la capa de nieve.

—¿Qué hay de los demás? ¿Ha dicho alguien algo?

—Vi a Lloyd en la oficina cuando la policía nos dejó volver. No estaba hablador. Me dijo que me ciñera a lo que sé porque en el momento en que hiciera cualquier especulación, yo sería la que estaría en el punto de mira.

Judith frunció el ceño. —¿Estaba velando por ti?

—Se sentía más como una acusación.

Augusta parecía el tipo que tomaba cada cumplido como una crítica velada, así que Judith no sabía muy bien qué hacer con eso. Siguieron adelante hasta llegar a la cima marcada por una serie de rocas cargadas de nieve y tres bancos de madera, donde sentarse estaba actualmente descartado por el riesgo de que las posaderas congeladas quedaran permanentemente adheridas hasta los primeros días de primavera. Judith no pudo evitar sonreírse ante la serena vista de Pickton pareciendo una joya encajada en el campo circundante. Una ilusión, por supuesto, ya que la tensión del asesinato hervía bajo el exterior tranquilo, igual que en cualquier otro lugar del mundo, de Valladolid a Bagdad.

—¿Por qué no me invitas a la oficina? —sugirió—. Así podría encontrarme casualmente con Lloyd y entablar una conversación real con él.

Augusta se encogió de hombros apenas perceptiblemente. —Lloyd ha dejado claro que no estará allí mucho tiempo. El asunto de Herbert le ha puesto nervioso, así que planea trabajar desde casa.

—Conveniente —señaló Judith.

—Tampoco creo que vaya a ir ningún otro. No habrá excursiones en breve. No hemos tenido más que cancelaciones para los próximos meses cuando debería estar poniéndose más animado. Supongo que la única con algo que hacer es Dawn. Y todo lo que tiene que hacer es atender llamadas de la prensa.

Judith miró directamente a Augusta. —Supongo que Dawn va a malabarear las malas relaciones públicas para poneros de nuevo en pie. ¿Y tú?

—Tendré que ver qué puedo encontrar para presentar los hechos a nuestro abogado.

—¿El abogado de quién?

—Lloyd está asignando uno a la Sociedad. Todos trajimos el nuestro durante las entrevistas —explicó Augusta—. Cree que hace falta alguien que vele por los intereses de la Sociedad.

A Judith no le gustó el sonido de eso. Si Augusta estaba siendo enmarcada como una cabeza de turco, añadir un abogado adicional a la mezcla hacía las cosas un poco más difíciles para ella.

—Seguramente han tenido un abogado de empresa antes. Especialmente cuando desapareció el dinero.

Augusta sacudió la cabeza. —Lloyd y Herbert acordaron que lo mejor era mantenerlo en silencio y no generar ninguna publicidad negativa.

—¿Y qué estará haciendo Barbara? —preguntó Judith.

Augusta sorbió con desdén. —Bueno, no tiene mucho que hacer, ¿verdad?, con nada en marcha. Sin recaudaciones de fondos que organizar, sin convencer a nadie de que la Sociedad es la mejor atracción turística de la zona. Puede quedarse en casa siendo toda rara que es.

—¿Y Derek? —Captó una mueca cruzando fugazmente la cara de Augusta. O eso, o era una indigestión pasajera—. ¿No necesita el tren mantenimiento constante? ¿No es ese un trabajo continuo para él?

—Siempre está ocupado —murmuró Augusta—. Ya que no hay dinero en el banco, dudo que mueva un dedo. Además, está planeando unas vacaciones. Escaparse al sol. A algún sitio cálido.

Judith asintió con complicidad. —A algún sitio como Barbados, supongo. —Augusta no iba a picar, así que Judith la volvió a incitar —. Oí que Herbert quedó con alguien el domingo antes de morir.

Augusta se mantuvo impasible, con su mirada sin pestañear fija en el horizonte. —¿Con quién?

—Eso es lo que me gustaría mucho saber. Bien podría ser la última persona que le vio con vida antes de que sacara el motor. Y sobre eso —continuó Judith, recordando el calendario en la pared de Herbert—. No había nada programado para mantenimiento ni para sacar el tren de paseo. ¿Por qué lo haría?

—A algunas personas todavía les emociona jugar con juguetes grandes como ese. La novedad se va para otros. No para Herbert. Lo amaba más que a las personas. Pero siempre jugaba sus cartas muy cerca del pecho. Creo que disfrutaba siendo un enigma. No le gustaba que la gente supiera demasiado sobre su vida personal, o sus planes. Siempre estaba discutiendo con Lloyd sobre la extensión de la línea. Quería otro tren, pero ¿cuál es el sentido de eso si no viajamos a un lugar al que la gente quiera visitar?

—Bueno, es algo que los Ferrocarriles no parecen ser capaces de gestionar. ¿Así que estás a favor de ir más allá de Denzel Green?

Augusta le lanzó una mirada. —¿Habla de la extensión a Fulton?

Judith asintió con sabiduría, complacida de haber tocado inesperadamente un nervio.

—Eso causó rupturas dentro del grupo, se lo digo yo. —Había un notable ácido en su tono, pero no ofreció nada más hasta que silenciosamente Judith la animó con un gesto de mano—. Hubo conversaciones sobre una absorción. Intenté no involucrarme. Habría sido un dolor de cabeza burocrático para mí. Creo que fue todo palabrería. No teníamos el dinero y no puedo imaginarme que nadie hubiera querido que les arrancaran el control.

Judith reflexionó sobre la información. Seguía frustrada por la falta de una introducción natural a Lloyd, así que puede que tuviera que ponerse un poco artera para orquestarlo. Se le ocurrió una idea que podría requerir algo de manipulación sucia para avanzar.

12

En manos de la policía, el teléfono era un arma de precisión con la que el sargento Raymond Collins se enorgullecía de manejar con eficiencia y elegancia. Desafortunadamente, para que funcionara, la persona al otro extremo tenía que ser, como mínimo, semicompetente. Resultó que Raymond sentía que había pasado toda la mañana al teléfono con un puñado de inútiles. Caviló si «manada» era el sustantivo colectivo para los inútiles. Pasó el tiempo perdido en espera contactando con la Real Academia para confirmar y hacerlo oficial. La música en espera hizo clic de repente, y fue cortado abruptamente a veinte minutos de la llamada.

Con un suspiro, golpeó el teléfono con tanta fuerza que la agente Sarah Eastly, sentada en el escritorio de enfrente, dio un brinco en su silla. Eastly había estado tan concentrada leyendo el papeleo recogido de la oficina de la Sociedad que había sucumbido a un estado de trance.

—¡Es la tercera vez que me cortan! —suspiró Raymond mientras cogía el teléfono y aporreaba los botones para hacer otra llamada—. A este ritmo, vamos a tener que resolver el caso sin salir de nuestros escritorios.

Eastly solo estaba escuchando a medias. El papeleo era denso, pero era obvio que la Sociedad, mientras públicamente presumía de éxito, había acumulado deudas graves y se enfrentaba a la ruina

financiera. Cómo se habían contraído esas deudas era una pregunta que necesitaba respuesta. Para entenderlo, realmente necesitaban un contable forense que pelara los detalles. El tipo de persona que respiraba números, probablemente vivía solo, llevaba jerseis de punto beige, y hablaba con una entonación lenta y nasal que arriesgaba que cualquiera de constitución frágil cayera fulminado por una dosis fatal de aburrimiento. Al menos esa era la persona que Sarah había construido en su mente. Se sentía avergonzada de que fuera una a la que actualmente encontraba atractiva. Tenía que salir más antes de encontrarse como una de las muchas solteronas que poblaban el condado.

Consciente del presupuesto del departamento de policía, Raymond sabía que sus opciones eran limitadas. Había estado desviando llamadas mientras intentaba contactar con su superior para suplicar que se asignara más dinero. Al mismo tiempo, había estado sondeando la base de datos policial para encontrar a alguien disponible.

Sarah lamió un dedo y pasó otra hoja, emitiendo el ocasional pensativo —Mmm...

—¿Perdiendo las ganas de vivir? —preguntó Raymond.

—Para nada. Esto es extrañamente fascinante. Quiero decir, está más allá de mí. No soy muy buena con los números.

Raymond no dijo ni una palabra. Sabía que ella tenía el bachillerato en matemáticas, y su propia experiencia educativa no le ponía en posición ni siquiera de bromear al respecto.

Sarah continuó sin levantar los ojos de la página. —Recibieron una gran subvención de la Lotería y salieron por debajo del presupuesto, hasta donde puedo ver. Les iba bien con todas sus recaudaciones de fondos. —Golpeó una entrada en la página—. Incluso tuvieron un equipo de cine que les alquiló durante tres semanas. Todo parecía sano, hasta que de repente, ¡ZAS! Entre un mes y el siguiente, todo su dinero había desaparecido.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Varios cientos de miles es mi estimación aproximada —dijo Sarah—. Eso es lo que parece haber desaparecido.

Raymond chupó entre los dientes en señal de simpatía ante la dolorosa pérdida. —¿Qué ocurrió?

—Simplemente desapareció. No hubo pagos de facturas, no hay salidas obvias, nada que pueda ver claramente.

—¿Robado?

La ceja de Sarah se alzó con curiosidad, y ladeó la cabeza en señal de acuerdo. Luego golpeó la página. —Augusta afirmó que el ordenador tuvo un virus en el que ella hizo clic. Eso es lo que se llevó el dinero.

—¿Lo confirmó alguien más?

—Lloyd me dijo que eso fue lo que ella le dijo a él y a Herbert. Decidieron no preocupar a los demás. Nada fue denunciado a la policía, y nadie lo sacó durante ninguna de las entrevistas. Los informáticos forenses dijeron que el disco duro había sido borrado completamente y todo reinstalado. Augusta afirma que Herbert lo hizo porque le preocupaba que el virus se extendiera. Así que no hay ningún rastro de él.

—Muy conveniente. La única persona que puede corroborar su historia es la víctima. —Raymond había marcado mal mientras hablaba, así que en el momento en que la voz al otro extremo de la línea le dio la bienvenida a la Casa de Curry Katsu, golpeó el teléfono de nuevo—. Así que, si fue robado y nadie lo denunció. ¿Cuánto es varios cientos de miles dividido entre siete? —Sus cejas bailaron arriba y abajo sugestivamente—. Quizás se estaban dando mutuamente una prima anual, ¿eh?

—Por eso necesitamos a un auténtico experto que mire esto. Sería útil poder ver los extractos financieros personales de los sospechosos.

—Eso va a ser imposible a menos que realicemos una detención. —Raymond frotó los dedos en la mesa—. Por supuesto, tenemos acceso a los registros del fallecido.

—Pediré esos. Estoy pensando que se trata más de cualquier pago que no parezca las facturas habituales. —Sarah frunció el ceño y pasó las páginas hacia atrás hasta encontrar algo que había llamado su atención. Lo había marcado con una nota adhesiva—. Están estos pagos ocasionales a DG. Quinientos euros aquí, a veces

mil de vez en cuando. No son regulares, pero hay suficientes para que sumen.

—¿Quién es DG?

Sarah había estado pensando en eso, pero ahora la respuesta obvia se le ocurrió. —Denzel Green.

—¿Qué le están pagando a la ciudad?

—Hacen eventos juntos, así que quizás hay costes que van y vienen por esos.

—Pensaba que el propósito de los eventos era recaudar dinero para la Sociedad, ¿entonces por qué están pagando?

—Eso es algo que deberíamos preguntarle a Barbara Dixon. Ella se encarga de todos los asuntos de organización. —Ya habían entrevistado a Barbara en un entorno formal, así que sería un poco irregular volver a hacerlo—. Haría falta una aproximación más informal para conseguir que hablara...

Los ojos de Sarah se abrieron de par en par, y los de Raymond rodaron mientras entendía el mensaje no expresado.

—¡Judith! —dijeron los dos juntos.

Tener a alguien ajeno a la investigación sería una herramienta útil para recoger retazos de información. Ordinariamente, por supuesto, Raymond no habría dudado en volver a visitar a Barbara. Excepto que esta vez, estaba un poco inquieto ya que los modales vagos y etéreos de Barbara le ponían los pelos de punta. Tenía que sopesar eso frente a su resentimiento que demostraba que la participación de Judith era de cualquier manera beneficiosa.

—Para resumir, ahora tenemos un caso de asesinato a raíz del dinero desaparecido —reflexionó Sarah—. Posible corrupción, robo o tejemanejes.

Raymond no pudo evitar reírse entre dientes. —¡Tejemanejes, qué palabra! —Y oírla de la boca de alguien tan joven. Sacudió la cabeza.

—Eso da miedo —dijo Sarah—. Es casi como si estar a tu alrededor me estuviera haciendo envejecer. —Se frotó los ojos—. Bien, ahora los números me están afectando. Voy a salir a tomar un descanso y llamarle a Judith. ¿Quieres unirte a mí para comer?

Raymond sacudió la cabeza. —Voy a tener que volver a hacer esa llamada por cuarta vez.

Su estómago gruñó mientras veía salir a Sarah. Tenía la mano en el teléfono cuando este sonó. Lo respondió rápidamente. —Sargento Collins —dijo, con un tono tan lleno de aplomo que lo había practicado varias veces, imitando a policías que había visto en la tele.

La voz al otro extremo era desconocida. Se identificó como agente forense. El sargento Collins escuchó atentamente y se recostó en su silla. Frotó distraídamente el lado de su sien palpitante mientras procesaba los últimos hallazgos del equipo forense.

—Te digo que estaba actuando de manera muy rara —dijo Maggie, ajena a la falta de control de volumen que estaba empleando mientras se sentaba con Judith en el Miller's Arms. Era, a falta de una palabra mejor, el pub en el centro del pueblo.

Pru, la propietaria, lo había convertido en un bar de vinos, solo para descubrir que la mayoría de los habitantes de Little Pickton preferían su vino de la sección de descuento del súper o, en el mejor de los casos, en brick. Judith no era una experta. Creía firmemente que una bebida no debería tener el sabor a cuero, tierra, o trastos varios del trastero. El bar de vinos había evolucionado hacia un gastropub, o más bien, gastroexperiencia, como Pru insistía en llamarlo hasta que alguien señaló que sonaba como el resultado de una intoxicación alimentaria. Ahora la mayoría de la gente llamaba al pub vacío, ya que la gente prefería beber en el Lion's Arms por su selección de exóticas cervezas artesanales. Aun así, Pru hacía un valiente esfuerzo por mantenerse abierta mientras probaba nuevas estrategias de marketing.

—Mags, con todo el respeto que me mereces —dijo Judith mientras tomaba su media de shandy—, todos actuamos de manera un poco rara aquí. Tú, especialmente.

—No me hables con ese lenguaje tan fino. Todos sabemos que con todo el respeto que me mereces no significa nada. Y cuando digo rara, me refiero a ida de la cabeza.

Maggie lograba combinar la excentricidad de una anciana sabia gambiana con el barniz de la Parca reluciente de una inspectora de Hacienda. Era precisamente este conflicto de personalidades lo que significaba que ella y Judith se llevaran tan bien. Mientras Judith se enorgullecía de ser un halcón a la hora de juzgar el carácter y las motivaciones, respaldada por una memoria soberbia, Maggie tenía un infalible don para detectar que algo iba mal. Lo llamaba un presentimiento, pero Judith sospechaba que era más como un sabueso con la capacidad de olfatear problemas. Maggie había dejado claro en repetidas ocasiones que no apreciaba la referencia al perro.

—Tenía ramitas en el pelo. —Maggie golpeó el dedo índice en la mesa con suficiente fuerza como para hacer tintiñear los menguantes cubitos de hielo en su ginebra con tónica—. Y juro que también en los dientes.

Desde que había visto a Barbara Dixon en las primeras horas de la tarde, había estado desesperada por desplegar el cotilleo a Judith.

—Quizás se cayó de la bici. Sigue habiendo nieve ahí fuera. Resbalar en un parche de hielo, y las bragas al aire.

Maggie sacudió la cabeza. —Esa era una mujer montando con determinación. Y sin luces cuando estaba oscureciendo. Montando en el bosque.

—¿Una ciclista kamikaze entonces? —La falta de sonrisa de Maggie se profundizó. Judith emitió un suspiro de disculpa—. Pensaría que está demasiado lejos de la escena del crimen para que estuviera yendo en bici por la nieve. Además, la policía ya ha despejado la zona, ¿así que qué esperaría encontrar?

Maggie se encogió de hombros. —Sé que te gustan estas cosas. Los asesinatos y todo eso —añadió en un susurro conspiratorio que los otros ocho habituales podían oír claramente—. Y no me voy a involucrar esta vez. Pero ¡iba a toda pastilla y casi me atropella!

—¿Te golpeó?

Maggie vaciló. —Bueno, lo habría hecho, si yo hubiera estado en el otro lado de la carretera. ¡La mujer es un peligro!

Judith reflexionó sobre eso. Barbara era reservada, eso era seguro. Pero era inofensiva. Lo que significaba que si no estaba

presentando una amenaza, entonces...

—¿Quizás algo la había asustado? —Judith sacudió la cabeza. Como estaba sin nada que hacer, estaba empezando a comprar la conspiración de Maggie—. O quizás llegaba tarde y quería llegar a casa para ver el Pasapalabra.

—Te digo que era una mujer en misión.

Con pocos detalles más, Judith solo podía aparcar la información. Siempre era útil tener un mapa mental de dónde estaban los sospechosos en todo momento, pero sin más conspiradores a la vista no podía ver su relevancia.

Maggie la había invitado a salir. Normalmente, Judith tendría que ser convencida con la oferta de una copa gratis, que Maggie estaba más que dispuesta a proporcionar para atraerla a salir. También había ofrecido invitarla a cenar en forma de las tapas especiales de Pru, que Judith rechazó cortésmente alegando que las judías en salsa de tomate no eran un ingrediente tradicional. Ni tampoco los champiñones y la salchicha en dados fritos que sobraban del desayuno. Incluso sin estas tentaciones, Judith habría aceptado, ya que quería aprovechar el infalible sentido de conspiración de Maggie.

—Estuve en Denzel Green ayer —dijo Judith con la mayor naturalidad posible—. Hablando con el alcalde. Fabián. —Al mencionar el nombre familiar, Maggie hizo una leve inclinación de cabeza en señal de reconocimiento—. Recuerdo que vosotros dos tuvisteis un... rollo. —Dejó que la frase flotara.

El ceño de Maggie se frunció. —Fueron dos citas —le corrigió a Judith—. Un tipo majo, lo reconozco. Pero un poco demasiado pagado de sí mismo.

—Por supuesto, por supuesto —Judith no tenía nada de diplomática cuando no le convenía. —¿Sigues en contacto?

—Por WhatsApp. Pero hace tiempo que no me he aventurado tan lejos. —Desde que Maggie se había instalado en Little Pickton, raramente abandonaba los límites del pueblo.

—Ni pensarlo. Es curioso, ya que mencionó la extensión de la línea ferroviaria.

—He oído hablar de eso. —Maggie asintió de nuevo, pero no ofreció nada más.

—Me preguntaba si podrías preguntarle sobre Lloyd Groves. Estoy buscando una introducción amistosa a él. —Decidió que una pizca de honestidad no le haría daño a su causa.

—Ah, ya veo. Intentas arrastrarme a tu sórdida aventura, ¿verdad?

Judith sacudió la cabeza. —Para nada. Solo estaba pensando, ¿quién es la persona más conectada que puedo pensar? Y tú y Fabián tenéis historia. Nadie me conoce realmente a mí... —Se encogió levemente de hombros—. No te preocupes. Puedo organizarlo fácilmente sin ti.

Todo el mundo tiene un punto débil. Un pequeño comentario o sugerencia que anula el sentido común permitiendo que la gente sea convencida de hacer algo que había rehusado momentos antes. Judith sabía que el punto débil de Maggie era no ser invitada a hacer algo. Invocaba el FOMO, el Miedo a Perderse Algo. Implementado correctamente, haría que Maggie mordiera el anzuelo.

—Bueno, puedo hablar con él. Quizás un mensaje. —Se encogió desdeñosamente de hombros.

—Si no es molestia, sería maravilloso. No quiero agitar las aguas entre vosotros dos.

—¡No estamos en las aguas! —dijo Maggie con tanta brusquedad que sugería que Fabián ya había estado en su mente. A pesar de su aislamiento forzado en el pueblo, Judith siempre había sospechado que Maggie era el tipo de persona que prosperaba en compañía. Esperaba que su amiga pudiera encontrar compañerismo a medida que sus años de invierno se acercaban. No es que Judith necesitara tales cosas. Estaba bastante contenta con su propia compañía. O eso se decía a sí misma.

El pequeño perro negro de enfrentarse a la vida en soledad asomó su cabecita con orejas puntiagudas, y Judith experimentó un pequeño escalofrío. Aunque no era aficionada a rememorar el pasado, el futuro era algo que Judith evitaba activamente pensar.

Se salvó cuando su teléfono móvil vibró. La pantalla se iluminó con un mensaje: alguien había activado la cámara de movimiento del timbre de su puerta principal. Judith frunció el ceño y abrió la aplicación mientras Maggie continuaba su flujo de conciencia. El

vídeo de la cámara apareció en pantalla y Judith se sintió sacudida por una nueva oleada de intriga.

De repente, las cosas estaban tomando un giro inesperado.

13

¿Por qué, cuando la gente pretendía cometer un acto nefasto, instintivamente actuaba de manera sospechosa? Se preguntó Judith. Era como si fuera un instinto natural incorporado en las personas. ¿Una inclinación primitiva a hacer algo bueno, denunciándose a sí mismos?

Dudaba mucho de que ese fuera el caso. La gente intentaba salirse con la suya en todo lo que podía; desde pillar una galleta hasta salirse con la suya en un maldito asesinato. En la experiencia de Judith, la mejor manera de salirse con algo era hacerlo con una sonrisa, a plena vista y manteniendo el contacto visual para incomodar al otro. Siempre había considerado que esas eran buenas reglas por las que vivir.

Por la manera en que la luz de la linterna se balanceaba dentro de la oficina de la Sociedad Ferroviaria, dudaba de que el intruso hubiera considerado emplear un disfraz, y mucho menos la sutileza. En el momento en que recibió la alerta de vídeo de la cámara del timbre, Judith empezó a enviarle mensajes al sargento Collins, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que su propio comportamiento plantearía más preguntas de las que necesitaba ahora mismo.

En cambio, en lugar de la cena del pub, Judith había comprado dos bolsas de patatas fritas onduladas de bacon ahumado para convencer a Maggie de que le acompañara en un rápido paseo en

coche hasta las oficinas de la Sociedad. Si había un intruso al que enfrentarse en el edificio, Judith no quería hacerlo sola.

Ahora que ambas estaban sentadas en el Clio de Judith, posicionado diagonalmente al otro lado de la calle de la antigua estación de tren, vieron una luz de linterna balancearse dentro y hacer un laudable trabajo de llamar la atención. Si el ladrón simplemente hubiera encendido las luces, nadie habría pestañeado.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —dijo Maggie, entrecerrando los ojos por la ventanilla lateral del coche mientras su aliento la fue empañando lentamente. Ocasionales copos de nieve danzaban en el aire exterior. En su corto paseo por el aparcamiento del pub, habían sentido la temperatura desplomándose de nuevo, junto con el agudo olor a más nieve por venir.

—Intentando ver quién es lo bastante idiota para curiosear por ahí dentro —dijo Judith, sin apartar los ojos de la pantalla del teléfono.

—¿Cómo sabías que alguien había entrado?

Judith sostuvo su teléfono para que Maggie pudiera ver la transmisión de vídeo de la cámara del timbre. La imagen no era la del estanque y la entrada de Judith, sino el interior de la oficina de la Sociedad, tomada en ángulo desde un estante de la esquina. Mostraba al ladrón revolviendo archivos apilados en el escritorio de Augusta.

—Vaya, pedazo de pícara —bufó Maggie—. ¿Cómo lo has hecho?

Judith sacó su mejor expresión inocente, que se perdió en el coche oscuro. Había tomado la cámara y la había colocado durante su breve visita allí con el sargento Collins. Conectarla al WiFi de la Sociedad y alojarla en un estante había sido un simple caso de distracción. Quería obtener un mejor entendimiento de lo que estaba pasando dentro. Como un ángel policial en su hombro, podía oír al sargento Collins murmurando frases como «vigilancia ilegal» y otras jergas legales aburridas de ese tipo que Judith no pensaba que le aplicaran.

—¿Así que nos quedamos aquí sentadas o vamos y tiramos la puerta abajo para arrestarle? —dijo Maggie, crujiendo a través de su segunda bolsa de patatas. La comprensión completa de Maggie

sobre las fuerzas del orden modernas venía exclusivamente de los reposiciones de Starsky y Hutch.

—No estoy del todo segura de que podamos hacer eso.

Los ojos de Judith parpadearon entre la pantalla del teléfono y el edificio. Todavía no había conseguido una buena vista de la cara. La figura de repente se quedó rígida y detuvo su búsqueda. Arrancó un papel del archivo para inspeccionarlo más de cerca, luego lo metió dentro de la cremallera abierta de su chaqueta. Tarea cumplida, volvió apresuradamente a poner todo en su sitio y, en cuestión de segundos, el ladrón se estaba dirigiendo fuera de la oficina con un último barrido de luz.

Judith estaba frustrada de no tener todavía una identificación pero esperaba que en algún punto de la grabación tendría una imagen clara de su cara. Apagó la pantalla del teléfono para no llamar la atención hacia ellas en el coche, justo cuando la puerta de la oficina se abrió. La figura salió con una mirada furtiva a su alrededor mientras cerraba la puerta con llave detrás de ella.

—¿Qué tipo de ladrón tiene llave? —preguntó Maggie.

—El tipo culpable.

Ahora, bajo la tenue luz del farol del aparcamiento, estaba segura de que era un hombre el que se giró hacia ella, justo cuando se subió la capucha antes de que ella pudiera verle mejor. No divisó el Clio en las sombras mientras trotaba más arriba por la calle hacia un pequeño área de descanso al lado de la carretera y desapareció de la vista. Un momento después, unos faros de coche se encendieron y un Volkswagen Escarabajo hizo un brusco giro en U, arrancando un innecesario chirrido de neumáticos al cruzar la carretera pasando junto a Judith y Maggie, que no tuvieron el tiempo ni los reflejos para agacharse.

Judith todavía no había tenido una vista clara de quién estaba dentro... pero reconoció el coche. Era el mismo que había visto a Dawn subir la noche en que salió de la reunión del Ayuntamiento de la agente Eastly.

Era un delicado problema el que Judith enfrentaba ahora. La gente a menudo se metía en líos con las ocasionales medias verdades y trolas, pero últimamente Judith sentía que se había metido en agua caliente simplemente por no decir nada. A veces añoraba los buenos viejos tiempos en que una mentira bien dicha valía su peso en oro, y uno podía salirse con la suya acompañándola de un guiño y una sonrisa.

—¿Me has guiñado el ojo? —preguntó el sargento Raymond Collins con incertidumbre.

—Tengo algo en el ojo. —Judith volvió a parpadear para justificar la trola—. ¿Qué querías?

El detective levantó su taza de la mesa de la cocina y brindó alegremente. —Uno de tus mejores cafés.

—Es una cápsula de Nespresso. Podrías comprarte las tuyas.

—Lo conseguiste gratis. Y significaría perderse el charlar contigo.

—Cuando llamas a mi puerta a las nueve de la mañana, espero que sea algo urgente. No sabía quién era. Estaba preocupada.

Collins tomó un sorbo de su bebida e intentó no hacer una mueca. No era fan de los pequeños vasitos de café al estilo europeo. Prefería una taza grande de Nescafé instantáneo con mucha leche. —Conociéndote, dudo mucho que estuvieras preocupada. Normalmente es la persona al otro lado de la puerta quien se preocupa cuando viene aquí.

—No me lo tomo como un insulto —dijo Judith firmemente.

—Y he notado que falta tu timbre. ¿Te lo robaron?

Judith removió lentamente su propia taza sin beberla. —Debes ser un honor para el cuerpo. Anticipándote al robo de mi timbre antes de que pueda denunciarlo. Maravilloso. Más importante que ese viejo asunto del asesinato. ¿Cómo va eso?

Raymond había estado disfrutando de bromear con Judith. Le venía de manera natural, como si fueran viejos adversarios amistosos. La diversión se extinguió en el momento en que ella profundizó en la naturaleza seria de su visita.

—Despacio, para ser sincero. —Golpeó pensativamente el lado de su taza mientras elegía las palabras—. Hay algunas entradas inusuales en los libros de contabilidad de la Sociedad. —Esperó a

que Judith comentara. Cuando no lo hizo, continuó—. Pagos realizados. Marcados como «DG».

—¿Y quién es ese?

Collins se encogió de hombros. —Estoy seguro de que Augusta Calman lo sabría. Al fin y al cabo, ella es quien los registró. Y ahora mismo, es una sospechosa clave.

—Entonces pregúntale.

—En una investigación, hay que actuar con delicadeza.

—No quieres asustar a las palomas.

—Iba a decir ovejas.

—Ese es tu problema psicológico que no tengo ningún deseo de explorar.

—La otra persona que podría saber es Barbara Dixon. Organiza los eventos, así que sabrá qué pagos había que realizar.

—Ya veo. ¿Y qué te impide preguntarle?

—Requeriría otra entrevista formal y puede que no sea nada.

—O puede que eche a las ovejas entre las palomas si hay irregularidades financieras.

—Oh, también las tenemos. Varios cientos de miles están desaparecidos.

Eso sacó una reacción de Judith. —Eso es un poco vago.

—Doscientos mil a primera vista, pero podría ser más. Todavía no está claro. De cualquier manera, no es calderilla. Augusta afirma que fue un virus. Una estafa. Pero nadie más parece estar seguro. Esperaba que pudieras hablar con Barbara Dixon sobre cómo gestionan la facturación de los eventos para que podamos construir un cuadro de cómo operan financieramente.

—Y quieres que lo haga discretamente.

Raymond asintió. —Tan lista como siempre. —Tomó un sorbo de su café, que sabía peor a medida que se enfriaba.

—Por supuesto. Podrías haberme preguntado eso por teléfono. Así que hay algo más. Algo que no estás seguro de si deberías decirme.

La taza de Collins aterrizó en la mesa con un golpe demasiado fuerte. —¿Qué te hace decir eso? —Siguió la mirada de Judith hasta su propia mano. Su dedo tamborileaba en el lado de la taza.

—No tanto un tic nervioso, como un grito. Realmente deberíamos jugar un par de manos de póker algún día.

—Entonces operas bajo la errónea creencia de que a los detectives les pagan bien. —Suspiró y se recolocó en la silla, poniendo los codos en la mesa mientras apoyaba la barbilla en las manos. Había pasado la mayor parte de la noche en vela preocupándose desde que había recibido la llamada de los forenses —. El fallecido... no es el fallecido. Es muy lo contrario.

—¿El par de piernas asomando del horno está vivo?

—Tenías razón. No pertenecen a Herbert Holland.

—¡Pues alguien no las ha perdido! ¿A quién pertenecen?

—Eso todavía no podemos decirlo. No hay nada en el análisis de sangre, y los registros dentales que rescatamos de la parrilla no coinciden con nadie hasta ahora.

El ceño de Judith se frunció. —Mucha gente se hace trabajo dental en el extranjero hoy en día. ¿Entonces dónde está Herbert?

—Esa es la pregunta mágica. ¿Es el asesino? El dinero desaparece. Todos pensamos que está muerto. Y la investigación sigue dando vueltas.

—Para dejarlo claro. Quieres que pregunte sobre unas oscuras referencias contables, mientras tú te dedicas a buscar a una persona desaparecida.

—Bueno, soy el detective jefe. Y no olvides que al final pusieron a Al Capone entre rejas por evasión fiscal. —Tamboriló los dedos en la mesa, luego se detuvo cuando vio a Judith mirándolos—. Por supuesto, esto añade una dimensión diferente al caso. Ya sea que esté escondido o ya haya huido del país, todavía tenemos un cuerpo sin identificar.

—¿Planeas decírselo a los demás? —La vacilación del sargento Collins fue todo lo que Judith necesitó. Asintió con complicidad—. Por supuesto que no, por si uno de ellos está involucrado.

Miró pensativamente por la ventana de la cocina. Una vez más, caían finos copos de nieve. Collins no quiso interrumpir su locomotora de pensamiento.

—El hombre con el que estaba Herbert en el pub, la tarde en que alguien fue asesinado. Podría ser la víctima.

—Una fuerte posibilidad. Solo que no tenemos ni idea de quién es. No hay cámaras de seguridad. Sin registro del coche que conducía. De momento, debemos trabajar bajo el supuesto de que Herbert Holland podría ser el asesino. —Se frotó los ojos. La falta de sueño le estaba alcanzando, y le preocupaba cómo iba a llegar hasta la hora de comer—. ¿Has averiguado algo útil?

Judith apretó los labios, luego se encogió levemente de hombros.

—Nada tan impactante como esto. Me ocuparé de Barbara y te haré saber.

Ese fue el punto en que sabía que debería haberle contado todo lo que había descubierto, pero eso parecía un engorro mayor. Ya sabía exactamente con quién necesitaba hablar a continuación.

14

Para obtener resultados, a menudo bastaba con hacer salir a la presa de su escondrijo. Judith se detuvo frente a la casa de Dawn Sanders y observó el modesto chalet adosado. Para Little Pickton, habría sido considerado de construcción reciente, al haberse levantado en los años cincuenta. En algún momento, el propietario se había subido a la moda de revocar el frente con guijarros decorativos, y los ocupantes posteriores nunca habían tenido el valor de quitarlo. El abollado Volkswagen Escarabajo de Dawn estaba aparcado en la entrada en pendiente. La ligera capa de nieve todavía no había cubierto las marcas de los neumáticos de la noche anterior. Judith sonrió para sus adentros; algunas huellas eran casi imposibles de borrar.

Eran aproximadamente las diez y cuarto cuando había conseguido sacar a la agente Collins de su bungalow, lo que había sido más difícil de lo esperado. No tenía ganas del trabajo duro que las nuevas revelaciones requerían y estaba remoloneando, aunque le costaba hacer conversación trivial.

Judith salió del coche, soplando sobre las manos en cuenco para darse calor mientras cerraba la puerta de un certero golpe de cadera. Caminó despacio por la entrada lo suficiente para poder echar un vistazo por las ventanillas del coche sin agacharse, pero le obstaculizaba una fina capa de hielo que las había vuelto opacas.

Llamó al timbre. Una melodía tradicional resonó dentro y unos momentos después Dawn abrió la puerta con una amplia sonrisa. Iba envuelta en un esponjoso albornoz con pajaritos de dibujos animados y ositos de peluche estampados. La sonrisa desapareció cuando vio que era Judith. Dawn tiró del albornoz para cerrarlo bruscamente y anudó el cinturón mientras escudriñaba con curiosidad a su inoportuna visita.

—¿La señora Spears, verdad?

—Bien recordado, Dawn. —Judith lanzó una animosa sonrisa—. Espero no molestar. Solo estaba pasando por aquí y tenía algunas preguntas que quería plantearte sobre este terrible asunto. —La vacilación de Dawn indicaba que la negativa era inminente. El rostro de Judith se transformó en uno de desesperación—. Es solo que eres la única que puede ayudarme. Eres la importante, al fin y al cabo.

Los labios de Dawn se torcieron mientras luchaba contra su impulso natural de abrazar la adulación. Miró calle arriba y calle abajo, como si se asegurara de que Judith no había llegado en un coche de policía.

—Bueno, em...

—Oh, no será ningún problema, te lo aseguro. Como digo, necesito a alguien inteligente que me ayude. —Judith se encogió de hombros con aire indefenso, diseñado para inflar el ego de Dawn. Cualquiera que se vistiera como Dawn no estaba enviando señales de que era introvertida; estaba gritando que era una buscadora de atención que prosperaba al ser notada. La adulación era su punto débil—. Hace un poco de frío esta mañana. Creo que se nos viene más nieve —dijo mientras echaba un vistazo al cielo gris neblinoso y se estremeció con exageración.

—Será mejor que pases entonces. Aunque no tengo mucho tiempo. —Dawn abrió la puerta un poco más y echó un último vistazo calle arriba y calle abajo mientras Judith entraba.

El interior de la casa era prácticamente como Judith se lo había imaginado. Había una esponjosa manta roja sobre el sofá que parecía que un oso peludo se hubiera vuelto punk momentos antes de morir. Los aparadores estaban adornados con cursis miniaturas de porcelana de animales. Las pocas fotografías de la pared eran en

su mayoría de Dawn posando con amigos y familiares. En una, viajaba por un paraje agreste y gesticulaba hacia una cima lejana. En otra estaba de pie en un río, empapada hasta los huesos y disfrutando de cada momento. Otra la mostraba con tres mujeres más apretadas frente a un laberinto de montaña rusa. En el escritorio había una pila de folletos de agencias de viajes, con proveedores más selectos que ofrecían experiencias de viaje personalizadas, metidos debajo.

Dawn se dejó caer en un sillón que Judith observó que era uno de esos modelos ultra cómodos de cuero que se reclinaba hacia atrás y estaba posicionado perfectamente frente al televisor atornillado a la pared, confirmando que Dawn vivía sola.

—¿Qué querías preguntarme?

—Es sobre algunas de las complejidades de cómo se constituyó la Sociedad. Solo intento hacerme una imagen más clara de cómo funcionaba. Quiero decir, siempre he sido fan de que nuestro pueblo tenga su propio ferrocarril, y recuerdo que fue un acontecimiento cuando anunciaron el dinero de la Lotería.

Dawn se relajó un poco, cruzando las manos sobre el regazo. —Oh, fue fantástico. Sabes, nadie pensaba que lo conseguiríamos, pero Lloyd estaba bastante convencido. Y fue la mema de aquí —se señaló con el pulgar—, quien creó la fórmula para una solicitud exitosa. Pero aun así, parecía un sueño hecho realidad, no había duda.

Judith asintió en señal de acuerdo y se inclinó un poco hacia adelante en su asiento. —Un sueño por un tiempo, luego algunos elementos de pesadilla, según tengo entendido. —Dawn puso los ojos en blanco pero no comentó nada—. Lloyd y Herbert se llevaron todo el mérito de haberlo puesto en marcha.

—Un mérito que se atribuyeron ellos mismos. Nadie más dijo que lo hicieron ellos; era algo que mencionaban en las notas de prensa. Cómo lo hicieron todo ellos solos. —Liderar las entrevistas era una técnica que empleaban la mayoría de los políticos. No respondas a la pregunta, responde a la pregunta con el tema que quieres promover. Dawn se tensó—. Antes de todo esto, tenía un trabajo de verdad con habilidades reales. Hacía algo de trabajo informático para grandes

empresas de Madrid. Eso me llevó a un aburrido servicio de asistencia técnica. Al menos pude viajar un poco, pero odiaba la rutina de nueve a cinco. Cuando surgió la oportunidad con la Sociedad, me lancé a por ella.

—¿A qué te dedicabas antes?

—Trabajaba en soporte informático. Nada emocionante. Principalmente atención al cliente. Créeme, la vida en un call centre es el purgatorio, pero te ves forzada a aprender habilidades con las personas. Me alegré de dejarlo atrás. Pero me gusta hablar con la gente y me apetecía probar suerte en las relaciones públicas, así que me aseguré de que ese fuera el papel que tomé antes de que incorporáramos a los demás. —Agitó la mano con desdén—. Las relaciones públicas son fáciles. Hay muy poca gente que rechace la oportunidad de montar en un tren de vapor. Aunque es más difícil cuando empiezas a pedirles más dinero.

—Supongo que no existe la mala publicidad.

—La hay cuando alguien la palma en lo mismo que estás promocionando a niños y familias. Todos los eventos del resto del año han sido cancelados. La temporada previa a la Navidad debería estar tan animada como el verano. Solíamos montar un mercado navideño alrededor del tren en Denzel Green. Ahora, nadie quiere pasear por una feria festiva y que le recuerden que alguien fue asesinado.

—Tienes razón.

—Por supuesto que la tengo. El período entre el Año Nuevo y Semana Santa es tradicionalmente tranquilo y difícil. Nos va a costar sobrevivir. —Parecía desanimada ante la perspectiva.

—Supongo que si se espera, entonces tenéis reservas de efectivo para pagar los sueldos y las facturas de aquí a entonces. Así que eso es una gracia salvadora.

Dawn no encontró los ojos de Judith, sino que se quedó mirando un punto fijo sobre el televisor atornillado a la pared.

—No creo que quede nada. —La voz de Dawn era monótona—. A veces hay que dejar ir las cosas. O quizás, pasar a cosas nuevas. Mejores. No un maldito servicio de asistencia.

—Suenas como una mujer con un plan.

—Oh, tengo varios. —La boca de Dawn se torció en una sonrisa traviesa antes de que se acordara de sí misma—. Siempre pensando hacia adelante incluso en las circunstancias más nefastas. Pobre Herbert. —Añadió lo último casi como si fuera una ocurrencia tardía. Miró su reloj.

—Disculpa un momento. Tengo que ir al baño. —Saltó de su asiento y se apresuró hacia la cocina, cerrando la puerta detrás de ella. Estuvo fuera un par de minutos y por desgracia no volvió con una taza de té como Judith esperaba.

—¿Estás bien?

—El estómago un poco revuelto —murmuró Dawn, volviendo a sentarse. Tenía las mejillas sonrojadas. Judith pensó que lo mejor era no ser la siguiente persona en entrar al baño.

—Me encantaría saber cómo lo pusisteis todo en marcha. Eso es lo que me interesa. No recuerdo quién fue el que te elogió tanto por ser el cerebro detrás de la Sociedad...

La alegre fisonomía de Dawn superó su preocupación. —¡Apuesto a que fue Derek! —Se quedó mirando de nuevo un punto sobre el televisor antes de continuar—. Fue idea mía solicitar la subvención. Lloyd es un ex operador de bolsa así que acostumbrado a codearse con inversores, pero no entendía cómo la gente podría no tener el mismo entusiasmo que él por renovar una línea de ferrocarril que no va a ningún sitio.

—¿Renovarla?

—Como museo. Esa era su idea original. Fue Herbert quien presionó para comprar el tren para que circulara. Una idea más atractiva, y mucho más cara.

—Sin dinero, los sueños no pueden hacerse realidad. Esa es una dura realidad que las películas de Disney no te enseñan. Pero consiguieron el dinero.

—Yo conseguí el dinero. No habríamos tenido la subvención de la Lotería si yo no hubiera rellenado la solicitud, hecho toda la investigación, me hubiera asegurado de que marcábamos todas las casillas, y usado algo de magia de relaciones públicas para redactar la propuesta. Sin mí, sencillamente no habría pasado. No habrían conseguido luego a sus inversores.

—Estoy segura de que estuvieron muy agradecidos.

El rostro de Dawn se nubló. —Yo... —Su revelación fue interrumpida por el timbre de la puerta. Dawn se puso en pie de un salto—. ¡Oh, tienes que irte!

Mientras el timbre sonaba impacientemente de nuevo, Judith fue conducida del salón a la puerta principal. Dawn la abrió y fue recibida por Derek luciendo una sonrisa lasciva.

—Aquí está la gran D... —empezó antes de ver a Judith. De repente cerró la boca de golpe.

Judith le saludó con un asentimiento de cabeza. —¿Oh, tienes algún problema con las tuberías, cielo? —le preguntó a Dawn con inocencia. Derek emitió una serie de sonidos sin ofrecer una respuesta real—. Este es muy manitas. Te solucionará cualquier humedad que tengas. —Judith experimentó una alegría traviesa al ver las mejillas de Dawn arder de color rojo brillante—. Bueno, que tengáis una mañana fantástica.

Se paseó hacia su coche. Ni siquiera había pasado junto al Volkswagen cuando la puerta principal se cerró de golpe detrás de ella, con Derek a salvo dentro. La furgoneta del manitas estaba aparcada a cien metros más arriba en la calle, a pesar de los abundantes espacios de aparcamiento directamente frente a la casa. Ahora la pregunta que se estaba formando en la mente de Judith era si Derek era el hombre que había visto en la oficina de la Sociedad.

PARA SU SIGUIENTE cita no programada, Judith condujo desde la casa de Dawn hacia la casita de Barbara. Aunque era un trayecto corto, la nieve y las condiciones heladas de las carreteras sin tratar de Little Pickton la obligaron a conducir con extrema precaución. Se consideraba a sí misma una conductora competente. Incluso había completado un examen de conducción avanzado, y una amiga le había regalado una clase de conducción acrobática como día de experiencia. Todo muy divertido pero de poca utilidad cuando se trataba de carreteras genuinamente heladas. La única regla que siempre respetaba era creer que todos los demás conductores de la

carretera eran unos imprudentes, lo que la obligaba a mantenerse alerta.

El ritmo lento le dio tiempo para reflexionar sobre lo que había aprendido de Dawn. Ella y Derek tenían un romance. La admiración de Dawn por el hombre estaba descaradamente en exhibición desde que se había deshecho en halagos hacia él en el salón municipal. No dudaba de que el resto de los miembros de la Sociedad supiera de su relación. Lo importante era si les importaba. ¿Quién lo sabía? ¿Herbert...?

Tenía que obligarse a seguir pensando en él automáticamente como la víctima. Ahora era el sospechoso, lo cual era una cosa bastante inconveniente en la que confundirse en una investigación de asesinato. Sin embargo, había una duda en su mente de que ese fuera el caso. Después de recorrer su casa, no podía imaginarse a Herbert como un asesino. Naturalmente, incluso la mente más retorcida y taimada podía esconderse detrás de la máscara de un hombre que jugaba con trenes de juguete. Pero combinado con las fotos y videos que había visto de él en YouTube, dudaba de que poseyera la física bruta necesaria para el asesinato. Era un hombre delgado, más naturalmente posicionado como víctima.

Quizás había tomado el dinero, la víctima lo había descubierto, y Herbert se había visto obligado a matar para cubrir sus huellas. O si había tomado el dinero, quizás Herbert había planeado compartirlo con el asesino que luego se había vuelto codicioso y había decidido traicionarle.

Judith asintió con la cabeza mientras reflexionaba sobre eso. La teoría tenía un rastro de autenticidad, pero dependía de la noción absolutamente disparatada de que los ladrones peleados habían escapado en un lento tren de vapor por una vía que no llevaba a ningún sitio.

Había demasiadas preguntas reclamando respuestas. ¿Qué estaban buscando Dawn y Derek en la oficina? ¿Qué había pasado por alto la policía en los registros de la Sociedad? Quizás la Sociedad no era plenamente consciente de la relación de Derek y Dawn, y habían estado intentando ocultar pruebas de su infidelidad. Judith

archivó eso mentalmente. Y alineó mentalmente al resto de los sospechosos.

Fue Augusta quien la había involucrado con el espectro de la irregularidad financiera y la tergiversación de la justicia. Se lo había dicho a Lloyd, quien aparentemente no había hecho nada con esa información más que mantenerla en silencio respecto a los demás. Eso había resultado en que ella suplicara la ayuda de Judith. El único problema que Judith tenía con eso era que el sargento Collins acababa de decirle que posiblemente había más dinero desaparecido del que Augusta había revelado. ¿Era eso un descuido por parte de Augusta? Al fin y al cabo, estaba bajo mucha presión. Pero era una contable competente, sin ninguna razón aparente para mentir, así que eso no cuadraba.

Judith volvió a intercambiar su fila de sospechosos. A Barbara le gustaba jugar al enigma y envolverse tras un muro de misterio. Pero Judith la tenía catalogada como una excéntrica de la vieja escuela. ¿Capaz de asesinato? Posiblemente. ¿Capaz de un gran fraude financiero? Muy improbable.

Los engranajes de su coche emitieron un ruido chirriante mientras cambiaba a una marcha inferior para afrontar una cuesta. El motor gimió una serie de improperios casi comprensibles mientras aceleraba. Y con ello sus pensamientos galoparon a través del resto de los sospechosos de la Sociedad.

Dejando aparte a Herbert, Lloyd Groves estaba en la posición de ser el que menos tenía que ganar robando de su propia empresa. Por lo que podía ver, la empresa iba bien, así que ¿qué motivación tendría para sabotearla? ¿Quién tenía algo en contra de él? Quizás James Wani. Wani proyectaba la imagen de alguien reflexivo, incluso apocado. Pero recordó su comportamiento impulsivo en el salón municipal.

La reflexión adicional tendría que esperar mientras coronaba la cuesta y abordaba la curva en pendiente que ofrecía una bonita vista de las suaves colinas que rodeaban Little Pickton. El paisaje tenía poco interés para Judith mientras su pie golpeaba el pedal del freno.

Lo que tenía un interés más inmediato era por qué sus frenos no funcionaban.

El pequeño Clio rojo cogió velocidad mientras se precipitaba por la carretera helada. Con una caída a un lado y la curva helada sin tratar delante, Judith se estaba quedando repentinamente sin opciones sobre cómo seguir con vida.

15

Judith Spears había salido en una ocasión con un joven que la llevó a los coches de choque en el parque de atracciones de Benidorm. Se había puesto tan violentamente enferma que tuvieron que parar la atracción y, hasta donde ella sabía, limpiarla industrialmente.

El accidente de coche que estaba experimentando le trajo ese momento a la mente, pero sin la humildad añadida de ser escoltada a casa por su encantadora cita, quien posteriormente perdió su número de teléfono y nunca volvió a poner pie en el bar donde se habían conocido. Al parecer, el perfume de vómito no era una fragancia muy solicitada.

Mientras la parte trasera del Clio se desviaba serpenteando, Judith intentó contrarrestarlo girando el volante en la dirección opuesta, tal y como le habían enseñado. No sirvió absolutamente de nada. La inclinación de la cuesta aumentó, y el coche inevitablemente se deslizó hacia el terraplén elevado del lado derecho. Lo cual era preferible al empinado desnivel de la izquierda.

El coche chocó contra el terraplén con un profundo crujido de metal acompañado de un crack estereofónico de cristales rompiéndose. Su pequeño Clio ahora estaba mirando en la dirección equivocada y rodando hacia atrás. Para su sorpresa, había recordado dejar de bombear el pie en los frenos y en cambio logró meter la

primera para ayudar a reducir la velocidad. Aun así, el hielo arrastró el coche hacia el borde. Afortunadamente, Judith solo podía ver esto por su espejo retrovisor, lo que limitaba el terror. Segundos después, el impacto con el endeble quitamiedos hizo que el espejo cayera de su soporte. Su estómago dio un vuelco cuando el vehículo rebotó en la carretera y se precipitó, hacia atrás, por un empinado barranco.

Eso fue lo último que recordó.

Cuando despertó, el coche se había detenido contra un árbol. Se había perdido la parte divertida de toda la experiencia y se encontró con una vista de vuelta hacia el empinado barranco hasta la carretera que acababa de abandonar.

Judith tomó una respiración profunda y lentamente flexionó brazos, piernas y cuello, aliviada de no sentir más que un sordo dolor palpitante. Nada parecía roto. El motor del coche se había parado, y el silencio solo era interrumpido por el tintineo del metal enfriándose rápidamente. Estaba algo irritada de que el airbag no se hubiera desplegado, no es que lo hubiera necesitado, pero habría sido tranquilizador saber que funcionaba cuando tocaba.

La siguiente media hora consistió en sacudir la puerta del coche hasta que finalmente se abrió, y luego trepar por la resbaladiza pendiente a cuatro patas mientras se abría paso por la nieve que llegaba hasta las rodillas. Al alcanzar la carretera, finalmente miró hacia abajo para ver un rastro de piezas del coche que llevaba a su viejo fiel compañero, que no era más que una cicatriz roja en la nieve. El tubo de escape yacía en dos secciones, y estaba segura de que el chasis no debería estar doblado por la mitad.

Al menos de vuelta en la carretera, tenía una señal decente en el teléfono para pedir ayuda. Pensó en llamar a Maggie, pero ¿qué podría hacer ella? Luego consideró la asistencia en carretera, pero sospechaba que le cobrarían por el privilegio. En cambio, hizo una rápida llamada a la agente Eastly. Pasó otros veinte minutos temblando y marchando arriba y abajo de la carretera para mantenerse caliente, antes de que un Peugeot de policía sin identificar frenara con un chirrido con una luz azul en el salpicadero y la sirena aullando. Era bastante dramático e innecesario, pero

agradeció el esfuerzo mientras el sargento Collins salía de un salto, dejando el motor en marcha.

Tomó la situación con ojos desorbitados.

—¿Estás herida? —ladró, inspeccionando a Judith de arriba abajo, con una cantidad sorprendente de preocupación.

—No, solo helada. —Temblaba de frío mientras miraba con nostalgia su coche. Todas las ventanillas estaban rotas. La parte trasera y un lado estaban completamente abolladoS, con la pintura raspada hasta el metal donde había rozado contra el terraplén—. No creo que el taller pueda arreglar eso con un pulido.

La agente Eastly se unió a ellos, teniendo la sensatez de apagar el motor del coche y recuperar un botiquín del maletero. Judith agradeció la manta de papel de aluminio que le echó sobre los hombros, con continuos murmullos de que todo iba a estar bien.

—Deja de preocuparte, querida —la tranquilizó Judith—. Solo estoy un poco sacudida, y fría —añadió con una mirada significativa hacia el cálido coche de policía.

—Por el lado positivo, tu racha aterradora en las carreteras ha terminado por fin —dijo Raymond con ligereza mientras Eastly bajaba cuidadosamente por la nevosa pendiente hacia el siniestro.

—No creo que el tubo de escape deba estar ahí... ni ahí tampoco. Ese es para el desguace.

Judith resopló indignada. —No tuvo nada que ver con mi conducción, buena o mala. Y los hechos sugieren que soy bastante buena, ya que sobreviví sin matar a nadie.

—Porque afortunadamente no había nadie a quien atropellar.

—Debo de haber pillado una placa de hielo negro en la cuesta y salido volando. Todo lo que necesito es una buena bebida alcohólica caliente.

Raymond asintió. —Tendremos que esperar a la grúa, aclarar este estropicio, antes de marcharnos.

Le condujo de vuelta al coche y abrió la puerta trasera para ella, antes de subirse al asiento del conductor y encender el motor y poner la calefacción a plena potencia. Justo cuando el frío estaba siendo vencido, oyeron los tenues sonidos de Sarah Eastly llamándole.

Raymond suspiró mientras abría la puerta. —Espera aquí. Probablemente no puede volver a subir.

Judith le vio descender por la pendiente, luego cerró los ojos. Se sentía soñolienta ahora que la emoción del momento estaba remitiendo. Cuando los abrió, Eastly y Collins estaban subiendo de vuelta al coche, temblando y frotándose las manos para darse calor. Ambos tenían un semblante serio.

—Quizás el hielo no fue el problema —dijo Raymond finalmente.

—¿Me estás atacando la conducción de nuevo?

Vaciló tanto tiempo que Sarah intervino. —Le han cortado los cables de los frenos.

Si esperaba que Judith diera una explosión de asombro, entonces estaba muy equivocada. En cambio, Judith asintió.

—¿Estás segura?

—Bastante. Hay líquido de frenos rociado bajo tu coche. Lo que se ve en la tele, la gente cortando una tubería para que los frenos no funcionen, en realidad significa que no vas a llegar muy lejos antes de darte cuenta. La manera de hacerlo es haciendo una raja en la tubería para permitir que el líquido se drene gradualmente bajo presión. Entonces, cuando se acaba, estás en serios problemas.

A pesar de la manta térmica que llevaba apretada alrededor de los hombros, Judith sintió un escalofrío. —¿Estás segura de que fue sabotaje y no un fallo mecánico?

Los detectives intercambiaron una mirada, y Raymond asintió.

—Parece que se usó un cuchillo afilado para trazar un centímetro o así de tubería en las cuatro ruedas. —Extendió el pulgar y el índice para ilustrar el tamaño de la raja—. Vamos a tener que investigarlo correctamente, pero en la superficie, yo diría que fue un acto deliberado. Lo que convierte esto en tentativa de asesinato. ¿Quién haría algo así? —Una sonrisa cruzó su cara, y abrió la boca para añadir un macabro remate, luego pensó mejor en no hacerlo—. Siendo el detective que soy, apuesto a que has averiguado algo por delante de nosotros en relación a este caso.

Judith permaneció en silencio, probablemente demasiado tiempo, mientras procesaba esta última información. No había tenido intención de contarles todavía sobre las travesuras de la noche

anterior, pero ahora que las cosas habían subido un escalón, ya no era momento de jugar a quién sabe más. Les contó todo lo que había visto en la oficina ferroviaria, y su encuentro con Dawn y Derek. Mientras su relato comenzaba desde el apostadero al otro lado de la calle de la oficina de la Sociedad, omitió hábilmente cualquier indicación del mal uso de la cámara de su timbre. Por suerte, los dos detectives estaban tan centrados en el panorama general que no indagaron en qué la había llevado allí.

—Caray —dijo Sarah Eastly, expulsando una larga bocanada de aire—. Así que Derek Rivan es nuestro asesino.

Las cejas de Judith se alzaron con curiosidad mientras miraba el barranco, lo que llevó a Eastly a volver a hablar.

—¿No te convence lo obvio? Si acababa de aparecer cuando estabas dentro, entonces tenía la oportunidad y el motivo. Y es ingeniero. Sabría exactamente qué hacer. ¿Había alguien más por allí?

Judith sacudió la cabeza. Solo estaba escuchando a medias. Sarah no pudo resistir una pequeña sonrisa. —Así que creo que acabas de ayudarnos a convertir esto en un caso claro y evidente. Derek irrumpe en la oficina para encontrar algo que pueda incriminarle. Tú apareces en casa de Dawn a la mañana siguiente. Te ve aparcada fuera. Se pone nervioso. Te fastidia los frenos y te sales de la carretera. ¡Un asesinato fallido! —No podía contener la alegría en su voz.

—Bueno, supongo que todo lo que necesitamos ahora es alguna prueba real de que fue Derek —dijo Raymond, calentándose con el tema—. Pero bien hecho, Judith. Eso es un gran avance.

De nuevo, su silencio poco característico hizo que los detectives intercambiaran otra mirada de preocupación.

—Deberíamos llevarte al hospital —dijo Sarah, apretando la mano de Judith.

Judith sonrió. —De verdad, estoy bien. Solo un poco sacudida. ¡No todos los días eres objetivo de un atentado!

Se salvó de más mimos cuando llegó la grúa. Habían pasado casi dos horas desde el incidente cuando Judith pudo regresar a casa.

Pasó el resto de la tarde en un baño de burbujas, con Radio Nacional sonando suavemente de fondo para hacerle compañía.

De camino a casa, el sargento Collins estaba cada vez más entusiasmado ante la perspectiva de exponer a un asesino. Pero Judith estaba cada vez menos convencida. Preguntó sobre el progreso en la identidad de la víctima. Sorprendentemente, seguía siendo un misterio. Intentó ser delicada cuando señaló educadamente que tenían un caso de asesinato con una víctima desconocida y un asesino desconocido. Su experiencia casi fatal apenas era un avance.

Cerró los grifos de la bañera y se relajó en el cálido capullo de espuma que fue sacando a la luz los moratones que florecían por su cuerpo. Cerró los ojos y cayó en un sueño profundo, solo despertando cuando el agua se volvió tibia y ya era oscuro de nuevo afuera.

Y mientras yacía en la cama, empezó a reflexionar sobre qué era exactamente lo que el misterioso asesino pensaba que sabía ella. Qué había tropezado y pasado por alto que les había perturbado tanto como para estar dispuesto a matar de nuevo.

16

A la mañana siguiente, después de una ronda de llamadas a su compañía de seguros sorprendentemente fácil, Judith sintió que la fatiga inducida por el accidente iba remitiendo. Maggie se convirtió en su caballera con armadura brillante, o más bien en su taxista en un Ford Focus amarillento que desde luego había visto mejores días y absolutamente mejores combinaciones de colores.

Judith aprovechó la oportunidad de acompañar a Maggie, que conducía hasta Denzel Green, donde había quedado con Fabián Heinzel. Obviamente, sus mensajes de WhatsApp habían derivado hacia algo más, pero Judith pensó que no era el momento de indagar. Esperaba que Maggie pudiera sonsacarle alguna información, mientras Maggie podía revivir el drama que sentía que había sobrevenido a sus anteriores relaciones. Judith decidió que lo mejor era no mencionar que algún malvado le había cortado los cables de los frenos y en cambio culpó al accidente a las condiciones heladas.

Judith armó a Maggie con una lista de preguntas sobre la Sociedad Ferroviaria, con particular énfasis en el pacto comercial entre ellos y la ciudad. Judith había sugerido unirse a ellos, pero Maggie emitió un gruñido sonoro tan presagiador que rápidamente se echó atrás en la sugerencia.

Aparcaron en el aparcamiento de la estación de Denzel Green, con Maggie realizando una elaborada maniobra de cinco puntos para dar marcha atrás hasta el espacio, mientras murmuraba sombrías oscuridades de que los coches nunca deberían ir hacia atrás. Un sentimiento con el que Judith estaba de acuerdo. Mientras Judith buscaba el parquímetro, Maggie se sentó en el vehículo acicalándose el pelo con una diligencia que Judith nunca había visto antes. Eso insinuaba cómo esperaba que terminara el almuerzo con Fabián, lo que significaría que Judith podría tener que coger el autobús de vuelta a casa.

Denzel Green era casi el doble de grande que Little Pickton y venía con el arrogante swagger de una ciudad que se pavoneaba sobre su hermano pueblo. Tenía una pintoresca plaza grande frente al ayuntamiento, con los edificios circundantes revestidos de impecablemente limpia piedra de Castilla y luciendo coloridos tejados de rojos y grises claros. Era una tarde fría, y los equipos ya estaban poniendo guirnaldas y decoraciones para el próximo Mercado de Invierno. La estación de tren estaba perfectamente posicionada a doscientos metros de la plaza, con solo un paso a nivel interrumpiendo el flujo de tráfico. La locomotora de la Sociedad había sido programada para asistir, decorada como un personaje de Thomas y sus amigos para sesiones de fotos, pero la reserva había sido la primera en cancelarse.

Judith decidió circular lentamente por la ciudad y absorber el ambiente. La distraían pensamientos no deseados sobre su accidente que casi no notó a Lloyd Groves adelantándola a paso vivo. No dio ninguna señal de reconocimiento. Mantuvo la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de shooting de tweed. Percibiendo la oportunidad, Judith se puso furtivamente al mismo paso que él mientras entraba en la biblioteca.

Fingió leer el tablón de anuncios mientras él se dirigía directamente a las mesas de lectura. La excusa que estaba formulando para usar como pretexto de encontrárselo se disipó cuando vio que se dirigía hacia James Wani. El ingeniero todavía llevaba una gran chaqueta acolchada, cerrada a pesar del calor tropical del interior del edificio. Estaba sentado encorvado sobre la

mesa, sin desear ser reconocido, pero al hacerlo se había convertido en la persona más obvia del edificio. Su pierna derecha bombeaba nerviosamente a toda velocidad, y aumentó el ritmo cuando Lloyd se sentó enfrente. Las manos de Lloyd estaban entrelazadas sobre la mesa, y su actitud permanecía fría y distante.

Judith se apresuró por un pasillo de libros de autoayuda para poder acercarse al rango auditivo. Para cuando se aproximó, ambos hombres estaban inclinados sobre la mesa cara a cara en un acalorado intercambio en voz baja. No podía distinguir nada más que irritables sílabas siseadas. Fuera lo que fuera lo que se decía, James Wani estaba cada vez más enfadado, mientras que Lloyd permanecía impenetrable.

Finalmente, James empujó una bolsa de la compra por encima de la mesa. Judith no podía ver qué había dentro, pero provocó la primera reacción genuina de Lloyd, cuyo ceño se frunció mientras la tomaba rápidamente de la mesa y colocaba la bolsa en el suelo entre sus pies.

El encuentro duró menos de cinco minutos, y James fue el primero en marcharse. Se puso de pie bruscamente y agitó amenazadoramente un dedo en la cara de Lloyd antes de salir de la biblioteca a grandes zancadas, echándose la capucha sobre la cabeza.

Judith vaciló. ¿Debería seguirle? Al fin y al cabo, todavía no había hablado con él. ¿O debería quedarse con el más enigmático Lloyd para ver qué se traía entre manos? Al final, Judith optó por la tercera opción que era más acorde con su instinto espontáneo y bullicioso.

—¡Lloyd! ¡Yuju! —exclamó en voz alta. Agitó con ambas manos, atrayendo todas las miradas de la biblioteca hacia ellos—. Vaya, qué casualidad encontrarte aquí. ¿Qué probabilidades había?

Lloyd pareció brevemente sorprendido, antes de relajarse de vuelta a su estado impenetrable. —Señora Spears. En efecto, qué peculiar.

Judith se sentó en el asiento vacío de James y puso ambas palmas sobre la mesa como si se estuviera preparando para lanzarse sobre él. Él la había reconocido instantáneamente, y el uso de señora ya estaba disparando las alarmas. No les habían presentado

en el salón municipal, lo que indicaba que había hecho sus deberes sobre quién era ella. Leer el carácter era un arte que Judith había perfeccionado y empleaba regularmente, si no del todo apropiadamente. Tras la fachada, Lloyd Groves era fácil de leer. Confianza rayando en arrogancia, envuelta en una calculada amabilidad. Judith sintió un cosquilleo que había estado dormido durante mucho tiempo. Una batalla de ingenio entre iguales.

Hizo la tonta. —Oh, señora, señorita, señor es todo una tontería, ¿verdad? ¡La gente de hoy en día! —Puso los ojos en blanco—. Así que por supuesto ya entiendes por qué me alegra tanto encontrarme con el hombre detrás de la Sociedad. Intenté llamar a tu oficina, pero parece que nadie coge el teléfono. —Su sonrisa característica no parpadeó mientras desplegaba el doble combo de cabeza de chorlito y adulación al ego.

—Todo el mundo está trabajando desde casa, aunque no hay mucho que ninguno de nosotros pueda hacer. Es una pesadilla de relaciones públicas.

—Lo siento tanto por vosotros. Siempre he sido tan fan de lo que lograste, aunque no puedo imaginarme qué estaba haciendo Herbert sacando el tren tan tarde para empezar.

—Comprobando problemas mecánicos, sin duda.

—¿En la oscuridad?

Los hombros de Lloyd se encogieron levemente. —¿Quién sabe qué tenía en mente? —Se inclinó un poco hacia adelante, compartiendo sus pensamientos íntimos—. Crees que conoces a alguien, y luego algo así pasa y te das cuenta de que había mucho más ocurriendo de lo que imaginabas.

—¡Oh! ¡Intriga!

Los labios de Lloyd se torcieron en una sonrisa tenue. —Precisamente el tipo de aliciente en que prospera una investigadora aficionada como usted.

Judith asintió con entusiasmo. —¿Quiere decir que estaba haciendo algo turbio?

Lloyd levantó ambas palmas para desviar la pregunta. —No sé qué estaba haciendo. Era algo que nunca compartió conmigo.

Siempre fue reservado, y últimamente doblemente. Me ponía tan terriblemente ansioso.

—Pero mover un tren entero. Seguramente eso requeriría varias personas.

—Dos. Sí. Es posible hacerlo solo, por supuesto. Lo ha hecho muchas veces antes. He tenido palabras con él por eso anteriormente. No es seguro, y va en contra de nuestra póliza de seguros.

—¿Por qué haría tal cosa?

Lloyd sopesó sus palabras antes de hablar. —Tenía una personalidad obsesiva. A menudo veía a toda la Sociedad como su juguete personal en lugar de un esfuerzo de equipo con los medios de vida de personas en juego.

—Cuando por supuesto lo era tuyo y suyo. Y el de Dawn, creo. —Al mencionar el nombre de Dawn, los hombros de Lloyd se tensaron y entrelazó los dedos. Judith se alegró de haber extraído finalmente una reacción genuina de él—. Quiero decir, después de hablar con ella, no puedo ver cómo alguien podría creer que fue idea suya —añadió Judith apresuradamente—. Pero le gusta la gloria, supongo.

—Por supuesto que no lo fue. Fue idea mía. Tiene la costumbre de siempre atribuirse el éxito y negar la responsabilidad cuando las cosas van mal.

Judith asintió en señal de acuerdo. —Esa fue también mi valoración.

Lloyd sonrió. Nunca llegó del todo a sus ojos. Judith no podía sacudirse de encima la caricatura del Lobo Feroz del cuento infantil.

—¿Crees que ella o James sabrían por qué sacaría el tren solo?

Lloyd se encogió de hombros y empujó la silla hacia atrás preparándose para marcharse. —Deberías preguntarles. Y no te olvides de Derek. Todos tenían sus problemas con Herbert, pero él y Herbert... —Sacudió la cabeza con pesar—. Intenté no involucrarme en las rencillas personales. Me quemé con eso antes. Ha sido interesante encontrarte, señora Spears, pero debo irme. —Metió la mano dentro de la chaqueta y sacó una cartera abultada con billetes de diez y veinte euros. Sacó una tarjeta de visita y usó un dedo para deslizarla por la mesa. Judith la cogió y examinó el estilizado tren de

vapor representado en la cara—. Por favor, manténgase en contacto. Si hay algo sobre lo que desee hablar conmigo, llámeme directamente.

Lloyd recogió la bolsa de entre sus piernas y deliberadamente la sostuvo de manera que colgara fuera de la vista detrás de él. Incluso tan de cerca, Judith no podía adivinar el contenido. Con un brusco asentimiento de cabeza, Lloyd Groves salió rápidamente de la biblioteca.

Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca aún, pensó Judith mientras jugueteaba con la tarjeta de visita. Lloyd desde luego sabía lo que estaba haciendo, y eso era desviar la atención de sí mismo con el uso del encanto y las acusaciones pasivas. ¿Había seguido el juego sobre que el fallecido era Herbert Holland, o de verdad no lo sabía?

Tamborileó los dedos mientras trabajaba sobre esa idea. Si estaba operando bajo el supuesto de que Herbert había muerto, entonces significaba que heredaría todo el negocio. Una fuerte motivación para el asesinato... excepto que en este punto, solo el asesino conocía la identidad de la víctima. Eso indicaba que Groves era inocente. Del asesinato al menos.

Había plantado suficientes migas de pan para hacer que tanto Eastly como Collins corrieran hasta la panadería, pero había cometido un sutil error al dejar un hueco en su rastro y al mismo tiempo señalando un hueco que la investigación había pasado por alto. Eso era algo que Judith tenía plena intención de abordar hoy. Pero cuando sacó el teléfono del bolsillo y vio los mensajes en espera, eso no iba a ser tan sencillo como le gustara.

17

El mensaje de Maggie le informaba brevemente de que el almuerzo sin-cita con Fabián Heinzel había ido espectacularmente bien. No había respondido a los tres mensajes que Judith le había enviado en respuesta, lo que significaba que estaba varada en Denzel Green. Si tan solo hubiera un tren en el que pudiera volver a casa. En cambio, buscó los horarios del autobús en el tablón de anuncios de la biblioteca. Junto a ellos había un cartel haciendo campaña para que el enlace ferroviario entre Denzel Green y Fulton fuera renovado. Tomó nota del correo electrónico y el número de teléfono, luego se dirigió a la parada del autobús para esperar cuarenta minutos. Recurrió a comprobar la hora en su teléfono porque su fiel pequeño Cartier había dado finalmente las boqueadas tras el accidente. Le sorprendió lo triste que se sentía al perder a su valiente compañero; la entristecía más que la pérdida de su coche.

Desde el accidente, no podía calmar la ansiedad de llamar a un taxi. El viaje con Maggie había sido soportable ya que habían estado hablando todo el camino, pero la tensión subyacente de quién había saboteado sus frenos se negaba a ceder.

El sargento Collins había dejado claro que pensaba que Derek Rivan era su hombre, pero Judith dudaba de que el ingeniero tuviera

el arrojo para un acto tan audaz. Pero entonces, ¿quién lo tenía? Tenía sus sospechas.

Después de un afortunadamente lento viaje en autobús por las traicioneras carreteras embarradas que pusieron los nervios de Judith a flor de piel, finalmente se apeó en la calle Mayor de Little Pickton. Con un vistazo a la hora en su teléfono, marchó a paso vivo hacia la iglesia para su cita predeterminada. Oyó el griterío de la jauría antes de doblar la esquina y divisar a Charlie Walker siendo tironeado en media docena de direcciones por los perros que estaba paseando. O más exactamente, siendo arrastrado por ellos.

—¡Judith! Empezaban a ponerse inquietos justo ahora. ¿Quieres llevarte a un par? —Ofreció una mano repleta de tres correas.

Judith se quedó justo al borde de su alcance mientras los perros tiraban hacia ella, con las colas menéandose y las lenguas colgando. —¡Hola chicos y chicas! —Ofreció el dorso de sus manos enguantadas y fue inmediatamente empapada con amistosa baba por dos de ellos. El tercero olisqueó, pero mantuvo las mandíbulas firmemente cerradas sobre un juguete—. Creo que es mejor que te los quedes tú, Charlie.

Charlie se ganaba bien la vida como paseador de perros del pueblo y, cuando era necesario, cuidador. También llevaba un rentable negocio secundario de cuidado de mascotas en casa, desde peces a gatos, lo cual era un servicio muy demandado. Y en una ocasión, un caballo. Eso significaba que conocía a una gran proporción de los vecinos y se había convertido en una figura muy respetada. Incluso había oído susurros de gente sugiriendo que merecía una medalla al mérito por sus servicios en vacaciones de la gente. Judith pensaba que eso iba quizás un poco demasiado lejos.

Charlie había accedido a quedar con Judith al inicio de su ronda de tarde desde la iglesia hasta el estanque de los patos, circulando por el campo de cricket, las arboledas y de vuelta al pueblo. Los animales lideraban el camino, imponiendo un trote vivo.

—Quería hacerte algunas preguntas sobre la mañana que descubriste el asesinato —dijo Judith entre jadeos. Charlie era un alma curtida después de pasar un tiempo en el ejército. El Ejército del Aire, hay que admitirlo, y como miembro del personal de tierra

estaba a salvo del conflicto, pero se presentaba como una figura a la que nada asombraba. Sin embargo, la mención del asesinato le hizo palidecer.

—Fue horrible. No me importa decirlo. Solía disfrutar llevando a los perros por la vía. Nunca hay nadie por ahí y es un paseo precioso. No tengo muchas ganas de volver a hacerlo por un tiempo.

—Entiendo que debió de ser un shock terrible. ¿Qué ocurrió exactamente?

Charlie caminó en silencio unos metros mientras recordaba la mañana. Justo cuando Judith estaba a punto de incitarle, empezó desde el momento en que había recogido a Reeta. Una vieja Labrador negra con la que tenía una relación de varios años porque su dueña ya no tenía movilidad suficiente para pasearla.

—Esa es ella. —Señaló a la Labrador que había saludado a Judith con la boca todavía firmemente cerrada alrededor de su juguete. Los mechones de pelo blanco alrededor del hocico y su cuerpo en forma de barril delataban sus menguantes años.

En tono mesurado, pintó un vívido cuadro de la fría mañana y el silencio del bosque mientras se había topado con el tren. Judith escuchó sin interrumpir mientras él relataba llamar a la policía y apresurarse de vuelta al aparcamiento para encontrarse con el agente que respondió.

Se estremeció ante el recuerdo. —Lo peor fue el olor. —Luego, después de una pausa pensativa, lo enmendó a: —No. En realidad olía bastante bien. Hasta que supe lo que era. Me he vuelto vegetariano desde entonces —añadió como una admisión vergonzosa.

—Muy saludable también. Bien hecho. Quizás nos sobrevivas a todos.

—Me ha cambiado las heces de manera muy rara. Como boñigas de vaca gigantes.

Llegaron al campo de cricket donde algunos niños del barrio habían construido unos encomiables muñecos de nieve representando al bateador y al lanzador. Estaba nevando de nuevo, y dos de los perros más pequeños mordisqueaban los copos con entusiasmo. Judith no tenía ningún deseo de explorar los efectos

escatológicos de una dieta vegetariana, así que pensó que era hora de hacer algunas preguntas que le habían estado inquietando.

—¿Es así com

18

El sargento Raymond Collins giró el objeto de un lado a otro, con las arrugas de la frente profundizándose con cada rotación.

—La verdad es que no lo veo —dijo, sosteniendo la escultura de ramitas de Reeta bajo la luz de la lámpara de escritorio—. Si me lo preguntaras, diría que quizás es una estrella de mar.

La agente Eastly lo arrancó de sus dedos. —O un copo de nieve bastante cutre. O una vieja estrella de árbol de Navidad que las ratas han roído.

Raymond Collins se recostó en la silla de escritorio y entrelazó las manos sobre el estómago. —¿Sabes, Eastly?, hay protocolos sobre cómo manejar las pruebas.

Judith tomó un sorbo de té hirviendo del vaso de papel que le había proporcionado Eastly y hizo una mueca cuando le quemó los labios. —Creo que Reeta puede haber eliminado la necesidad de tales protocolos, detective. Creo que si pasaras eso por cualquier tipo de sofisticada prueba de ADN, encontrarías una colección de babas, comidas pasadas y restos de los traseros de otros perros.

Por lo general, Judith siempre prefería seguir adelante con sus propias investigaciones tangenciales sin la engorrosa necesidad de dejar que otros supieran lo que tramaba. Normalmente se contendría de revelar todo lo que había descubierto ya que la idea de ganarle a la policía en su propio juego estaba grabada en su

ADN. Pero cuando se encontró con el pequeño tesoro de Reeta, comprendió que era su renuente deber entregar la prueba. Al fin y al cabo, podía estar relacionada con un asesinato real. Dicho esto, cuando llamó al sargento Collins para revelar su hallazgo, no sonó demasiado entusiasmado y le dijo que lo dejara en la comisaría cuando pudiera.

Como ahora era una víctima potencialmente fallida en el complot, Judith se sentía más cerca del caso de lo que debería. Tras regresar del paseo con Charlie Walker, había enviado varios mensajes de texto más a Maggie, manteniéndolos lo más inocuos posible y asegurándole que había conseguido llegar a casa sana y salva sin que la atracaran, secuestraran o dañaran de otro modo, y lo estupendo que sería quedar para descubrir lo que había aprendido de Fabián. Fue recibida con silencio. Aparte de construir un cuadro posiblemente equivocado de su no-cita, eso dejó a Judith completamente varada en Little Pickton. El último autobús hasta la comisaría de Fulton ya había partido, así que con la nieve aún cayendo, regresó penosamente a su casita solo para descubrir que su compañía de seguros había obrado un milagro. El coche de alquiler ya estaba aparcado en la entrada. Se quedó atónita ante la eficiencia de la empresa, habiendo asignado mentalmente varios días de tediosas llamadas telefónicas para seguirle la pista. Un servicio al cliente eficiente estaba arruinándole la diversión. No era exactamente un modelo similar a su humilde Clio. El sustituto era un monstruo. Un enorme Mitsubishi 4x4 de color azul oscuro que apenas cabía en la entrada. Había conocido tiempos mejores, con cicatrices todavía visibles a pesar del diligente pulido y abrillantado para disimularlas. Sin embargo, estaba construido como un tanque y era perfecto para las condiciones de nieve.

Cuando llegó a la comisaría, el manto de la oscuridad del atardecer se había acelerado detrás de las nubes de nieve grises, añadiendo algo más de traición a las resbaladizas carreteras. El rugido diésel del 4x4 le aseguró que probablemente era la cosa más peligrosa de la carretera en ese momento, tanto para el resto del tráfico como para el medio ambiente, así que su ansiedad se suavizó.

Encontró al sargento Collins y a la agente Eastly en sus escritorios en la oficina de planta abierta, separados del puñado de agentes de la brigada de investigación criminal por endebles paredes de cubículo verde, una de las cuales estaba cubierta de fotos del incidente de la Sociedad Ferroviaria. Tras un rápido resumen de cómo había encontrado el objeto, Sarah finalmente le había traído una taza de café para que Judith pudiera recobrar el aliento.

—Para entender esto bien —dijo el sargento Raymond Collins con un suspiro sincero mientras miraba la prueba—, la búsqueda del asesino y de tu posible homicida, y de hecho la identidad de la propia víctima, crees que todo depende de este manojo de ramitas. —Lo agitó cerca de la cara de Judith para mayor énfasis.

Judith podía ver que Raymond había dormido poco, lo que también le hacía irritable. Y por la pila de papeles en su escritorio y la manera en que evitaba astutamente el contacto visual con cualquiera que pasara, supuso que el estrés del caso le estaba desgastando, así que ignoró su pasivo-agresividad no tan pasiva.

—El perro lo encontró en las vías a unos cientos de metros de la locomotora. Captó el olor de algo en los raíles y llevó a Charlie a la escena del crimen. Creo que era el mismo olor que ese. —Señaló el manojo.

Raymond se encogió de hombros. —Así que podía oler lo desagradable. —Puso una mueca al recordar el ambiente cuando había llegado.

—Charlie fue muy explícita en que seguía un rastro en el suelo, no olfateando el aire. Lo que significa un rastro dejado por una persona que llevaba eso. Y probablemente estaban a barlovento de la escena del crimen.

Las cejas de Raymond se movieron en señal de que no se tragaba su lógica. Eastly retomó el hilo de Judith.

—¿Estás sugiriendo que alguien dejó caer eso mientras caminaba por la vía?

Judith miró hacia los desgastados paneles del techo. —¡Aleluya! ¡Por fin cae la moneda!

También cayó para Collins, que se inclinó hacia delante en su silla. —¿Estás diciendo que alguien iba o venía de la escena del

crimen llevando esto? —Parecía escéptico mientras colocaba las ramitas sobre la mesa.

Judith asintió. —Hasta ahora, hemos estado asumiendo que el asesino estaba en la locomotora cuando salió de la estación. Ayudando a Herbert a conducir. Pero cuando hablé con Lloyd Groves, sugirió que una persona podría sacar el motor sola. De hecho, Herbert lo había hecho antes.

Los detectives intercambiaron una mirada pensativa. Judith se sintió obligada a llenar el silencio.

—¿Quizás Herbert lo había estado sacando solo y paró en mitad de la nada para que el asesino, perdón, la víctima, se uniera a él? ¿Luego tuvo lugar el altercado y Herbert huyó de vuelta por las vías llevando esto, y quizás otras pertenencias que identificarían a la víctima? ¿Encontraron alguna prueba de que alguien huyera de la escena del crimen?

Eastly sacudió la cabeza. —El suelo estaba helado. Solo había huellas del paseador de perros, pero nada más.

—Es posible que la helada no se hubiera formado entonces. —Judith se imaginó la noche del crimen en su mente—. Es un tren de vapor enorme, así que incluso parado habría permanecido caliente durante muchas horas, irradiando todo ese calor, por lo que la zona alrededor del tren no habría tenido escarcha la mayor parte de la noche. No recuerdo terriblemente bien la física del colegio, pero supongo que habiendo viajado sobre los raíles, estos también habrían estado lo suficientemente calientes como para resistir la escarcha durante una hora más o menos. Lo que significa que la mejor manera de huir de la escena del crimen sin dejar rastro habría sido dirigirse de vuelta hacia el pueblo, por la línea.

Mientras hablaba, escudriñó las fotos en la pared detrás de la cabeza del sargento Collins. Imágenes de todos los miembros de la Sociedad tomadas del sitio web estaban clavadas en fila, con sus edades y direcciones impresas debajo. Un mapa de la escena del crimen tenía marcada la ubicación del motor, y unas pocas fotografías del tren y de la víctima lo rodeaban. Sarah lo había llamado grandiosamente su tablero del crimen, pero para Judith se parecía más al álbum de recortes de un adolescente perturbado.

—Eso sería huir hacia el aparcamiento —reflexionó Collins—. No encontramos nada allí que levantara sospechas. Aparte del vehículo de Charlie Walker, estamos seguros de que nada había aparcado allí durante al menos doce horas. —Sacudió la cabeza—. Esto se está desviando del tema. No veo qué tiene que ver un trozo de basura con nada. Los perros encuentran cadáveres y basura. Es lo que hacen.

—Si estaban a barlovento, Reeta no podría haber captado el olor de la locomotora. La vía va en ambas direcciones, pero ella encontró eso y parecía bastante decidida a ir hacia la escena del crimen con ello en la boca. Lo ha estado usando como su juguete de morder desde entonces.

—¿Me estás sugiriendo que la entreviste?

—¿Demostrar que su ladrido es peor que su mordisco?

Raymond puso mala cara. —Judith, cuando dijiste que tenías noticias, esperaba que vinieras aquí con información sobre las discrepancias contables. ¡O alguna pista bomba sobre un gran escándalo de blanqueo de dinero! No agitando un trozo de madera en mi cara.

—Le aseguro que estoy trabajando en eso —dijo, dejando su taza porque le estaba quemando los dedos, y golpeó las ramitas—. ¿Y si esto pertenecía al asesino?

Raymond le echó otro vistazo superficial al manojo. —Has señalado que la probabilidad de que haya alguna prueba forense utilizable era casi nula. Así que, ¿estás preguntando si alguien huyó de un madrugador taller de Navidad llevando un manojo de adornos a un tren en mitad de la nada, para luego ser golpeado hasta la muerte por Herbert Holland? ¿Y él salió corriendo, esparciendo ornamentos por todas partes?

—Esa era quizás una descripción más adornada de lo que quiero decir, pero el principio es el mismo.

Raymond arqueó una ceja. —Emitiré una alerta de todos los puertos buscando a un duende.

—Al menos estarías haciendo algo constructivo para encontrar quién cortó mis frenos —replicó Judith con aspereza.

Descendió un silencio avergonzado. Nadie había visto a Judith enojada antes y ella se deleitó en su incomodidad, lo que tuvo el efecto deseado de hacer que el sargento Collins se sintiera culpable. Los obsequió a ambos con una mirada del Manual de la Directora Severa y cruzó los brazos.

—Considera esto. ¿Y si Herbert había sacado el tren solo por razones desconocidas? —Agitó la mano, incapaz de encontrar las palabras para expresar su sentimiento—. Recogió a un pasajero, un cómplice en el robo del dinero, quizás. O quizás alguien intentó detenerle agitando algo en las vías. —Imágenes de la clásica El ferrocarril de los niños cruzaron su mente—. Tuvo lugar un altercado violento. Herbert está furioso de que sus planes se hayan frustrado. Mata al propietario de esto —golpeó las ramitas—. Y huye de la escena del crimen llevando algunas pertenencias incriminatorias para echarlas al fuego, lejos del tren.

Raymond Collins se recostó en su silla, con las manos de nuevo pensativamente entrelazadas sobre el pecho, en una postura que Judith empezaba a asociar con su modo de reinicio.

Volvió a escudriñar el tablero del crimen. —O quizás había tomado algo de valor. Luego se dirigió de vuelta hacia Little Pickton para reunirse con su cómplice.

Sarah intervino. —¿Cómplice?

—Fuera adonde fuera con el tren, necesitaría que le recogieran al otro lado. Sus planes tomaron un giro mortal, así que su compinche tuvo que ir a buscarlo. —Sus ojos cayeron de nuevo sobre los rostros del tablero. Había una foto del pub Lion's Arms. Alguien había dibujado un signo de interrogación en la esquina de la página con un grueso rotulador rojo.

Viendo todo expuesto ante ella, intuía que había un agujero negro absorbiendo la verdad y desviando la investigación a través de una serie de hechos engañosos y acusaciones pasivas. —¿Con quién había quedado Herbert la tarde de su muerte? —reflexionó en voz alta—. ¿La víctima o el cómplice?

El sargento Collins suspiró, devolviéndola al momento, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, y por un momento pensó que se había dormido. —Este caso se está convirtiendo en un

auténtico desastre. Cuantas más teorías tienes, más se deshilacha todo. —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el escritorio, reposando la cabeza en las manos—. ¿Sabes cuántos casos de homicidio quedan sin resolver? Un buen treinta por ciento. Cada detective tiene al menos una historia de ese caso que se les escapó. Algo que no pudieron cerrar. Que les persigue durante toda su carrera. No quiero que el mío sea sobre un maldito tren de vapor y una víctima sin nombre. —De repente recobró energías—. Esto es claramente un delito financiero. Una suma considerable de dinero ha desaparecido. Alguien se enteró. Alguien fue asesinado. Y aunque Herbert Holland está en el centro de todo, toda la evidencia, y un fuerte presentimiento de detective, apuntan a Derek Rivan como el villano de la función.

El dubitativo mmm de Judith desinfló la confianza del detective. —Derek es un idiota egocéntrico. Un hombre que se cree un Casanova, pero que en realidad es un pobre sucedáneo. Puede que sea un ingeniero inteligente, pero es un fraude egoísta y tramposo que con mucho gusto se aprovecharía de una anciana, ejem, mujer de mediana edad a quien considera indefensa. Creo que es tan capaz de llevar a cabo una elaborada estafa financiera como de escribir correctamente la palabra estafa.

Eastly frunció los labios. —¿Y Dawn Sanders?

—Dawn es un poco más lista de lo que aparenta. Cuanto más lo pienso, más me pregunto si son ellos a quienes están preparando para cargar con las culpas de un delito que no tienen la inteligencia para cometer.

—Oh, Judith —el tono de Raymond Collins salió como un lamento, bordeando la súplica—. No puedes quitarme mi única pista. Estoy en proceso de conseguir una orden para revisar las cuentas bancarias de todos. El dinero fue a algún sitio. En el momento en que encontremos aunque sea un rastro de él yendo en su dirección, los tenemos. Todo el mundo comete errores —añadió, señalando las ramitas sobre la mesa—. Quizás las guardemos y las pongamos en el árbol de Navidad de la oficina a final de año. ¡Si es que alguna vez resolvemos este caso!

Mientras Judith se dirigía al coche aparcado en la calle de fuera, la temperatura en picado le cortó la respiración. Subió un poco el cuello de la chaqueta. La nieve caía con mayor determinación, y calculó que tenía poco tiempo para salir, incluso en un 4x4. Lo último que quería era quedarse bloqueada por la nieve fuera de su pueblo cuando había una cama caliente esperándola.

Había esperado que la pequeña prueba de Reeta hubiera desencadenado algo significativo, pero Raymond claramente pensaba que era un callejón sin salida. Sin embargo, el viaje no fue un completo desperdicio. Había tenido la oportunidad de ver el tablero del crimen y evaluar exactamente en qué punto estaban los detectives en su investigación.

No muy lejos.

También arrojó un pequeño fragmento de información. James Wani no era residente de Little Pickton, a diferencia del resto de la Sociedad. Era el único que vivía en Denzel Green, así que Lloyd Groves le había estado reuniendo en su terreno.

Entró en el coche y arrancó el motor. El aire frío salió disparado por las salidas de ventilación, pero rápidamente se calentó al ajustar la calefacción al máximo. Arrancó, reflexionando sobre lo que Wani le había pasado a Lloyd Groves envuelto en una bolsa reutilizable. Era algo que Lloyd Groves claramente consideraba lo suficientemente importante como para una reunión clandestina. ¿Documentos de chantaje? ¿O dinero?

El trayecto de vuelta a casa era en teoría sencillo, pero con el tiempo empeorando, solo cruzó dos coches más que iban en dirección contraria con los limpiaparabrisas golpeando vigorosamente la nieve cada vez más intensa. Redujo el ritmo, prestando cuidadosa atención a la carretera de delante y bombeando los frenos con aprensión para asegurarse de que seguían funcionando.

Al acercarse a la ronda de Denzel Green, su sexto sentido le pidió atención. Miró por el retrovisor. Había unos faros, discretamente lejos detrás. La habían estado siguiendo desde que salió de la comisaría de Fulton. Decidió dar un pequeño rodeo y tomó una ruta algo más larga por el centro de Denzel Green. El coche detrás la

siguió, confirmando lo que su inusual sentido había estado intentando advertirle.

Alguien estaba siguiendo a Judith Spears.

19

Judith mantuvo la velocidad justo por debajo del límite mientras pasaba por el centro de Denzel Green. La tormenta de nieve mantenía a todo el mundo dentro. Rodeó el ayuntamiento, observando en el retrovisor cómo su perseguidor la seguía circunspectamente.

No pudo evitar preguntarse quién querría seguirla. ¿Había alguien que la había visto hablar con Lloyd Groves y ahora estaba preocupado de que supiera algo incriminatorio? En ese caso, eso sugeriría que era el cortador de frenos quien iba detrás de ella. Y eso no auguraba nada bueno. El pasado de Judith le había enseñado a ser bastante hábil cuando se trataba de seguir a personas, pero evitar la vigilancia no era algo con lo que estuviera familiarizada. Lo que ahora hacía de la improvisación el orden del día.

Tomó casualmente la salida que llevaba de vuelta a la ronda hacia Little Pickton. En el campo, no había farolas que iluminaran el camino, y la nieve amortiguaba los faros, obligándola a concentrarse mucho. Como esperaba, las carreteras principales habían sido tratadas con sal y seguían libres de nieve. No sería una cortesía que se aplicara a las carreteras secundarias que llevaban a casa, pero era suficiente para ganar velocidad, aumentando brevemente la distancia con su determinado perseguidor. Necesitaba acumular suficiente ventaja antes de la serie de curvas cerradas que había por

delante. Superar el límite de velocidad con un tiempo terrible era arriesgado, pero le sacó otros diez kilómetros por hora más al motor y tomó la curva cerrada demasiado rápido. Por suerte, el Mitsubishi se adhirió a la carretera como una lapa. En cuanto dobló la curva, pisó los frenos y giró bruscamente hacia una carretera secundaria a la izquierda. Al mismo tiempo, apagó las luces, sumiendo la carretera de delante en la oscuridad y haciendo desaparecer su coche en las sombras.

Solo que no lo hizo.

Un resplandor rojo infernal iluminó la carretera detrás de ella. Las luces de freno seguían encendidas. Por supuesto, no estaban conectadas al resto de las luces. Apagó rápidamente el motor, sumiendo el carril en una oscuridad total mientras, segundos después, su perseguidor pasó disparado.

Judith tomó un momento antes de volver a arrancar el motor. El carril era demasiado estrecho para dar la vuelta con el enorme coche, así que lo siguió. No tenía ni idea de adónde llevaba, pero la mayoría de las carreteras de la zona cruzaban tierras de labranza, así que, después de varios minutos empujando ciegamente por caminos nevados cada vez más profundos, se encontró en una carretera principal familiar que llevaba a casa.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, la tormenta había pasado y Little Pickton se encontró incomunicado de la civilización con todas las carreteras de salida bloqueadas por la nieve. Entre inundaciones y ventiscas, empezaba a sospechar que los Cuatro Jinetes se habían mudado. Tendría que hablar con el padre Largy al respecto. No es que cambiara el ritmo de vida de ninguna manera notable, pero al menos Judith dedujo que mantendría a su posible perseguidor y asesino alejado de ella por ese día. Tenía asuntos mucho más urgentes en los que ocuparse respondiendo a los mensajes de texto de Maggie que habían llegado esa mañana y les habían llevado al desayuno en Time For Tea.

A primera vista, Maggie era su irascible yo habitual cuando Judith se unió a ella para el desayuno. A segunda vista, notó las migas de

una tarta de frutas en el plato a su izquierda, mientras removía distraídamente el té ante ella.

—¿Algo dulce para desayunar? —dijo Judith inocentemente.

Maggie miraba a todas partes excepto a Judith. —Siempre necesito un poco de azúcar para espabilarme por la mañana. No hace ningún daño.

—Especialmente después de una cena tan larga e intensa —dijo Judith con una inocencia espesa como la miel—. Estoy segura de que fue agotadoramente bien.

—Fabián y yo teníamos mucho de lo que ponernos al día, resulta. —Maggie prestó más atención a las burbujas arremolinándose en las corrientes de convección de su té de la que estaba justificada—. Había pasado un tiempo.

—Estoy segura de que habéis recuperado el tiempo perdido —sonrió Judith.

Esta vez Maggie se encontró con su mirada, y había un destello de picardía en sus ojos. —Más que eso. Se me había olvidado qué tío tan bueno estaba.

Judith sonrió. No quería tomar el pelo a su amiga demasiado. Si alguien iba a conseguir algo de felicidad en los años tardíos de su vida, estaba encantada de que fuera Maggie.

—Le va bien.

—Bueno, es alcalde y Director General del periódico —dijo Maggie solemnemente, aunque era un estatus que Fabián había insistido en que le llamaran, en lugar del más mundano sonido de presidente del consejo. Nunca hacía daño tener un poco de glamour en la vida, y se había comprado una cadena de oro de representación en eBay.

—Y actúa como un rey. —Por la mirada que le dio Maggie, Judith ya podía intuir que si había desenterrado algún trapo sucio, estaría envuelto en lo que fuera que hubieran tenido la noche anterior—. ¿Cuándo volviste a casa?

—Oh, tarde anoche —murmuró Maggie, estudiando de nuevo la composición de su taza de té—. Menos mal, de lo contrario habría estado todo el día en Denzel Green. Bloqueada por la nieve —dijo con un suspiro que no podía disimular su mala suerte.

—Qué suerte la tuya.

—Mmm.

—¿Le verás más? Es decir, si hubiera alguna parte que no hayas visto todavía.

Maggie se sonrojó, pero luego se recuperó rápidamente. Frunció el ceño e intentó ponerse lo más seria posible. —Creo que todavía tenemos algunas cosas que aclarar, así que es una posibilidad bastante clara.

Judith levantó su taza. —Salud —dijo, y tomó un sorbo—. ¿Arrojó alguna luz sobre el viejo ferrocarril?

Maggie hizo una larga pausa. —Le entristece que haya dejado de funcionar por ahora. Quiero decir, nunca hizo ningún secreto de que siempre pensó que el tren debería estar basado en Denzel Green, no aquí. Su apuesta por el turismo, supongo. Y está esa campaña sobre arreglar el resto de la vía hasta Fulton.

Judith asintió. —Sí, tenía intención de investigar eso —dijo, recordando los detalles del cartel que había visto en la biblioteca—. El problema ahí, por supuesto, es que el tren que va de Little Pickton directamente a Fulton no tendría ninguna razón real para parar en Denzel Green.

—Supongo. Y, por supuesto, estaba desconsolado de oír sobre el asesinato. No le queda bien a nadie.

—Especialmente a la víctima. Supongo que con las malas noticias que nos azotan, bien puede que consiga su oportunidad de llevar el tren desde Denzel Green. Sería un auténtico golpe para él.

—Quizás. Dijo que había estado ayudándoles con la recaudación de fondos.

Judith miró hacia otro lado con indiferencia. Las preguntas que había preparado a Maggie para que hiciera eran muy indirectas. Tan indirectas que no quería que Maggie supiera cuál era el punto de ellas. Por ejemplo, no le había contado sobre el dinero designado a DG que salía de las cuentas de la Sociedad. Y aunque Eastly y Collins sospechaban fuertemente de intrigas del lado de Denzel Green, Judith se quedaría atónita si fuera algo tan obvio, pero aun así una pista era una pista que había que eliminar de sus pesquisas.

—¿Dijo cómo había estado ayudando? —preguntó.

—Ayudó a generar más eventos como este de invierno. Eso costó unos buenos cuartos, y no es que las arcas del ayuntamiento estén desbordando de oro. Así que llegaron a un acuerdo.

—Déjame adivinar, ¿la Sociedad les dio dinero para empezar?

Maggie asintió, con los ojos iluminándose cuando Timothy entregó dos desayunos ingleses para las damas. Judith no había tenido hambre, pero el embriagador olor de la combinación de bacon, huevos, tomates fritos y judías hizo que su estómago gruñera de la manera más agradecida.

—La segunda mejor cocina española —dijo Maggie, recogiendo el cuchillo y el tenedor de un recipiente metálico sobre la mesa. Era una mujer que consideraba los caramelos de lima con chocolate la cúspide de la perfección culinaria. Masticando rápidamente, clavó el tenedor en dirección a Judith—. Tienes razón. Organizaban estos eventos. Una vez que se reembolsaban los costes de la Sociedad, se repartían los beneficios. Bastante sensato, porque Fabián lo promociona todo mucho en su periódico. Eso es más o menos todo, creo. Dijo que era Augusta quien se encargaba del dinero, Barbara de la organización, y Dawn de la publicidad. —Después de apilar más desayuno en el tenedor y comérselo de un trago, finalmente añadió—: Ahora bien, Augusta es una taimada.

—Eso es mucho decir —dijo Judith—. Pensaba que no conocías a esa mujer.

—Solo te cuento lo que me dijo Fabián. Fue ella la que provocó el divorcio de Lloyd Groves para empezar.

—Bueno, eso suena a escándalo. Si es así, supongo que nunca se probó nada, ¿verdad?

—¡Oh, nunca se prueba! Y la gente siempre se equivoca —añadió Maggie—. Quiero decir, yo había culpado a Fabián de... —Se interrumpió mientras recogía un tenedor cargado de judías y huevo y se lo metía en la boca.

—Oh, pensabas que Fabián había estado haciendo algo malo. Espero que eso esté resuelto.

Maggie casi se atragantó con una carcajada brusca. Tragó rápidamente. —No, me acusó a mí de tener intenciones... en otro sitio —dijo altivamente.

Eso sorprendió a Judith. Maggie era una mujer de sólida moral. Quizás no la más moralista de las morales, pero tenía firmes estándares y creencias, y Judith nunca cuestionaría su lealtad o fidelidad. Lo que hacía que fuera aún más intrigante saber qué había pensado Fabián que había hecho. Pero recondujo sus pensamientos al tema que tenía entre manos. La vida personal de Maggie podría explorarse en una fecha posterior. Había el asunto más urgente de localizar al asesino que todavía estaba suelto.

El resto de la conversación serpenteó entre Maggie describiendo lo que había comido para comer el día anterior, y la agradable sorpresa de Judith al recibir su coche de alquiler antes de lo previsto. Hablaron de los cambiantes patrones meteorológicos que parecían centrarse alrededor de Little Pickton. Maggie sugirió que el pueblo debería hermanarse con Greta Thunberg. La ironía se les escapó de que estaban dando vueltas a una historia sobre un tren de vapor, una bestia que funcionaba con combustibles fósiles. Fue un desayuno espléndido y Judith consideró que podrían haberse tomado otro, cada una.

La cita de Maggie había sacado inadvertidamente algunos hechos que hacían saltar las alarmas. Al despedirse, Judith dejó un mensaje a la agente Eastly preguntando si podía arrojar algo de luz sobre las opiniones personales de Lloyd Groves, y si había oído hablar de algún apaño sentimental entre Lloyd y otros miembros de la Sociedad. Eastly solía responder rápidamente, pero después de un par de horas de silencio, supuso que los detectives habían entrado en algún tipo de estado de vigilancia profunda sobre su principal sospechoso. Por supuesto, con todos bloqueados por la nieve en Little Pickton, también significaba que los detectives estaban bloqueados fuera. Estaba segura de que pedirían su ayuda muy pronto.

Al salir de la sala de té, Judith reflexionó sobre qué hacer a continuación mientras se sentaba en su coche, navegando pensativamente por internet en el teléfono. Recordó el cartel de la biblioteca que hacía campaña sobre la extensión del ferrocarril. Navegó hasta él y se sorprendió al descubrir que era un grupo activamente opuesto a renovar la línea. No había nombres, pero con

varios miles de visitas a la página, parecía un sitio web popular, y la dirección era vagamente familiar. El grueso del argumento parecía ser que la línea entre Denzel Green y Fulton atravesaba una hermosa zona boscosa, lo que desconcertó a Judith porque la línea entre Denzel Green y Little Pickton también pasaba por un paisaje extraordinariamente pintoresco pero se había integrado sin dañar el medio ambiente. Otras dos páginas estaban en construcción y eran simplemente páginas de espera en el sitio de alojamiento web Go Daddy. Eso sugería que la campaña no llevaba funcionando demasiado tiempo y tenía planes más grandes. Pero cuáles eran esos planes, no podía decirlo. Algo le decía que esto era una tapadera de las verdaderas motivaciones que el grupo tenía para detener la línea. Después de darle vueltas durante varios momentos, algo chispeó en su mente, pero era demasiado indefinido para asirlo y la provocaba como un recuerdo que se desvanece.

Judith bloqueó el teléfono y estaba a punto de arrancar cuando divisó al padre Largy palando nieve del peligroso sendero que llevaba entre su iglesia y la verja. Se apresuró por las calles vacías a unirse a él. —Buenos días, padre —dijo animadamente.

—Ah, Judith, qué amable de su parte en ofrecerse a echar una mano.

Judith miró entre su pala y la nieve profunda y asintió enérgicamente. —Estoy encantada de animarle y darle todo el estímulo espiritual que necesite. Aunque ojalá mi pobre espalda pudiera palear como usted lo hace. Es un profesional, padre. Casi podría ser un olímpico. Le veo ahora mismo, ganando el oro en paleo.

El padre Largy bufó y continuó atacando la nieve, empujándola hacia un lado con gran esfuerzo mientras la pala raspaba las losas debajo. —Bueno, en el pasado han tenido muchas materias peculiares en las Olimpiadas, debo decir. ¿Sabía que tenían pintura profesional? Tira y afloja. Incluso tenían salto ecuestre. Saltar sobre el caballo —aclaró.

—¡Quién no lo vería! —exclamó Judith con genuino deleite. Mentalmente cambió de marcha y ajustó el tono. Como pilar de la comunidad, el buen padre era un centro de cotilleos—. De todas

formas, tenía curiosidad sobre si había oído algo más sobre este triste asunto de Herbert Holland.

El padre Largy emitió un resoplido divertido. —¡Ah! Sí, he oído que ha estado husmeando. ¿Por qué es que siempre parece que persigue lo macabro?

—Yo no soy quien tiene una maqueta de un hombre semidesnudo clavado a una cruz, ahí dentro. —Judith asintió hacia la sacristía.

—Touché. —El padre Largy se tomó el comentario con buen humor. Era un aficionado en secreto a las películas de Hammer Horror, un pasatiempo que algunos pensaban que no era propicio para la fe cristiana. Siempre disfrutaba señalando el número de hermosas iglesias que aparecían en las películas.

—Y para su información, fueron nuestros queridos amigos de la policía quienes me pidieron que mantuviera los ojos y oídos abiertos y viera qué hay y quién es quién.

El padre Largy lanzó una mirada penetrante. —¿Quién es quién? ¿Y qué hay?

Judith se encogió de hombros. —Nadie parece saberlo. Al menos no la policía. De ahí mi curiosidad sobre qué tan bien conocía a alguno de los miembros de la Sociedad.

—No muy bien, me temo. Ninguno de ellos asistía realmente a la iglesia. —Soltó una risita—. Particularmente... bueno, ya sabe quién. —Judith no sabía a quién se refería—. Aunque tenía muchas ganas de encontrar puntos en común con ellos. Hacer algo de recaudación de fondos juntos, pero eran un grupo muy cerrado. —Bajó la voz—. Y con cerrado, me refiero a bastante tacaños. Me dijeron que cada céntimo debía ir al ferrocarril y no a la iglesia.

—Qué horrible.

Largy asintió. —¿Puede imaginarlo? Probablemente fue mejor así. Eran un grupo muy dado al cotilleo.

—Lo sé. Toda esa situación de Lloyd Groves... —Judith sacudió la cabeza. Se sentía un poco mal por llevar al padre Largy por el mal camino. Era un buen hombre que absorbía rumores y cotilleos con una discreción soberbia. Sin embargo, era humano después de todo,

y sin nadie con quien abrirse, Judith descubrió que podía extraerle fragmentos de sabrosa información.

—Oh, bueno, fue un escándalo. Aunque hicieron un buen trabajo de taparlo.

—¿Ah sí?

—Bueno, si Lloyd y Augusta habían tenido una aventura que fuera demostrable, entonces Jennifer habría obtenido la mitad de todo. Y por lo que he oído, en ese momento la Sociedad todavía no se había convertido en una entidad benéfica. Todavía estaba a su nombre.

Judith supuso que Jennifer era la esposa, o ex esposa, de Lloyd, por lo que sonaba. —Pero no se probó nada, por supuesto —dijo, casi como si estuviera intentando defender a Augusta.

—En absoluto. Quiero decir, Augusta puede ser callada como un ratón, pero tiene esa reputación. Quiero decir, después de todo, estaba ese asunto con el dentista.

—Mmm —dijo Judith—. Em, creo que ese se me escapó. ¿El dentista?

—Oh, sí, de nuevo fue un poco turbio. Pero, ya sabe, el nombre de Augusta surgió. No se probó nada. El viejo Harry logró conservar su consulta dental. El statu quo se reanudó. Pero al menos hace el esfuerzo con la comunidad, así que le perdonaría cualquier cosa. Especialmente porque cada Navidad su grupo de manualidades recauda una cantidad extraordinaria para nosotros. Empiezan en septiembre, todas encorvadas en el pabellón del campo de cricket. Se ha convertido en una reunión social de lo más animada.

Judith reflexionó pensativamente y volvió a otro comentario que había hecho. —Dijo ya sabe quién cuando hablaba de la Sociedad. ¿Se refiere a Derek y Dawn?

El sacerdote sacudió la cabeza severamente. —No esos dos. Me refería a... —Miró de repente hacia arriba, con los ojos abiertos de par en par mientras miraba por encima del hombro de Judith—. Esa.

Judith se giró para ver a Barbara avanzando pesadamente por la carretera, empujando su Pashley por la nieve profunda. Iba muy abrigada con un grueso abrigo de invierno, con la nariz firmemente

apuntada al suelo mientras pasaba decidida junto a la iglesia sin echarle un segundo vistazo.

La voz de Largy bajó a un siseo. —Esa es una rareza, hágame caso. Las cosas que se oyen...

Judith observó cómo Barbara desaparecía por la curva hacia el campo de cricket. —¿Qué es lo que oye?

La falta de respuesta del padre Largy le hizo mirarle de nuevo. Había oído el comentario porque su cara se había nublado, pero su atención estaba firmemente puesta en sus labores de palada de nieve. Judith no presionó el asunto; al fin y al cabo, el hombre claramente tenía sus límites para el cotilleo.

20

El campo de cricket estaba cubierto por nieve hasta la pantorrilla y el equipo de muñecos de nieve se había ampliado a seis, todos posicionados para un partido. Judith no podía decidir si eran los niños del pueblo o los adultos quienes habían creado el diorama, pero estaba impresionada de que hubieran incluido los palos y el bate.

Las luces estaban encendidas dentro del pabellón de cricket, aunque no había señal de ningún vehículo, pero sí un montón de huellas. A medida que Judith se acercaba, podía oír alegres melodías navideñas sonando dentro. Se dejó entrar. La sala solo estaba marginalmente más cálida dentro que fuera, pero el hervidor de té del club expulsaba vapor. Augusta estaba allí, junto a otras cuatro mujeres con floridos jerseis navideños, todas encorvadas sobre una mesa cubierta de purpurina, bolas, pegamento, oropel y papel.

—¡Judith! ¡Venga a unirse a nosotras! —exclamó Augusta, gesticulando expansivamente mientras Judith entraba.

Judith se desenvolvió la bufanda del cuello y se arrancó el gorro de pompón amarillo. —¡Son exquisitos! —comentó mientras examinaba los adornos—. ¿Los habéis hecho todas vosotras?

—Has tropezado con mi secreto. —Augusta guiñó un ojo—. Bienvenida a mi propia pequeña sociedad —dio lentamente una vuelta para contemplarlo todo—. Llevo un par de años

organizándola. Ya sabes, nuestra Navidad empieza en septiembre, y nos impulsa a todas durante el resto del año.

Judith experimentó un estremecimiento involuntario. No se consideraba a sí misma una odiadora de las fiestas, pero tenía la firme creencia de que la Navidad tenía su tiempo y lugar, y que no debería extenderse más allá de los doce días.

Augusta le leyó la mente. —Ah, eres de esas —dijo, circundando un dedo acusador—. No crees en el espíritu festivo. No me refiero al religioso. Me refiero al tipo de espíritu que da esperanza. Bueno, para nosotras, la esperanza es un chaleco salvavidas. Algo que nos ha mantenido a flote durante rupturas de relaciones, penas de amor, mentiras —Augusta continuó en voz más baja—. Quizás alguna que otra copita. Nos hemos unido alrededor de esto. La mitad del año nos da algo a lo que ilusionarnos, algo que planear y trazar. Luego la otra mitad del año nos reúne. Y justo al final conseguimos ver la alegría en la cara de todos los demás. Y recaudar un poco de dinero también.

Judith miró alrededor de la sala con renovado interés. —Has creado un grupo de autoayuda.

—Todas necesitamos uno, de una manera u otra, ¿verdad? —Judith se ablandó y asintió—. ¿Le ofrezco un café? —Augusta señaló el hervidor.

—Sería estupendo.

Augusta metió un poco de Nescafé instantáneo en una taza y dejó fluir el agua caliente.

—¿Ha venido con alguna noticia? —preguntó en voz algo más baja.

—Por desgracia, todavía no. Estas cosas llevan tiempo, y la policía no me cuenta exactamente todo. —Judith asintió cuando Augusta indicó el cartón de leche semidesnatada—. Pero espero tener noticias prometedoras pronto. Fue mi Grinch interior lo que me trajo aquí —Judith gesticuló a su alrededor—. Cuando oí que hacías este tipo de cosas, me intrigué.

—¿Ah sí? ¿En qué sentido? —inquirió Augusta.

—He estado yendo y viniendo a Denzel Green un poco más en el transcurso de los eventos —explicó Judith.

—Ah, el enemigo —sonrió Augusta—. Es broma. Hacen un pedido de narices de adornos navideños. Más que nuestro pequeño Quién-ville aquí.

—Estaba dándole vueltas a la idea de organizar un evento que sirva de puente de unión entre nuestros pueblos, dado lo que ha pasado. Algo que hable de renovación y naturaleza... —Judith improvisó a toda velocidad—. Y esperaba que tuvieras algo sobrante del año pasado o, no sé, si se pudieran recaudar fondos para que crearas más baratijas. Estaba pensando más en ramitas y enredaderas y ese tipo de cosas. Quizás un corazón o un árbol tejido con ramas. —Levantó una bola pintada exquisitamente—. Nada tan navideño. Más sobre la Naturaleza y el rejuvenecimiento.

—No tenemos nada de ese estilo, me temo, como puedes ver. Nuestro catálogo parece ser más Navidad comercial que artesanal.

—¿Así que nunca habéis hecho nada en esa línea? —Augusta sacudió la cabeza—. Oh, qué pena —dijo Judith—. ¿Conoces a alguien que haga ese tipo de cosa?

Augusta se quedó pensativa, luego sacudió la cabeza. —Nadie de nuestro grupo. Quizás necesitas una tejedora. ¿Te apuntas?

Judith estaba decidida a no hacerlo, pero se encontró aceptando y desabrochándose el abrigo mientras se unía a las damas alrededor de la mesa de trabajo. Después de veinte minutos o así de amistosa charla, había creado un adorno que parecía más un proyecto de guardería que perteneciente a una colección de adornos navideños de lujo.

—Esto es más difícil de lo que pensaba —dijo Judith apreciativamente—. Debo decir que también es bastante divertido.

Augusta le dio una bola nueva y sin adornar. —Inténtalo de nuevo. Solo puedes mejorar. A juzgar por tu último esfuerzo, no puedes empeorar —se rió.

—Es bastante terapéutico —dijo Judith—. ¿Qué fue lo que te llevó a esto?

—¿A mí? Bueno, una situación sentimental bastante complicada, me temo.

—Oh, lo siento. No pretendo curiosear —dijo Judith, curioseando —. Pero todas hemos estado ahí. Yo tengo un ex señor Spears —

agitó las cejas—. Aunque no fue terriblemente traumático. Al menos no para mí.

Augusta se concentró en aplicar cuentas brillantes a la bola que tenía delante. —Entonces tuviste suerte. Todas hemos pasado por el rodillo de una manera u otra. Mi pareja me engañaba. Hubo mucho sinsentido cuando intentó desviar la culpa de sí mismo. Me acusó de engañarle a él, y se puso un poco físico al respecto.

Judith sintió cómo se le encogían los hombros. Augusta podía estar en su lista de sospechosas, pero eso no excusaba ninguna violencia hacia ella.

Augusta vaciló. —Unos cuantos ojos morados. Incluso me rompí el brazo —logró esbozar una pequeña sonrisa—. Pero aprendí que solo puedes aguantar hasta cierto punto, y que tienes que defenderte. Así que lo hice. A la gente no le gusta cuando los débiles contraatacan. —La sonrisa de Augusta se desvaneció mientras sus ojos nunca abandonaron el intrincado patrón que creaba en la bola ante ella.

—Encontraste algo de consuelo, al menos. Especialmente al ser acusada de infidelidad. Siento tener que preguntarlo, pero ¿está esto relacionado con lo tuyo y Lloyd?

Los labios de Augusta se apretaron firmemente, y hubo un prolongado silencio antes de que respondiera.

—Nunca tuvimos una relación. Estábamos... coqueteando, supongo que es la expresión. Pero nunca ocurrió nada. Su esposa se enteró, igual que mi otra mitad y, bueno, los asuntos finalmente se resolvieron. —Judith permaneció tácticamente en silencio mientras Augusta sopesaba sus palabras—. En retrospectiva, creo que Lloyd estaba usando la situación para molestar a su esposa. Yo soy la que quedé atrapada en todo ello. —Expulsó un largo aliento y forzó una sonrisa—. Pero eso es lo que pienso yo. No puedo probar que fuera deliberadamente manipulador. Nuestra relación después de eso fue puramente profesional, como si nunca hubiera pasado nada. —Levantó su bola para que Judith pudiera verla—. ¿Ves? Esta no tiene tan mal aspecto como la tuya.

Judith examinó la curvilínea luz abstracta. —No, no lo tiene —concedió. A veces las pesadillas era mejor dejarlas olvidadas.

El tiempo voló en el pabellón. Tardó una hora y media en que Judith se fuera tras un rato muy agradable con las mujeres. Y aunque Augusta no había revelado nada más, Judith había tenido la oportunidad de verla interactuar con las demás y pudo construir la imagen de una mujer vulnerable que, contra todo pronóstico, había construido una fuerte presencia ante el mundo. Pero a pesar de esa fortaleza, la frágil chica interior siempre estaba aterrorizada de que se resquebrajara y revelara su debilidad. Judith no pudo evitar identificarse con eso. Sin embargo, nunca se tomaba a la gente al pie de la letra. Augusta claramente tenía una fuerte motivación para extraer algún tipo de venganza contra Lloyd. Al fin y al cabo, él había destruido su vida, o podría decirse que la había rescatado de una pareja violenta. De cualquier manera, había algo de sal en su relación, lo que significaba que Judith no podía poner a Augusta enteramente en la lista de inocentes. Sin embargo, también era mucho suponer que el enredado manojo de ramitas que Reeta había recuperado proviniera del grupo de trabajo de Augusta.

Cuando salió, llamó a la agente Eastly para reconocer que su teoría del contrabandista fantasma de adornos navideños era probablemente una tontería después de todo. Lo último que quería hacer era alimentar más pistas falsas en la turbia investigación. Llegó al buzón de voz de Eastly y dejó un mensaje rápido mientras examinaba la nieve alrededor de su coche. Estaba sin manchar, así que nadie había estado inspeccionando sus frenos mientras ella hacía adornos. Sacó el llavero del bolsillo para desbloquear las puertas, cuando algo llamó su atención.

Un surco cortaba a través del campo de cricket desde la verja de entrada hasta la valla del fondo. No había estado allí cuando llegó. En la luz monocroma, Judith apenas podía distinguir una brecha en la valla, que daba acceso al bosque más allá. Para verlo mejor, se encasquetó el gorro de pompón, se enroscó la bufanda bien apretada alrededor del cuello, y crujió a través de la nieve, que casi le llegaba a lo alto de las botas de agua. Más cerca del rastro podía ver que era una hilera de huellas individuales. Podían ser de cualquiera, pero lo que había captado su curiosidad era la suave línea trazada a través de la nieve paralela a las huellas.

Era la inconfundible marca de una bicicleta.

21

El golpe de la raqueta seguido del suave silbido del volante describiendo un arco por el aire era terapéutico para los oídos de Sarah Eastly, a pesar de romper en un sudor y jadear con fuerza mientras se lanzaba con todo el cuerpo para devolver el golpe de su oponente. Estaba ansiosa por mantener el peloteo en marcha, que ahora contaba veintiséis golpes.

Con cierta satisfacción, se recordó a sí misma que esto no era una cita. Su oponente, Kevin Fenton, era el joven agente con quien se había cruzado en el ayuntamiento de Little Pickton, y posteriormente de manera repetida en la comisaría de Fulton. No sabía si simplemente notaba más una cara ahora familiar o si él estaba apareciendo activamente en momentos convenientes. De cualquier manera, en la cantina del personal, se lo había cruzado cuando sostenía una raqueta de bádminton. Después de una torpe disculpa, lo había señalado y había declarado: —¡Tenis! Tenía que admitir que no era el inicio de conversación más brillante, y había resultado en varios minutos de incómodos balbuceos antes de que Kevin revelara que acababa de empezar con el bádminton para hacer ejercicio, pero su compañero habitual acababa de dejarlo. No era uno de esos deportes en los que podía golpear el volante contra una pared él solo, así que se había quedado sin plan. Eastly se encontró intervolviendo, con vagas nociones de construir una vida

social y quizás hacer algo de ejercicio de paso, aunque la idea de una vida social con un policía no era exactamente lo que había tenido en mente.

Sarah se lanzó de un lado a otro de la pista, acumulando una capa de sudor que indicaba que estaba en mucha más necesidad de ejercicio de lo que había pensado. El peloteo final se vino abajo tras un satisfactorio cuarenta y siete devoluciones. Intentó ignorar el hecho de que Kevin no había roto a sudar, y si le faltaba la respiración, lo disimulaba bien.

La pista no era más que una red tendida entre dos metálicos postes deslustrados, en el único pabellón del centro de ocio. Tenía un olor extraño del sudor absorbido de los miles de personas que habían pasado antes, combinado con un horario de limpieza bastante relajado. Se sentó en un banco de madera descascarillado al lado y recuperó su frasco de agua metálico rojo de la bolsa. En una serie de largos tragos, terminó la bebida fría antes de notar un mensaje en el teléfono del sargento Collins:

¿DÓNDE ESTÁS? HAN LLEGADO LOS FINANCIEROS.

Sus ojos no se apartaron de la pantalla mientras escribía la respuesta, y solo era vagamente consciente de que Kevin hablaba en su habitual tono dubitativo. Algo sobre tomar algo. Metió apresuradamente la raqueta en una pequeña bolsa de deporte. El mango seguía asomando cuando la cerró con cremallera. Se echó la parte de arriba del chándal sobre un hombro mientras se apresuraba hacia la puerta.

—Sí, genial —dijo distraídamente—. Tengo que irme.

Salió disparada, apenas captando la mirada desconcertada de Kevin cuando la puerta del pabellón se cerró detrás de ella. Se preguntó qué habría dicho. Después de una ducha rápida, Raymond Collins la recogió fuera del centro de ocio. Se desplomó en el asiento del pasajero, con las piernas temblorosas por todo el esfuerzo. Estaba agradecida de no tener que volver penosamente a través de la nieve hasta la comisaría.

—Vaya, ¿qué es ese olor? —ladró el sargento Collins cuando ella cerró la puerta.

—Exótica de fruta de la pasión —respondió.

Collins arrugó la nariz. —Hueles a vacaciones.

—¿Vamos a Little Pickton a ver a Derek?

Raymond arrancó el motor y sacudió la cabeza. —El pueblo está bloqueado por la nieve. Algunos de los bancos han respondido, y nuestros financieros han identificado algunas cosillas intrigantes. Ahora sabemos cuánto dinero falta realmente.

Los dos detectives esperaron cinco minutos sentados en el escritorio de Fabián Heinzel antes de que el alcalde entrara presuroso.

—Perdonen el retraso. Me han tenido a mil entre el periódico local y este lugar.

—Oh, conozco esa sensación —dijo Raymond, levantándose para estrechar la mano.

—¿También dirige usted un periódico?

—Bueno... no. Pero todo es multitarea, ¿verdad?

Después de una rápida ronda de presentaciones y una pausa para pedir una tetera, Fabián se recostó en su asiento y entrelazó las manos debajo de la barbilla.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos investigando el asesinato de la Sociedad Ferroviaria —explicó Raymond.

—Me lo imaginaba.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Sarah.

—Dos detectives rodeados de un montón de pueblos pequeños como este con poco que hacer. No hace falta ser detective para atar los cabos, y fue noticia de portada en mi periódico. Aunque no estoy seguro de cómo puedo ayudar.

—Necesitamos detalles sobre las relaciones comerciales entre el ayuntamiento aquí y la Sociedad Ferroviaria.

Fabián se recostó en su silla. —Todo era sencillo. Los dos queríamos beneficiarnos mutuamente. Aunque estuviera en Little Pickton, siempre estaba buscando cómo hacer que la idea de venir a Denzel Green fuera un gran plan.

—Difícil —dijo Eastly automáticamente. Recibió una oscura mirada del alcalde.

—Discutimos bastantes planes, como un servicio de restaurante, para que puedas disfrutar de tu viaje entre paradas.

—¿Sería eso suficientemente largo como para comer algo? —preguntó Sarah con dudas. Estaba segura de que terminar una bolsa tamaño familiar de patatas fritas sería un desafío.

—Ya veo por qué es detective, señorita. Ha dado en el núcleo del problema. Habría que ir y volver cuatro o cinco veces para tener una comida decente y postre y tiempo para digerirlo todo. Pero aun así, estos asuntos son todos cuestión de pensar fuera de la caja.

—¿Cómo pagaban los eventos? —preguntó Sarah.

—Somos un típico ayuntamiento, así que andamos justos de dinero —explicó Fabián—. Pero la Sociedad tenía algo de dinero, así que ellos pagaban la publicidad y lo que necesitábamos. Pero entendiendo que se reembolsaría primero. El ayuntamiento pone todo lo que puede de manera gratuita, como las instalaciones. Luego, una vez que recuperábamos el dinero, nos dividíamos los beneficios a partes iguales.

—¿Publicidad en su periódico? —intervino el sargento Collins.

—¡La mejor manera de anunciarse!

—Ya veo. ¿Ganaba de ambas fuentes?

—No soy una organización benéfica. Y el hecho es que no perdimos ningún dinero y ellos prácticamente salían en tablas cada vez. Pero si hacían beneficios es otra cuestión. Sospecho que estaban haciendo el muerto para mantenerse a flote. El problema que todos tenemos es cómo atraer gente de más lejos para que venga aquí.

—De ahí la conversación sobre extender la línea hasta Fulton —dijo Raymond.

Fabián agitó la mano con desdén. —Ese sitio no es más que un montón de tiendas y un lugar más grande para no hacer nada.

—Tenemos un Nando's —se animó Sarah antes de arrepentirse de haber abierto la boca cuando Fabián la miró ceñudo—. Y podría ser justo el tiempo suficiente para que el tren hiciera un servicio de comidas de Little Pickton a Fulton.

—¿Pero quién querría ir a Fulton? —cuestionó Fabián—. O mejor dicho, ¿quién querría ir a Little Pickton? Ese no tiene un Nando's. Y

su eslogan debería ser realmente: «¡Un gran lugar del que marcharse!» —Movió las manos como si enmarcara las palabras en un cartel aéreo.

Raymond sonrió. —Y dejaría a su ciudad fuera del mapa si no parara aquí.

—Pero todo es inútil porque no va a ocurrir.

Su actitud hosca estaba empezando a raspar la paciencia de Sarah. —Se hicieron muchos pagos entre la Sociedad y una cuenta marcada DG, que ha sido rastreada hasta una cuenta perteneciente al Ayuntamiento.

—Así es. Su dinero pagó la publicidad, que conseguimos con descuento usando proveedores autorizados del Consejo.

—O sea, su periódico —dijo Raymond.

Fabián se removió incómodamente en su asiento. —¿Qué está insinuando?

—¿Quién autoriza esos pagos?

—Solo somos un pequeño equipo, así que sería yo. Y la Tesorera, pero lleva meses de baja por enfermedad. El Oficial del Registro de la Propiedad ha estado haciendo de suplente. Todos tenemos que asumir múltiples funciones cuando podemos.

Sarah tomó nota de eso en su libreta. —¿Y quién es ese?

—James Wani.

Raymond y Sarah intercambiaron una mirada sorprendida. —¿El mismo Wani de la Sociedad? —dijo Sarah. Fabián asintió—. ¿No es otro conflicto de intereses?

—¡Es un vecino del lugar! —El alcalde sonó casi ofendido—. Ha estado trabajando como Oficial del Registro de la Propiedad durante los últimos ocho o nueve años. Un tipo fiable.

—¿Y los dos érais los únicos con acceso a las cuentas? —aclaró Sarah.

—Como ya les dije, Margarita ha estado de baja un tiempo. ¿Por qué, qué atrae su atención allí?

Sarah usó los dedos índices para rebotar un intercambio imaginario de uno al otro. —Todo es bastante poco regulado, ¿verdad? Todo este dinero yendo y viniendo entre manos privadas, filtrado a través del ayuntamiento.

—No hay mucha elección en los pueblos pequeños.

Raymond tomó la palabra. —Y para unos pueblos tan pequeños, una gran cantidad de dinero se extrajo de las cuentas de la Sociedad de manera fraccionada, pasó a sus cuentas, antes de ser transferido de nuevo.

Fabián de repente encontraba su asiento incómodo. —Estoy seguro de que hay una explicación perfectamente razonable para ello. ¿Cuánto?

Raymond estudió la cara del alcalde con cuidado. —Cuatrocientos mil.

—Bueno, eso no es poca cosa. ¿Para qué era eso?

—Esperaba que usted pudiera ilustrarnos. Alguien aquí transfirió parte de ese dinero a una cuenta en el extranjero, que estamos intentando rastrear ahora. —Raymond no hizo un trabajo tremendo de mantener la acusación fuera de su tono—. ¿Es esa práctica habitual para el ayuntamiento de Denzel Green?

—Evidentemente que no. —Fabián apoyó ambos codos en el escritorio mientras miraba entre los dos detectives—. ¿Están acusando a alguien de mi personal de fraude económico?

—Técnicamente blanqueo de dinero, supongo —la cabeza de Sarah osciló con incertidumbre—. Quiero decir, estamos investigando más para averiguar adónde ha ido.

—Esa es una acusación grave.

Raymond se encogió de hombros. —Diría que el cadáver es una preocupación más grave que el dinero, pero entiendo su punto.

—Por supuesto. Es una pena tan grande que Herbert Holland haya muerto, pero nada de eso está conectado con mi oficina. Yo ni siquiera tenía trato con él. Se mantenía al margen de las cosas excepto para quejarse de la extensión del ferrocarril.

—Necesitamos una lista de todos los que trabajan aquí, y quién tiene acceso a la información financiera. —Raymond golpeó firmemente el dedo en el escritorio para enfatizar que era una exigencia, no una petición.

Un pensamiento le dio a Sarah. —¿Estuvo Wani involucrado alguna vez en las discusiones sobre la extensión del ferrocarril?

—Naturalmente, sí —confirmó Fabián—. Como Oficial del Registro de la Propiedad, era clave para la propuesta.

—Otro conflicto de intereses.

—No realmente. También fue un debate público. Si la vía hasta Fulton era reparable, entonces quizás la extensión debería considerarse. No es que yo lo quiera. Y desde el punto de vista de la Sociedad, habría que recaudar dinero para eso, en una economía en la que apenas estaban solventes. Sin embargo, me complace decir que ya es todo demasiado tarde, de todas formas.

Cuando Eastly y Collins salieron del ayuntamiento, estaba nevando de nuevo. Habían dado un rodeo hasta la oficina de James Wani, pero no estaba, y su asistente dijo que no había estado allí en los últimos dos días. Eastly llamó a su móvil y dejó un mensaje en su buzón de voz para que se pusiera en contacto.

—Cada vez más turbio —dijo Raymond Collins, limpiando el velo de nieve fresca de su parabrisas—. La Policía Científica dijo que quien estuviera blanqueando el dinero sabía lo que hacía cuando lo sacó de las cuentas del ayuntamiento. Se convirtió en Bitcoin casi al instante.

Debido a un curso de formación de media jornada, Eastly tenía una vaga noción de cómo las criptomonedas podían hacerse imposibles de rastrear. Todo lo que Collins había sacado de ese curso era que la cripto no era dinero real, era una representación virtual de él. Estaba más contento con un billete de veinte euros en la cartera. Al menos sabía a qué atenerse con el dinero contante y sonante.

—Tenemos que investigar si el alcalde está desviando dinero a su periódico. No me sorprendería si la Sociedad resulta ser su mayor anunciante.

—Sin escrúpulos, quizás. Pero no estoy segura de que sea ilegal. ¿Cuál es tu mejor apuesta sobre quién robó el dinero?

—Augusta es la obvia.

—Afirma que tenían un virus informático. Lloyd lo respaldó.

—Solo ellos dos, sin embargo. A los demás no se les dijo nunca. Y las cuentas de la Sociedad son muy poco claras. Doscientos mil llegaron hasta aquí. Pero la otra mitad parece haber llegado de

manera fraccionada en los últimos dos meses. Pero todos los registros estaban firmados por Herbert.

—Estaba saqueando su propia empresa.

—Bueno, por supuesto que es posible. Hoy en día solo hacen falta unos cuantos clics del ratón para transferir cualquier cosa a cualquier parte. Pero entonces, ¿por qué Augusta inventaría una historia sobre un virus? No estoy segura de que Derek sea lo suficientemente inteligente para eso. —Cayeron en silencio mientras pensaban en las posibilidades.

—Aunque eso plantea la pregunta de si Augusta fue una participante voluntaria o fue coaccionada. ¿Podría Derek haberla forzado a hacer la transferencia?

Raymond desbloqueó las puertas del coche. —Hay demasiada especulación. Y no olvides que Lloyd probablemente habría tenido acceso a todo. Quiero decir, todo se reduce a quién mataría por casi medio millón de euros.

—Esa se responde sola.

Raymond asintió. En esta etapa, no confiaba en ninguno de los miembros de la Sociedad. Especialmente porque todos parecían tener sus propias agendas. Encendió el motor antes de que Sarah Eastly pudiera cerrar la puerta al sentarse en el coche.

—Creo que todo se reduce a quién intentaría matar a Judith. ¿Fue para encubrir algo, o para despistar nuestra investigación desde el principio?

Los dos se sentaron en silencio un momento, pensando el mismo pensamiento culpable. Si Little Pickton estaba actualmente bloqueado por la nieve, ¿significaba eso que Judith estaba actualmente atrapada allí con el asesino?

22

Imitando partículas de polvo de hadas, los copos de nieve se deslizaban por el dosel de robles imponentes mientras Judith seguía el rastro de la bicicleta y las huellas por un sendero inclinado que no era más que un camino hundido en la nieve. Habiendo saltado por la brecha en la valla del campo de cricket, caminó colina arriba por el suave bosque durante cinco minutos, y ahora se estaba haciendo notablemente más oscuro por la combinación de árboles que se espesaban y nubes cada vez más plomizas.

Lo último que quería era quedarse varada al anochecer con temperaturas bajo cero. Judith se preguntó si debería haber vuelto al coche a por la linterna, pero recordó que tenía una pequeña luz en el teléfono. Estaba bastante segura de que Barbara no habría ido mucho más lejos empujando la bici. ¿Por qué si no adentrarse en el claustrofóbico bosque, si no era para tomar un atajo? Como mujer que generalmente se mantenía para sí misma, empezó a preguntarse por qué Barbara deambulaba con tanta frecuencia por el pueblo, evitando activamente el contacto general con los demás lugareños.

El pie se le enganchó en una raíz enterrada, y recuperó el equilibrio antes de caer de bruces en la nieve. Contuvo la respiración. Era inusualmente silencioso. El silencio se rompía solo

por el suave crujido de sus pasos. El país de las maravillas invernal absorbía todos los sonidos, aunque el silencio se veía interrumpido ocasionalmente por el duro graznido de un cuervo resonando por el bosque.

Después de otros ocho minutos de avance cuesta arriba, las pantorrillas de Judith le dolían. Su mapa mental sugería que se estaba alejando del pueblo, lo que planteaba dudas sobre el atajo de Barbara. Con los árboles frenando lo peor del tiempo, era difícil juzgar, pero intuía que estaba nevando más fuerte.

—Qué fastidio. —Se detuvo y jadeó nubes de vapor gris.

No había un alma por los alrededores. Se giró para desandar sus pasos y luego se detuvo, ladeando la cabeza. ¿Había oído algo? Se quitó el gorro para poder escuchar con claridad.

¿Era el viento resonando entre los árboles... o era canto?

Habiendo pasado la mayor parte de la tarde escuchando melodías navideñas, haciendo adornos festivos, y rodeada de mujeres con grandes jerseis navideños, se preguntó por qué había gente en mitad de la nada cantando villancicos cuando todavía no era ni noviembre. La temporada festiva estaba tomándose la cordura de la gente.

Ladeó la cabeza. Era más fuerte en la dirección hacia la que se encaminaba Barbara. La curiosidad pudo más que ella, y Judith continuó caminando cuesta arriba. A medida que se acercaba, se dio cuenta de que no era ningún villancico festivo que reconociera, y había una percusión y un tintineo de panderos bien definidos. Frenéticamente intentó recordar si los Testigos de Jehová tenían una sección de percusión.

Entrecerró los ojos. ¿Era eso una luz adelante?

Con una creciente sensación de inquietud, trepó por una pendiente a cuatro patas, ya que se volvía más empinada. Entre los árboles había un fuego parpadeante. Apenas pudo contener una exclamación de asombro. Instintivamente se lanzó al suelo sobre la nieve, refugiándose detrás de un tronco caído. A pocos metros de ella había un claro en el bosque, donde ardía una enorme hoguera. Una docena de personas bailaba alrededor de ella, cantando y

entonando cánticos al son de tambores y cascabeles. Esa no era la parte inusual.

Todos estaban desnudos y llevaban aros de ramitas entretejidas en las muñecas y la cabeza.

Judith reconoció varias caras familiares del pueblo. Juró que una de ellas era la recepcionista de su médico. La mujer que lo dirigía era Barbara Dixon. Judith había tropezado con algún tipo de situación del Hombre de Mimbre pagano de Little Pickton. El grupo estaba completamente inmerso en su ceremonia, algunos con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia arriba en éxtasis. Judith no tenía ni un hueso religioso en el cuerpo, pero tampoco era una persona que juzgara. Al viajar, siempre había visitado templos, mezquitas e iglesias y los había encontrado igualmente fascinantes. Le fascinaba cómo las culturas habían evolucionado en torno a la religión, y desde luego no albergaba ideas preconcebidas oscuras sobre los paganos. Al fin y al cabo, eran el sustrato de casi todas las demás religiones del mundo. Pero aun así, era más que desconcertante toparse con un grupo de personas desnudas retozando en un bosque nevado. Las probabilidades estaban a su favor de que no estuviera a punto de ser usada como cordero sacrificial.

Levantó ligeramente la cabeza, manteniéndose detrás de la cubierta del matorral para observar. Barbara se acercó a la hoguera y levantó los brazos. Judith tuvo que admitir que, para una mujer de su edad, tenía la envidiable figura de una mujer mucho más joven, a pesar de las axilas con vello.

—Imprégnanos de luz para ver lo invisible —vociferó Barbara a los cielos. En ese instante, la música y los cánticos se detuvieron. ¿Era imaginación de Judith, o una ráfaga de viento avivó las llamas hacia el cielo, esparciendo brasas para combatir la nieve?

Barbara continuó. —Visión más allá de la visión. —Agitó las manos en patrones místicos—. El peligro camina entre nosotros, así que buscamos la protección de los sabios.

Su voz y postura imponían atención. No era la figura tímida con la que Judith había hablado. Era una mujer con una presencia poderosa. Mantuvo una mano en el aire, alcanzando más alto

mientras la otra se extendía hacia el calor de las llamas como si estuviera canalizando el calor.

—¡Invocamos las almas de los perdidos para que encuentren paz, y revelen el mal que camina entre nosotros!

El grupo emitió un suspiro colectivo de asentimiento. Judith oyó un golpe sordo a su espalda. Se giró para ver a un hombre desnudo que llevaba una gran caja de plástico bajo un brazo. Otra caja había caído del otro, haciendo el ruido.

—¿Quién es usted?

—Eh —dijo Judith, con la cabeza girándose de vuelta al claro mientras el crepitar de las llamas se hacía más evidente por el repentino silencio del culto.

Todo el mundo se quedó completamente inmóvil y la miró fijamente. Si esperaba que Barbara chillara y se convirtiera en su yo gruñón, se equivocaba de medio a medio. Si acaso, la mirada de Barbara se endureció mientras señalaba un dedo acusador a Judith.

—¡Espía! —vociferó.

Avergonzada, Judith se puso en pie torpemente, sacudiéndose la nieve del abrigo. —En realidad, senderista —dijo, haciendo un saludo a medias, intentando ignorar el hecho de que ninguna de las personas desnudas parecía especialmente inhibida—. Oí su canto y pensé que reconocía la melodía.

—¿Se refiere al himno de Gaia a Cernunnos?

—Estaba pensando más en Des O'Connor. No pretendía interrumpir su... —Circuló el dedo mientras buscaba un adjetivo apropiado.

Barbara dio varios pasos hacia ella, pero sensatamente se mantuvo cerca del calor de la hoguera. —Interrumpir el rito de una Suma Sacerdotisa trae mala suerte.

Judith archivó mentalmente «Suma Sacerdotisa». Además de las bandas de ramitas entretejidas, algunos llevaban talismanes parecidos a ramitas colgando del cuello o los brazos. Alrededor de las muñecas, Barbara llevaba pulseras hechas de zarzas y moldeadas vagamente en forma de persona. Las espinas dejaban cicatrices tenues. Judith sintió que el estómago le daba un vuelco; no había

manera de ocultar la similitud entre el talismán encontrado en la escena del crimen y los que llevaba este culto.

—Me disculpo por la interrupción —dijo Judith, intentando mantener un tono desenfadado mientras combatía una oleada de pánico. Quizás la probabilidad de que la tiraran a la hoguera no era tan remota como pensaba al principio. Señaló de vuelta hacia el sendero—. No pretendía molestarles, así que me marcho. Les dejo continuar en paz.

—No puede irse —dijo Barbara bruscamente.

El corazón de Judith empezó a latir con fuerza cuando dos hombres desnudos bloquearon el camino detrás de ella.

—¿Cree en la posesión? —siseó Barbara.

—Bueno, las posesiones son nueve décimas partes de la ley, o algo así. —Judith cambió el peso de un pie al otro.

—Me refiero a la posesión espiritual.

—Nunca lo he considerado.

—Hay una oscuridad que ha llegado aquí.

Judith dio un paso involuntario hacia atrás mientras Barbara avanzaba. —Bueno, aparte de algún gas atrapado, no tiene nada que ver conmigo.

Miró a su alrededor. ¿Cuál de estas personas había ayudado a Herbert Holland a cometer un asesinato? ¿Quién le había cortado los frenos? ¿Era la misma persona que la había seguido de vuelta desde Denzel Green?

Se sentía bien y verdaderamente aislada.

—Uno de los nuestros ha sido arrebatado por esta oscuridad. —La emoción se le atascó en la garganta a Barbara.

Judith sopesó sus opciones. No se veían muy halagüeñas. Necesitaba ganar tiempo.

—¿Exactamente qué espíritu oscuro anda suelto en Little Pickton? —dijo con la mayor solemnidad posible.

Los labios de Barbara se torcieron en un gruñido. —Usted lo sabe muy bien, Judith Spears. Los espíritus recorren estos bosques y traen la desgracia. El destino de Herbert Holland resuena entre estas ramas. —Agitó las manos dramáticamente alrededor del bosque que se oscurecía.

Una vez más Judith se preguntó cómo había cronometrado la hoguera detrás de ella para que diera un golpe y rociara otra fuente de brasas. La tensión era espesa en el aire, y estaba segura de que pronto escucharía las temidas palabras: «¡Guardias! ¡Apresadla!»

23

Después de llegar al buzón de voz de Judith por segunda vez, Raymond Collins condujo hasta las afueras de Little Pickton para ver por sí mismo cómo de formidables eran los ventisqueros. Efectivamente, las tres carreteras que intentó utilizar eran infranqueables con su Peugeot de la flota policial. No es que estuviera preocupado por Judith. Era una mujer de la que simplemente no se podía preocupar uno demasiado. En cambio, se preocupaba por el sufrimiento de otras personas que se encontraban con ella.

Antes de comprobar cómo estaba, él y la agente Eastly habían intentado localizar a James Wani. Su asistente en la oficina había asumido que trabajaba desde casa, lo cual era práctica laboral perfectamente normal para el equipo. En su casa, una pequeña propiedad adosada en las afueras de Denzel Green, no habían obtenido respuesta. A juzgar por la nieve recién caída, no había habido ninguna actividad hacia o desde la casa durante la noche.

El constante uso del tiempo pasado por el alcalde al hablar de la extensión del ferrocarril había molestado a Collins. Era un tic involuntario que revelaba que consideraba el asunto cerrado. Necesitaban desarrollar la información sobre el trato, así que dejó a Eastly de vuelta en el ayuntamiento para que rebuscara en los archivos del registro de la propiedad.

Solo había estado ausente quince minutos cuando ella le llamó para revelar que el urbanismo había empezado a construir en un solar de suelo industrial. El tramo de vía ferroviaria que se buscaba estaba en un solar adyacente de suelo rústico, lo que era un nivel de burocracia completamente diferente. Una nueva urbanización estaría muy dentro de los intereses de Fabián Heinzel. Nuevos residentes, nuevos ingresos, y un nuevo público para su periódico. Había un tufo a corrupción, ¿o era el desconocido aroma de un funcionario gubernamental haciendo lo correcto para el pueblo? Curiosamente, ninguno de los dos detectives podía distinguir la diferencia.

Si bien había correspondencia correctamente archivada en la bóveda del ayuntamiento, la carpeta que contenía los documentos oficiales del Registro de la Propiedad había desaparecido. La agente Eastly le pidió al asistente que la encontrara con urgencia. Collins dio un giro de 180 grados desde los límites de Little Pickton para recoger a Eastly, y ambos condujeron hasta el solar de construcción para verlo por sí mismos.

Se vieron obligados a tomar varias carreteras secundarias que estaban protegidas por las colinas, por lo que solo habían sufrido una salpicadura de nieve antes de incorporarse a una vieja carretera principal que había sido despejada de ventisqueros más profundos, revelando asfalto agrietado debajo. Pasaron por campos y varias pequeñas zonas de almacenes que habrían estado en plena actividad en los años 70 y 80, pero que se derrumbaron y murieron en los 90 y desde entonces habían sido abandonados.

El propio solar estaba delimitado de la carretera por una larga valla de malla metálica con ocasionales carteles de «vigilancia de seguridad» atados cada pocos cientos de metros. En realidad, solo era patrullada por tejones y zorros.

Se detuvieron ante una verja de malla. Un candado y una cadena mantenían cerradas las puertas dobles. Más allá había terreno nivelado, aunque no había señal de maquinaria. Eastly fue la primera en salir y probar el candado. Collins se unió a ella, pisoteando el suelo para entrar en calor mientras contemplaba el bastante ambicioso cartel de «¡Cuidado con el perro!»

—El pobre bicho se habrá congelado —murmuró—. Te hace preguntarte por qué alguien querría comprar una casa tan lejos de todo, sin contar construir una.

—Vi los planos en el ayuntamiento. Tiene muy buena pinta. Vida campestre de alta alcurnia. Todo muy acogedor —señaló vagamente hacia el noroeste—. Con una residencia de mayores privada planeada allí, sería una especie de urbanización cerrada. Y todas las casas serán propiedades grandes, independientes, con jardines amplios. —Cómo anhelaba tener un jardín propio. En su piso, apenas tenía espacio para una maceta. La idea de poder desmandarse en un jardín de verdad era un sueño. No es que tuviera mano para las plantas. Se lo dejaría a su hipotético novio que sería más que capaz de cavar en el jardín con la camiseta quitada y el torso musculoso y sudoroso brillando bajo el sol de verano.

—En mitad de la nada sigue siendo en mitad de la nada —dijo Raymond pragmáticamente, haciendo que su fantasía se desmoronara.

Eastly tiró de la verja de nuevo. Con un poco de persuasión, pudo abrirla lo suficiente como para deslizarse entre las dos puertas. Entre muchos juramentos, Collins la siguió, con el estómago prominente enganchándose en el marco metálico. Incluso contener la respiración no lo hacía mucho más fácil. Convencido de que iba a rasgarse el abrigo, se lanzó hacia adelante y casi tropezó en el otro lado.

—Muy elegante, jefe —dijo Eastly con sarcasmo desenfadado.

Caminando por el terreno nivelado, podían sentir las rocas sin despejar justo debajo de la nieve. El trabajo había sido abandonado bruscamente. Más adelante, vieron el bulto nevado de la vía del tren bajo la nieve. A medida que se acercaban, el daño que el tiempo había infligido al ferrocarril se hizo evidente. En algún momento, el terreno debajo de las traviesas se había hundido, y la vía estaba combada hasta donde podían ver en dirección a Fulton.

—Están completamente destrozadas —comentó Eastly. Después de doscientos metros, los raíles prácticamente se habían hundido en el suelo—. Así que esto es en lo que Lloyd Groves estaba intentando recaudar dinero.

Collins asintió e intentó mentalmente imaginarse su ubicación en un mapa. Señaló en la dirección de los raíles cubiertos de nieve. —El centro de la ciudad está por allí. Si esto estuviera en buen estado, realmente no habría ninguna razón para parar en Denzel Green, ¿verdad?

—Por eso algunos de los vecinos del pueblo estaban más a favor de la urbanización. Había un grupo en línea presionando fuerte para detener la extensión del ferrocarril.

Algo llamó la atención de Eastly. Cruzó la vía para verlo mejor. Al otro lado, una cresta bajaba elegantemente hacia un valle. En la ladera, la construcción de las casas ya había comenzado. Habían sido abandonadas como estructuras a medio terminar, ofreciendo vistas espectaculares sobre campos cubiertos de blanco. Los detectives ahora se daban cuenta de que se habían acercado al solar por la parte trasera.

—Ah, ahora lo veo —dijo Collins—. Una bonita parcela rural con una vista preciosa. Eso es un poco mejor reclamo de ventas.

—Por lo que puedo deducir de la documentación, empezaron esta fase cuando se estaban llevando a cabo negociaciones para la propiedad del tramo de suelo rústico que incluye esto. —Señaló de vuelta a la línea ferroviaria y su coche más allá—. Todo iba sobre ruedas, y luego el propietario extranjero se retiró de las negociaciones, para cuando ya habían empezado a construir. Así que ahora todo está en suspenso.

—Por supuesto. Quién quiere una vía de tren cruzando por detrás de su jardín, aunque sea un servicio de novedad irregular. —Raymond Collins se frotó las manos y deseó haber traído un par de guantes—. Hablé de nuevo con el equipo financiero, y dijeron que la Sociedad apenas tiraba. No estaban perdiendo demasiado dinero, pero difícilmente podían ir al banco o volver a la Lotería a pedir más. Uniendo los hilos de los correos electrónicos que tenemos, Herbert Holland no quería que esto siguiera adelante.

Eastly se sorprendió. —Pensaba que habría sido su sueño.

—Parece que era el sueño de Lloyd. Herbert pensaba que les llevaría a la bancarrota. Intercambiaron algunos correos electrónicos bastante tensos al respecto.

—Lloyd Groves no mencionó eso en sus entrevistas. Antes era banquero de la City. Un hombre que asume riesgos.

—Supongo que por eso vio el potencial y habló de comprar el terreno.

—¿Pero con qué?

Collins levantó una ceja con complicidad. —¿Con qué, en efecto? Quizás con el propio dinero de la Sociedad, que Herbert no permitía. ¿Entonces por qué no robarlo?

Los dos se miraron mutuamente mientras sopesaban esa implicación.

Raymond se mordió el labio pensativamente. Le ayudaba a evitar que se le entumeciera. —Imagina que elementos dentro de la Sociedad roban el resto de su propio dinero por orden de Lloyd, para que pueda usarlo para comprar el terreno. —Vaciló, sin estar del todo seguro de a dónde llevaba su siguiente línea de pensamiento.

—Eso dejaría a la Sociedad al borde de la bancarrota y a Herbert incapaz de detener la extensión. —Eastly frunció el ceño, perdida en sus pensamientos confusos—. Solo que él no está muerto.

Collins levantó un dedo, usándolo para dirigir sus pensamientos. —Roba un tren y mata... a alguien...

Sarah puso mala cara. —Eso suena muy raro.

—Todo este asunto es raro. En cierto sentido, esa es la naturaleza del crimen. O está impulsado por pasiones muy simples, o por un razonamiento defectuoso y bizarro. De cualquier manera, creo que está claro que necesitamos hablar con nuestro señor Wani lo antes posible.

Sarah no respondió. Su mente estaba hurgando en hilos del caso que se negaban a conectarse. No le ayudaban dos mensajes de texto en rápida sucesión. Ambos eran del agente Kevin Fenton. El primero era una petición juguetona de una revancha de bádminton. El segundo le recordaba casualmente que había quedado para salir a tomar algo esa noche.

Eastly suspiró. Qué mal momento. No tenía tiempo para coquetear cuando intentaba encontrar a un asesino.

24

La carne cruda chisporroteó cuando fue acercada hacia las llamas. El calor intenso la chamuscó sin remordimiento. Se añadieron más troncos a la hoguera, exacerbando su intensidad.

Judith lanzó un chillido de dolor.

—No la acerque tanto —dijo Roger, el hombre desnudo con bigote que había estado cargando las cajas de plástico cuando descubrió a Judith. Extendió la mano y guió suavemente la de Judith alejándola de las llamas. Sostenía un palo afilado, en cuyo extremo había una hamburguesa de ternera de cuarto de libra.

Afortunadamente, el aquelarre ahora estaba completamente vestido y reunido alrededor de la hoguera, tostando nubes de azúcar, hamburguesas y perritos calientes, mientras bebían chocolates calientes. Un ambiente distendido descendió cuando acordaron que Judith no suponía ninguna amenaza.

—Es un pequeño círculo social agradable —dijo Barbara, mientras echaba ketchup a su hamburguesa humeante, sostenida entre dos bollos de sésamo en la mano izquierda—. En la vida normal, todos somos flores de pared. La gente no entiende nuestras creencias, y perdimos el interés en intentar convencerles.

—¿Y exactamente cuáles son sus creencias? —preguntó Judith, examinando su propia hamburguesa, que ahora estaba casi carbonizada. El olor todavía le hacía rugir el estómago, y la metió en

un bollo que le ofreció Roger, pero solo después de haberle pedido que se desinfectara las manos una vez que se hubiera puesto la ropa.

—Todos somos espíritus de la tierra —dijo Barbara con seriedad —. Unidos por fuerzas y energías invisibles. A algunas personas les asusta, pero no es nada aterrador. Es meramente la naturaleza.

—Entonar cánticos en el bosque y bailar desnudos alrededor de enormes hogueras puede malinterpretarse —señaló Judith. Barbara no pareció pensarlo así—. ¿Hay algún otro miembro de la Sociedad Ferroviaria que sea miembro del aquelarre?

Barbara sacudió la cabeza. —A nadie le interesa. Piensan que soy rara. Tienen sus propios schemitas, ¿por qué iban a importarles? La única persona que alguna vez me dio el tiempo del día fue Herbert. Un hombre tan afectuoso. —Judith no dijo ni una palabra. Quería escuchar el hilo de pensamiento sin filtros de Barbara—. Amaba la Sociedad. La veía como algo que daba a la zona un auténtico caché, y tenía razón. El ferrocarril ha sido parte de este paisaje durante más de cien años. La vía principal sigue una línea telúrica, excepto un par de curvas. En otro tiempo había desvíos y vías que llegaban hasta pueblos de toda la zona, conectando a las personas. Hemos perdido esa conectividad ahora. Todo es online y videoconferencias. No tanto conferencias en realidad, solo quedarse inmóvil mirando una pantalla. —Se sumió en el silencio, mirando las llamas.

Sin que nadie más quisiera intervenir, Judith pensó que debería decir algo. —Esta hamburguesa está estupenda.

—Totalmente orgánica —dijo Roger con orgullo.

—De mi propia granja, al norte del pueblo. Tengo una pequeña tienda en la granja y lo hacemos todo nosotros.

—Tendré que ir a probarla —dijo Judith con genuino interés.

Roger guiñó un ojo. —Menciona caballo blanco y te hacemos un descuento pagano del diez por ciento.

—¿Le apetece una salchicha? —ofreció otro hombre, que había sido presentado como Ben.

—No me vendría mal. —Se volvió de nuevo hacia Barbara—. Ha dicho que Herbert lo sabía y respetaba sus elecciones de vida.

Barbara asintió. —No tenía ningún reparo en pedir ayuda espiritual. Lo creyera o no, seguía creyendo en buscar una mano dondequiera que pudiera. Así que pedimos a los espíritus orientación para retener el terreno y preservar lo que teníamos, en lugar de querer abarcar más. Se unió a nosotros en el último encuentro. Creo que realmente lo disfrutó.

Herbert no quería que la línea se extendiera. Ese era el pensamiento persistente en el fondo de su mente. El cartel anti-extensión en la biblioteca tenía una dirección web familiar. Era la misma URL que había visto en una factura en el estudio de Herbert. Él había estado detrás de la campaña. Se recordó a sí misma que la identidad de la víctima era todavía algo que la policía no había divulgado oficialmente, así que tuvo cuidado de seguir la línea oficial. —Sin embargo, por desgracia, Herbert acabó muerto.

Los ojos de Barbara se entornaron. —¿Muerto? ¡Me niego a creerlo!

El estómago de Judith dio un vuelco, pero tuvo cuidado de no revelar nada. —Encontraron su cuerpo en el tren. Lo sabe.

—¡Encontraron un cuerpo!

Judith la estudió durante varios segundos. —¿Puede elaborar?

Barbara soltó una carcajada brusca. —Si la policía no ha resuelto eso, que los dioses les ayuden. Sé que Herbert no fue asesinado. Está muy vivo. —Gesticuló a su alrededor—. Quizás aquí fuera, en algún sitio.

—Si está vivo, mi suposición es que tomó un avión con todo ese dinero que falta y ahora vive a cuerpo de rey en la Costa del Sol.

Barbara sacudió la cabeza. —Eso no es propio de él. Siento que todavía está aquí. Puedo sentir su presencia.

Judith abrió la boca para responder, pero se tragó un comentario sarcástico que estaba a punto de escaparse. Aparte de ser una descortesía, necesitaba mantener a Barbara de su lado.

—No estoy del todo segura de lo que quiere decir. —Se lamió los labios e intentó formular la pregunta con la mayor delicadeza posible —. Pero si él no fue quien murió en el tren, ¿significa eso que mató a alguien y luego huyó?

Detrás de las gafas de Harry Potter de Barbara, sus ojos se convirtieron en enormes platos de asombro. —¿Herbert, matar a alguien? ¿En qué planeta vive? No era capaz de eso. Sacaba las arañas afuera y abría las ventanas para que salieran las moscas.

Judith sacudió la cabeza, desconcertada. —Entonces, ¿dónde está?

Barbara se abalanzó y le apretó la rodilla con fuerza.

—Herbert Holland está muy vivo. ¡Ha sido secuestrado! Su vida corre peligro.

La compostura de Judith se tambaleó, y con ella, la salchicha cayó a la nieve.

Raymond Collins se sentó en el mostrador de la churrería, esperando ansiosamente sus patatas fritas con salsa de curry, mientras eran dispuestas en una bandeja de cartón y metidas en una bolsa de papel.

Después de congelarse en el solar, él y Eastly habían dado el día por terminado. Estaba cansado y le resultaba difícil concentrar sus pensamientos en ninguna línea concreta de investigación a seguir.

Su plan de llevarse la cena de patatas a casa fue abandonado por el hambre que le obligó a comer en la tienda. Ensombrecido por Eastly descubriendo reluctantemente que estaba a punto de tener una cita, la idea de volver a su piso vacío no le resultaba atractiva. Se negó a reconocer su creciente ansiedad por la misión potencialmente peligrosa que le había encomendado a Judith, temiendo que fuera culpa suya si algo le pasaba.

Se sentó en el taburete elevado cerca de la ventana, cogió un tenedor de plástico de la bandeja del mostrador y empezó a comer directamente del cartón. Había otro cliente en el restaurante. Raymond observó a la solitaria figura comiendo pescado con patatas mientras miraba el teléfono. Le tuvo lástima al hombre que cortaba una figura solitaria. Esperaba que su vida nunca llegara a ser tan desesperada.

A pesar del hambre, Raymond se resistió al impulso de comer rápido. En cambio, saboreó cada bocado, incluso cuando el teléfono

emitió un pitido con un mensaje. Era un correo electrónico de la asistente de Wani, que se había quedado hasta tarde en la oficina, esforzándose por localizar el documento del registro de la propiedad. No había ningún rastro de él en los archivos ni en la oficina de Wani. Más peculiar aún, había sido eliminado de los archivos digitales. Ella pensó que era un error administrativo y prometió seguir buscando. Raymond estaba convencido de que alguien estaba deliberadamente obstaculizando para mantener los hechos confusos durante el mayor tiempo posible.

Finalmente saliendo del calor de la tienda, se disgustó al ver que estaba nevando de nuevo, lo que le llevó a consultar la previsión meteorológica para la semana siguiente. No iba a mejorar. A pesar de su plan inicial de ir a casa, se encontró conduciendo de nuevo por delante de la casa de James Wani.

Esta vez había luces encendidas arriba y huellas en el sendero nevado.

Raymond comprobó el reloj. Solo eran las siete y media, así que no era demasiado tarde para molestar a Wani. Aparcó fuera y se dirigió a la casa. Al acercarse a la puerta principal, vio que la madera alrededor de la cerradura estaba astillada y la puerta había sido cuidadosamente colocada de nuevo en su sitio. Redujo el paso al acercarse. Las señales de entrada forzada eran inconfundibles.

Había un intruso dentro.

Con el corazón acelerado, Raymond se preparó para enfrentarse al peligro solo.

25

El cálido resplandor de la hoguera tenía un efecto soporífero, haciendo que Judith perdiera completamente la noción del tiempo. Solo cuando las llamas empezaron a apagarse empezó a sentir el frío y se dio cuenta de que había caído la noche.

El aquelarre se dispersó en tres direcciones diferentes, todos dirigiéndose a sus respectivos coches aparcados en estrechas carreteras rurales. Ninguno de ellos se sentía incómodo en la oscuridad, y todos iban armados con potentes linternas.

Barbara tenía su fiel bicicleta apoyada contra un árbol, y Judith se unió a ella para desandar sus huellas de vuelta hacia el club de cricket. Barbara, fiel a su carácter, llevaba una linterna de aspecto arcaico, excepto que funcionaba con pilas y vaporizaba las sombras del bosque. Judith agradeció su compañía mientras caminaban, incluso mientras la actitud etérea de Barbara regresaba al compartir sus creencias wiccanas. Judith, mientras tanto, seguía mirando el teléfono de reojo, esperando coger señal para poder informar al mundo exterior de las sospechas de Barbara.

—No lo entiendo. Si cree que está vivo, ¿por qué demonios no se lo ha dicho a nadie?

Barbara suspiró. —Porque no sé quién habría cometido un asesinato tan horrible. Solo sé que la víctima no podía ser él. Lo único que me falta es una prueba tangible.

—Eso sería muy útil. —Judith dudó en compartir lo que sabía sobre la identidad de la víctima. Al fin y al cabo, Barbara seguía siendo sospechosa, pero su afirmación de que Herbert estaba vivo era demasiado para que Judith la sospechara. ¿Qué tipo de asesino afirma que la víctima sigue viva?—. Sospecho que sabe mucho más de lo que aparenta. —Barbara se encogió de hombros—. ¿Por qué tiene tanta afinidad con él?

—Soy muy aficionada de Herbert.

—¿Lo sabe él?

—Por supuesto que lo sabe, pero no soy su tipo.

—Una reina guerrera pagana puede ser demasiado para la mayoría de los hombres.

—Me refiero a que soy una mujer.

—Ah —dijo Judith—. Okey.

—Herbert se había enamorado de un español. Un hombre de negocios con quien estaba involucrado. Era vago con los detalles.

—Eso todavía no explica su corazonada de que está vivo.

Barbara balanceó la linterna, señalando su plexo solar. —Somos seres espirituales conectados aquí mismo. Compartía cosas conmigo.

Judith escuchó mientras Barbara continuaba, revelando detalles sobre los apuros financieros de Herbert y las tácticas de acoso de Lloyd. Lloyd estaba decidido a comprar el terreno para detener una urbanización y permitir la restauración de la línea, pero necesitaba el dinero restante de la Sociedad para hacerlo, y todavía no sería suficiente.

Barbara chasqueó los dedos. —Luego todo desapareció con un solo clic de un botón. Una estafa de internet. Augusta debería haber sabido más.

—Las estafas vienen en todas las formas y tamaños. ¿Qué hizo exactamente?

Barbara se quedó vaga. —Hizo clic en un correo electrónico sospechoso, creo. No es realmente mi área de experiencia. Solo oí fragmentos a través de Herbert. Lloyd afirmó que fue una sofisticada expedición de pesca. Todavía no tengo ni idea de lo que quería decir con eso.

—Creo que quería decir phishing. Con «ph». —Barbara no pareció más ilustrada—. Es una cosa de internet.

—Herbert se culpó a sí mismo. No sé por qué. Pero lo perdieron todo.

—¿Y no lo denunciaron a la policía?

—¿A quién exactamente? No se lo dijeron a nadie más. Herbert solo me lo dijo el día antes de que muriese. Dijo que nunca nos lo dijeron porque estaban preocupados por la mala publicidad. Eso era tan probable de acabar con nosotros como la bancarrota. Incluso me preguntó qué seguro teníamos para cubrir las pérdidas.

—¿Y qué tenían?

—Solo para la oficina y el tren, por supuesto. Responsabilidad pública para accidentes. Pero nada cubre las estafas financieras.

Para cuando llegaron al aparcamiento del campo de cricket, Judith estaba convencida de la profundidad de la preocupación de Barbara y quería asegurarle que Herbert no era la víctima. Pero como también era el principal sospechoso de la policía, se contuvo. Judith le ofreció llevarla a casa, pero Barbara prefería caminar en el fresco aire nocturno. Al despedirse, Judith no podía sacudirse la sensación de que Barbara guardaba más secretos de los que aparentaba.

El pabellón de cricket estaba oscuro, así que no podía inmediatamente ir en busca de Augusta para obtener detalles sobre la estafa. Sentada en el coche, finalmente tuvo señal de teléfono y recibió un aluvión de mensajes de Eastly y Collins. Envió una breve respuesta, agradeciéndoles la preocupación pero demasiado agotada para implicarse más. Les contaría las sospechas de Barbara una vez que tuviera tiempo de asimilarlo en casa. Barbara había dicho varios hechos interesantes, no más que meras palabras, que habían hecho clic en Judith. Necesitaba paz y tranquilidad para averiguar cuáles importaban más...

El sargento Collins aferró el teléfono en una mano y consideró llamar a Eastly, pero hablar en voz alta llamaría la atención del intruso en la casa de James Wani. Y como oficial superior, no quería

dar la impresión de que no iría a ningún lado sin el respaldo de su agente.

Tomando aliento, empujó suavemente la puerta principal. Se abrió silenciosamente sobre bisagras bien mantenidas. Los restos de madera astillada estaban en el suelo de dentro. Escuchó atentamente y captó movimiento desde arriba. Comprobando que el teléfono estaba en silencio, buscó el número de Eastly. El pulgar se quedó suspendido sobre él en lugar de llamar.

Subió las escaleras sigilosamente, poniendo cada paso con la mayor delicadeza posible, esperando que los viejos tablones del suelo no le traicionaran con un crujido, y deseando haber ido fácil con la porción extra grande de patatas fritas con curry que chapoteaba dentro de él. Estaba a mitad de camino antes de que un tablón gimiera bajo su peso.

Apretando los dientes, se quedó paralizado.

Derivando del intenso silencio emergió un suave golpeteo procedente de una de las habitaciones de arriba. Sintió una corriente de aire frío, pero no pudo oír ningún movimiento adicional. Vaciló, sin saber qué hacer. Su entrenamiento le decía que gritara, alertando al intruso de la presencia de la policía. Sin embargo, esto también tenía el inconveniente de revelar que estaba solo y delatar su posición.

Rastreando la corriente hasta uno de los oscuros dormitorios, cada músculo de su cuerpo se tensó. Era ahora o nunca, se dijo Collins.

Arrastrándose por los peldaños restantes, se quedó paralizado de nuevo, esperando tener al intruso en una falsa sensación de seguridad. Ahora tenía que decidir: ¿entraba sigilosamente a la habitación, o irrumpía con toda la fuerza?

Se lanzó hacia adelante, abriendo la puerta del dormitorio de un golpe de hombro y vociferando a pleno pulmón.

—¡Policía! ¡Policía! ¡El edificio está rodeado!

Esperaba que su subterfugio le diera ventaja. Pero no hubo ningún repentino frenesí de actividad. Nadie se lanzó sobre él para forcejear en el suelo.

Su mano buscó instintivamente el interruptor de la luz. Al encender la bombilla desnuda, su atención se dirigió de inmediato a la ventana abierta y las cortinas que ondeaban, que hacían un suave golpeteo mientras rozaban la pared. La ventana estaba abierta de par en par, proporcionando una vía de escape al intruso. Mirando hacia abajo, notó sangre en el suelo que llevaba a una cama individual y el cuerpo tumbado encima de ella.

Era un hombre, todavía con el abrigo de calle puesto. Tumbado boca abajo, la sangre había goteado de una herida en la nuca, pero ahora se acumulaba en la bolsa de compra blanca de plástico que había sido envuelta alrededor de su cabeza para asfixiarle.

El sargento Collins cayó de rodillas y arrancó la bolsa. Al hacerlo, la cabeza de la víctima se ladeó hacia un lado, y Collins no pudo ocultar su jadeo de sorpresa.

Era Derek Rivan.

26

Trabajar para la policía le otorgaba a uno la autoridad de encender los intermitentes azules y la sirena, y correr por el tráfico más rápido que el límite de velocidad. Era una ventaja del trabajo que la agente Sarah Eastly rara vez disfrutaba. Como detective, nunca llegaba corriendo a la escena de un crimen activo. Por lo general, viajaba a las secuelas de un horrible incidente. Pero ahora, estaba encantada de tener la luz azul parpadeando en el salpicadero. La sirena era probablemente excesiva ya que no había otros vehículos en la carretera, pero no tenía ninguna intención de apagarla. Llegó frente a la casa de James Wani, justo cuando los paramédicos sacaban su cuerpo en una camilla, observados por un pálido sargento Raymond Collins. Cuando Eastly cruzó su mirada, vio un destello de alivio.

—Está vivo —dijo Collins, lamiéndose los labios resecos—. Apenas. Solo un minuto más tarde, y creo que su atacante le habría rematado.

Eastly fue la siguiente persona a quien llamó después de la ambulancia. Afortunadamente para él, había vuelto a la comisaría después de un mensaje de texto de Judith, lo que arruinó su noche de cita. Los dos hablaron animadamente al mismo tiempo, pero Collins levantó el dedo para interrumpirla.

—Necesitamos registrar el jardín. El agresor saltó por la ventana trasera.

Pasaron por la casa y salieron por la puerta trasera de la cocina, teniendo cuidado de no alterar el suelo exterior antes de que llegara el equipo de la Escena del Crimen. Collins fotografió la nieve alterada debajo de la ventana del dormitorio donde había aterrizado el asesino y rastreó las huellas en fuga hacia la valla trasera. En el momento en que la nieve empezara a derretirse, o a caer, esta frágil evidencia sería borrada. Sin nada con qué medir las huellas, Eastly puso la mano y el brazo extendidos en la foto para que pudieran usarlo más tarde como guía.

Detrás de la valla del jardín, un estrecho callejón de acceso discurría paralelo a la casa a cada lado. Lo usaban los residentes para sacar los contenedores de basura para su recogida en la acera. Incluso bajo el duro haz de la linterna sacada del coche, Collins no podía ver en qué dirección había huido el fugitivo. Sospechaba que había habido un vehículo esperando en algún sitio. Había estado demasiado ocupado intentando contener la sangre de la herida de Derek para escuchar el sonido de un motor. Esperaba que el asesino hubiera sido lo suficientemente torpe como para dejar suficiente evidencia de ADN por ahí, si tenían la intención de limpiar la escena del crimen después de cometer su acto horrendo. Los detectives volvieron a la casa para examinar la puerta principal.

—¿Qué estaba haciendo Derek aquí? —dijo Collins casi para sí mismo mientras estudiaban la cerradura rota. Habría requerido unos cuantos patadas contundentes al marco para causar este daño. Eso sin duda habría llamado la atención en el tranquilo barrio residencial.

Eastly ya había despachado a un par de agentes uniformados que habían llegado, esperando ver un poco de acción por una vez. Uno de ellos era el agente Kevin Fenton que saludó a Eastly con una sonrisa irónica. Había estado a punto de terminar el turno para su cita. Por alguna razón no le pareció correcto corresponder con una sonrisa, así que en cambio ordenó severamente a los agentes que llamaran puerta a puerta para ver si alguien había oído algo o había captado actividad sospechosa en una cámara de timbre. Se sintió culpable por la mirada herida en la cara de Kevin mientras se ponía

manos a la obra. Siguió al sargento Collins por el pasillo mientras él imaginaba cómo se había desarrollado el escenario.

—Derek entró a la fuerza en la casa de Wani y fue atacado como si fuera un intruso.

—Lo que era. Y Wani tendría una sólida defensa de legítima defensa, entonces ¿por qué pasarse al modo asesino psicópata? ¿Y qué era tan urgente que tuvo que tirar la puerta abajo? Vuela nuestra lista de sospechosos por los aires.

—El hecho de que Derek sea ahora una víctima no significa que no se cargara al tipo del tren. —Collins sonó como si casi estuviera intentando convencerse a sí mismo.

—Juan Carlos —declaró Eastly.

—¿Eh?

—Juan Carlos es el nombre del fallecido. —Eastly no pudo contener una sonrisa de suficiencia, impulsada por el asombro en la cara de su jefe.

—¿Cómo demonios te has enterado de eso? ¡Bien hecho, Eastly!

La sonrisa de Eastly vaciló un poco. —Bueno, fue Judith quien... ayudó. —Raymond Collins parpadeó sorprendido—. Resulta que Herbert y Juan Carlos se conocían. Juan Carlos era un empresario español que vivía en Navarra. Una de sus empresas compraba terrenos por todo el mundo para venderlos a promotores inmobiliarios. Resulta que uno de los solares...

—Incluía la extensión propuesta de la vía en el suelo rústico —terminó Collins.

—Todos los documentos del registro de la propiedad de aquí han desaparecido, y los archivos digitales han sido borrados. Eso presumiblemente le dejaría a él con la única prueba material de que era propietario del terreno.

—Todavía no entiendo cómo Judith tropezó con esto.

—Hay que creerlo o no, yo también hice algo de trabajo de detective —dijo Eastly a la defensiva—. Judith descubrió algunos pequeños hechos que habíamos pasado por alto. Herbert Holland es gay. Barbara Dixon está enamorada de él, y se convirtieron en confidentes. Cree firmemente que está vivo. —Las cejas de Raymond se dispararon hacia arriba, pero antes de que pudiera

hablar, Eastly le cortó—. Los espíritus del bosque se lo dijeron. Es una suma sacerdotisa pagana, al parecer.

—Vaya novedad.

—Resulta que Herbert mencionó que tenía un pequeño enredo con un español. Judith me pidió que comprobara en Interpol a cualquier persona en España registrada como desaparecida.

—Mucha gente, sospecho.

—Y señaló que los registros dentales del fallecido no coincidían con los archivos británicos. Así que los cotejé con las autoridades españolas. Y mira por dónde, resultó una coincidencia: Juan Carlos.

—Si tuviera sombrero, me lo quitaría. Bien hecho. ¿Y él era propietario de las parcelas de terreno...?

Eastly disfrutó viendo la cara de su jefe recorrer toda una gama de emociones antes de finalmente asentarse en una que solo podía etiquetar como «ha caído la moneda».

—Herbert le mató por los derechos del terreno. ¡Por eso siguen desaparecidos! —Señaló hacia el suelo de la casa—. ¡Y James Wani estaba en posición de robar los archivos y borrar las pruebas! ¿Y si Carlos no llevaba los papeles encima cuando le mataron? ¿Quizás Herbert vino aquí esperando enfrentarse a Wani y en cambio encontró a Derek curioseando?

Eastly puso mala cara, considerando que era una sugerencia viable. —Quizás. Y por el lado positivo, si el asesino estaba aquí, entonces al menos Judith no tiene nada de qué preocuparse, atrapada en Little Pickton.

27

Después de enviar un mensaje de texto a Sarah Eastly sobre sus nuevas sospechas y salir del campo de cricket, Judith había regresado a casa a una casita agradablemente cálida. Se había regalado una larga ducha que le calentó los huesos, y luego se puso un pijama de una pieza en negro y verde que había comprado impulsivamente en el mercado. Tenía un grueso forro de pelo artificial, una capucha y sus propias botas acolchadas de goma. Cuando se lo puso, se sentía como un enorme oso de peluche.

Estaba dispuesta a instalarse para pasar la noche, pero al recibir la emocionante actualización de Eastly sobre el ataque a Derek Rivan, su mente empezó a ebullir varias teorías. Por cuánto tiempo podían mantenerse ocultos los derechos del terreno, no lo sabía. Pero alguien estaba empeñado en descubrir hasta dónde podía empujar eso, lo que ahora colocaba a James Wani en el centro de la conspiración. Pero le costaba creerlo. Había sido testigo de cuánto control había ejercido Lloyd Groves sobre él cuando intercambiaron la bolsa en la biblioteca. Hizo la suposición de que los archivos del registro desaparecidos estaban dentro y ahora en posesión de Groves.

Todavía no podía ver cómo Derek encajaba en este arreglo, ni qué llevaría a alguien a intentar matarle, aparte de quitarle de encima su arrogancia engreída. Derek era un ingeniero, el manitas

del pueblo. No tenía nada que ganar cuando se trataba de la propiedad de la Sociedad.

Eso recaía en Lloyd y Herbert.

Judith repasó mentalmente los testimonios de varias personas. Entrelazando la voz de Groves con la de Derek, Dawn, Augusta y Barbara mientras buscaba desesperadamente hilos que se solaparan o cualquier omisión obvia.

Una omisión era muy clara de su parte: no había tenido ninguna oportunidad de hablar con James Wani. Aparte de su arrebato en la reunión inicial del ayuntamiento, había proyectado una figura tímida. Nadie más hablaba de él tampoco. Era el tipo de persona que simplemente siempre estaba ahí. Discreto pero omnipresente, como alguien con ADN beige o un fantasma en la máquina.

Eso hizo clic en Judith.

La propia expresión, «fantasma en la máquina», de repente se sintió pertinente. ¿Lo había sido? Ahora estaba tanteando la noción de que era el eje que podía desbloquear todo.

Cómo había llegado Juan Carlos a estar en el tren, todavía no estaba segura, pero estaba convencida de que era con quien Herbert Holland se había reunido para comer en el pub Lion's Arms el día que murió. La camarera recordaba que había habido una discusión discreta. Aquí estaba el hombre que poseía el terreno que presumiblemente prefería vender a la empresa inmobiliaria, que también mantenía una relación secreta con el hombre que no quería que la extensión siguiera adelante. ¿Era una pelea de enamorados? ¿O había Juan Carlos tomado el dinero de Lloyd Groves en su lugar?

Judith se sentó en el sofá, aferrando una taza de Horlicks y mirando fijamente la pantalla negra del televisor mientras sus pensamientos se agolpaban. El televisor podría estar apagado, pero el puzzle ante sus ojos se sentía como una imagen de ojo mágico; una serie de puntos aleatorios que, cuanto más fijamente miraba, empezaban a formar formas, patrones y conexiones.

¿Cómo podría Lloyd Groves pagar el terreno? Tenía contactos empresariales, pero un trato tan turbio ahuyentaría a los inversores legítimos. No, pensó Judith, para hacer un trabajo sucio se usa dinero sucio.

Dinero robado.

El dinero de las propias cuentas bancarias de la Sociedad. Augusta había hecho clic en un correo electrónico de estafa, y había vaciado la cuenta de la Sociedad con un virus. Y el doble de la cantidad de dinero que ella pensaba que había desaparecido, respaldado por una contabilidad turbia. Augusta podría fácilmente estar implicada en el ardid, pero Judith recordó el momento en que le pidió ayuda. Había una preocupación genuina de que la estaban tendiendo una trampa. Puede que no supiera quién ni por qué, pero parecía que su corazonada era correcta. Y Judith estaba bastante segura de que Lloyd Groves era quien la tendía.

El corazón le latió más fuerte cuando recordó que la habían seguido de vuelta a casa desde Denzel Green. Groves sabía que estaba en el pueblo porque se habían cruzado en la biblioteca. Y vivía aquí mismo, en el mismo pueblo que Judith. Tomó una respiración profunda para calmarse. Si Groves era el asesino, entonces ¿acababa de intentar eliminar a Derek en Denzel Green? Si era así, al menos significaba que no estaba en el pueblo, así que estaba a salvo.

Su ansiedad se alivió. Pero ¿por qué Derek?

La expresión «tener algo que ganar» le volvió a la cabeza. Ahora recordó dónde la había oído antes: eso fue lo que dijo Derek cuando estaba debajo de su fregadero fingiendo arreglar el sifón. «La única manera de tener algo que ganar es salir y hacerse con tu trozo», había dicho.

¿Había tropezado con el plan perverso de Lloyd Groves e intentado chantajearle para conseguir una parte de la acción? Desde luego encajaba con el carácter mercenario de Derek, y le convertiría en un cabo suelto que Lloyd Groves podría inculpar si las autoridades llamaban a la puerta. Si Derek hubiera sido asesinado en la casa de James Wani, habría lanzado otro arenque rojo lejos de la verdad, y colocado a James Wani en el punto de mira.

Siguió el hilo de su lógica más lejos. Lloyd Groves había robado el dinero para comprar el terreno, y luego había usado a Augusta como escudo para que cargara con las culpas.

Aun así, Judith estaba molesta. Aunque estaba haciendo un trabajo excelente convenciéndose a sí misma de que Lloyd Groves estaba en el corazón de la oscuridad, la evidencia era circunstancial, bordeando la pura especulación.

Todavía había algo que se le escapaba.

El pitido de un teléfono móvil captó su atención, rompiendo sus pensamientos enrevesados. Alguien estaba en la puerta. Se preguntó quién llamaría a esta hora, y con este tiempo, antes de recordar que todavía no había tenido la oportunidad de recuperar la cámara del timbre de la oficina de la Sociedad. Puso el Horlicks en la mesa de café e inspeccionó el teléfono. Tocó la pantalla para abrir la aplicación del timbre. Tardó varios segundos en activarse la cámara remota... y vio lo que estaba pasando en la oficina de la Sociedad Ferroviaria.

RAYMOND COLLINS no podía sacarse los videojuegos de la cabeza. No debería estar pensando en sus años jóvenes sentado delante del televisor, viendo las barras de color parpadear en la pantalla mientras esperaba una hora con ansiosa anticipación a que su Commodore 64 cargara Manic Miner o El Jorobado, juegos que habían obsesionado su juventud. No era exactamente el mismo nivel de emoción sentado en un hospital, arrullado por los rítmicos pitidos constantes del conjunto de monitores médicos conectados a Derek Rivan. Sin embargo, había sido una lección de paciencia que ahora necesitaba mientras esperaba a que el hombre recuperara la consciencia.

Eastly se había quedado en la escena del crimen, ayudando con las pesquisas puerta a puerta, aunque Collins sospechaba que lo hacía para pasar más tiempo con el agente Kevin Fenton, quien le había tomado simpatía. En fin, ¿quién era él para juzgar?

Los paramédicos habían detenido el sangrado de Derek y le habían aplicado puntos de sutura en un feo corte en la nuca. Ahora estaba conectado a un gotero intravenoso y tenía una mascarilla de oxígeno en la cara. Collins experimentó una rara sensación de logro

cuando los médicos le dijeron que Derek probablemente habría muerto de sus heridas si el detective no hubiera llegado a tiempo.

Ya en su tercer viaje a las horribles máquinas expendedoras al final del pasillo del hospital, Collins no dejaba de mirar el teléfono para comprobar las últimas actualizaciones en la búsqueda de James Wani, que ahora era su principal sospechoso. Eso era incómodo, porque hasta ahora su principal sospechoso había sido el hombre que yacía inconsciente en la cama.

Era casi las once y, a pesar de la cafeína, Raymond Collins luchaba por mantenerse despierto mientras combatía una oleada de bostezos cada vez más profundos. Regresó penosamente a la sala privada para ver al médico y varias enfermeras apiñados alrededor de Derek. Su miedo inicial fue que la condición del paciente había empeorado. Collins tenía suficiente experiencia para no abrirse paso a empujones, exigiendo respuestas. Eso solo lo hacían los policías de la tele. En cambio, se mantuvo al margen y se alivió al ver a una enfermera apuntalar a Derek y darle una taza de agua para que bebiera. Esperó hasta que Derek estuvo cómodo y las enfermeras se retiraron, dejando solo al médico. Collins se deslizó dentro de la habitación.

—Buenas noches, Derek.

El médico todavía garabateaba notas y captó a Raymond con el rabillo del ojo. Movió la cabeza en dirección al detective. —Y este es el tipo que le salvó la vida.

Sintiéndose un poco desconcertado, todo lo que Collins pudo hacer fue levantar su vaso de café de plástico en brindis. Murmuró las palabras: «De nada». Collins se aclaró la garganta para adoptar un tono más autoritario. —Señor Rivan, ¿cómo se encuentra?

—Débil. —Las palabras no eran más que un largo aliento y sus labios temblaban por el esfuerzo. Su ojo izquierdo estaba negro e hinchado cerrado. Derek obviamente había luchado duro por su vida.

—Necesito saber quién le hizo esto —dijo Collins, acercándose más—. ¿Vio a su atacante? —Derek le miró con el único ojo que tenía bueno—. ¿Le hizo esto James Wani?

Derek no respondió, pero Collins vio que se formaba una lágrima en la comisura del ojo bueno. Sus labios agrietados se separaron, y

susurró una palabra:

—Dawn.

—No se preocupe —le aseguró Collins—. Está bien. —Se sentó en la silla cercana a él—. Quien le hizo esto escapó. No sé si es probable que lo intenten de nuevo. ¿Quién fue? ¿Qué estaba haciendo en la casa de James Wani?

El médico, de quien Collins se había olvidado que todavía estaba al pie de la cama, habló de repente. —Detective, necesita tiempo para recuperarse y descansar. Creo que por la mañana puede estar más dispuesto a hablar.

—Por la mañana, alguien más podría estar muerto. —Collins estaba impresionado por su propio temple dramático. Fue suficiente para silenciar al médico. Este colocó el historial del paciente al pie de la cama y salió rápidamente de la habitación.

Collins volvió a centrar la atención en Derek. —Derek, ¿qué ocurrió?

—Los papeles... —murmuró Derek.

El ceño de Collins se frunció. —Papeles, no estoy seguro de... —Luego hizo la conexión con James Wani—. ¿Está hablando de los registros que robó James Wani? —Derek asintió levísimamente y jadeó por el esfuerzo de hacerlo. Emocionado, el detective Collins continuó mientras los hilos del caso se desenredaban—. ¿Quería los registros del Registro de la Propiedad de Wani?

Derek soltó una suave carcajada, que acabó con él haciendo una mueca de dolor. —No. Él ya los tiene. Yo tomé el formulario del seguro. Él quería reunirse allí... intercambiarlo...

Collins sacudió la cabeza confundido. —¿Seguro? ¿Quién lo quería?

—Dawn... —Derek comenzó de nuevo, con la cara contorsionándose de nuevo en dolor.

—Estoy seguro de que está bien. Si le hace sentir mejor, enviaré a un agente a comprobarlo. Puede que sea un poco difícil ahora mismo, ya que Little Pickton está bloqueado por la nieve, pero conseguiré que alguien vaya allí, lo prometo. Tengo que preguntar de nuevo, ¿fue James Wani quien le hizo esto?

La mano de Derek se deslizó por las sábanas de plástico, dejando un rastro de sangre seca. —Me han tendido una trampa. Están intentando inculparme.

—¿Wani está intentando inculparle?

Derek emitió un quejido y su único ojo bueno se cerró de nuevo, mientras la cabeza se acomodaba en la almohada. A pesar de los pitidos parecidos a videojuegos que provenían del conjunto de monitores, los ojos de Collins se desviaron al pecho de Derek para comprobar que seguía vivo. Se había dormido o había perdido el conocimiento de nuevo, pero Collins no podía sacudirse la sensación de que Derek estaba más alerta de lo que aparentaba, quizás ganando tiempo para ordenar su historia.

Collins se deslizó al pasillo para llamar a Eastly. Ella respondió al quinto tono y sonaba mucho más despierta de lo que él se sentía. Collins le dio una rápida actualización sobre el estado de Derek Rivan.

—Hemos terminado las pesquisas puerta a puerta, jefe —dijo ella —. Nadie vio nada, aunque hay un par de cámaras de timbre de las que estamos obteniendo las grabaciones. Iba a dar la noche por terminada.

Collins consideró pedirle que se uniera a él en el hospital, más por compañía que por necesidad. Pero decidió que era mejor que uno de ellos pudiera tener una buena noche de sueño antes del día siguiente. Estaba a punto de decirle a Eastly que se fuera a casa cuando oyó movimiento desde dentro de la sala de Derek.

—Un momento —dijo a Eastly, volviendo a entrar en la habitación. Derek todavía tenía los ojos cerrados. Collins habló en voz alta al teléfono—. ¿Tenemos algún agente que pueda ir a comprobar cómo está Dawn Sanders en Little Pickton?

—No tenemos agentes allí. Así que eso solo deja a Judith.

—¿Alguna posibilidad de que le pidas que no le importe pasarse a ver a Dawn? Sonará mejor viniendo de ti y tranquilizará a Derek. —Dijo la última parte de la frase en voz suficientemente alta para asegurarse de que Derek la había oído.

—Claro, jefe —dijo Eastly con un suspiro—. Todavía no estoy segura de cuándo se abrirán las carreteras de vuelta a Little Pickton.

El pronóstico no anuncia mejor tiempo para mañana.

Collins no escuchaba. Sus ojos se dirigieron a la mano izquierda de Derek, que hacía un vago gesto de llamada. Curioso, el detective Collins se inclinó más cerca.

—¿Hay algo que quiera decirme, Derek? —Estaba tan cerca que podía oler el aliento rancio de Derek. Se estremeció cuando Derek estornudó de repente directamente en su cara.

—Lloyd. —Señaló a su cara.

—¿Lloyd Groves? —El sargento Collins se irguió de un salto, limpiándose la humedad de la cara con la manga del abrigo—. ¿Ha oído eso, Sarah? Lloyd Groves le atacó. ¿No vive en Little Pickton?

—Si es nuestro sospechoso, entonces debe estar bloqueado fuera —dijo Eastly.

La fatiga de Collins estaba siendo reemplazada por un ardiente deseo de encontrar a su hombre. —Movilizad a todos. Encontrad su matrícula. Quiero a Groves detenido antes del amanecer.

28

Judith ya estaba en el coche rascando el hielo que se había formado en el parabrisas cuando la agente Sarah Eastly la llamó pidiéndole que fuera a ver cómo estaba Dawn.

—Pensaba que ibas a casa. Parece que todavía sigues por ahí.

El aliento de Judith salía en agudas bocanadas por el frío glacial. —Casi es la hora de las brujas. Iba a la oficina de la Sociedad Ferroviaria —admitió a regañadientes—. Creo que alguien ha entrado.

—¿Entrado a la fuerza? ¿Quién? Espera, ¿cómo puedes saberlo?

—Dejé accidentalmente mi cámara del timbre dentro de la oficina —admitió Judith avergonzada.

En honor a Eastly, solo emitió un resoplido comprensivo. —Ajá. Bueno, estas cosas pasan. —Antes de añadir—: ¿Sabes quién es?

—No vi la cara. Estaban poniendo la oficina patas arriba, luego encontraron la cámara y la lanzaron por la habitación. Va a ser caro conseguir una nueva —añadió—. No estoy segura de que mi seguro del hogar lo cubra.

—No creo que debas ir allí sola.

Judith no tenía intención de hacerlo. La primera persona a quien había llamado para que la acompañara era Maggie, pero no había respondido. Una pequeña parte de ella pensaba que ya estaba en la

cama durmiendo. Una parte más picante sospechaba que estaba hablando con Fabián. Luego se le ocurrió una idea.

—Le pediré a Dawn que venga conmigo. Después de todo, es una miembro de pleno derecho de la Sociedad y tiene todo el derecho de estar allí.

Eastly emitió un sonido indeciso. —No estoy segura de poder consentir poner a las dos en peligro.

Judith se rió y abrió la puerta del coche. —Es muy considerada de su parte, detective. Como ha señalado, si Lloyd es nuestro hombre, desde luego no está aquí. Después de lo que le pasó a Derek, creo que es usted quien necesita vigilar sus espaldas. No hay manera de saber de lo que es capaz.

—Punto tomado —dijo Eastly—. Avísame en cuanto llegues a la oficina.

Judith colgó y se sentó en el coche. Pero antes de poder cerrar la puerta, algo la hizo escuchar el espeso silencio de la noche. No había ni rastro ni sonido de movimiento, sin embargo no podía sacudirse la sensación de que la estaban vigilando. ¿Le había infundido la sociedad mística de Barbara un sexto sentido mágico? ¿O era simplemente su paranoia natural?

Cerró la puerta del coche, asegurándose de bloquearla antes de arrancar el motor. Una vez más, agradeció tener el Mitsubishi de tamaño monstruoso ya que hacía picadillo del mal tiempo. Se sentía como una comandante de tanque mientras conducía hasta la casa de Dawn. Sus ojos no dejaban de desviarse a los espejos, buscando señales reveladoras de faros de vehículos siguiéndola, pero el pueblo estaba mortalmente quieto.

Aparcando frente a la casa de Dawn, notó que todas las luces estaban encendidas. Trotó por la entrada y pulsó rápidamente el timbre, esperando tener que anunciar su nombre antes de que Dawn abriera, pero eso no fue necesario. Dawn abrió la puerta llena de energía, vestida con una gruesa chaqueta de forro polar y botas de agua. Su expresión se congeló cuando vio que era Judith.

—Judith, ¿qué haces aquí a estas horas?

—Oh, lo siento. ¿Te estoy interrumpiendo para ir a algún sitio?

—No, justo volviendo. —Sus ojos barrieron la calle exterior—. ¿Qué pasa?

—La policía ha estado intentando contactar contigo toda la tarde. —La expresión de Dawn no se inmutó, pero asintió para que continuara—. Derek fue atacado esta noche en la casa de James Wani.

La cara de Dawn permaneció impasible, como si el shock la hubiera paralizado.

—Dawn, ¿estás bien?

—¿Está vivo?

—Está en estado estable en el hospital. No dejaba de mencionar tu nombre y obviamente nos preocupa que tú puedas ser la siguiente. Supongo que han intentado llamar.

—La batería está muerta. ¿Por qué vendría a por mí?

—Esperaba que tú pudieras decirme. ¿Por qué atacaría alguien a Derek? ¿Por qué visitaba a James?

—Son amigos, supongo. Y por el tiempo, Derek tendría dificultades para volver aquí, quiero decir a su casa, aquí. —Se corrigió rápidamente—. Así que quizás le pidió a un amigo el sofá. Nosotros, er, hemos tenido una discusión. Hemos roto.

Judith asimiló eso y resistió el impulso de hacer preguntas de seguimiento. Ya habían pasado casi veinticinco minutos desde que su cámara del timbre le había alertado del intruso.

—He venido porque necesito tu ayuda —dijo—. Alguien ha entrado a la fuerza en la oficina de la Sociedad Ferroviaria y la policía no puede llegar aquí. Me gustaría que vinieras conmigo para poder entrar.

Dawn la miró en silencio, luego miró su abrigo y de vuelta a Judith antes de asentir. —¿Por qué iba a entrar alguien...?

Judith resistió el impulso de lanzarle una mirada cómplice. —¿Quizás han pasado por alto algo incriminatorio? ¿No te gustaría averiguarlo? —Tomó cierto placer al ver la indecisión cruzar el rostro de Dawn—. Sospecho que alguien está tendiendo activamente una trampa a uno de vosotros en este momento.

—¿A quién?

—Puedo explicarlo más por el camino, pero realmente serías de una ayuda estupenda.

Dawn miró al vacío antes de asentir. —Parece que hay mucho que debería saber. Por supuesto que voy. ¿Cuándo llegará la policía?

Judith se encogió de hombros. —¿Quién sabe? Por ahora somos solo nosotras dos, ¡así que hagamos lo que podamos!

Tanto el sargento Collins como la agente Eastly iban camino de casa por separado cuando recibieron una actualización por correo electrónico del agente Kevin Fenton. Las grabaciones de la cámara del timbre de la calle de James Wani mostraban a un hombre apresurándose hacia un gran Range Rover blanco y alejándose a toda velocidad. Aunque los rasgos del hombre estaban ocultos bajo una capucha, la descripción del coche coincidía con el vehículo propio de Lloyd Groves, aunque debido al ángulo, no captaba la matrícula. Fenton había revisado rápidamente la grabación y visto el mismo vehículo aparecer veinte minutos antes. El ocupante había caminado tranquilamente hacia el piso de James Wani.

Para cuando Eastly llegó a la comisaría, encontró a su jefe dormido en el escritorio con la cabeza acunada en los brazos. Silenciosamente, rodeó hasta el hervidor y les hizo a los dos un fuerte café negro instantáneo, doblando el azúcar en la taza de Raymond. El sargento Collins se espabiló con el primer sorbo.

—Creo que ahora está claro —dijo.

—¿Ahora que has dormido sobre ello? —bromeó Sarah.

—Gracioso. Groves se está volviendo descuidado. No creo que esperara encontrar a James Wani en casa. Wani claramente robó los documentos del registro de la propiedad. Seamos realistas, tarde o temprano la verdadera propiedad se habría resuelto. Especialmente con nuestro jugador español en la mezcla. Entonces, ¿por qué intentar conseguirlos?

—Quizás planeaba falsificarlos.

Raymond le señaló con el dedo. —Buena idea. Si no se cuestionaban, la venta seguiría adelante. Así que, por cualquier razón, Wani roba los documentos para Lloyd. Pero Derek dijo algo

sobre un seguro. Creo que por eso estaba en la casa y esperaba reunirse con Wani.

—¿Implica algo de esto que Herbert estaba detrás del dinero desaparecido?

—No necesariamente. —Sarah cruzó hasta las fotos fijadas en la pared. Golpeó la foto de Herbert—. Estaba muy en contra de toda la idea de la expansión, así que no estaba motivado para robar a la Sociedad. A menos que fuera a huir con el dinero y lavarse las manos del lamentable estado de las cosas.

—Si esa era la motivación, Augusta, Herbert y Lloyd son los sospechosos obvios. —Se quedó mirando las caras del tablero y otro pensamiento le vino a la cabeza—. Estamos pensando en esto como una única motivación.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si estamos tratando con dos asesinos? ¿O asesinos potenciales? Dos puntos de vista opuestos han creado este desastre. Lloyd ataca a Derek, intentando silenciarle de cualquier verdad que haya encontrado. Mientras tanto, Herbert mata a Juan Carlos durante una discusión sobre los derechos del terreno... —Se fue apagando. Los dos se miraron y pusieron mala cara. No sonaba del todo bien, pero había algo ahí.

Raymond se puso en pie y paseó entre la foto de Herbert y la recién añadida de Juan Carlos que había sido impresa del sitio web de su empresa. Estaba de pie frente a un yate: un hombre de mediana edad apuesto, de aspecto deportivo y barba de tres días. Su camisa blanca estaba desabrochada hasta la mitad del pecho. Eastly pensó que pertenecía a un catálogo.

—Herbert y Juan Carlos estaban en una relación de algún tipo. El dinero ya había desaparecido antes de que le mataran, y Herbert a punto de perderlo todo. —Se sentó de nuevo y miró el salvapantallas del monitor que hacía un ciclo por una serie de playas tropicales idílicas. Por un momento deseó poder teletransportarse a una.

Después de un silencio pensativo, Sarah exploró un nuevo hilo. —Si Derek se enteró de lo que estaba pasando, es razonable asumir que Dawn también lo sabía.

—Tiene sentido.

—Así que naturalmente estará preocupado de que Groves vaya a por ella a continuación. Pero por suerte, está segura dentro del bloqueo de nieve. —Levantó el teléfono—. Y Judith me ha mandado un mensaje diciendo que ha llegado a casa de Dawn.

—Pobre mujer —se atragantó Collins—. Ponte en el lugar de Groves. ¿Qué harías si hubieras intentado silenciar a Derek pero no estuvieras seguro de haberlo conseguido porque la policía irrumpió cuando intentabas terminar el trabajo?

—Huiría. —Sarah lo pensó más mientras sorbía el café y hacía una mueca cuando le quemó la lengua—. Le mataría allí si quisiera inculpar a Wani.

Un pensamiento le dio a Collins. —¿Y si Groves y Wani están metidos juntos? Al fin y al cabo, los dos habrían tenido que estar al tanto del plan de estafa del terreno.

—Tanto Wani como Herbert siguen desaparecidos.

—Asumiendo que Groves lo sabe, lo lógico es que la policía busque a Wani como principal sospechoso. Intentaría limpiar cualquier cabo suelto que llevara a mí.

—Ese sería...

—Dawn. Pero no puede, porque las carreteras están bloqueadas por la nieve.

—Tiene un 4x4.

Sarah puso mala cara. —Aun así, las carreteras tienen muchos ventisqueros. Incluso en un Range Rover, lo más probable es que se atascara. ¿Por qué arriesgarse?

—Supongo que depende de lo desesperado que estés. Pero esas carreteras son la única manera de entrar en Little Pickton. ¿Recuerdas las inundaciones?

Los dos volvieron a caer en silencio, perdidos en sus pensamientos, hasta que Eastly habló.

—No. No son la única manera de entrar.

TREINTA MINUTOS DESPUÉS, estaban en la entrada trasera del solar de construcción. Las verjas entre las que habían pasado apretujados la última vez habían sido embestidas abiertas. Una colgaba en ángulo,

sujeta por una única bisagra doblada, mientras la otra yacía plana en el aguanieve con marcas claras de neumáticos cruzándola.

—Bueno, definitivamente es una manera de hacerlo —murmuró Collins, impresionado de que la corazonada de su agente hubiera dado resultado.

Eastly conducía el vehículo policial, que no estaba diseñado para ir por todo terreno. Fueron zarandeados de izquierda a derecha mientras seguía el rastro del Land Rover, claramente visible bajo sus faros a plena potencia. Las marcas de las ruedas describían un arco por el solar, y sobre las vías del tren. Groves no había intentado equilibrarse sobre los raíles, pero la nieve no había hecho ventisqueros demasiado profundos en el valle, y se había compactado rellenando los huecos entre las traviesas. Si acaso, ayudaba a proporcionar un paseo más suave a lo largo de los raíles, de vuelta hacia Little Pickton.

29

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Judith sin apartar los ojos de la carretera de delante.

Había empezado a nevar de nuevo, y a pesar de la seguridad y la comodidad que ofrecía el coche de alquiler, la experiencia de su último accidente significaba que mantenía las manos firmemente adheridas al volante.

Dawn asintió y luego se dio cuenta de que Judith no podía verla. —Intento procesar todo lo que me has contado.

—Estoy segura de que es mucho que asimilar y estoy convencida de que resultará ser todo un malentendido en la oficina, pero hay que comprobar estas cosas.

—No eres policía. No nos conoces a ninguno de nosotros. ¿Por qué estás tan implicada? —Había una nota amarga en la voz de Dawn, lo que hizo que Judith le echara un vistazo de reojo.

—Esa es una pregunta muy buena. Cuando alguien pide ayuda, supongo que me resulta difícil decir que no. ¡Especialmente cuando hay un pequeño misterio alrededor! —Soltó una risita—. Eso soy yo, supongo. Soy un alma de cántaro. Siempre en el momento equivocado y en el lugar equivocado. Tan inútil como un astronauta nigeriano.

Dawn soltó una carcajada cómplice, lo que hizo que Judith la mirara de reojo. Dawn miraba directamente por el parabrisas. Su

expresión ahora algo más tranquila y relajada. —Sé exactamente lo que quieres decir.

—Lo imaginaba —dijo Judith—. Tú y yo somos del mismo paño. A veces simplemente no puedes decir que no.

—¿Quién fue el que te pidió ayuda?

—¿Quién crees tú?

Los ojos de Dawn se entornaron. A pesar de su apariencia exterior relajada, no estaba de humor para juegos. Judith captó la indirecta.

—Fue Augusta. Al fin y al cabo, era la única con acceso a las cuentas. Aparte de Herbert y Lloyd, por supuesto. Desapareció así... —Intentó chasquear los dedos, que no hicieron ningún ruido a través de los guantes—. Eso la convierte en la sospechosa obvia.

Dawn asintió. —Siempre se quejaba de que no tenía un céntimo. No le caíamos bien ninguno de nosotros.

—¿No crees que tuvo la intención de matar...?

—A esa mujer no le pondría ningún límite —dijo Dawn tajantemente.

—Fascinante. ¿Quién crees que es su cómplice?

Dawn guardó un silencio tan profundo que casi amplificó el rugido del motor y el aguanieve mojado pasando bajo los neumáticos del coche. Cuando finalmente habló, era apenas por encima de un susurro.

—Me temo que vas a decirme que es Derek. Ella intentó abrirse camino por el grupo. Él y ella tuvieron algo mucho antes que yo. Y ella tenía mucho resentimiento por eso. Y Derek, había algo que no cuadraba bien en él.

—Vosotros dos parecéis una pareja muy feliz.

—Ese tiene un lado oscuro. Violento cuando quiere.

La mente de Judith volvió al incidente de violencia doméstica de Augusta. ¿Había sido Derek? ¿O era otra pista falsa?

—Siempre lo tomé por arrogante, pero violento... Es horrible de oír. —Extendió la mano y le apretó ligeramente la de Dawn—. Espero de verdad que tú no hayas sido la receptora de eso.

Antes de que Dawn pudiera dar más respuesta, Judith giró hacia el aparcamiento de la Sociedad Ferroviaria y se detuvo en los

márgenes del único farol. No había señal de ninguna actividad reciente de vehículos del posible intruso y ninguna indicación de que se hubiera forzado una puerta o ventana.

Judith apagó el motor y los faros.

—¿Echamos un vistazo dentro?

Dawn hizo tintinear las llaves de la oficina en el bolsillo mientras crujían en la nieve hacia la puerta.

—Debo admitir que lo que me tiene perpleja... —dijo Judith—. Cómo alguien como Augusta podría haber llevado a cabo un robo tan sofisticado e inteligente.

Dawn deslizó las llaves en la cerradura. La puerta cedió con un crujido cuando la empujó con el hombro y entró. —Oh, hay de todo tipo de personas.

Judith la siguió dentro. Dawn buscó el interruptor de la luz e inmediatamente el caos de la sala se hizo evidente. Parecía que un tornado hubiera arrasado por ella. Dawn jadeó sorprendida. Judith, que había visto parte de la destrucción en la cámara web, no se inmutó.

—Hay de todo tipo de personas, pero en particular, creo que hace falta alguien con conocimientos especializados de programación informática. Alguien capaz de hacer, oh, no sé, un virus que le mandaron a Augusta. Una vez que se hace clic en él, vaciaría las cuentas del dinero y haría parecer que ella era víctima de una terrible estafa de phishing.

Dawn no se giró. Seguía mirando el desorden. Judith lentamente la fue rodeando.

—Diría que el tipo de persona capaz de algo así realmente necesitaría saber exactamente lo que está haciendo. El tipo de persona que sabría todo sobre la inutilidad de los astronautas nigerianos y sabría todo sobre la suplantación de identidad. —Dawn finalmente la miró. Su expresión ilegible. Judith sonrió—. Se necesita un estafador para reconocer una estafa. —Dawn frunció el ceño y Judith extendió los brazos como si fuera una artista haciendo una reverencia en el escenario—. Algunas de nosotras podemos tener una historia en esa era. Sé tan bien como tú que el astronauta nigeriano fue una estafa bastante famosa.

Dawn jadeó. —¿Tú?

Judith le quitó importancia con la mano modestamente. —Lo sé. Parece que la mantequilla no se me derritiría en la boca...

—No sabes de lo que estás hablando.

—Me temo que sí —dijo Judith—. ¿Por qué lo hiciste? Estoy segura de que todo saldrá a la luz. Pero tomaste ese dinero, y eso llevó al asesinato.

Dawn levantó las manos defensivamente. —¡Yo no maté a nadie!

—Eso dices —dijo Judith—. Sin embargo, alguien está muerto y alguien más estuvo a punto de ser asesinado para encubrir tu plan insidioso.

Judith se había sentido segura, pero experimentó un ligero tambaleo cuando vio los hombros de Dawn relajarse, y una sonrisa tirar lentamente de sus mejillas. —Solo eres una entrometida estúpida, Judith. Husmeando, haciendo acusaciones y sin terminar de entender lo que está pasando justo ante tus narices.

Judith inspiró para replicar. Pensó que una negativa tajante era mejor que una semiadmisión, ya que Dawn tenía razón en cierto modo. Pero antes de que pudiera reaccionar, oyó un roce de movimiento detrás de ella, y algo fue lanzado sobre su cabeza, cegándola. Al segundo siguiente, hubo una presión aplastante alrededor del estómago...

Y luego, oscuridad absoluta, mientras se deslizaba inconsciente.

30

El olor a aceite abofeteó la nariz de Judith cuando despertó. Instantáneamente le recordó el garaje de su padre antes de que se fuera de casa siendo adolescente. Fuegos artificiales bailaban en la oscuridad detrás de sus párpados, y un sordo martilleo emanaba de donde había recibido el golpe en la base del cráneo.

Sus ojos se abrieron a medias, pero todo seguía oscuro. Inspiró profundamente, absorbiendo una sección de arpillera aceitosa, confirmando que tenía una bolsa en la cabeza. La mayoría de las personas entrarían en pánico y se debatirían en este punto, pero Judith permaneció tranquila y serena. Hacía mucho tiempo que había aprendido que la calma y una sonrisa era la mejor manera de llevar la delantera en cualquier situación. Iba de la mano con el conocimiento. Absorbe cada hecho relativo a tu situación, y una salida se presentaría a menudo por sí sola.

Estaba sentada erguida con las manos atadas detrás de la espalda. Todavía llevaba los guantes puestos, lo que dificultaba un rápido reconocimiento. Sus ojos ya estaban acostumbrados a la oscuridad y si entornaba los ojos, podía apenas distinguir una tenue iluminación a través de la arpillera. Un rápido golpeteo con los pies le dijo que el suelo era de piedra o cemento. Subrayando esto había un rumor lento y profundo, como una vieja caldera funcionando, y podía sentir el cálido soplo de aire derivar por sus mejillas. Dedujo

que no había ido lejos. De la oficina al cobertizo del tren era su suposición.

Los últimos momentos pasaron veloces por su mente. Y la imagen de una Dawn burlona se alzaba grande en su mente mientras era golpeada por detrás. Había registrado, demasiado tarde, el cambio en los ojos de Dawn cuando miró por encima del hombro de Judith hacia la puerta de fuera. Estaba irritada consigo misma por haber sido tan descuidada. Como Dawn y Derek habían irrumpido en la oficina una vez antes, había asumido que el nuevo intruso no estaba relacionado con Dawn y se habría marchado tiempo atrás. El chichón en la cabeza demostró que se equivocaba. Sin embargo, si bien confirmaba que partes de su teoría eran inexactas, también tenía la virtud de verificar otros pensamientos con los que había estado jugando que debían ser ciertos.

Se aclaró la garganta ruidosamente y se sentó erguida, intentando ignorar el dolor que orbitaba alrededor de su cráneo cuando se movía. Debía haber un feo chichón en la nuca. Oyó movimiento desde detrás, el arrastre de pies sobre cemento y susurros apagados. Luego, con un floreo, la bolsa fue arrancada de su cabeza.

Dawn estaba de pie delante, vestida con unos petos vaqueros manchados de aceite, muy del gusto de los ingenieros de tren. No sostenía la bolsa, lo que significaba que su cómplice estaba de pie detrás de Judith. Como había deducido, estaban en el cobertizo del tren. Solo algunas de las luces estaban encendidas, pero suficientes para ver que el motor estaba expulsando vapor mientras se calentaba. El vagón estaba enganchado, y las puertas del cobertizo estaban abiertas, más allá de lo cual las nevadas habían aumentado.

—Todo esto es muy agradable —dijo Judith. Su voz sonaba un poco pastosa—. ¿Vamos a dar un paseo en tren?

—Sí. Aunque, para ser sincera, creo que no lo disfrutarás, ya que será el último de tu vida.

—Para ser justos, no disfruté tanto el primero como pensaba que lo haría. ¿Vamos lejos? Es que he tenido un día agotador.

La boca de Dawn se movió, pero no encontró palabras inmediatamente. —Lo que quiero decir es que no irás a ninguno

más, porque estarás muerta.

—Ah, gracias por explicarlo. El misterio se adelgaza —dijo Judith con la mayor naturalidad posible—. ¿Vais a hacer otro Hansel y Gretel conmigo?

—Cariño, no tengo ni idea de lo que estás farfullando.

—¿Los Cuentos de Grimm? Oh, no importa. Tiraron a una vieja bruja a su horno para matarla.

—¿Oh, la casa de jengibre? No vamos a cenar...

La voz frustrada de detrás hizo que Judith se girara, pero eso resultó en un dolor retorciéndose por el cuello.

—Maldita sea, Dawn. ¡Quiere decir tirarla al fuego! No, eso fue un trabajo muy duro la última vez.

—No tienes que esconderte detrás de mí, Lloyd, te han pillado —dijo Judith con la mayor despreocupación que pudo. Lloyd Groves emitió un jadeo exasperado digno de un adolescente mientras se adelantaba a la vista, también vestido con monos de ingeniero.

—¿Una buena suposición, señorita Spears, o meramente un cálculo? —dijo Lloyd.

—Eres consciente de que estás girando en espiral hacia el desagüe, recurriendo a cometer crimen tras crimen para parchear las cosas. A veces es mejor admitir que las cosas han ido mal y entregarse. Ver qué clemencia pueden ofrecerte los tribunales. Estoy segura de que será una sentencia mucho más indulgente de lo que sería si añadieras otro asesinato más a tu repertorio.

—¿Cuál sería el sentido de eso? No soy del tipo carcelario. Todo esto podría haberse resuelto mucho más fácilmente si la gente no fuera tan terca y arrogante. —Sus ojos se entornaron detrás de las gafas—. O entrometida y persistente. Todo habría ido bien si Herbert hubiera escuchado. Habríamos comprado el terreno y extendido el ferrocarril. Claro, puede que hubiéramos tenido que prescindir de parte de la escoria, Barbara, Derek, James. Podríamos habernos mantenido a flote, seguir funcionando la línea mientras recaudábamos fondos, y luego finalmente abrir la nueva línea hasta Fulton.

—¿Todo esto por un servicio de tren ligeramente más largo? Esa es la definición de la locura.

Lloyd sonrió. —No del todo. Resulta que soy propietario de un trozo de terreno en Fulton. Una vieja parcela familiar a la que nos habíamos aferrado pero que nunca hemos podido vender. Sin valor comercial.

—A menos que una nueva atracción turística la atraviese.

—Entonces podría quitarme todo eso de encima y embolsarme una bonita suma.

—Me escandaliza que la codicia esté en el corazón de esto —dijo Judith, rezumando sarcasmo. Estaba satisfecha al ver el destello de irritación en los ojos de Groves.

—La gente es tan egoísta. Como Herbert. Tiene una pasión por complicar las cosas. Prefiere el statu quo. Los planes pequeños. Tener una maldita zona de confort, cuando todo lo que yo intentaba hacer era mejorar las cosas para todos.

—¿Cómo ha mejorado algo nada de esto? —espetó Judith, luchando por mantener la compostura ante su arrogancia—. Convenciste a esta mujer irresponsable —asintió hacia Dawn, e intentó ignorar el dolor sacudiéndose por el cuello—, de escribir un virus informático para engañar a Augusta.

Dawn frunció el ceño. —¿Qué significa irresponsable?

—Puedes dejar de fingir ser la cabeza de chorlito, querida —dijo Judith en sus tonos más maternales—. Te hace un gran flaco favor. Especialmente para alguien que tiene habilidades en informática y que fue malgastada en un centro de llamadas.

Lloyd Groves puso mala cara mientras Dawn miraba sin comprender entre ambos. —No es un acto. Es realmente así. Una máquina para cualquier cosa técnica. Pero el conocimiento general y el sentido común... —Seseseó la mano para indicar que era su talón de Aquiles.

Judith suspiró mientras se encontraba con los ojos de Dawn. —Oh, pobrecita. Tan fácilmente manipulada.

Dawn estaba confundida. —¿Qué?

Lloyd pasó el brazo alrededor del hombro de Dawn y desvió la conversación de vuelta a su tema favorito. Él mismo. —Mi plan no tenía daños colaterales. Habría parecido que Augusta hizo clic en el correo electrónico equivocado y nos habían estafado todo. Una

buena excusa para despedir a los demás y convencer a Herbert de que yo tenía razón desde el principio. O mejor aún, le habría llevado a dimitir, y yo me quedo con todo. No había ninguna víctima real. Nos estábamos robando a nosotros mismos.

—Creo que técnicamente el delito es fraude.

—Tonterías. No me quedaba el dinero. Iba a reaparecer cuando yo milagrosamente recaudara el efectivo de mi red de inversores para mantenernos a flote y comprar la extensión del ferrocarril. Simple.

—Los planes simples a menudo te dan una falsa sensación de seguridad porque nunca exploras realmente las posibilidades de fracaso.

Los ojos de Lloyd se entornaron. —Eso suena como si hablaras desde la experiencia. Mi plan estaba más allá de lo simple. Era elocuente. Pero la gente no pudo evitar interferir con él. Tuvieron que intentar encontrar la manera de beneficiarse ellos mismos.

—¿Ahora estás hablando de Herbert? ¿Porque no quería participar en nada de esto?

—No, no, no —dijo Lloyd—. Ese tonto decidió enamorarse de Juan Carlos. O afirmar que lo estaba. Lo vi como un ardid barato para adelantarse en la compra del terreno.

—Pero él no sabía que tú estabas subvirtiendo todo para comprarlo. Y resulta que realmente estaban enamorados. —Groves puso una cara de asco. Evidentemente no era de ideas liberales—. ¿Y no iba Juan Carlos a venderte los derechos de todos modos?

El brazo de Lloyd resbaló del hombro de Dawn. Sus manos se habían convertido en puños. —Lo iba a hacer. Al fin y al cabo, era un hombre de negocios y veía el lado positivo del trato. Excepto que fue esa mañana cuando decidió desarrollar una maldita conciencia y decirle a Herbert a quién le estaba vendiendo.

—Por eso discutieron ese mediodía en el Lion's Arms.

—Eso empujó a Herbert al límite, así que se subió al tren y se marchó hacia un alegre atardecer.

—Con la intención de estrellarlo.

Por una vez, Lloyd parecía impresionado. —Muy bien.

Judith se encogió de hombros con despreocupación. —Iba a reclamar el dinero del seguro para reemplazar la locomotora y usar el accidente como razón para que la línea no debería extenderse. —Sintió un orgullo al ver el preocupado intercambio entre Lloyd y Dawn—. Os estáis preguntando cuánto sé y a su vez cuánto saben los encantadores detectives. Deberíais estar preocupados. Vuestro astuto plan dejó un rastro de pistas obvias. —Judith estaba improvisando y se acomodó de vuelta en su actitud serena—. Por eso volvisteis a la oficina, buscando los formularios del seguro, preguntándoos si el equipo forense de la policía los había tomado o si lo había hecho Herbert. —Sonrió—. Sin embargo, yo los había encontrado cuando coloqué mi cámara de timbre allí. Y consiguió una fantástica foto de tu cara —mintió—. Pensabas que Derek los tenía, ¿verdad? —Por su reacción, se vio de repente inspirada—. Por eso Dawn convenció a Derek para irrumpir aquí y encontrarlos. Pero no lo hizo, ¿verdad? O al menos no lo creíste porque te estaba chantajeando.

Lloyd frunció el ceño. —Oh, bueno, no son como los viejos tiempos en que necesitabas un papel para probar cualquier cosa. Sé quién es nuestra compañía de seguros. Solo llevará más tiempo que desentierren la póliza. Nada cambiará realmente. Solo quería más tiempo para tenerlo todo resuelto y vendido. —Levantó el teléfono de Judith—. Y como la aplicación de la cámara está en esto, puedo borrar fácilmente el vídeo. Pierdes. No creo que nadie venga corriendo aquí a salvarte, y desde luego no creo que tengas ninguna prueba contra mí. —Deslizó el teléfono en el bolsillo delantero de sus monos e indicó el tren—. Ahora vas a subir a bordo, y como dijo Dawn, vamos a dar un pequeño paseo.

—En realidad no tengo muchas ganas de ir a Denzel Green esta noche.

—Vas a ir un poco más lejos, Judith. Vas a ir hasta el final de la línea. —Sonrió cuando el miedo se dibujó en la cara de Judith—. Resulta que la idea de Herbert es ahora la que me salvará, y significa que puedo quedarme con el dinero que malversamos. Irónico, ¿verdad? Vas a subir a ese tren para una experiencia de una vez en la vida.

31

Judith fue arrastrada a rastras hacia el vagón del tren, todavía con las manos atadas detrás de la espalda. Los dedos de Lloyd Groves se hundieron en su antebrazo con tal fuerza que temió que le dislocara el hombro. Notó que Dawn mantenía una amplia distancia cuando él daba cualquier señal de violencia y su expresión oscilaba entre estar prendada de él y la aprensión cuando su lado más oscuro quedaba al descubierto.

—Estrellar el tren es una locura —dijo Judith, intentando mantener la voz nivelada.

—En el peor de los casos, las autoridades nos cierran y no podemos volver a abrir la línea. Simplemente nos mantendremos en un perfil bajo, cobraremos el seguro y mi terreno y compraremos una finca en Santa Lucía.

Judith dirigió su comentario a Dawn. —¿Derek era solo un peón en todo esto? Bueno, me atrevo a decir que es un idiota, pero no creo que necesitara ser golpeado a un centímetro de su vida. —Hizo una pausa, considerando durante unos momentos—. Bueno, quizás a un par de centímetros.

—Oh, no derrames una lágrima por él —dijo Dawn—. Era igual de podrido que los demás. En cuanto se dio cuenta de que Augusta había perdido el dinero, dedujo que Lloyd la había estado cortejando.

—Más manipulación. —Judith jadeó cuando Groves le sacudió el brazo dolorosamente hacia arriba para silenciarla.

—¿Puedes creer que intentó chantajearme? —dijo con incredulidad.

—¡El sinvergüenza! —exclamó Judith.

—Exactamente. Fue él quien empezó a buscar las escrituras del registro de la propiedad, no yo. Enroló a Wani, con promesas de dinero. En el momento en que Juan Carlos empezó a ser indeciso, supe que tenía que tomar el control de la situación.

La moneda cayó para Judith. —Intentó chantajearte. Así que desplegaste tu arma secreta: Dawn. —Sus ojos escudriñaron el rostro de Dawn buscando cualquier rastro de arrepentimiento—. Fingiste estar enamorada de él y le animaste a irrumpir aquí para encontrar los documentos que Wani robó. —Estaba satisfecha de ver la sorpresa en la cara de Dawn—. Te sorprendería saber cuánto sabemos —añadió con falsa bravuconería—. Deberías haberle denunciado a la policía.

Lloyd se rió entre dientes. —Mmm, no estoy del todo seguro de que eso me habría beneficiado. Dawn se puso a favor del equipo y se incrustó en el campo Rivan.

Llegaron a los peldaños que subían al vagón y se detuvieron. Judith necesitaría las manos libres para agarrarse a los pasamanos verticales para ayudarse a subir los últimos peldaños.

—Literalmente incrustada —dijo ella con malicia—. Pero Wani realmente no quería verse mezclado en todo esto, ¿verdad? Tuvo dudas y no le dio a Derek los documentos. En cambio, tú le persuadiste para que te los entregara cuando os reunisteis en la biblioteca.

—El hombre es un cobarde. No quería quedarse por aquí, así que se ha ido a esconder en algún agujero de Dios en Escocia.

—Una excusa ideal para inculparle matando a Derek en su casa. Tenías el formulario del seguro, así que podías pretender que Wani había cambiado de opinión y quería participar en la estafa. —Se volvió pensativa—. Te compadezco, sin embargo. Debe ser difícil, ya que se te están acabando rápidamente las personas a quienes culpar. —Sus ojos se encontraron con los de Dawn, y vio otro

destello de incertidumbre—. ¿Quién será el próximo en la línea de fuego?

—Basta de cháchara. Vamos a subirte a bordo; te llevaré a dar un paseo. —Indicó que subiera.

—Voy a necesitar las manos libres para izarme. Querido mío, eres todo un aficionado cuando se trata de amenazar a la gente.

Lloyd la fulmino con la mirada antes de soltar la cuerda de sus muñecas. Evidentemente no la consideraba una amenaza física. —Arriba ahora.

Judith obedeció y entró en el vagón restaurado. La longitud completa de dieciocho metros estaba tenue por dentro. La única iluminación provenía de las filas de asientos tapizados, colocados para quedar frente a frente, dando un aire de grandeza victoriana, completado con pálidas mesas doradas y lacadas de manera ornamentada entre ellos.

En el centro estaba sentado Herbert Holland. Estaba pálido y delgado. Una barba incipiente cubría sus mejillas. Sus manos estaban atadas juntas con una brida de plástico; otra ataba su tobillo al poste que sostenía la mesa. Judith dio un paso hacia él, luego sintió la firme mano de Lloyd en el hombro, propulsándola rápidamente hacia la mesa para que pudiera sentarse frente a él.

—Hola, Herbert —dijo con una suave sonrisa—. Estoy aquí para rescatarte.

Los ojos de Herbert la escrutaron de arriba abajo y, a pesar de su estado debilitado, se abrieron de par en par. —En ese caso, los dos estamos en un buen aprieto.

—Me alegra verte con vida.

Judith fue empujada a su asiento. Lloyd le ató las manos con una sola brida de plástico roja que se enlazaba alrededor de las de Herbert, uniéndolos. Usó otra para atar su tobillo derecho al único montante bajo la mesa.

—Por si pensabas darte un pequeño paseo. —Se estremeció cuando el silbato del tren lanzó de repente dos alegres pitidos. Dawn perdía la paciencia—. Au revoir. Disfrutad del paisaje. —Salió marchando del vagón sin mirar atrás.

La cabeza de Herbert cayó contra el cabecero del asiento en una aceptación de su destino.

—¿Os han estado reteniendo aquí todo este tiempo?

Asintió. —En el bunker de carbón del fondo. Lloyd pensó que la policía no vendría a buscarme aquí si pensaban que ya estaba muerto. Tenía razón.

—Y para cuando descubrieran que era Juan Carlos, no habría razón para volver. Asumirían que estabas huyendo de su asesinato.

—Mataron a Juan Carlos. —Se perdió con una mirada atormentada en los ojos—. Iba a descarrilar todo. Literalmente. Cuando Juan Carlos admitió que planeaba venderle el terreno a Lloyd, vi que todo me estaba siendo arrebatado. Tontamente pensé que si el tren se estrellaba, el dinero del seguro nos mantendría a flote. No fue mi mejor idea, pero me sentía bastante desdichado. Incluso cuando salí de este cobertizo, todavía estaba debatiendo si debería simplemente saltar y salvar el pellejo.

—¿Qué te hizo entrar en razón?

—Juan Carlos me interceptó a lo largo de la vía. De pie allí con una linterna, haciéndome señas como Jenny Agutter. —Una sonrisa afectuosa apareció fugazmente antes de ser consumida por el dolor —. Acordó que sería una estupidez vendérselo a Lloyd. Iba a quedarse con las escrituras y quería que nos enfrentáramos al futuro juntos.

El vagón dio un suave tirón cuando la locomotora avanzó. Herbert no pareció notarlo. Dio una débil indicación hacia el motor. —Luego aparecieron ellos, habiendo tenido noticia de mi brillante plan. Y todo se precipitó al infierno. Lloyd estaba furioso de que Juan Carlos hubiera cambiado de opinión. Empezaron a empujarse mutuamente. Dawn golpeó a Juan Carlos con la pala. Fue horrible. Ella nunca mostró ni una sola emoción. —Se estremeció al recordarlo.

Las luces del cobertizo desaparecieron al salir, y Judith no vio más que su propio pálido reflejo contra la oscuridad de tinta por la ventana. El suave balanceo del vagón podría haberla arrullado hasta dormirla si no fuera a enfrentarse a un final repentino. Herbert no

reaccionó. Estaba perdido en el trauma de sus propios pensamientos.

—Entraron en pánico y decidieron tirarlo al horno antes de darse cuenta de que era inútil. Yo estaba deshecho. En ningún estado para luchar. Recuerdo poco mientras me arrastraban fuera del motor. Solo más tarde me di cuenta de que me mantenían vivo para cargarme todo. Lo último que recuerdo es tener la cabeza aplastada contra el ténder. Me desperté atado y amordazado en el bunker de carbón. Al principio suplicando rescate, y luego cuando supe que Juan Carlos había muerto, supliqué por la muerte.

Judith sintió un nudo en la garganta. Sus palabras estaban cargadas de arrepentimiento y tristeza. Sus ojos buscaron los de ella, y esbozó una leve sonrisa. —Absurdo, ¿verdad? Dos hombres adultos luchando a muerte por un tren de juguete.

Judith extendió la mano para estrechar la suya antes de recordar que estaban atadas bajo la mesa. —Un hombre era un idiota. El otro estaba lleno de corazón, intentando proteger varias cosas que amaba.

Herbert sopesó sus palabras y asintió brevemente. —Creo que me habría gustado, Judith.

—Creo que también te gustaría —sonrió ella.

El vagón dio de repente un tirón cuando el tren se aceleró. Herbert apoyó la cabeza contra la ventana. —Me temo que no tenemos mucho tiempo para descubrir los secretos del otro. La vía se desintegrará bajo nosotros, y acabaremos navegando por una casa a medio construir.

Judith tiró de las manos separándolas, pero la brida de plástico no cedía.

—El problema conmigo —dijo mientras intentaba mover la pierna derecha atada—, es que soy una optimista empedernida. —Podía oler ahora el olor inconfundible de metal caliente, aceite y vapor mientras el viento y la nieve que azotaba soplaban por el destartalado vagón—. Y si mirara mi lista de maneras en que pensé que saldría de este mundo, atada en la parte trasera de un viejo tren de vapor no estaba ni en mi primer centenar. ¡Tengo la intención de hacerlo mejor que eso!

Sonrió valientemente... pero no se le ocurrió en su vida cómo podrían evitar su inminente destino.

32

En cualquier emergencia, el comportamiento acordado óptimo para la supervivencia es el pensamiento calmado y reflexivo. Judith inspiró profundamente mientras tiraba de la brida de plástico alrededor de las muñecas. Cada vez que tiraba, también movía las manos de Herbert. Tiró de la que ataba su pierna a la mesa, sin resultado. El balanceo del vagón y el traqueteo de las ruedas sobre las juntas de la vía aumentaron el ritmo, y con él, el ritmo de su lucha. Después de varios intentos, su idea de razonamiento calmado y reflexivo fue lanzada por la ventana a favor de la fuerza bruta y el pánico. Sin embargo, la correa no cedía. Con cada intento, podía sentirla clavándose más en la piel.

—¡Vamos, maldita sea! —gruñó mientras golpeaba repetidamente la pata de la mesa. Miró fijamente a Herbert, sentado tranquilamente frente a ella—. ¿Es eso todo? ¿Te has rendido por completo?

Herbert dio un lento parpadeo bovino. Era la señal de un hombre que había aceptado su destino.

—Pasamos siete meses restaurando este vagón —dijo desapasionadamente—. James y Derek se afanaron en cada detalle. Usamos los mejores materiales para ponerla a punto.

Judith dejó de debatirse y contempló la mesa entre ellos con ojos renovados. —¿Me estás diciendo que Derek Rivan fue el artesano de

este vagón?

Herbert dio un largo suspiro, y un lento y profundo asentimiento.

—¡Ja! En ese caso, necesito que apliques un poco de fuerza bruta. Patea este maldito poste de soporte con toda la fuerza posible por arriba. Yo voy a poner todo mi peso contra la propia mesa.

Herbert frunció el ceño, pero Judith no le dio la satisfacción de cuestionar su plan. Se puso bruscamente de pie y se giró a medias, con la rodilla libre en el asiento y el trasero apretando contra la mesa. Gruñó mientras apilaba todo su peso contra ella.

—¡Ahora patéalo tan fuerte como puedas!

Herbert le dio al soporte de la mesa una patada a medias y se sorprendió cuando la estructura se tambaleó.

—¡Otra vez! ¡Más fuerte!

Esta vez siguió las instrucciones de Judith. Tres... cuatro patadas, y el poste de soporte empezó a inclinarse. Bajo la presión del trasero de Judith hubo un repentino crujido cuando los tornillos que fijaban la mesa al poste se soltaron y los baratos pernos que la unían a la pared se cortaron.

Judith cayó sobre el regazo de Herbert. La maciza mesa de madera se volcó dolorosamente entre ellos. Herbert gimió cuando le aplastó. La pata de soporte se soltó con un clang metálico, y Judith pudo deslizar su tobillo restringido por el extremo para liberarse. Herbert hizo lo mismo. Usando los tornillos expuestos afilados, Judith hizo corto trabajo de cortar la brida de su muñeca. Herbert siguió su ejemplo, frotándose la vida de vuelta a sus muñecas en carne viva.

Judith trabajó en el clip de plástico alrededor de su tobillo con la uña. —Eso era teca maciza, según lo instalado por Derek Rivan. Apuesto a que después de unos cuantos golpes este vagón entero se caerá a pedazos. Derek es realmente un tacaño de tomo y lomo. Apuesto a que se embolsó los ahorros.

Herbert sacudió la cabeza con incredulidad mientras Judith empezaba a registrar los portaequipajes sobre los asientos. —Uno no puede fiarse de nadie hoy en día. ¿Qué buscas?

—El cable de parada de emergencia.

—No tiene. No eran obligatorios en 1915 —dijo Herbert, algo disculpándose.

Judith se agachó en un asiento de enfrente y ahuecó las manos contra la ventana para mirar fuera. Era demasiado oscuro para distinguir detalles aparte de los torbellinos de nieve salpicando contra el cristal y el ocasional contorno oscuro de árboles que pasaban a un ritmo alarmante.

—¿A qué velocidad crees que viajamos?

Herbert consideró. —Si estamos a pleno vapor, a unos sesenta y cinco kilómetros por hora. Si lo han forzado, casi a cien. Si estás pensando en saltar a un gran y gordo ventisquero, a baja velocidad podríamos rompernos una o dos piernas, algunas costillas, un brazo, pero si tenemos suerte, estaremos bien. Pero está totalmente oscuro, así que no hay manera de juzgar qué hay ahí fuera. Literalmente estaríamos saltando al vacío. Así que, adiós, columna vertebral.

Judith sopesó sus posibilidades. —¿Cómo detenemos el tren?

Herbert indicó las puertas delanteras de los pasajeros a cada lado.

—Abres una puerta. Te agarras al pasamano con toda tu vida y giras alrededor de la parte delantera del vagón. —Indicó el área—. El acoplador está ahí. —Golpeó el centro de la pared—. Es acero macizo, así que puedes ponerte de pie sobre él. Luego hay un buen hueco de casi un metro hasta la parte trasera del ténder. Esa es la parte que almacena el carbón. Va a ser difícil ver nada en la oscuridad, pero si puedes encaramarte a lo alto de eso y hacia el motor, puedes columpiarte al estilo Zorro hasta la cabina. Luego es un acto sencillo de aplicar los frenos y rezar para que no nos hayamos quedado sin vía. Suponiendo que no sean tan estúpidos como para haber permanecido dentro de la cabina, en cuyo caso intentarán detenerte.

Judith asintió con entusiasmo. —Ese es un plan bien formado. ¿Estás seguro de que puedes llevarlo a cabo?

Herbert parpadeó sorprendido y luego estalló en carcajadas. —Judith, incluso si no hubiera pasado una semana, semihambriento en un bunker oscuro, pensando que mi vida había terminado, con mis

músculos marchitándose... incluso sin eso, no estoy seguro de que poseyera la fuerza para ser un héroe de acción.

—Y yo no sé cómo detener un tren.

—Podría enseñarte.

—Soy una alumna terrible. —No tenía ninguna intención de intentar los movimientos de Errol Flynn que había prescrito. En su mente, intentó juzgar cuán cerca estaban de Denzel Green. La cabeza le daba vueltas, lo que dificultaba concentrarse en los puntos esenciales. Habían estado hablando y atados durante al menos cinco minutos, y el viaje completo solía tardar algo más de veinte minutos a un ritmo tranquilo. Entonces, ¿les quedaban quince minutos, o diez? ¿O estaba calculando mal de manera drástica, ya que era imposible ver nada fuera para juzgar dónde estaban?

Herbert había estado pensando los mismos pensamientos. —Calculo que vamos a plena velocidad. Si tenemos suerte, nos quedan diez minutos antes de pasar por Denzel Green, y luego dos minutos después, entramos en el tramo malo de la vía.

Judith asintió y volvió a mirar por la ventana, reevaluando sus posibilidades de saltar a la oscuridad. Ya había decidido que eso era más favorable que la certeza de quedarse a bordo y no sobrevivir a un accidente a alta velocidad en un vagón construido por Derek Rivan. No se sorprendería si las paredes fueran de madera de balsa y estuvieran unidas con cinta adhesiva. Aun así, tenía que agradecer la frugalidad de Derek, de lo contrario ambos seguirían pegados a la mesa.

—¿Podemos desconectar este vagón de la locomotora?

—Hay un pasador que se puede sacar, como arrancar un tapón de una bañera. —Golpeó el centro exacto de la pared—. Está aproximadamente aquí, y probablemente tendrás que ponerte directamente encima de él para sacarlo. Los mismos problemas de antes, me temo.

—Con menos gimnasia.

—Y... —indicó su frágil condición.

Judith puso los ojos en blanco. —Lo sé, lo sé. Los malditos hombres no pueden mover un dedo cuando hace falta. —Estaba satisfecha de ver una sonrisa genuina deslizarse por la atormentada

cara de Herbert—. Y supongo que estoy vestida para la ocasión. —Se dio palmaditas en la chaqueta acolchada y luego pisoteó con sus botas de agua en el suelo—. Y estos compañeros tienen un agarre de narices. Hay todas las posibilidades de que no resbale entre el hueco y sea despedazada por este vagón bastante barato.

Herbert contempló sus botas con entusiasmo. —Con esos compañeros puestos, diría que tu tasa de supervivencia ya ha aumentado al veinte por ciento. ¿A qué esperamos, Judith?

Se miraron mutuamente en silencio, esperando que un plan mejor o un salvador se presentara de repente. Cuando no lo hizo, Judith asintió tímidamente hacia la puerta. —Bien entonces, tú la abres. Yo me lanzo fuera.

Herbert fue hacia la puerta con Judith pegada detrás de él. Agarró el pestillo, y la miró para confirmar que estaba lista. Cuando asintió, apretó el pestillo y empujó la puerta hacia fuera.

Instantáneamente, el viento se la arrancó de la mano. La puerta se abrió y se dobló sobre sí misma con tal fuerza que el cristal de la puerta y la ventana que golpeó se hizo añicos. Al mismo tiempo, una ráfaga aullante de nieve entró arreciando, picando en ambas caras. Las mejillas de Judith se entumecieron al instante, y la corriente le succionó el aire de los pulmones. Se giró, para recobrar el aliento.

—Dios mío —dijo Herbert, cuando la puerta rota crujió y se cayó de sus bisagras—. No te equivocabas con el trabajo artesanal de Derek, ¿verdad?

Con un crujido de madera astillada, la puerta entera cayó a la oscuridad.

—¡Supongo que es ahora o nunca! —Judith se dio ánimos. Se giró de modo que su espalda estaba al borde de la abertura de la puerta.

El viento aullante que le rizaba la chaqueta era casi ensordecedor. Extendió la mano a la izquierda, tanteando en la oscuridad hasta que encontró el pasamano vertical que los pasajeros usaban para subir a bordo. Lo agarró con la mayor fuerza posible y sintió alivio al notar que Herbert se aferraba a su brazo derecho.

Aspiró profundamente y se balanceó hacia un lado. Una, dos veces, y luego al tercer intento, arrancó el brazo libre de Herbert y

extendió la mano hacia el pasamano. Sus dedos lo apretaron mientras la parte superior del cuerpo se debatía por el vano de la puerta, casi arrastrando los pies fuera del vagón. Por suerte, el agarre de las botas de agua era tan bueno como había imaginado que sería, dejándola, como una coma negligente, colgada medio fuera del vagón.

Gruñó mientras cada músculo que poseía soportaba su peso. Liberó el pie izquierdo, lanzándolo alrededor de la parte delantera del vagón. Se agitó sobre el hueco entre la locomotora y el vagón. Estaba demasiado oscuro para ver nada, lo que estaba perfectamente bien porque Judith decidió que su misión se lograba mejor con los ojos firmemente cerrados. Una vez más, sintió alivio al notar que el brazo de Herbert alcanzaba de vuelta fuera para agarrar el de ella. Había perdido tanto peso que no había duda de que si ella caía, él también caería rodando con ella. Pero había algo de compañerismo que encontrar en un pacto de suicidio mutuo.

Su pie izquierdo buscó infructuosamente el marco metálico que sabía que estaba allí y que unía los vagones juntos. En su mente, intentó imaginarse exactamente dónde estaría. Por primera vez desde que se liberó de la mesa, descendió una serenidad apacible. Se imaginó a sí misma colgada demasiado baja fuera del vano de la puerta. Su pie debía de estar buscando por debajo del mecanismo de acoplamiento. De hecho, un poco más abajo y probablemente estaría raspando las traviesas.

Sus extremidades hormiguearon con el inicio del entumecimiento. Se izó más arriba. De alguna manera, los brazos concedieron el deseo, y elevó el cuerpo un par de palmos más arriba. Ya no encorvada, ahora estaba erguida en la esquina del vagón. El pie golpeó el acoplamiento de acero macizo. Con cuidado, apoyó la suela de la bota firmemente en él.

Aguantó. Al menos esta era una parte del vagón en cuya construcción Derek Rivan no había tenido ningún papel. Era artesanía de acero macizo, creada por un verdadero artesano. Satisfecha de que pudiera aguantar su peso, Judith usó el pasamano para elevarse un par de centímetros más antes de lanzar la pierna

derecha fuera con el pie chasqueando con precisión junto al otro en la seguridad del eslabón de acoplamiento.

Al mismo tiempo, soltó la mano derecha y usó la izquierda como bisagra, girándola alrededor de la parte delantera plana del vagón. Sintió alivio al notar la madera presionando contra su espalda. El rugido del viento había desaparecido, confirmando que estaba de pie en el hueco entre el motor y el vagón. Al abrigo de la tormenta, el sonido del viento fue reemplazado por el gutural golpeteo mecánico del propio motor. El olor de aceite caliente, carbón ardiendo y vapores de vapor abrasador la envolvió. Extendió la mano a ciegas y pudo apenas sentir el frío acero trasero del motor. Se inclinó hacia delante y se apoyó contra el ténder.

Ahora venía la parte difícil.

33

Judith estaba emparedada entre una locomotora desbocada y el frágil vagón que la había aprisionado a ella y a Herbert Holland. Ignorando el caos a su alrededor, mantuvo los ojos cerrados y se apoyó en sus otros sentidos. Excepto el olfato. El olor de la caldera del tren sobrecalentándose le abrasaba la nariz.

Sin apoyarse en la visión, la mente era notablemente hábil para establecer la posición exacta del cuerpo. Estaba en un ángulo de treinta grados entre el vagón y el tren, sin nada más que el mecanismo de acoplamiento del vagón y la vía zumbando bajo ella.

Entonces, en un movimiento que no había intentado desde la clase de gimnasia en la escuela primaria, Judith usó los brazos para deslizarse por el ténder como un cangrejo, colocándose en una posición en cuclillas.

Hasta ahora, bien.

Serenando los nervios con varias inspiraciones bruscas, se afianzó firmemente con el brazo izquierdo, y usó la mano derecha para alcanzar hacia abajo. Las yemas de los dedos rozaron el mecanismo de acoplamiento de debajo. Como Herbert había descrito, sintió el contorno mate del grueso eslabón de cadena que unía el pasador de acoplamiento al cuerpo del vagón. Enrolló la cadena dos veces alrededor de la mano y se preparó para tirar de ella hacia arriba. Solo entonces vaciló.

Su intención era sacar el pasador para desconectar la locomotora. Esta correría hacia adelante mientras el vagón frenaba lentamente hasta detenerse a salvo a cierta distancia detrás. Un plan simple, y como la mayoría de los planes simples, tenía un problema evidente. En el momento en que el pasador saliera, y el hueco aumentara, caería de cabeza a su muerte.

No era un escenario ideal.

A modo de experimento, soltó la cadena y extendió la mano derecha tan lejos como pudo hasta el borde del vagón. Tanteó a ciegas, pero no sintió más que la pared de madera. Era demasiado pequeña, y la esquina estaba demasiado lejos para alcanzarla. Sabía que al otro lado, a pocos centímetros, había un pasamano y la puerta del vagón. El único problema era que, en su posición actual, no era lo suficientemente acrobáticamente capaz de alcanzarla.

—Mecachis —murmuró entre dientes.

Aunque siempre había albergado un fuerte sentido de autopreservación, Judith nunca había sido egoísta. Había tenido una buena vida y una vida interesante. Una vida interesante era una que se había vivido bien. Si este acto salvaría a Herbert, sabía que era algo que debía hacer.

Judith volvió a agacharse y una vez más enrolló la cadena de acoplamiento alrededor de los nudillos. Se dio un conteo mental hasta tres y luego tiró del pasador hacia arriba. Fue recompensada con movimiento cuando la varilla bien engrasada cedió varios centímetros, pero no lo suficiente para desconectarla. Enrolló la cadena un poco más apretada, luego tiró de nuevo. Una vez más, se deslizó unos centímetros más. Apostó a que el siguiente tirón la liberaría. No había nada que ganar con una pausa dramática. Era ahora o nunca.

Convocando lo último que le quedaba de energía, Judith levantó la varilla por tercera vez mientras usaba el brazo izquierdo para empujarse alejándose del ténder y contra el vagón. El pasador metálico se soltó con un clanc, y el repentino aflojamiento de la cadena la zarandeó hacia atrás con un golpe contra la pared del vagón. Esa consecuencia inesperada de las leyes de movimiento de

Newton, que recordaba vagamente de una pregunta del concurso televisivo Pasapalabra, probablemente le salvó la vida.

Soltó el pasador y las rodillas le crujieron cuando se puso en pie lo más rápido que pudo, con los brazos extendidos planos contra el vagón. Solo entonces se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos y miraban hacia el vacío de tinta. Hasta que pudo distinguir la forma oscura de la locomotora alejándose lentamente. Lanzó un grito de deleite cuando la distancia aumentó. Luego una ráfaga de vapor cargado de polvo le golpeó la cara, y los ojos le lagrimearon cuando la gravilla los irritó.

Entornando los ojos con alegría creciente, la sombra de la locomotora avanzó. ¡El plan había funcionado!

Casi.

El vagón no se estaba frenando tanto como ella había esperado. De hecho, muy poco. Mientras intentaba procesar esta información, se llevó un sobresalto al escuchar el repentino ululato de una sirena policial y ver una luz azul de salpicadero pasando fugazmente cerca de su lado derecho.

Por un momento, pensó que lo había imaginado. Luego el Peugeot del sargento Collins se puso a su lado, con los faros a plena potencia revelando la vía por delante. Daba botes como un bronco en la grava nevada al lado de la vía. A veces parecía fuera de control, sacudiéndose con movimientos tan salvajes que el parabrisas se agrietó y el capó se desenganchó y se sacudía furiosamente.

Judith se quedó atónita al ver que Sarah Eastly estaba al volante, sonriendo como un demonio. La detective estaba gritando, pero sin el blindaje del motor, el viento la ensordecía. Judith se apretó todo lo plana posible contra el vagón cuando el coche policial rebotó sobre la vía por delante de ella con tal velocidad que se elevó un segundo antes de golpear y dar saltos sobre las traviesas. El sacudón quebró las bisagras del capó, y el entero trozo de metal fue atrapado por el viento. Se lanzó hacia atrás contra el parabrisas antes de dar vueltas de campana por el techo, directo hacia Judith.

Impulsada por el instinto ciego, Judith se agachó cuando el capó destrozó la endeble madera a un palmo por encima de su cabeza y

se incrustó en el vagón detrás de ella, marcando otro testimonio de las habilidades de ingeniería de Derek Rivan. Pero Judith ya no estaba preocupada por la calidad, o falta de ella, de su artesanía. Estaba cayendo hacia adelante hacia el negro abismo rojo que se abría ante ella. Todo parecía moverse a cámara lenta mientras su cerebro le advertía que el abismo rojo no era una alucinación, sino el resplandor de las luces de freno del coche cuando Eastly pisó a fondo los frenos.

El vagón desbocado chocó contra la parte trasera del vehículo con un estrépito que partía los oídos. El impacto fue tan severo que la ventana trasera implotó en un mosaico de vidrio de seguridad blanco, por el que Judith cayó de cabeza. El vidrio estaba diseñado para no astillarse y formó un escudo de aspecto plástico que la abrazó al caer en el maletero del coche. El estridente chirrido de metal la ensordecía, combinado con el olor a goma quemada y metal caliente. Rugió una eternidad... antes de que todo quedara en silencio.

Después de varios momentos, Judith se arriesgó a abrir los ojos. La puerta trasera del coche fue abierta de golpe y, milagrosamente, activó la luz interior para que pudiera ver la angustiada cara de Raymond Collins abalanzándose hacia ella.

—¡Judith! ¡Judith! ¿Estás bien? —gritó, alcanzándola.

Ella parpadeó, y luego asintió. —Nada que una docena de copas de vino no pudiera lavar de mi sistema —dijo con una voz frágil que no reconoció como propia.

Raymond le aferró las manos y la sacó con cuidado. Judith sintió alivio de que todas las extremidades parecían estar unidas. Las costillas le dolían, pero nada tan grave como lo que había experimentado cuando condujo el coche fuera de la carretera. Le molestó tener que apoyarse en el detective Collins mientras contemplaba la notable vista del vagón, iluminado por las aplastadas luces traseras del Peugeot. Su chasis trasero se había doblado bajo el peso del vagón con tal fuerza que las dos ruedas traseras se habían partido planas, asomando por cada lado del coche como un pollo en mariposa. El vehículo destrozado había atrapado a Judith en

su abrazo de vidrio, y luego formado una cuña que había detenido el vagón bruscamente.

Raymond Collins parloteaba, construyendo una detallada línea de tiempo de los acontecimientos que les habían llevado al oportuno rescate, pero Judith no escuchaba. Estaba observando cómo Sarah Eastly ayudaba a Herbert Holland a bajar del vagón. Los dientes de Sarah castañeteaban por el frío mientras había puesto su chaqueta alrededor de los hombros de Herbert. Él encontró los ojos de Judith con una sonrisa aliviada. Habiendo enfrentado la perspectiva de la muerte varias veces en un espacio de tiempo tan corto, ahora apreciaba la santidad de la vida.

Judith sintió un aleteo de alegría en el pecho de que ambos estuvieran vivos. Estaba a punto de comentarlo cuando se le ocurrió otra cosa, y se giró para ver si podía vislumbrar la locomotora desbocada. Solo podía ver una pared de copos que caían a la luz de los faros del coche...

Luego llegó una reverberación distante en la oscuridad. Un prolongado trueno y un chirrido de metal retorciéndose. Luego las nevadas lo consumieron de vuelta en un silencio mortal. Solo entonces el sargento Raymond Collins se aclaró la garganta.

—Eso ha sonado espantosamente caro.

34

El adagio de que el tiempo lo cura todo no era algo a lo que Judith Spears generalmente se suscribiera. La historia era muy clara en que había algunas venganzas que podían durar toda una vida e incluso más allá. Sin embargo, aceptaba que el tiempo era un bálsamo para el pensamiento fracturado. A veces, uno necesitaba dar un paso atrás de las situaciones para que el subconsciente pudiera rellenar las grietas y los huecos.

Tardó cinco días en volver a la oficina de la Sociedad Ferroviaria, que había permanecido intacta desde su propio secuestro. Era raro estar de vuelta, sabiendo que Dawn y Lloyd Groves estaban seguros entre rejas. Había ocurrido mucho con el mínimo de acción.

Una vez que Eastly y Collins lanzaron su valiente rescate, un par de ambulancias y más vehículos policiales no estaban muy lejos detrás, haciendo el traicionero trayecto campo a través hasta Little Pickton a través de la vía del ferrocarril. Casi habían sido arrollados de la línea cuando la locomotora kamikaze tronó hacia ellos, pero por suerte las reacciones de los conductores habían sido rápidas. Una ambulancia había quedado atascada en un ventisquero, pero los demás vehículos habían llegado al vagón.

Judith vio cómo se llevaban a Herbert en una camilla pero se negó a ir con él para que le evaluaran sus propias lesiones. Tenía pensamientos más urgentes en la mente. Principalmente, venganza.

Insistió en acompañar a los detectives en la caza del hombre que estaba actualmente rodeando Little Pickton para encontrar a Lloyd y Dawn. Al final, había sido una tarea relativamente simple. Tan seguros estaban el dúo de que su plan de asesinato funcionaría, que habían saltado de la locomotora cuando esta salía del cobertizo. Dawn se había roto el tobillo, así que Lloyd la había llevado de vuelta a su casa donde planeaban quedarse y actuar conmocionados cuando les informaran del accidente fatal. En cada paso del camino pretendían ser inocentes y tenían suficiente coartada para cubrirse mutuamente.

Sin embargo, el primer lugar en el que Judith había instruido a los detectives a que hicieran una redada era la casa de Dawn, donde los culpables acababan de llegar. Lloyd estaba examinando el tobillo hinchado de Dawn en la cocina cuando la policía tumbó la puerta principal de un gran patadón. Posteriormente, los dos habían discutido, acusándose mutuamente de asesinar a Juan Carlos y atacar a Derek Rivan.

Durante el desarrollo de los acontecimientos, el sargento Raymond Collins había repetido ansiosamente cómo él y Eastly habían deducido que Groves era el asesino y se habían apresurado a salvar a Judith y Herbert. Pero cada vez que contaba la historia, Judith inconscientemente seguía desconectándose mientras los huecos en el caso luchaban por su atención. Durante la cuarta recitación, Raymond Collins finalmente captó el mensaje de que Judith no estaba escuchando. Pero en lugar de sentirse herido o sufrir el orgullo mermado, la conocía lo suficientemente bien para ver que algo le preocupaba.

Ese algo había florecido finalmente durante los últimos dos días.

Después de verse obligada a pasar la noche en el hospital para que la monitorizaran y vendaran, Judith recibió la noticia de que Herbert Holland se estaba recuperando bien en otra sala y no había sufrido efectos físicos a largo plazo. Las cicatrices mentales eran otra cuestión.

Pasó la noche imaginando la historia desarrollándose desde su punto de vista. Un ejercicio útil, ya que empezó a desprender algunas de las rarezas que había estado sopesando. Habiendo

recibido el alta, había acudido a la comisaría para presentar su declaración formal de los acontecimientos a Collins y Eastly. Cuando salían de la sala de entrevistas, Judith estaba a punto de plantear una cuestión que la había estado molestando cuando la respuesta a esa pregunta entró al pasillo y se presentó.

—Detective Hamper —anunció el hombre pequeño, calvo y bigotudo. Tenía el tipo de sonrisa que Judith asociaba con los cómicos de stand-up. Presentó su tarjeta de identificación al sargento Collins y a la agente Eastly, y finalmente a Judith. Observó que era una tarjeta de identificación de la Policía Metropolitana de Madrid. —Esperaba tener una charla con usted en algún momento, pero como ahora estoy vinculado a su declaración oficial en un caso de asesinato, pensé que era pertinente adelantarlo.

Judith captó a los detectives intercambiando una mirada confundida, pero ella ya iba por delante con la respuesta. —Oh, es el caballero que me siguió de camino a casa.

—En efecto, y usted es la dama que logró evitar diligentemente la vigilancia con pericia profesional.

Judith esbozó una pequeña sonrisa y sacudió la cabeza. —Querido detective Hámster, no confundiría la mala conducción con pericia.

El detective se rió entre dientes. —Nunca diría que su conducción era mala. Y es Hamper.

—No estaba hablando de mi conducción.

El detective Hamper esbozó una sonrisa incómoda y miró de soslayo al sargento Collins, que fue incapaz de sofocar una carcajada.

—He estado investigando varios casos financieros. Esperaba tener una charla informal. Y como veo que ha hecho mucho bien aquí. —Señaló alrededor—. No quisiera que ninguno de nosotros empezara con mal pie.

Detrás del detective de Madrid, Eastly y Collins intercambiaron una mirada preocupada.

—Disculpe, detective Hamper —dijo Collins, adelantándose—. Judith Spears es testigo material en un caso de asesinato muy

grave. Lo que quiera hablar con ella, lo cual no alcanzo a comprender —añadió con énfasis—, tendrá que esperar.

Hamper puso mala cara, pero reconoció a regañadientes el peso de la situación. Estaba a punto de hablar cuando Collins siguió adelante, y Judith juró que se irguió, aumentando su estatura en un centímetro más.

—Y mientras mi investigación esté abierta, cualquier conversación entre la señorita Spears y usted mismo necesita pasar por mí. ¿Entendido?

Hamper sostuvo la mirada de Collins en un breve y silencioso enfrentamiento cargado de testosterona antes de finalmente asentir y murmurar sus despedidas al marcharse. Solo cuando estuvo fuera de la sala, Collins se giró bruscamente hacia Judith.

—Eso te compra un poco de tiempo. No es que sepa nada sobre posibles infracciones pasadas en las que puedas o no haber estado involucrada.

La miró fijamente, y Judith asintió y luego se mordió el labio para evitar soltar una observación banal que simplemente irritaría al hombre. Sabía que Eastly y Collins habían investigado su ajetreado pasado y habían reunido un archivo de... preguntas. Incluso le habían ofrecido el archivo para que lo leyera, pero ella había declinado. En su momento había sido un acto de unión entre los tres, pero ahora le molestaba haberse negado a sí misma la oportunidad de saber exactamente lo que creían que tenían sobre ella. Ese era otro puente que cruzar otro día.

Con la identidad de su misterioso perseguidor resuelta, otros cabos sueltos de repente no eran tan difíciles de desenredar. Era hora de compartir sus pensamientos con los detectives y hacerles un favor para que pudieran atribuirse el mérito de cerrar el caso.

Eso la llevó a la oficina de la Sociedad Ferroviaria la tarde siguiente. Empujó algo de los escombros del suelo con el pie. El equipo forense había descendido sobre el cobertizo del tren y el almacén de carbón, pero, según la petición de los detectives, todavía no habían vuelto a atacar la oficina. Judith estaba inquieta al volver aquí sola, y fueron quince minutos antes de que Augusta llegara, tarde una vez más, y de inmediato le diera un enorme abrazo.

—¡Gracias! —dijo simplemente.

—¿Por qué?

—Por resolver este lío. —Augusta miró alrededor con un suspiro —. No ha terminado como uno esperaría, pero no consiguieron inculparme, gracias a ti.

Judith se rió entre dientes. —Eres demasiado inteligente para eso.

Augusta asintió. —Lo sé. Traerte a ti salvó mi pellejo. Gracias. Este lugar —señaló alrededor—, realmente era una guarida de serpientes, ¿verdad? En cierto modo, me alegra que el tren se estrellara... y que nadie saliera herido —añadió rápidamente.

La locomotora desbocada había tomado la curva hacia Denzel Green a casi cien kilómetros por hora. Se había ladeado y salido de los raíles al acercarse a la estación. Afortunadamente, pasó rozando cinco pintorescas casas ferroviarias antes de embestir a toda velocidad la estación de tren de Denzel Green, demoliendo el edificio. El tren había continuado hacia el aparcamiento del otro lado, que, debido a lo avanzado de la hora y al mal tiempo, había estado afortunadamente desierto.

Augusta se apoyó en un escritorio. —Yo, por mi parte, le doy la espalda a todo esto. La Sociedad, este pueblo, todo. Ya es hora de que empiece una nueva vida en algún lugar cálido y soleado.

—Casi con toda certeza —dijo Judith con una sonrisa. La nieve se había derretido al subir las temperaturas, aunque el invierno seguía en el aire con manchas de helada escarchada diseminadas por todo Little Pickton—. Ese era tu plan desde el principio, ¿verdad?

Augusta lanzó una sonrisa interrogante, sin estar segura de lo que Judith quería decir.

—Tomar el dinero y correr. Eso es lo que planeabas hacer.

—¿Qué dinero?

Judith sonrió y agitó un dedo con complicidad. —Verás, Dawn pensaba lo mismo que tú. Pensaba que era demasiado inteligente para que la gente comprendiera la verdadera naturaleza de su genialidad. Lo mismo reconozco en ti. Y le dije lo mismo. —Judith estaba a punto de repetir la declaración que le había hecho a Dawn, pero de repente se detuvo—. Y aquí está la cuestión: tienes razón,

todo este lugar es una guarida de ladrones, un hervidero de errores y desconfianza. Solo hay realmente cuatro personas inocentes atrapadas en esto. Estaba Herbert. Bueno, todos sabemos ahora lo que le pasó. Y el pobre Juan Carlos, que entró en la situación confundido por el amor. Barbara, por supuesto, que aceptó que no podía tener lo que quería con Herbert, pero siguió aferrándose al sueño. Y luego estaba James Wani. Bueno, era semiinocente, supongo. Le convencieron de robar los registros del catastro. Probablemente saldrá con una palmadita en la muñeca. Le encontraron, ¿sabes? En un Airbnb en San Sebastián.

—Viviendo a todo lujo —dijo Augusta secamente, sin apartar los ojos de Judith.

—En efecto. Y luego tenemos a Lloyd. Bueno, todos sabemos que es una mala pieza. Quiero decir, tú deberías saberlo más que nadie porque se cruzó contigo en el mundo financiero. Curiosamente, no se te ocurrió mencionármelo.

—Nuestros caminos se cruzaron a través de amigos mutuos en una fiesta.

—Lloyd quería desesperadamente jugar con su tren de juguete. —Judith señaló hacia el cobertizo del motor—. Quería expandirse y divertirse. Y, por supuesto, enriquecerse con todo. Es un hombre simple. Corrupto, sin emociones hasta el punto de ser un sociópata, pero no es un asesino. Aunque hizo un trabajo razonable con Derek. Dawn, ahora esa sí es una asesina. Al menos, apuesto a que ese es el veredicto al que llegará el jurado.

Judith esbozó una sonrisa cómplice y decidió no revelar el hecho de que la pala que golpeó y en última instancia mató a Juan Carlos había sido encontrada en el bunker de carbón, con la sangre del español y las huellas dactilares de Dawn por todas partes.

—Y ella es quien está locamente enamorada de Lloyd. Y él de ella, bueno, supongo que locamente es un punto discutible. Conjuraron este sofisticado plan para robar el dinero y cargárselo a ti.

Augusta exhaló un audible suspiro de alivio. —Me alegra que fuera hacia allí con este meandrante juego de culpas.

—Tengo un destino, te lo aseguro. Derek Rivan. ¿Qué puedo decir de él? Aparte de que es simplemente un idiota que no podría hacerle daño a una mosca, porque la mosca le superaría en inteligencia.

Augusta asintió en señal de acuerdo. —Un eufemismo.

—Cuando tropezó con su plan, el pobre hombre fue incapaz de evitar intentar chantajear a Lloyd. Eso es Derek, siempre buscando conseguir algo a cambio de nada.

Augusta frunció el ceño. —Pero dijiste que Dawn y Lloyd estaban...

—Sí, lo estaban. Pero cuando Lloyd se vio siendo chantajeado, desplegó a Dawn como trampa de miel. Ella convenció a Derek de que debían chantajear a Lloyd juntos. Todo el tiempo él era lo bastante ingenuo para creer que ella no tenía ningún interés en Lloyd. Así que supongo que fue una especie de inocente ya que simplemente le estaban utilizando.

—Como a mí.

Judith asintió. —Supongo. Estabas en la línea de fuego para cargar con la culpa del fraude financiero, en caso de que las cosas salieran mal. Como me dijiste, solo tú, Lloyd y Herbert tenían acceso a la cuenta. Y solo una de vosotras era una contable titulada. Eres el chivo expiatorio obvio. Sin embargo, cuando se convirtió en asesinato, eso era algo que no podían achacarte, así que colocaron a Derek para que cargara con esa culpa.

—Como dije: una guarida de serpientes. Por eso me lavo las manos de todos ellos. No se puede confiar en nadie. Pero Dawn —Augusta sacudió la cabeza—. No la creía del tipo asesino. Eso es bastante espeluznante, la cantidad de veces que he estado a solas con esa mujer.

—¿Sabías que cuando fui a su casa a hablar con ella, aprovechó la oportunidad para salir fuera y sabotear los frenos del coche?

Esto fue una novedad para Augusta. Judith se sorprendió cuando la mujer se abalanzó y la abrazó de nuevo con fuerza.

—Me alegra que estés bien. Y lo siento mucho por haberte puesto en semejante peligro.

—Hace falta bastante malicia improvisada para hacer eso en el acto. Sabía que Derek estaría llegando y parecería que había sido él quien intentó hacerme daño. Mientras tanto, ella y Lloyd pueden marcharse juntos hacia la puesta de sol.

—¡Gente malvada!

—En efecto. Pero había alguien mucho más inteligente que todos ellos, ¿verdad?

La expresión inocente de Augusta se volvió de repente tan pétrea como una gorgona.

—¡Augusta Calman! ¡La auténtica serpiente en el prado!

—Me halaga. —El tono educado de Augusta se había evaporado.

—La desesperada búsqueda de Lloyd por los documentos del catastro siempre me molestó. Unas escrituras desaparecidas sin duda paralizarían una venta durante meses, a menos que la propiedad fuera falsificada. La propiedad real se revelaría con el tiempo y me dijo que solo quería ganar tiempo. Y luego recordé que fuiste tú quien me puso la idea de las escrituras en la cabeza desde el primer momento, antes de que lo planteara nadie más. Una inteligente distracción del hecho de que en realidad estaba desesperado por encontrar adónde había ido la otra mitad del dinero.

Augusta se irguió, con el ceño fruncido.

—Verás, creo que todo esto habría pasado desapercibido si Herbert hubiera muerto, como creías. Pero aquí está la cuestión: él sabía exactamente cuánto había en esa cuenta. Igual que Lloyd. Igual que tú. El problema era que Lloyd había orquestado la estafa, así que difícilmente podía quejarse de que la mitad del dinero «desaparecido» había ido a una cuenta en el extranjero suya, a través del ayuntamiento. Usando el ordenador de Wani para pasarlo a su cuenta de criptomonedas. Pero la otra mitad simplemente había desaparecido. Si planteaba esa espinosa cuestión, tanto valdría que admitiera su propia culpa.

Esperó a que Augusta alegara inocencia. En cambio, la mujer la miraba fijamente con un odio creciente.

—No sé exactamente cuándo, pero te diste cuenta de lo que estaba pasando. Sabías que Dawn y Lloyd estaban planeando esta

estafa, así que tomaste la iniciativa de estafarles a ellos. En tus propias palabras: eres la única otra que tenía acceso completo a todo. La única que podía ser culpada de robar el dinero. Sin embargo, eso también significaba que eras la única que podía falsificar los libros para mostrar que había la mitad de la cantidad de dinero en las cuentas. Y de las únicas otras dos personas que sabrían que estás mintiendo, una se daba por muerta. Y la otra era el criminal original.

Augusta empezó a deambular alrededor de Judith, pero Judith astutamente bloqueó su camino, manteniéndola acorralada en la oficina. Judith siguió adelante.

—Borraste diligentemente las pruebas de que habías saqueado ese dinero hace mucho tiempo, y luego te cubriste de maravilla. Sabes todo sobre sociedades fantasma, sabes todo sobre mover dinero, porque tú y Lloyd estáis forjados del mismo paño que todos esos otros operadores financieros corruptos de la City. —Había un destello en los ojos de Judith—. Sé cómo funciona eso. —Guiñó el ojo, lo que tuvo un efecto desconcertante en Augusta.

Augusta se aclaró la garganta, con los ojos oscilando entre Judith y el techo mientras pensaba en la situación. Cuando habló, su voz era baja.

—Aclaremos algo, Judith. Solo están tus afirmaciones descabelladas contra las pruebas. Sé cómo ocultar dinero. Puedes traer un ejército de contables forenses, pero nunca reaparecerá. Puedes acusarme hasta ponerte azul. Pero todas las pruebas apuntan a Lloyd robando lo que había.

—¿Y qué dices cuando te encuentren en una lujosa playa con un agujero de doscientos mil euros quemándote el biquini?

—Entonces habrá un bonito registro de un golpe de suerte a través de inversiones inteligentes que encontré casualmente. Conozco exactamente tu paño, Judith Spears: la soberbia, crees que eres mucho más lista que todos los demás. Mi plan era limpio y no dejaba víctimas. ¡Nunca pensé que resultaría en asesinato! ¿Qué tipo de monstruo crees que soy? Solo quiero acabar con este grupo de idiotas y vivir mi propia vida lejos de todo el culebrón de riñas y quejas y —Augusta puso los ojos en blanco—, todos sus aburridos

melodramas personales. Me culparon de su divorcio. Me mancharon con una reputación que me hizo perder a mi dentista. ¡Fui una víctima por culpa de ellos! Pero aun así, la mía fue una solución elegante. Lloyd podía irse a donde quisiera y hacer lo que quisiera, pero no podría inculparme. De todas formas, está entre rejas. Ahora seré yo quien camine hacia una puesta de sol muy literal. Y si estás pensando en intentar chantajearme o exigir dinero por tu silencio, no soy tan tonta.

—Estás muy lejos de ser estúpida, querida —dijo Judith—. No es como si fuera a poder sacarme una confesión por escrito, ¿verdad?

Augusta soltó una risita y pasó de largo empujando a Judith. —¿Así que me has traído aquí a regodearte, en el lugar donde ocurrió todo? ¿Para demostrarme lo lista que eres? Te sobreestimé, Judith Spears. Pero eso no importa. Gano yo.

Augusta alcanzó el picaporte de la puerta, pero se detuvo cuando Judith soltó una carcajada divertida.

—Lo siento, ¿me sobreestimaste? ¿O quieres decir que me subestimaste? No acabé de oír lo que has dicho. Déjame pensar... sí, definitivamente me subestimaste. No soy tan ingenua como para pensar que conseguiré un testimonio escrito de ti. —Judith extendió el brazo hacia el estante y sacó algo de él—. Una cosa que sí me sorprende es lo duraderos que son estos cacharros.

Levantó su cámara de timbre. Había estado apuntando directamente a Augusta, exactamente donde Judith la había acorralado.

—Tienen cámaras de buena calidad. Fácil distinguir las caras, incluso con poca luz como esta. Y la calidad de grabación de sonido es de primera. La compré en las rebajas de Amazon. Asombroso, la verdad. Allí estaba, grabando mientras dabas tu confesión...

Judith se dio el gran gusto de ver cómo la cara de Augusta se ponía lívida. Augusta se estremeció cuando la puerta detrás de ella se abrió de repente y el sargento Collins entró, intentando mostrarse lo más severo posible, a pesar de luchar contra la euforia de resolver el caso.

—Augusta Calman, teniendo en cuenta sus recientes admisiones, queda detenida.

Levantó el teléfono de Judith y en la pantalla estaba la imagen de vídeo retransmitida de la cámara de timbre en la mano de Judith.

—Sonríe para la cámara —dijo Judith, levantándola para capturar la abatida expresión de Augusta.

35

Sarah Eastly estaba agotada después de las últimas dos semanas, tanto que estaba considerando tomarse un tiempo libre. No recordaba la última vez que había cogido vacaciones. Los días del año pasado ya se habían transferido a este. Era un triste recordatorio de que no tenía aficiones ni amigos más allá del trabajo, y allí incluso las posibilidades eran escasas. Sin embargo, no podía negar que, desde que Judith Spears había aparecido en su vida, el trabajo se había vuelto mucho más interesante.

Ahora que la investigación estaba llegando a su fin, ella y el sargento Collins pasaban la mayor parte del tiempo en la comisaría rellenando volúmenes de papeleo. Y Eastly tenía el agravio añadido de justificar oficialmente cómo había destruido deliberadamente un coche policial, algo que estaba mal visto en el mejor de los casos. Pero, sin presiones de tiempo, significaba que regularmente salía de la comisaría de Fulton a las cinco en punto y caminaba el camino más largo hasta su apartamento para perder más tiempo antes de llegar a casa y hablar con su madre.

Esa llamada telefónica nunca cambiaba. Su madre pasaba tres cuartas partes de la llamada relatando con minucioso detalle los acontecimientos de su día, que eran idénticos a los del mismo día la semana pasada. Era una rutina grabada en piedra que solo cambiaba con adornos sobre los detalles de personas con las que se

había cruzado. Eastly llegaba a conocer los nombres, estados sentimentales, descripciones físicas y detalles laborales de completos desconocidos en el transcurso de la historia. Todo ello confirmaba un profundo sentimiento de que su madre llevaba una vida más rica que su hija.

Eastly miraba la triste variedad de platos precocinados en el congelador, incapaz de decidir cuál de los insípidos acompañaría una velada viendo el programa de noche. El teléfono sonó, y lo cogió sin mirar el identificador de llamadas. La esperanza de que fuera el jefe con otro caso trágico que la mantuviera ocupada se desvaneció cuando no reconoció inmediatamente la voz. Le tomó unos segundos a su mente cansada darse cuenta de que era el agente Kevin Fenton. Mientras él hablaba, sus ojos se desviaron hacia la raqueta de bádminton apoyada bajo el perchero. Escuchó la propuesta de Kevin, luego cerró el congelador de un portazo.

—Tengo una idea mejor...

Le explicó su plan, y treinta minutos después salía corriendo por la puerta, ilusionada con una experiencia gastronómica que había estado deseando hace tiempo. El Nando's no era el sitio para comer sola. Y por una vez, no tenía que preocuparse por ese estigma.

Raymond Collins seguía en su escritorio. Después de que Eastly se marchara, había quitado la mayoría de las fotos y los mapas. Todo había sido diligentemente introducido en el ordenador de la policía, incluidos sus informes, que estaban salpicados de vergonzosos errores tipográficos. Al menos limpiarlos desperdiciaría unos cuantos días más.

Una vez que presentara el caso, todavía habría muchas cosas que hacer para él y la agente Eastly. Ya le habían informado de una oleada de robos de bicicletas por la zona y avistamientos de un gran gato negro que los testigos juraban que era un leopardo escapado, aunque la única fotografía que Raymond había visto parecía un pequeño atigrado cruzando un campo a la carrera.

Una vez más, soñaba con un puesto en una gran unidad, resolviendo casos de implicaciones nacionales. Y quizás, solo quizás,

incluso involucrarían una pistola o dos. Solo para darle un poco de emoción. Vio que había llegado un correo electrónico del sargento Hamper, que borró rápidamente sin leerlo. Si el engreído detective de Madrid quería algo de él, podía coger el teléfono.

En el tablón del personal, recordó que varias personas se dirigían a un concurso de preguntas en un pub esta noche. Antes disfrutaba de los concursos de preguntas con sus amigos, pero desde que se había mudado a Fulton, no había estado en contacto con ellos tan a menudo como le gustaría. Así que un concurso con gente de la comisaría podría ser divertido. O agradable en comparación con quedarse solo en casa...

Pero eran las personas que veía todos los días, y habían formado sus propias camarillas. Raymond sentía que el momento de formar nuevos grupos de amigos era en los veinte y hasta los treinta, cuando la gente se emparejaba y se formaban nuevas redes de amigos. Luego la gente se casaba a partir de los treinta y los cuarenta, momento en el que ya estabas atrapado en las redes que ya habías formado. Eso era todo para la vida social. Raymond estaba convencido de que en los cincuenta no había esperanza de hacer nuevos amigos. Esas oportunidades habían pasado. Tendría que conformarse con lo que tenía. Había jugado con la idea de las citas en Tinder, pero no era el mejor sitio para que un policía rondara.

Sintiéndose abatido, repasó los contactos del teléfono y se detuvo en el número de Judith. Le sacaba de quicio. Pero también le hacía reír, y la vida en general era más interesante cuando ella estaba cerca. Pero a las siete de la tarde de un jueves, probablemente estaría ocupada.

Raymond Collins apagó el ordenador. Como la última persona en abandonar la oficina, también apagó las luces. Dejó que el estómago le marcara los planes de la velada. Primero, una ración de curry con patatas fritas para comer en la churrería. Luego buscaría una buena película o serie que ver.

Al menos podía decir que su vida era regular.

Maggie giró el té en la taza antes de probarlo como una sommelier de vinos. Finalmente, lo hizo girar por la boca antes de tragarlo y asintió a Judith.

—No está mal. PG Tips.

Al otro lado de la mesa de la cocina, Judith Spears asintió, a pesar de sentirse muy poco impresionada. —No veo que esta habilidad vaya a tener mucho futuro.

—Oh, te digo ahora mismo, Fabián es un hombre que ama el té. Tiene tés de todos los rincones del planeta. ¡Y ahora me lleva a una jornada de cata de tés para el periódico!

—Fascinante. Imagino que son como las jornadas de cata de vinos, pero sin la diversión.

—Ah, Judith. Necesitas ver más allá de estas cuatro paredes.

—No me malinterpretes, estoy encantada de que tú y Fabián os vaya bien.

—Cortejando oficialmente. —Maggie agitó las cejas—. Ya lo he dicho.

—Enhorabuena. Es un hombre encantador.

—Lo será cuando yo haya terminado con él —gruñó Maggie—. Aunque tenerte a ti como amiga no me facilita la vida con él. Está más que un poco molesto de que condujeras un tren a través de su estación.

Notablemente, el resistente motor antiguo había sufrido daños relativamente menores y una inspección preliminar del seguro indicaba que podría restaurarse a su estado anterior. El único problema con el que Herbert Holland estaba lidiando era si debería molestarse. Sin estación en Denzel Green, sin vagón y con una Sociedad Ferroviaria disfuncional, no estaba seguro de qué hacer a continuación.

—Le recordaré que no fui yo —dijo Judith diplomáticamente—. Yo era la que había sido secuestrada y se enfrentaba a una muerte segura. Ya lo hablé con él cuando intentó entrevistarme para su periódico.

—Decirle que se fuera a paseo le ofendió.

Judith se encogió de hombros. —Prefiero seguir siendo una mujer de misterio internacional. ¿Qué le voy a hacer? Lo

compensaré. Si el PG Tips es tan bueno, quizás pueda añadirlo a su colección.

Maggie le lanzó una sonrisa sarcástica. —Me gustaría que os llevarais bien y no discutierais así.

—Te prometo que así será —dijo Judith, dando una palmada decidida sobre la mesa—. De hecho, voy a invitaros a los dos a cenar aquí con una comida espléndida.

Los ojos de Maggie se entornaron con desconfianza. —La Judith que yo conocía nunca haría eso sin un motivo oculto.

Judith se llevó la mano al pecho. —Maggie, deberías saber que en cualquier momento tengo al menos dos motivos ocultos en marcha.

—¿Ah sí? —El interés de Maggie se despertó.

La mirada de Judith cayó sobre la mesa durante un largo momento mientras ordenaba sus pensamientos. —Tu nuevo y viejo galán se ha labrado una posición muy interesante entre ser alcalde y director del periódico.

—Sí —dijo Maggie, con los engranajes visiblemente trabajando en su mente—. Esa es la otra cosa que me gusta de él, aparte de su obsesión por el té.

—Pues me interesaría mucho contaros a los dos una historia. Sobre mí.

Los ojos de Maggie se entornaron cuando Judith se inclinó conspirativamente más cerca.

—Esto no es propio de ti.

—Creo que algunas cosas pueden estar alcanzándome y puede que necesite un poco de ayuda de los dos.

—¿Qué tipo de cosas?

Judith frunció los labios. —¿Qué te parece si este sábado por la noche venís los dos, y quizás aprendéis uno o tres secretos?

¡TU PRÓXIMA NOVELA TE ESPERA A SOLO UN CLIC!

UNA DOSIS DE CRIMEN

ÉGALEMENT PAR SAM OMAN

info@mgcole.com

Twitter: @abriggswriter

Bluesky: @andybriggs42@bsky.social

UN THRILLER DE LA SERIE
JUDITH SPEARS:

01 - UN ASESINATO POR INVITACIÓN

02 - MUERTE EN LA LÍNEA

03 - UNA DOSIS DE CRIMEN

04 - CRIMEN FUERA DE PLAZO

05 - MUERTE A TRAVÉS DEL OBJETIVO